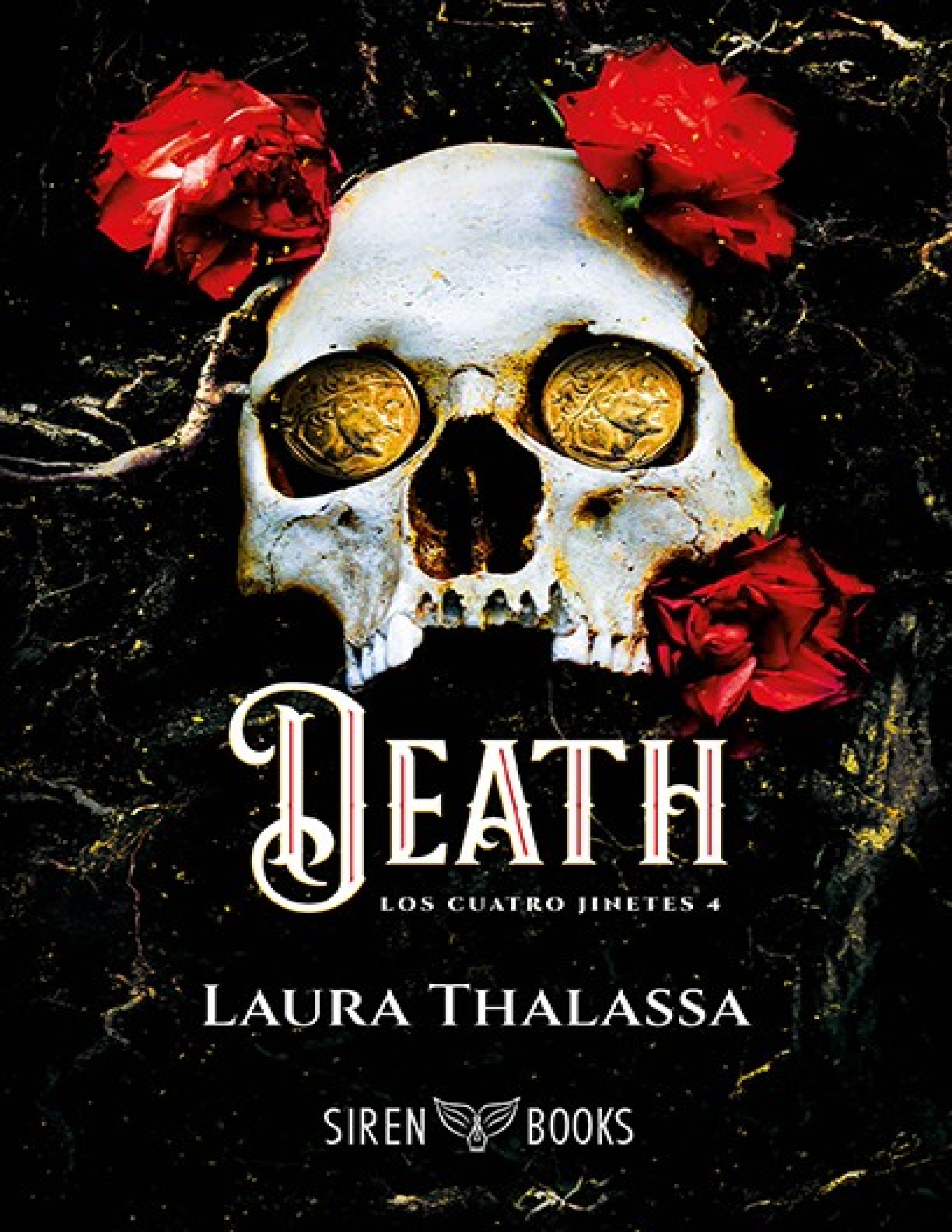

DEATH
LOS CUATRO JINETES 4
LAURA THALASSA
SIREN BOOKS

Death

Traducción de
Estíbaliz Montero Iniesta

Laura Thalassa

Siren Books

Primera edición: junio 2025

© 2021 *Death* by Laura Thalassa
© de la traducción: Estíbaliz Montero Iniesta, 2025
© de la corrección: Patricia Rouco
© diseño de cubierta: Jeff Miller/Faceout Studio
© de las imágenes de cubierta: Shutterstock
© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2025
info@sirenbooks.es
https://sirenbooks.es/

ISBN: 979-13-990270-7-5
IBIC: FMR
The moral rights of the author have been asserted.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Aviso de contenido:

Violencia explícita, muerte, desmembramiento, asesinato, suicidio, gore, sangre, lesiones explícitas, secuestro, duelo, contenido sexual.

Para Dan,
estaba predestinado.

Cronología de los jinetes

AÑO 1
Llegada de los jinetes
La tecnología falla

AÑO 5
Pestilence despierta
Pestilence conoce a Sara

AÑO 10
War despierta

AÑO 13
War conoce a Miriam

AÑO 16
Famine despierta

AÑO 19
Famine y Ana se conocen

AÑO 24
Famine y Ana se reencuentran

AÑO 26
Death se despierta
Death y Lazarus se conocen

«Cuando el Cordero rompió el cuarto sello, oí la voz de la cuarta criatura viviente, que decía: "¡Ven!". Miré y vi un caballo de color ceniza; y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades lo seguía».

—Apocalipsis 6, 7-8; *Nueva Biblia estándar americana*

«Pero [la Muerte] tiene un corazón de hierro y, en su interior, su espíritu es despiadado como el bronce: cuando atrapa a un hombre, lo retiene con fuerza; y es odiosa incluso para los dioses inmortales».

—Hesíodo, *Teogonía*

PARTE I

I



Julio, año 26 de los jinetes
Temple, Georgia

La primera vez que me encuentro con Death, no estoy… preparada.

Un hilillo de sudor me resbala entre los omoplatos mientras echo un ojo a la lista de artículos que tengo que comprar para la barbacoa de cumpleaños de mi sobrina, que se celebrará dentro de unas horas. Un zumbido sordo flota a mi alrededor, procedente de la gente que compra en nuestro mercado al aire libre.

Tomates, los tengo.

Verduras de hoja verde, las tengo.

Melón, lo tengo.

Echo un vistazo al resto de los artículos. Creo que lo único que me falta son las manzanas.

Me guardo la lista en el bolsillo trasero, echo un vistazo al mercado de agricultores al aire libre y escudriño las mesas en busca de una en específico. En cuanto localizo el puesto de Tim, echo a caminar hacia él. Es un anciano cascarrabias, pero es el único comerciante que conozco que suele vender productos fuera de temporada.

Estoy convencida de que hay brujería de por medio.

Llego a su puesto justo cuando los animales se vuelven locos. Y les pasa a *todos*. Los caballos atados a los postes cercanos tiran de sus ataduras, docenas de pájaros emprenden el vuelo a la vez y los perros de la zona aúllan asustados.

La mula del viejo Bailey corre por la carretera que discurre junto al mercado, con el carro todavía atado. Y el corcel del *sheriff* tira a su dueño al suelo antes de alejarse al galope, con la silla de montar y todo.

Más animales corren por el mercado al aire libre, derribando mesas y cestas, dispersando a la gente y los productos a su paso. Les veo el blanco de los ojos, aterrorizados. Ellos y su miedo se desplazan como una nube de tormenta entre los puestos.

Al fin, la estampida pasa, dejando atrás un silencio hueco que me pone los pelos de punta.

¿Qué ha sido eso?

Miro a mi alrededor. Los demás también parecen confundidos.

—¿Qué narices? —dice alguien.

—En toda mi vida, nunca había visto a los animales actuar de esa manera —comenta otra persona.

Pero luego una risa acentúa ese pensamiento y alguien más se suma y, de repente, es como si la tensión se evaporara del lugar.

La gente ayuda a colocar las cajas y las sillas volcadas, los productos se reorganizan y las conversaciones se retoman. Un grupo de hombres y mujeres se aleja para recuperar a los animales perdidos y un hombre mayor ayuda al *sheriff* a ponerse de pie.

Todos parecen ignorar el extraño comportamiento, como si de una pesadilla se tratara.

Me vuelvo hacia Tim, el dueño del puesto, y dirijo la mirada a las manzanas. Intento concentrarme, aunque no he logrado sacudirme ese silencio desconcertante que parece resonarme en los oídos.

Me concentro en la fruta.

Leo el precio y vuelvo a leerlo.

—¿Un dólar cincuenta *por* manzana? —pregunto, asombrada.

Tiene que ser un error.

—Si te parecen caras, no las compres —dice Tim.

De modo que no es un error.

—Ni siquiera he dicho que sea demasiado —respondo, aunque lo es—. Que lo hayas presupuesto significa que sabes que no es razonable.

—Es lo que hay.

Ya que estamos, ¿por qué no me roba el bolso? Qué manera de desplumar a los clientes.

—Pero es una manzana —insisto, despacio.

Esto tiene que ser una broma.

—Si no te gusta, cómprasela a otro.

Que le den. Sabe que nadie más vende manzanas en esta época del año. Y mi sobrina Briana fue muy específica al decirme que quería una tarta de manzana para su cumpleaños.

—Un dólar —regateo.

Sigue siendo un precio ridículamente poco razonable, pero es mejor que un dólar cincuenta *por* manzana. Dios mío.

—No —responde, tajante.

Aparta la mirada y le presta atención a otra mujer que se ha fijado en un cajón de maíz cercano.

—Un dólar veinticinco —lo intento de nuevo, mientras trato de averiguar si otros comerciantes venderán manzanas.

Puede que Martha…

Tim me mira molesto.

—No pienso seguir hablando del tema.

—Esto es ridículo. ¿En serio quieres un dólar cincuenta por una manzana? ¡Es una manzana! —exclamo.

—Están fuera de temporada —responde con brusquedad.

Me río a carcajadas.

—Pagaré —esto es increíblemente estúpido— once dólares por ocho.

Y más vale que sean las puñeteras mejores manzanas que he probado en mi vida; más vale que me hagan ver a Dios.

Tim cruza los brazos sobre el pecho y me lanza una mirada fulminante, aunque solo le estoy pidiendo que me perdone un mísero dólar.

—O pagas el precio completo o te vas a otra par…

Justo en mitad de la frase, se le ponen los ojos en blanco.

—¿Tim? —pregunto. Mientras hablo, empieza a caerse—. ¡Tim!

Me abalanzo hacia él, pero no soy lo bastante rápida.

El sonido amortiguado de su cuerpo al golpear el césped se

pierde en el ruido colectivo de *muchos* objetos grandes que caen al suelo a la vez.

Me sobresalto por la conmoción y se me eriza el vello de la nuca. Y es entonces cuando reparo en que persiste ese silencio inquietante, el que ha empezado cuando los animales han huido. Solo que ahora es más pronunciado que nunca.

Miro a mi alrededor, confundida. En todas direcciones hay gente inmóvil. La mayoría están desparramados en el césped, pero otros se han desplomado sobre las mesas.

Nadie se mueve.

Transcurre un segundo, luego dos, luego tres…

Soy consciente de mi propia respiración agitada y de los latidos de mi corazón sobresaltado mientras intento asimilar lo que estoy viendo.

El caso es que *sé* lo que está pasando. Parece imposible y mi corazón se niega a aceptarlo, pero esto ya ha sucedido antes. *Me* ha sucedido antes.

Aun así, me arrodillo junto a la mujer que hace nada estaba valorando el maíz de Tim. Ahora, sus ojos miran fijamente las nubes, pero no las ven.

Le pongo una mano en el cuello y le busco el pulso.

Nada.

Una especie de malestar me retuerce las entrañas. Me levanto y, una vez más, recorro con la mirada los puestos del mercado, observando las docenas de cuerpos inmóviles.

Nadie se mueve.

Oigo el suave sonido del viento agitando las lonas, los árboles susurrando con la brisa e incluso el distante borboteo de algún recipiente cuyo contenido gotea. Pero no hay charla distendida ni risas ni gritos ni chillidos ni insectos ruidosos ni cantos de pájaros.

El silencio es absoluto.

Siguiendo un impulso, compruebo el pulso de Tim. Nada. Luego compruebo el de otra persona y otra más, con el aire atascado en la garganta.

Nada.

Nada.

Nada.

Están todos muertos, todos menos yo.

Se me escapa un gemido y siento cómo me tiembla el cuerpo, pero mi mente permanece extrañamente en blanco.

¿Es esto lo que se siente cuando sufres una conmoción?

Me alejo a trompicones del mercado de agricultores, en dirección a la autopista 78. Soy incapaz de reprimir mi creciente horror mientras me abro paso entre los muertos.

¿Hasta dónde se extiende la devastación?

Dejo atrás la última fila de puestos y la autopista aparece justo frente a mí cuando el ruido de unos cascos interrumpe mis pensamientos. Al principio creo que me lo estoy imaginando, pero luego se vuelve más fuerte.

Me vuelvo hacia el sonido. Al principio no veo nada, el toldo del puesto a mi derecha me bloquea la vista. Doy unos pasos más hacia la carretera y, de repente, lo veo.

Iluminado por el sol de la mañana y con aspecto de dios oscuro, veo a un jinete vestido con una armadura plateada, un par de alas negras le brotan de la espalda.

Durante un instante, esas malvadas alas son lo único que puedo ver. Son tan imposibles de comprender como el mar de cadáveres detrás de mí.

Existen cuatro criaturas conocidas con el poder de matar en el acto. Y solo una de ellas tiene alas.

El último ángel de Dios.

Death.

II



Casi me ceden las rodillas al darme cuenta.

Dios mío, estoy viendo al mismísimo Death, uno de los cuatro jinetes del apocalipsis.

Nunca he visto a nadie —*nada*— como él.

Va vestido para la batalla, aunque es todo un misterio quién podría querer enfrentarse a él. La armadura brilla como si estuviera recién pulida y ha plegado sus enormes alas negras a la espalda, tan grandes que las puntas casi tocan el suelo.

Mientras el jinete cabalga, clava la mirada en un punto a lo lejos.

Su rostro es solemne y cautivador. Juraría que ya he visto el arco de esas cejas y la inclinación de esa nariz, en mis sueños. He imaginado la curva de esos labios, la presión de esos pómulos y el corte de esa mandíbula en cada poema trágico leído a la luz de las velas.

Es más hermoso de lo que logro comprender y más aterrador de lo que podría haber imaginado.

Debo de hacer algún ruido, porque el jinete desvía la mirada del horizonte y su cabello negro se mueve un poco allí donde le roza los hombros. Durante un segundo perfecto, nuestros ojos se encuentran.

Su mirada es *antigua*. Incluso pese a lo lejos que está, alcanzo a ver su edad en esos ojos. Este ser ha visto más de la humanidad de lo que yo podría ver nunca. Cuanto más me mira, más siento el peso de toda esa historia. Él tensa la mandíbula mientras me observa y su evaluación me provoca cierto hormigueo en la piel.

Tal vez sea porque sigo conmocionada, o quizá porque,

sencillamente, es demasiado tarde para esconderme, pero, sea cual sea la razón, camino por la carretera hacia el jinete.

Death frunce el ceño y frena a su caballo. Yo también me detengo en ese instante y los dos seguimos sosteniéndonos la mirada.

Tras unos segundos, desmonta y avanza a grandes zancadas, acortando la distancia entre nosotros. Sus botas producen un sonido amenazante al resonar sobre el asfalto resquebrajado y a mí el corazón me late con fuerza y debería echar correr.

¿Por qué no estoy huyendo?

Death se detiene frente a mí.

Me observa con atención: sus ojos van de mi rostro a mi camiseta *vintage* y a mis vaqueros cortados, a mis piernas y mis zapatillas de segunda mano, y luego vuelven a mirarme a la cara. Su evaluación no es lasciva; me da la impresión de que no está observando mi cuerpo en absoluto, tiene la mirada un poco desenfocada.

—No te reconozco. —Sus alas susurran y se acomodan de nuevo. Hace una mueca y frunce el ceño—. ¿*Quién* eres?

III



DEATH

Todo lo que hay en mí me exige que la tome.

Todo.

Tal vez sea porque no puedo hacerlo, no en un sentido real. Su alma se ha adherido a su carne y ni mi mano ni mi poder pueden separarla.

Y, aun así, el deseo de llevármela conmigo me persigue. Es tan extraño, tan alarmante, que las alas se me despliegan en abanico, en parte por la sorpresa y en parte preparándome para emprender el vuelo.

Lo he sentido en el preciso instante en que la he visto y la sensación aún no ha disminuido.

Observo a la mujer mientras separa los labios.

—Yo… —Su voz se desvanece, el pecho le sube y le baja más rápido de lo que debería—. No sé cómo responder a eso —dice, con aspecto de sentirse perdida y puede que un poco aturdida.

Me sorprende el tono de su voz. Resulta incluso convincente.

Tus hermanos tienen a sus mujeres. Esta es la tuya. Tómala.

Lucho contra esa necesidad imperiosa.

¿Es esto lo que les sucedió a mis hermanos? ¿Fueron sus luchas así de… *viscerales*?

Joder, es horrible.

Me armo de valor.

Los impulsivos son los *humanos*. No los jinetes.

Y mucho menos yo, Death.

No pienso volverme como ellos.

Silbo por encima del hombro, llamando a mi caballo, aunque no logro apartar la vista de la mujer. No sé por qué quiero contemplarla. Llevo un año despierto. Ningún humano me ha llamado la atención de esta manera. Ese mero hecho ya es desconcertante.

Mi corcel acude a mi lado. A regañadientes, aparto la mirada de la mortal y me obligo a subirme a mi montura, luchando contra mis propios instintos más básicos, que me impulsan a agacharme y agarrar a la mujer por la camisa para subirla a la silla conmigo.

Mi mente necesita que le prendan fuego.

«Vete. Pon tanta distancia como puedas entre ella y tú. Tienes un deber del que no debes apartarte», me ordeno.

Aun así, casi por voluntad propia, mi mirada desciende hacia ella, como si no pudiera evitar contemplarla. A mi espalda, mis alas se despliegan y se acomodan de nuevo por culpa de mi agitación, y yo ignoro las extrañas sensaciones que me recorren.

—No deberías estar viva —digo en tono hostil.

Antes de que ella pueda añadir nada, espoleo a mi caballo y huyo.

LAZARUS

Observo al jinete mientras se aleja, inquieta por nuestro extraño y breve encuentro.

Death.

Me entran escalofríos solo de pensar en ese horrible jinete.

Una vez que lo pierdo de vista, parpadeo varias veces. Su partida parece romper el hechizo bajo el que he estado.

Recorro una vez más los alrededores con la mirada y reparo en todas las personas que estaban vivas hace solo unos minutos.

Entonces, las ruedecillas de mi mente empiezan a girar. Death ha llegado a Temple, Georgia. Ya ha matado a toda la población reunida

en el mercado al aire libre —excepto a mí, por supuesto— y ahora se dirige a la ciudad.

A *mi* ciudad, donde viven mi familia y mis amigos. Donde hoy, en particular, se han reunido todos para celebrar el cumpleaños de mi sobrina.

Joder.

En cuanto ato cabos, echo a correr por la autopista, saltando por encima de los muertos, con el corazón latiéndome a mil por hora.

Ay, Dios, Dios, Dios, Dios.

Por favor, mi madre no. Por favor, mi madre no. Al principio, lo único en lo que puedo concentrarme es en ella. Ha sido mi mundo entero desde que me encontró hace dos décadas, sola en otra ciudad llena de cadáveres. Pero también hay otras personas a las que quiero: a mis hermanos Nicolette, River, Ethan, Owen, Robin y Juniper. Luego están sus parejas y…

Me ahogo al pensar en todos mis sobrinos y sobrinas y se me revuelve el estómago. Ya he visto varios niños entre los cuerpos tirados en las calles.

¿Qué clase de monstruo no perdona a los niños?

Intento desterrar cualquier pensamiento sobre mi familia, pero luego pienso en Hailey y en Gianna, mis mejores amigas, y en Jaxson, a quien estaba empezando a conocer.

Todos ellos viven en esta ciudad.

El miedo y el horror me ahogan.

Por favor, Dios, no seas tan cruel.

El viaje de vuelta a casa es rápido, pero el pánico que inunda mi mente hace que parezca una eternidad. Los cuerpos dispersos de tantos muertos no ayudan. El terror se entremezcla con mi miedo.

Me arden los pulmones y las piernas amenazan con cederme cuando veo la casa verde guisante a la que siempre he llamado hogar. Mis seis hermanos y yo crecimos un poco apiñados, y si a eso sumamos a todos los amigos y vecinos que no han dejado de entrar y salir por esa puerta principal a lo largo de los años, siempre ha sido un lugar ruidoso y bullicioso donde podías relajarte y pasar el rato, si no te importaba el hecho de que básicamente viviésemos amontonados.

Recorro a la carrera el sendero del jardín y cruzo la puerta. Lo primero que percibo es olor a quemado, pero queda rápidamente eclipsado por la imagen que tengo frente a mí.

Se me escapa un grito.

Mi hermano River está sentado en el sofá, con el cuerpo desplomado sobre su guitarra, la púa en el suelo junto a él.

—No —gimo, corriendo hacia él.

Hay más cadáveres: Nicolette y su esposo Stephen están en la cocina, su hija menor en la trona que mi madre tiene para sus nietos.

Al ver a mi sobrinita, tengo que taparme la boca con la mano para mantener a raya mi creciente malestar. Se me escapa una lágrima de horror.

Me descubro incapaz de tocarlos. Sé que se han ido, pero sentir su carne fría hará que sea real y… todavía no puedo hacerlo.

Mi hermano Ethan yace en el suelo frente a la estufa y esa es la fuente del humo: el desayuno que estaba cocinando ha acabado carbonizado.

No sé por qué me tomo la molestia de retirar la sartén del fuego. Aquí ya están todos muertos.

Me tambaleo por el pasillo hacia mi dormitorio. Robin está dentro, despatarrada en la cama en la que solía dormir antes de mudarse. Briana, mi sobrina, se ha desplomado contra ella, el libro ilustrado que debían de estar leyendo ha quedado atrapado bajo su cuerpecito. Sus ojos miran sin ver y yo me ahogo en mi horror.

Se suponía que hoy íbamos a celebrar su cumpleaños, no… no *esto*.

Owen y Juniper y sus familias aún no han llegado, así que la única persona a la que aún no he encontrado es…

—¡Mamá! —grito.

No hay respuesta.

Nononoporfavorno.

No puede estar muerta.

—*¡Mamá!* —Siento como si el corazón se me saliera del pecho.

Corro de habitación en habitación como una loca, buscándola.

Estaba aquí cuando me he ido esta mañana, preparándose para la fiesta de cumpleaños, pero ahora no la encuentro.

Intento convencerme de que *desaparecida* es mejor que *muerta*.

Pero luego echo un vistazo al patio trasero por la ventana de la sala de estar. Lo primero que veo es la larga mesa de madera, ya preparada con platos y utensilios y algunas decoraciones de cumpleaños. Más allá, está el gran roble al que solía trepar cuando era niña. Durante unos instantes, puedo engañarme a mí misma y pensar que ella ha sido una excepción, como yo, antes de posar los ojos en los parterres elevados del jardín.

No.

Las piernas me ceden.

—Mamá… —Mi voz no parece mía. Demasiado ronca, demasiado agonizante.

Está tumbada junto a los parterres elevados y algunas hierbas que estaba recolectando han acabado esparcidas a su lado.

Me obligo a ponerme de pie y llego tropezando hasta la puerta trasera. No sé cómo la abro, no veo con claridad, las lágrimas lo oscurecen todo.

No quiero creer en *esta* muerte. Esta mujer me salvó y me acogió. Me mostró lo que eran la gracia, la valentía, la compasión y el amor. Por citar el tema de mi redacción de segundo, mi madre *es* mi heroína.

Y, de alguna manera, su increíble vida ha llegado a su fin, así sin más.

No sé cómo me las arreglo para llegar hasta ella. Nada de esto está bien. Me dejo caer a su lado. Tan cerca que veo que también tiene los ojos abiertos y que mira ciegamente al cielo, como si tuviera las respuestas.

Se me escapa un grito ahogado mientras acuno su cuerpo en mis brazos. El tacto de su piel no es normal: cálida donde le ha dado el sol, pero más fría en las zonas que estaban en contacto con la hierba.

Pese a todo, presiono dos dedos contra su cuello; no soporto no hacerlo.

Nada. Ningún aleteo del pulso, nada que desafíe lo que veo con

tanta claridad.

Cierro los ojos e inclino la cabeza sobre ella. Las lágrimas resbalan libremente por mi rostro.

No es posible que toda mi familia se haya ido. No es posible.

Estoy llorando, destrozada, y no logro procesar nada de lo sucedido.

Así es como debió de sentirse, tantos años atrás, Jill Gaumond, mi madre, cuando fue a Atlanta en contra de las súplicas de todo el mundo para buscar a su esposo. Debió de costarle creer que la ciudad estuviese llena de muertos, y su ser querido entre ellos, todos aniquilados por la plaga de Pestilence. Sin embargo, en aquel entonces el resto de su familia estaba en Temple, Georgia, a salvo de la fiebre mesiánica.

Ahora no es el caso. Soy la única que queda.

Cuanto más sostengo a mi madre, más se le enfría la piel. Y yo sigo llorando, y lo sé.

Lo sé.

Lo sé.

Lo sé.

Se han ido de verdad. Mamá y River, Robin y Ethan, Nicolette y Stephen y Briana, la cumpleañera, y la pequeña Angelina. Se han ido en el mismo instante que todos los demás. Y no van a volver y ningún deseo cambiará esa realidad.

—Te quiero —le digo a mi madre, echándole el pelo hacia atrás.

Siento que las palabras resultan inadecuadas.

Mi mente sigue dando vueltas y el dolor no se ha asentado del todo porque nada de esto tiene sentido y me siento muy confundida sobre el hecho de que, simplemente… ya no estén.

Y por qué, incluso después de haberme topado cara a cara con el mismísimo Death, yo sigo viva.

IV



Death y yo somos viejos enemigos. Bueno, por lo menos *yo* había supuesto que lo éramos. Pero, por lo que parece, él no sabe ni quién soy.

El caso es que nunca he podido morir. Mejor dicho, *puedo* morir. Solo que parece que nunca me quedo muerta.

Ni cuando me caí del árbol y me rompí el cuello. Ni cuando me atracaron y me rajaron la garganta. Y quizá lo más raro de todo, ni siquiera cuando Pestilence cruzó Atlanta hace mucho tiempo y mató a una ciudad llena de personas, incluyendo a mis padres biológicos.

No debería haber sobrevivido a aquello, ni por la plaga, ni por los días que pasé luego sin comida ni agua siendo tan pequeña.

Según lo cuenta mi madre —contaba—, ella volvía a casa después de encontrar a su marido muerto en el hospital en el que trabajaba cuando escuchó mis gritos.

«Entré en la casa y allí estabas, asustada, hambrienta y llorando como si no hubieras sobrevivido sola al menos dos días. Me viste y corriste a mis brazos y eso fue todo. Perdí un marido, pero gané una hija».

Oigo la voz de mi madre en mi cabeza incluso ahora, y siento un nudo en la garganta. Mis extraños orígenes fueron lo que condujo a mi nombre: Lazarus.

Que no puede morir.

Siento una envidia enfermiza en las entrañas. Envidia por los *muertos*. ¿Quién envidia a los difuntos? Sin embargo, aquí estoy, deseando que Death se me hubiera llevado junto con mi familia, en

lugar de obligarme a soportar este dolor aplastante completamente sola.

De todos los futuros que imaginaba, este nunca fue uno de ellos. Debería haberlo sido. Este es el mundo en el que vivimos, uno donde ya nada funciona y donde la gente se aferra a la religión como una especie de talismán que mantendrá a raya a los monstruos cuando resulta demasiado obvio que no lo hará.

Dejo en el suelo el cuerpo de mi madre y me alejo de ella. Es entonces cuando me doy cuenta: estoy rodeada de muertos. No solo en esta casa, sino en toda la ciudad.

Juro que lo siento en el aire: la muerte acecha por todos lados.

Bajo mis pies, el suelo empieza a temblar. Contemplo la tierra con el ceño fruncido. A lo lejos, oigo el profundo gemido de… algo grande. A continuación, varios sonidos de astillas, y luego…

¡Bum!

El suelo tiembla con un poco más de violencia cuando algo lo golpea con fuerza.

Todavía estoy intentando orientarme cuando vuelvo a escuchar esos mismos ruidos, solo que ahora provienen de las paredes de mi casa.

Desplazo la mirada hacia el edificio frente a mí, el miedo se me acumula en el estómago. Empiezo a retroceder, pese a que el suelo sigue temblando.

Muévete, Lazarus.

Paso junto al roble que está cerca del final del patio justo cuando la casa de mi infancia deja escapar un quejido largo y agudo. Me doy la vuelta a tiempo de ver cómo comienza a derrumbarse. El lado izquierdo se desmorona primero, pero cuando empieza, el lado derecho le sigue.

¡Bum!

El impacto, repentino y cercano, me arroja al suelo. Una nube de polvo y restos me cubre y cierro los ojos mientras respiro el aire acre. Los últimos pedazos de la construcción repiquetean y se hace el silencio una vez más.

Me levanto y aparto el polvo que queda en el aire antes de girarme hacia mi casa.

Pero esta ya no está en pie. Ella y todos los muertos que residían en su interior han quedado reducidos a un montón de escombros.

La ciudad entera de Temple está en ruinas. Veo cadáveres y otros restos. Nada más. Los puntos de referencia —la cafetería a la que iba, el supermercado en el que compraba, mi antiguo instituto— han desaparecido.

Desaparecido, desaparecido, desaparecido.

Al contemplar tanta destrucción —y a todas las personas que reconozco muertas en las calles—, me echo a llorar. Lloro hasta que los sollozos me dejan ronca. Después, me limito a observar el mar de cuerpos.

Me doy cuenta de que no puedo quedarme aquí. No queda ningún refugio, no queda gente.

Miro desolada a mi alrededor.

«¿A dónde se supone que debo ir?».

V



Julio, año 26 de los jinetes
Eastaboga, Alabama

Tres noches después, sentada a un lado de la autopista 78, giro el viejo anillo de bodas de mi madre en el dedo una y otra vez mientras los grillos cantan a mi alrededor. Es lo único que logré rescatar de los escombros de mi casa, aunque eso es porque lo llevaba puesto y porque era una de las pocas cosas que no estaban enterradas bajo los cascotes.

Se lo quité del dedo. Se me llena la garganta de bilis al pensarlo. Me lo llevé como una ladrona de tumbas sin vergüenza alguna.

Debería haberla enterrado con él. Significaba mucho para ella. Pero no lo hice y, sinceramente, mi culpa se ve eclipsada por el alivio que siento de, por lo menos, tener algo suyo.

Además de eso, las únicas cosas que de verdad son mías son mi bolso y mi bicicleta, que dejé en el mercado de agricultores cuando todo esto empezó. Así que ahora se han convertido oficialmente en mis pocas y preciadas posesiones.

Devuelvo la atención a la sencilla banda dorada, intentando con todas mis fuerzas dejar de ver las imágenes que mi mente quiere reproducir una y otra vez de forma frenética. No es solo mi ciudad la que ha sido destruida. Bremen, Waco, Tallapoosa, Carrollton —todos los lugares por los que he pasado en busca de refugio— han sido diezmadas, sus habitantes han muerto y sus edificios han sido arrasados.

Sigo haciendo girar el anillo cuando llego a una conclusión.

Alguien tiene que pararle los pies.

Y si soy la única que puede sobrevivir a Death… debo ser yo quien lo detenga.

VI



Octubre, año 26 de los jinetes
Lebanon, Tennessee

La segunda vez que me encuentro con Death, no es por casualidad.

Estoy sentada con la espalda apoyada en un roble junto al camino, con un arco y un carcaj a mi lado.

Me ha llevado tres meses, muchas vueltas en círculo y muchos, muchos pueblos devastados, pero por fin creo que me he adelantado al jinete.

El sol de otoño se esconde tras las nubes y los árboles al final del camino ya están cambiando de color. Es más o menos la época en la que la temporada de fútbol está en pleno apogeo, cuando el viento empieza a arrastrar el frío consigo. Con él llega la promesa de las vacaciones y los suéteres y las bebidas calientes y la *familia*.

Se me hace un nudo en la garganta. Vivir sola ha sido un infierno. Estoy acostumbrada al ruido. Mi casa siempre estaba llena de canciones, maldiciones, risas, conversaciones… Encontraba consuelo en todos esos sonidos. No podías dar cinco pasos sin tropezar con los pies de otra persona. Incluso cuando mis hermanos se mudaron, siempre venían a verme, y cuando no lo hacían ellos, eran los vecinos y los amigos. Ahora, mi única compañía es la de los cadáveres junto a los que paso y los carroñeros que se alimentan de ellos.

Eso, y el aullido solitario del viento.

Creo que la soledad podría acabar volviéndome loca.

La tarde avanza y empiezo a inquietarme. Deambular por caminos muy transitados es pedir a gritos que te roben a punta de cuchillo. Eso fue lo que me sucedió a mí. Volvía a casa tras visitar a una paciente después de haber estado despierta durante más de veinte horas, ayudando en un parto particularmente largo y problemático. La doula para la que hacía de aprendiz me había despachado para que descansara un poco. Me estaba quedando dormida de pie y decidí detenerme un rato a un lado del camino para tumbarme un minuto. Me desperté al sentir que me rajaban el cuello. Los asaltantes me robaron todas mis cosas mientras me desangraba. Cuando volví en mí, estaba ensangrentada y sola.

Los relámpagos me arrancan de mis pensamientos.

Ni un minuto después, una multitud de animales se precipita por la tranquila carretera. Los miro con incredulidad.

Ya viene.

Dios mío, que viene de verdad.

He errado tantas veces con la ubicación del jinete en los últimos meses que ya casi creía que no volvería a cruzarme con él. Pero por fin ha dado resultado.

A toda prisa, alargo la mano hacia el arco que compré hace un mes. No tengo buena puntería y mi intención era más bien asustar a los perros y cazar algún que otro animal —aún no he logrado *eso*—, pero tal vez pueda usarlo para detener a Death.

Hago una mueca. Nunca he hecho daño deliberadamente a nadie y, aunque ahora pueda tener motivos para hacerlo, no estoy segura de estar lista para ello… Es decir, soy la chica que borda margaritas en la ropa, me gusta rescatar crías de animales en mi tiempo libre y, durante los últimos años, he estado estudiando para ser doula, nada más y nada menos. También ha quedado demostrado que, cuando me emborracho, soy de las que dan abrazos.

Una figura solitaria aparece a lo lejos. Parece una mancha oscura contra el horizonte tormentoso. Apenas distingo sus terribles alas.

Empieza a llover. Primero una gota, luego dos y luego varias, hasta que parece que el cielo se ha abierto de par en par.

Se levanta el viento y tiemblo de frío.

Cuanto más se acerca el jinete, más tiemblo.

¿De verdad esperabas detenerlo, Lazarus? No va a atender a razones así como así. Sabes que no.

No repara en mí, no hasta que me levanto y me planto en mitad de la carretera.

El jinete detiene a su caballo y, aunque se trata de una ciudad diferente y de un día diferente con un clima diferente, siento que estoy reviviendo nuestro primer encuentro.

—Tú —susurra, su voz llena el mundo que nos rodea.

Me recuerda.

No debería sorprenderme, es probable que no existan muchos humanos a los que no pueda matar, pero aun así. Me recuerda.

La lluvia cae más rápido con cada segundo que pasa y el viento me azota la melena mientras lo observo con resentimiento.

Death salta de su corcel, sin despegar la mirada de mí. Bajo esta luz sombría, su rostro presenta un aspecto especialmente trágico. Trágico y encantador, como si las cosas que ha hecho lo atormentaran.

Eso, por supuesto, sería darle demasiado crédito. No creo que le importen en absoluto las muertes de las que es responsable.

Los relámpagos atraviesan el cielo. Por un instante, la intensa luz cambia los rasgos del jinete. Donde hace un segundo había una cara, ahora veo una calavera superpuesta, y donde antes había una armadura y alas, ahora veo un esqueleto.

Los relámpagos se extinguen tan deprisa como han llegado y Death vuelve a ser un simple hombre.

Ay, Dios, de verdad es la muerte.

Si necesitaba más pruebas, me las acaban de dar.

Siento las rodillas flojas y, joder, estoy a punto de perder los nervios.

Death se me acerca y me quedo sin aliento. No es un ser al que se deba contemplar tan de cerca. Es terriblemente hermoso.

El jinete observa mi cabello mojado y mi cuerpo empapado por la lluvia.

—Todas las criaturas huyen de mí, excepto tú. —No suena sorprendido ni alarmado. Es un completo misterio.

Levanto la barbilla.

—¿Se supone que debo tenerte miedo?

Porque lo tengo. Estoy aterrorizada hasta la médula. También soy demasiado imprudente como para preocuparme por ello.

Él esboza una pequeña sonrisa y sí que debo de ser valiente, porque no me meo encima al verla, como podría haber hecho cualquier persona sensata.

—Me has arrebatado a todo el mundo. —Se me quiebra la voz al escapárseme esas palabras. No había planeado empezar así, pero una vez que arranco, parezco incapaz de parar—. A mi madre, a mis hermanos, a mis hermanas, a mis sobrinos y sobrinas, a mis vecinos, a mis amigos… No me queda nadie.

La dolorosa soledad con la que he cargado estos meses se apodera de mí. El duelo ya es bastante terrible por sí solo, pero ahora también tengo que lidiar con esta añoranza que nunca pedí.

Death me contempla con fijeza mientras la lluvia cae con fuerza sobre ambos.

—Eso es lo que hago, *kismet* —dice, en un tono más amable—. Mato.

El dolor me desgarra, tratando de salir. Mi vida entera murió el día en que el jinete llegó a mi ciudad, y a él no le importa una mierda.

«Por supuesto que no, Lazarus. De ser así, no estaría destruyendo el mundo», dice una vocecita dentro de mí.

El jinete me lanza otra mirada casual. Algo antiguo y extraño me observa desde el fondo de sus ojos.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

Dudo. No debería darle mi nombre a un hombre en quien no confío. Pero ¿qué es lo peor que podría pasar? Ambos sabemos que no es capaz de matarme.

—Lazarus —admito al fin.

—Lazarus —repite, saboreando el nombre con la lengua. Sonríe, aunque, de nuevo, solo logra que parezca que está a punto de devorarme—. Qué apropiado.

Death empieza a rodearme, arrastrando las puntas de las alas por el suelo. El borde exterior de una me roza el brazo y el contacto me pone la piel de gallina.

—¿Quién eres? —quiere saber.

—Ya me has hecho esa pregunta antes —digo, observándolo con cautela mientras se detiene de nuevo frente a mí.

Un rayo cae a lo lejos y vuelvo a ver un esqueleto superpuesto sobre él.

Me estremezco ante la macabra visión.

—Mi voluntad debería matarte por sí sola —prosigue, ignorando mi reacción—. Pero no es así. Mi contacto debería arrancarte el alma de los huesos. Pero no lo hace. Solo queda una opción.

Sus ojos antiguos parecen… tristes.

El jinete se mueve cegadoramente rápido. Me agarra por ambos lados de la cabeza y con un tirón rápido…

Crac.

Parpadeo, aturdida por un instante. Sobre mí, el cielo está oscuro.

¿Dónde estoy?

Por el rabillo del ojo detecto una sombra que se mueve y me sobresalto. Ruedo hasta sentarme, solo para encontrarme cara a cara con Death.

Respiro hondo al verlo arrodillado a mi lado, con sus largas alas sobre el suelo que tiene detrás.

—De verdad no puedes morir —pronuncia las palabras con una especie de reverencia silenciosa.

Me sobresalto al oírlas, rememorando mis últimos momentos de lucidez.

—¿Qué me has hecho? —exijo saber mientras me siento, aunque ya sé la respuesta.

Me toco el cuello, recordando el dolor.

Death se cierne sobre mí.

—Estoy hecho para una única cosa, humana.

Matar.

El jinete sigue observándome y algo en su mirada provoca que me hormiguee la piel. O quizá se trate de ese silencio inquietante que parece seguirlo. O del hecho de que me haya matado esta tarde; tal vez sea *eso* lo que me está poniendo nerviosa.

Inspiro hondo y eso provoca que pierda el control. Siento cómo mi ira, mi dolor y todas las demás emociones desagradables que han cruzado por mi mente durante los últimos meses me inundan.

Recuerda tu propósito. *Recuerda… tu propósito.*

Tomo aire de forma entrecortada y reprimo mi creciente histeria. A pesar de lo que Death me acaba de hacer, me ha costado mucho conseguir este encuentro. No quiero desperdiciarlo. *No puedo.*

—Detén la matanza —susurro.

Se produce un largo silencio.

—No me es posible —responde al fin.

—Por favor —le pido—. No hagas que nadie más pase por lo que yo he pasado.

Me duele profundamente suplicarle al hombre que mató a mi familia y a mis amigos y que acaba de intentar matarme a mí también.

Siento la mirada oscura del jinete sobre mí.

Al final, se pone de pie y retrocede.

—Déjalo estar, Lazarus —me sobresalto al oír mi nombre—. Soy lo que soy y ninguna dulce súplica cambiará eso.

Se da la vuelta, mostrándome las alas mientras se retira hacia su caballo.

Lo fulmino con la mirada.

—¿El poderoso Death está huyendo de mí? —grito, burlándome abiertamente de él.

Sus pisadas se detienen.

—Adelante, vete. Volveré a rastrearte y ya está —le prometo—. Y cuando te encuentre, te pararé los pies.

Se ríe y se da la vuelta una vez más.

—Soy una de las pocas cosas que *no* se pueden detener, Lazarus. Sin embargo, ansío verte intentarlo.

Creo que la conversación ha llegado a su fin, pero resulta que se acerca a mí de nuevo.

Se detiene y se arrodilla a mi lado.

Frunzo el ceño y me echo un poco hacia atrás.

—¿Qué haces?

Los ojos le brillan en la oscuridad.

—Conseguir ventaja.

Y por segunda vez en el día, el muy cabrón se acerca y me rompe el cuello.

Death

Cuando Lazarus se desploma en mis brazos, la dejo en el suelo con delicadeza.

He hecho que me odie.

Intento saborearlo; frustrar este desafío cósmico que literalmente han puesto en mi camino es lo mejor. Si me odia, todo se vuelve más fácil.

Pero cuando me arrodillo a su lado, no siento ninguna satisfacción. Solo una especie de tristeza enfermiza, como si hubiera tomado la decisión equivocada. Mis instintos más bajos siguen tirando de mí, exigiéndome que la suba en mi corcel y me la lleve conmigo. He llegado a esperar ese impulso cada vez que la miro y eso me facilita ignorarlo.

Observo con atención su cuerpo inmóvil. Encerrada bajo toda esa sangre y huesos, está su esencia. Incluso ahora, siento su alma revoloteando dentro de su forma sin vida, atrapada en su interior como un pájaro enjaulado. Debería resultarme fácil alargar la mano y liberarla.

Pero no lo es.

De hecho, es lo único que no he podido hacer. Lo más extraño es que, aunque ahora mismo detecto su esencia, no siento que sea *mía*. Con el resto de seres humanos, siento una conexión íntima. Con esta mujer, en cuanto dejo de tenerla delante, es como si hubiera desaparecido de la faz de la Tierra. Empiezo a darme cuenta de que esto va a volverme loco.

Inclino la cabeza y exhalo.

Tengo muchas, muchas almas que aún debo liberar. Ella me está distrayendo.

Quizá después de esta noche, me deje en paz.

Frunzo el ceño, disgustado ante la idea.

Sé que ella es mi desafío. Todos mis hermanos se enfrentaron a uno. Y todos fracasaron. Incluso Famine, aunque de alguna forma se las arregló para no llevar a cabo su tarea *sin* encontrar redimible a la humanidad.

Dejo caer la mano y miro a Lazarus una vez más, sintiendo cómo el pulso, por lo general estable, se me acelera. La luna brilla lo suficiente para permitirme distinguir sus rasgos. Me detengo en sus pestañas, que le besan la parte superior de las mejillas ahora que tiene los ojos cerrados. Desplazo la mirada hacia sus labios. Siento la peculiar necesidad de traerla de vuelta de la muerte, todo para poder inclinarme y presionar la boca contra la suya, solo para ver cómo encajan juntas.

Me estremezco al pensarlo.

Me he topado con miles de millones de personas, con todo tipo de variaciones físicas. *Ninguna* me ha conmovido. Pero *ella* lo consigue. Esta mujer cuya alma no puedo tomar y cuya vida no puedo conocer. Esta mujer cuyo rostro debería confundirse con todos los demás que he visto. En cambio, persiste en mi mente y me atormenta como una especie de espectro.

Lazarus.

Cuántas veces ha cruzado por mi mente ese maldito nombre en las horas transcurridas desde que lo ha pronunciado por primera vez.

Esta humana no tiene un nombre angelical, pero no lo necesita, le dieron uno humano que es igual de adecuado.

Es capaz de soportar la muerte, lo que significa…

Ella es creación. *Vida.*

LAZARUS

Me despierto con un gemido y me llevo la mano al cuello. Sobre mí, la noche oscura se desvanece, la luz de las estrellas atenuada contra el cielo violeta.

En esta ocasión, la confusión dura solo una fracción de segundo antes de que recuerde…

Death. El enfrentamiento. El cuello roto.

Menudo *desgraciado*.

Me ha matado dos veces en el transcurso de un día y me ha dejado aquí tirada, a un lado de la carretera. Y no queda ni rastro de él, excepto por una única pluma negra que me resbala por el pecho en cuanto me incorporo.

La ira surge desde lo más profundo de mi ser. Es demasiado tarde para herir al jinete, pero no me importa.

Este último enfrentamiento ha despertado algo en mi interior.

Un auténtico propósito.

Esta tarea ya la inicié hace meses, pero me siento diferente ahora que me estoy comprometiendo formalmente con ella: detener al jinete. Salvar a la humanidad.

No importa cuánto me cueste.

VII



Octubre, año 26 de los jinetes
Lexington, Kentucky

Tengo dos objetivos en mente: el primero, advertir a las ciudades sobre la inminente llegada del jinete; el segundo, detenerlo por cualquier medio necesario.

El mero hecho de encontrar una ciudad que Death no haya arrasado ya me lleva casi dos semanas. Había supuesto que tendría problemas para seguirle el rastro, considerando mi suerte en el pasado, pero ahora es como si no pudiera escapar de él.

Adondequiera que vaya, él ya ha estado ahí.

No solo deja un rastro de cadáveres a su paso; las propias ciudades quedan destruidas; los edificios, arrasados, y las calles, bloqueadas por los escombros. Es como si no tuviera suficiente con matarnos, necesita borrar toda evidencia de nuestra existencia.

En estas dos semanas, he visto decenas de ciudades llenas de muertos y el mapa que me agencié en Tennessee está lleno de X, cada una representa una ciudad que Death se ha cargado. Una de ellas es Nashville, la preciosa y condenada Nashville. Lloré a lágrima viva cuando entré en la metrópolis. Los cadáveres ya habían empezado a pudrirse y el olor… Eso y los carroñeros hicieron que saliese de la ciudad tan rápido como había entrado.

Pero mientras sucedía todo esto, he estado aprendiendo. Por ejemplo, Death no se desplaza en línea recta, sino que zigzaguea a través del país. Lo veo claramente en el mapa, aunque para cuando

reconozco el patrón, los muertos con los que me topo son más antiguos y están en un estado de descomposición más avanzado, lo que significa que el jinete me saca cada vez más ventaja.

Otra cosa que he aprendido, solo por suposición, es que nunca duerme y jamás se detiene, lo cual me dificulta mucho mantenerme un paso por delante de él.

Así que cuando al fin doy con una ciudad que se encuentra en la ruta de Death, una llena de gente vivita y coleando, es como un sueño cruel y tengo que volver a consultar mi mapa.

La ciudad de Lexington bulle de actividad, como si nada fuera mal. Y no solo prospera, sino que es una ciudad enorme, una que Death no dejaría en pie.

¿Me he equivocado en algo? ¿Acaso el jinete ha cambiado su patrón?

Siento un pánico urgente en mi interior que me impele a plantarme en mitad de la calle y gritar la verdad a todo pulmón.

«¡Death viene a por todos vosotros!».

En vez de eso, me dirijo a la comisaría, aunque me cuesta varios intentos y algunas preguntas encontrar el camino.

Apoyo mi bicicleta, que ya está muy usada, contra el lateral del edificio de la Policía y me muerdo el labio inferior mientras lo contemplo.

¿Debería haber ido a un parque de bomberos en vez de venir aquí? ¿Al ayuntamiento? En realidad, no sé cuál sería el mejor lugar para compartir información acerca de los movimientos de Death.

Respiro hondo, me desprendo de mis armas de mala gana y las dejo en la bicicleta. Sinceramente, espero que nadie sea lo bastante atrevido como para robarlas justo delante de una comisaría. A continuación, entro dando grandes zancadas.

Hay algunas personas esperando en asientos cercanos y el agente que atiende el mostrador de recepción me mira con aburrimiento, como si prefiriera estar haciendo otras cosas o en otro sitio.

Me acerco a él, haciendo crujir los nudillos, dedo por dedo, como si así pudiera disipar los nervios.

—¿Qué puedo hacer hoy por usted, señorita? —pregunta el

hombre, arrastrando las palabras.

Tomo aire. No hay forma de endulzar lo que he venido a decir.

—Uno de los cuatro jinetes se acerca a esta ciudad.

Pensaba que no me creerían. Había asumido que el agente al que me acercara se reiría de mí.

No ha sido el caso.

Dos horas después, me encuentro sentada a una mesa frente al alcalde de Lexington, el jefe de policía, el jefe de bomberos y otro funcionario cuyo título no recuerdo, todos reunidos en una de las salas de conferencias del ayuntamiento.

A diferencia del agente con el que he hablado al principio, aquí no todos están dispuestos a creerse mi historia.

—Cuéntanos otra vez quién eres —me pide el alcalde.

—Me llamo Lazarus Gaumond…

—¿Lazarus? —interrumpe el funcionario anónimo. Se ríe a carcajadas—. Se llama Lazarus ¿y no habéis cuestionado su versión en absoluto? —acusa a los demás—. Solo es una de esas lunáticas de la Iglesia de la Segunda Llegada.

El jefe de policía lo fulmina con la mirada.

—No pongas en duda el criterio de mi departamento, George.

—Entonces, ¿de verdad crees que un *jinete* va a venir a nuestra ciudad? —pregunta el susodicho con escepticismo y las cejas enarcadas.

George me mira y suelta otro resoplido incrédulo. El jefe de policía le lanza una mirada fulminante, con la mandíbula apretada, pero no añade nada más.

—Hemos recibido informes de testigos oculares en los que se reportaban muertes en masa durante las últimas semanas —comenta el jefe de bomberos distraídamente—. No es impensable, y menos considerando que sabemos que los jinetes están aquí, en la Tierra. —Se gira hacia mí, con las manos entrelazadas sin demasiada fuerza sobre la mesa—. ¿Por qué no nos cuentas lo que sabes? —me pide con suavidad.

Tiene ojos amables y no me mira como si estuviera chiflada.

Paseo la mirada entre los otros tres hombres presentes. Nunca he hecho esto, nunca he intentado advertir a un pueblo entero de la llegada de Death. Me inquieta más que un poco que esta gente no me crea.

—Avanza en esta dirección —digo, vacilante—. Todavía está por ver si atravesará esta ciudad a caballo, pero es probable que lo haga. Creo que se siente atraído por las ciudades grandes.

Es otra de mis suposiciones, pero parece acertada.

—¿Qué pruebas tienes de que viene hacia aquí? —pregunta el jefe de bomberos.

Pruebas. La palabra hace que se me caiga el alma al suelo. Tengo muy pocas, aparte de lo que he visto y experimentado de primera mano.

Tomo mi desgastada bolsa y la coloco sobre la mesa de conferencias. La abro y una daga envainada cae del interior. La aparto y cojo mis mapas. Tengo uno de Tennessee, uno de Kentucky y uno más grande de Estados Unidos al completo. Todos están meticulosamente marcados.

Ignoro la forma en que me tiemblan las manos mientras los despliego uno por uno y los coloco sobre la mesa.

¿Creías que podrías entrar en la ciudad y advertirles, Lazarus? Esta gente nunca te creerá, morirán sin creerte.

Todas mis preocupaciones resurgen y encuentro en ello una especie de ironía enfermiza, puesto que no existe nada de lo que yo personalmente deba preocuparme. Después de todo, no voy a morir; son quienes me rodean los que sucumbirán a la muerte.

Empujo los mapas hacia mi audiencia.

—Las X marcan los lugares por donde ya ha pasado Death. No queda nada de esas ciudades. Si observan el mapa de todo el país, verán que el rastro se extiende hasta Georgia, de donde soy yo. —Estoy balbuceando, pero no puedo parar—. Le perdí la pista al jinete durante un par de meses. No sé dónde estuvo durante ese…

—¿Estas son tus pruebas? —me interrumpe George—. ¿Unas cuantas marcas en un mapa? —Emite un sonido de disgusto y se levanta de su silla—. Sois todos unos malditos idiotas si pensáis perder el tiempo escuchando esto.

Me lanza una última mirada desagradable, sacude la cabeza y se marcha de la sala de conferencias. Cierra detrás de él y el portazo resuena.

Se producen unos instantes de silencio tenso.

—Tiene razón —interviene el alcalde, pasándose una mano por el pelo plateado—. ¿Por qué deberíamos creerte? Me parece una buena forma de asustar a la gente para que abandonen sus casas el tiempo suficiente para robarles.

Enarco las cejas.

—¿Cree que voy a…? —Me interrumpo, aunque mi enfado va en aumento. Los miro a todos y cada uno a los ojos—. He recorrido los pueblos que Death ha visitado. He visto los cuerpos y olido la podredumbre. Vayan a cualquiera de las ciudades marcadas y compruébenlo ustedes mismos, pero, por el amor de quien les importe, por favor, avisen a sus ciudadanos.

La habitación está en silencio.

—Habrá más avistamientos de muertos, especialmente a medida que Death se acerque —añado con más suavidad—, pero se les acaba el tiempo. Este es el primer pueblo vivo que he encontrado en *dos semanas*.

El estado de ánimo de la habitación se ha vuelto sombrío. Veo que me observan de nuevo, reevaluando cualquier suposición inicial que se hayan hecho sobre mí. Llevo una sencilla camisa blanca, unos vaqueros y un par de botas de cuero viejas, todo un poco desgastado por el viaje. Tampoco son mías. Estoy segura de que, cuando he llegado, les he parecido joven e ingenua. Espero que vean la mirada angustiada en mis ojos y que escuchen la verdad de mis palabras.

Si lo hacen, esto podría funcionar.

—Ningún jinete ha recorrido este país en dos décadas —dice al fin el alcalde—. ¿Por qué iba a aparecer uno ahora?

Intento hacer acopio de paciencia. La diplomacia nunca ha sido lo mío.

—Ignoro sus motivos —contesto—. En realidad, no tengo ninguna respuesta a eso. Lo único que sé es que me he topado con un hombre de alas negras que se hace llamar Death y que ha estado

cabalgando de ciudad en ciudad, matando a todo el mundo a su paso.

De nuevo, un silencio sombrío cae sobre la habitación.

—Por lo que he podido comprobar, este jinete no duerme, y su corcel tampoco —afirmo—. Hay una cosa, y solo una, que lo impulsa: la necesidad de aniquilarnos. Lo único que puedo intentar es advertir a ciudades como la suya. Si evacuan, es posible que sobrevivan a su ira.

El jefe de policía se aclara la garganta.

—Hay un problema con tu historia —dice—. Si Death está matando a todos los que se cruzan en su camino, ¿cómo es que *tú* sigues con vida?

Es la pregunta que me estaba temiendo. Por supuesto que quieren saberlo. No he encontrado una mentira lo bastante convincente, así que me decanto por la verdad.

—No puedo morir.

La sala vuelve a quedarse en silencio, solo que ahora siento el escepticismo y la desconfianza colectivos.

Al final, el alcalde se ríe sin humor.

—George tenía razón. Es una maldita pérdida de tiem…

—Puedo demostrarlo. —No quiero, pero puedo—. Solo necesito un cuchillo y un poco más de su tiempo.

VIII



—Esto es ridículo —protesta el alcalde un minuto después—. Nadie va a dejar que te cortes o lo que sea que planees hacer.

—Quieren pruebas de que no puedo morir; las tengo. ¿De verdad creen que al final no correrá la sangre? —pregunto con vehemencia —. Mi ciudad natal no es la única que he visto caer. Miren esas X. Representan cada masacre que he visto con mis propios ojos. Y hay incontables más de las que no he sido testigo. Intento evitar que Lexington sea otra cruz en mi mapa, de modo que, si necesitan pruebas, estoy dispuesta a dárselas.

Se produce un largo silencio y sé que estos hombres se sienten incómodos con todo lo que les estoy diciendo.

—A la mierda —dice el jefe de policía, entrelazando las manos detrás de la cabeza. Su silla cruje cuando cambia la distribución del peso—. Si la dama quiere cortarse para demostrar algo, yo digo que lo haga.

No quiero hacer *nada*.

El jefe de bomberos me observa con atención durante un largo instante antes de asentir.

—¿En serio? —El alcalde suspira—. Está bien, adelante.

Empiezo a arremangarme mientras el hombre murmura algo en voz baja.

—¿Qué es *exactamente* lo que vas a hacer? —pregunta el jefe de bomberos, entornando los párpados.

Lo miro.

—No voy a suicidarme, si eso es lo que le preocupa. Me curo de manera antinaturalmente rápida; planeaba demostrarlo.

—¿Cómo se supone que un cortecito va a demostrar que no puedes morir? —quiere saber el alcalde, con cierta hostilidad.

Suspiro.

—¿Mejor me voy? —pregunto. Me siento derrotada—. Quiero ayudar, pero si creen que tengo malas intenciones, puedo irme.

La bilis se me sube a la garganta ante esa mera idea. No quiero marcharme, pero es necesario saber cuándo rendirse.

Creo que sé qué camino tomará el jinete para entrar en Lexington. Si parto ahora, tal vez pueda cortarle el paso…

—Si tienes malas intenciones —responde el alcalde—, no irás a *ninguna parte*.

El jefe de policía levanta la mano.

—Nadie te está pidiendo que te vayas —dice, lanzándole una mirada afilada al alcalde—. Haz lo que tengas que hacer para demostrar lo que afirmas.

Exhalo. Venga, puedo hacerlo. Todavía no he asustado a estos funcionarios.

Señalo mi bolsa.

—¿Puedo coger mi cuchillo?

Los hombres se tensan, como si no llevara los últimos minutos diciendo que necesito uno.

Al final, el jefe de bomberos asiente.

—De acuerdo.

Lentamente, saco el arma de mi bolsa.

—Un solo movimiento en falso con ese cuchillo, señorita, y no dudaré en acabar contigo —advierte el jefe de policía.

—Entendido —digo en voz baja, mientras lo desenvaino.

No es la peor situación que me había imaginado. Había asumido que esta reunión se iría al traste y que nunca llegaríamos tan lejos. Pero vivimos en la época de los milagros de pesadilla. Desafiar a la muerte no es algo tan descabellado como podría haber parecido hace treinta años.

Dejo al descubierto mi antebrazo izquierdo y acerco la hoja a la piel expuesta. Dudo y respiro hondo. En realidad, nunca he hecho esto y el estómago se me revuelve ante la perspectiva.

Antes de poder replanteármelo, arrastro el cuchillo por el

antebrazo. La carne se abre con una facilidad inquietante. El dolor llega una fracción de segundo después, e incluso con lo que he soportado, me sigue conmocionando sentir ese agudo escozor.

Tomo una profunda inhalación mientras la sangre gotea por la herida y dejo caer el cuchillo sobre la mesa.

Frente a mí, el jefe de bomberos se pone de pie y se saca un pañuelo del bolsillo.

—Para detener la hemorragia —explica—. Está limpio.

Le lanzo una mirada agradecida y lo acepto para limpiarme. Un instante después, doy la vuelta a la mesa y me dirijo hacia los hombres, con el brazo extendido.

—Supongo que querrán ver la herida de cerca —comento—. Solo para que sepan que no es un truco.

Limpio la sangre, aunque empieza a salir más rápidamente. A mi alrededor, los tres hombres la observan con atención; el jefe de bomberos llega incluso a agarrarme el antebrazo y a moverlo de un lado a otro.

—¿Cuánto tardará en sanar? —pregunta, soltándome.

Niego con la cabeza.

—Una hora, puede que dos.

—¿Dos horas? —El alcalde levanta una mano como si dijera: «¿qué sentido tiene esto?».

Y estoy de acuerdo: dos horas implican una espera demasiado larga.

—Si supone un problema —intervengo—, enciérrenme en una celda durante dos horas mientras empiezan a planear la evacuación. Si resulta que miento, no tienen por qué sacarme. Pero no es así —añado con voz firme—, por lo que será mejor que empiecen a prepararse.

No me conducen a una celda, sino a una sala de interrogatorios donde me dejan durante el siguiente par de horas, con la puerta cerrada desde fuera.

El tiempo pasa muy lentamente, pero el pomo de la puerta acaba girando por fin y un agente aparece en el umbral. Detrás de él, el

jefe de policía y el alcalde entran en la pequeña sala de interrogatorios.

—Hank está ocupado en este momento —dice el policía mientras la puerta se cierra a su espalda—, así que no ha podido venir.

Supongo que Hank es el jefe de bomberos y espero que esté ocupado evacuando gente.

Con la cabeza, el alcalde señala mi herida, que ahora está cubierta por gasas.

—¿Cómo va? —pregunta, con los ojos en guardia.

Me parece que sigue convencido de que se trata de un truco.

Mirando a los dos hombres, empiezo a desenrollar las vendas, hasta que cae el último trozo de lino. Debajo, todavía hay una mancha de sangre seca donde antes estaba la herida. Cojo el vaso de agua que me han traído hace un rato, vierto un poco sobre la sangre que me mancha la piel y uso las vendas para limpiarla.

La carne se ha vuelto a cerrar. No queda ni una leve cicatriz que indique que antes había una herida.

—Maldita sea. —El jefe de policía habla en voz baja, casi reverente. Clava la mirada en mí—. ¿Quién eres?

Esas fueron las mismas palabras que empleó Death y, al recordarlo, un escalofrío me recorre la columna.

—¿Me creen ahora? —quiero saber.

Se hace el silencio en la sala de interrogatorios.

—Porque si es así —digo con delicadeza, interpretando su silencio como una respuesta afirmativa—, entonces hay mucho que hacer para prepararnos y no nos queda demasiado tiempo para hacerlo.

IX



Permanezco agachada en el ático de un puesto comercial que se encuentra a las afueras de Lexington, el olor a tabaco y a cera de abejas emana de las cajas que me rodean. Tengo el arco y la flecha apoyados en el alfeizar de la ventana abierta y el sol de la tarde cuelga bajo en el cielo. Desde aquí hay una buena vista de la I-64, la carretera por la que apuesto que el jinete llegará a la ciudad.

Ajusto el agarre sobre el arco. Soy una buena tiradora, pero no excelente. Echo un vistazo al otro lado de la calle, donde otros arqueros aguardan escondidos detrás y sobre el tejado de un establo para caballos. Uno de ellos es Jeb Holton, el jefe de policía. Estaba decidido a apostarse aquí, en la carretera por la que estoy casi segura de que pasará Death.

El resto de las vías de acceso a la ciudad también están siendo vigiladas. La horrible verdad es que nadie tiene ni idea de si el jinete pasará por aquí, cuándo o desde qué dirección.

Roto los hombros y crujo el cuello. Siento los músculos rígidos por llevar tanto tiempo sentada.

Me muerdo el labio inferior. Han pasado más de veinticuatro horas desde que me reuní por primera vez con los funcionarios de Lexington y llevo aquí sentada casi la mitad de ese tiempo, turnándome para dormir con Kelly Ormond, la agente a la que han apostado aquí conmigo.

Fuera, la carretera está bastante transitada, porque la gente está huyendo de sus hogares. Se ha dado la orden de evacuación y, durante el último día, muchos han hecho las maletas y se han ido.

Otros tantos se han quedado.

En la ventana junto a la mía, la agente Ormond aguarda con su propio arco preparado.

Los chillidos distantes de los animales rompen el silencio. Me tenso al percibir la densa oscuridad en movimiento en el horizonte y, por debajo de nosotras, los gritos distantes y conmocionados de quienes viajan por la carretera. Mientras la observo, esa masa oscura avanza como una ola hacia nuestra posición.

Oigo balidos, aullidos y graznidos y otros cientos de sonidos de animales por encima de los gritos asustados de los evacuados. Las criaturas inundan la carretera, volcando bicicletas y carros y atropellando a la gente.

Cuando los animales se van, el silencio inquietante que sigue su estela me pone la piel de gallina.

Fuerzo la vista, buscando, buscando…

—¿Crees que el jinete viene hacia aquí? —pregunta mi compañera.

—Sí.

Estoy segura de que, en cuestión de minutos, voy a volver a tener un cara a cara con Death. Al pensarlo, se me acumula una sensación de inquietud en el estómago. Incluso después de todo lo que nos ha hecho a mi familia y a mí, no estoy segura de sentirme preparada para lo que estoy a punto de hacer, para lo que ya he puesto en marcha.

Oigo los latidos de mi propio corazón.

Calmo la respiración.

Puedo hacerlo. *Lo haré.*

Abajo, los viajeros asustados ayudan a sus compañeros derribados y ponen orden entre sus pertenencias volcadas. Es como revivir aquel día en el mercado de agricultores, solo que ahora un policía que se esconde tras el edificio de enfrente está llamando a gritos a la gente que hay en la carretera y la anima a volver por donde ha venido.

Aquellos que ya han llegado lejos no tienen tanta suerte. Veo a un hombre parado en mitad del asfalto, sacudiéndose el polvo como si su vida no corriera peligro en este preciso instante.

—Muévete —murmura la agente Ormond en voz baja, al fijarse

en el susodicho.

Aprieto los labios en una mueca. No sé cuánto tiempo les queda al resto de estas personas.

Oigo el eco de los cascos de un caballo contra el asfalto.

Se me eriza el vello de la nuca y, a continuación…

Ahí está.

El todopoderoso y alado Death.

Durante un segundo, me cuesta respirar.

«Odio» es una palabra muy suave para describir lo que siento por el jinete. Y, sin embargo, verlo despierta cierto dolor en mi interior. Es hermoso, terrible y más que mítico mientras cabalga por la carretera. A su alrededor, la gente cae muerta. Algunos gritan; otros incluso logran darse la vuelta y correr en nuestra dirección, y esos *no* caen muertos. Por lo menos, no todavía.

Durante unos instantes, me quedo atónita ante esa estampa. En Georgia, Death mató a todo el mundo mucho antes de llegar a su lado. Y aunque agradezco que estos viajeros en pleno proceso de huida y los agentes apostados aquí no hayan muerto, no deja de sorprenderme que el alcance del poder del jinete haya cambiado.

A mi lado, el arco engrasado de Kelly cruje cuando tensa la cuerda y es ese sonido sutil el que me arranca de mis propias cavilaciones. Apunto con mi flecha y me obligo a despejar la mente mientras espero la señal.

Los segundos transcurren como minutos. Entonces, a lo lejos, alguien silba, y esa es la única señal que necesito.

Por favor, no yerres.

Disparo a la vez que la agente Ormond y media docena de policías más.

Los proyectiles surcan el viento. El jinete solo tiene tiempo de protegerse con un brazo, al tiempo que abre las alas, antes de que las flechas lo corten. Muchas rebotan en su armadura, pero otras tantas le perforan las alas y al menos una le atraviesa la garganta. Oigo el sonido ahogado que emite justo cuando su caballo se encabrita.

Como consecuencia del ataque, las alas de Death parecen

encogerse y su cuerpo resbala por la grupa de su montura hasta acabar estrellándose contra el suelo con un ruido sordo.

Mientras cae, coloco otra flecha en el arco y disparo, al igual que los agentes. Lo atacamos una y otra vez.

«Disparad hasta que caiga. Luego, seguid disparándole. Disparad hasta que os quedéis sin flechas», les indiqué anoche a los hombres y mujeres uniformados que llenaban la sala.

Y eso es justo lo que hacemos. Vaciamos nuestras aljabas y acribillamos al jinete con flechas hasta que su caballo se aleja y el mismo Death parece más un puercoespín que cualquier otra cosa.

Mientras tanto, los últimos viajeros vivos huyen para salvar la vida y sus gritos se vuelven distantes a medida que se alejan cada vez más de nosotros.

Al final, la descarga de proyectiles disminuye y el suave silbido de las flechas se desvanece en el silencio.

—Mierda —susurra Kelly a mi lado. Luego se desploma contra la pared y deja caer su arco—. Lo hemos conseguido.

—Lo hemos conseguido —confirmo en voz baja, todavía observando la silueta inmóvil de Death.

En mi interior se agitan todo tipo de emociones conflictivas.

Hemos derribado a un ángel.

Soy la primera en llegar hasta el cuerpo. En parte, porque todos parecen estar razonablemente asustados, y también porque, una vez que salgo de mi estupor, *corro* hacia él.

Me arrodillo junto al jinete y me trago mi propio grito ahogado cuando veo el daño que le hemos infligido, daño en el que yo insistí.

Lucho contra el impulso de vomitar.

Nunca había hecho algo así y la imagen me llena de un profundo remordimiento.

Él te mató dos veces y es probable que no dudara en hacerlo una tercera si te interpusieras en su camino.

Ese pensamiento disminuye las náuseas que siento, pero solo un poco.

Apoyo una mano sobre la armadura plateada del jinete y, durante

unos instantes, contemplo la procesión de plañideras grabadas en el revestimiento de metal.

—¿Death? —susurro, inclinándome hacia su cabeza destrozada.

Nada. Ni un solo movimiento.

Siento unas ganas locas de arrancarle las flechas una a una y limpiarlo, pero no tengo oportunidad. Detrás de mí, oigo los pasos de los agentes que se acercan a inspeccionar el cadáver.

Un extraño impulso protector brota en mi interior. Aparto la mano de su armadura plateada.

—Que nadie lo toque —ordeno con voz ronca mientras me pongo de pie y me giro para enfrentarme a la multitud que se aproxima.

Me siento como una leona defendiendo a su presa.

—¿Quién lo dice? —grita una voz familiar.

Localizo al hombre que acaba de hablar.

Maldita sea. Es el mismo funcionario que ayer se largó de la reunión, el que creyó que estaba loca. ¿Cómo se llamaba…?

George.

No me había dado cuenta de que también lo habían destinado aquí. Mi mirada aterriza en la placa de ayudante del *sheriff* que lleva en el pecho. Tampoco era consciente de que formara parte de las fuerzas del orden.

—Lo digo yo. —Le sostengo su gélida mirada—. Hasta ahora, he sido la única persona a la que Death no ha podido matar.

Algo de lo que la mayoría de los presentes es consciente; anoche todos recibieron información sobre mí.

—Esto es ridículo —afirma George, acercándose a mí de todos modos. A continuación, me empuja y soy incapaz de hacer nada para detenerlo—. Ni siquiera sabemos si está muerto.

El resto de agentes y una multitud cada vez mayor de espectadores forman un semicírculo a nuestro alrededor, observando con curiosidad al ser alado y su cuerpo sembrado de flechas.

—¿De verdad te cabe alguna duda? —pregunto, luchando contra el impulso de arrastrar al insufrible George lejos de allí. No serviría de nada; él es mucho más grande que yo.

Ignorando mis palabras, alarga la mano hacia el jinete, presumiblemente para tomarle el pulso.

En cuanto roza a Death con los dedos, se pone rígido y se derrumba, con medio cuerpo encima del jinete.

Se me entrecorta la respiración.

—¿George? —grita otro agente y, al cabo de un momento, me doy cuenta de que no se trata de un simple oficial, sino de Jeb, el jefe de policía—. George —vuelve a llamarlo el jefe Holton, ahora con más severidad.

Se deshace del arco y del carcaj y da un paso adelante.

—Espera —digo, lanzándole una mirada significativa—. Déjame hacerlo a mí.

Jeb hace una pausa. Tensa la mandíbula, pero, al cabo de un instante, asiente.

Me arrodillo junto al ayudante del *sheriff* y apoyo los dedos en la cara interna de su muñeca. No le encuentro el pulso.

Levanto la mirada despacio y miro al jefe de policía a los ojos. Niego con la cabeza y dejo el brazo de George en el suelo con delicadeza al tiempo que oigo un grito ahogado procedente de la multitud.

Por lo que parece, el jinete es capaz de matar incluso estando muerto.

Vuelvo a mirar a Death.

—Esta es la parte que habíamos acordado, Jeb —le recuerdo en voz baja.

Ayer solo puse unas pocas condiciones cuando empecé a coordinar este ataque con los funcionarios de Lexington, pero me mostré muy firme respecto a quedarme con el cuerpo de Death.

El jefe Holton se pasa una mano por la boca antes de girarse hacia la multitud. Al cabo de un segundo, se aclara la garganta.

—Enhorabuena —proclama—. Hemos detenido juntos a Death. Estamos todos vivos porque lo hemos derribado. Pero hay mucho que aún no sabemos acerca de este jinete. De modo que, en aras de la supervivencia, necesito que todo el mundo regrese a su puesto. Si formáis parte de los equipos de evacuación, consultad a vuestro supervisor para recibir más instrucciones. De lo contrario, os sugiero que os vayáis a casa, cojáis lo poco que podáis y evacuéis la ciudad.

—¿Qué? —dice un oficial, sorprendido por la noticia.

Varias personas más protestan también.

—¿Qué pasa con el ayudante Ferguson? —se queja alguien más, y creo que se refiere a George, que sigue encorvado sobre Death.

—Yo me encargo de él. Ahora, marchaos.

Los agentes no obedecen de inmediato. Sea lo que sea lo que esperaban que sucediera, no era esto.

Jeb los mira fijamente.

—¿Queréis que os espose a todos? —amenaza—. Moveos.

Eso parece disipar las dudas. Los agentes y los espectadores se dispersan.

Transcurre otro minuto, pero, al final, el jefe Holton y yo nos quedamos a solas.

El jefe de policía de Lexington observa a Death y sacude la cabeza.

—No te creía del todo hasta ahora. —Suelta un suspiro—. ¿Necesitas ayuda? —pregunta.

—Aunque la necesitara, no creo que pudieras prestármela. No sin terminar como George —respondo.

El jefe Holton desplaza la mirada hacia el hombre en cuestión y, de repente, parece diez años mayor, y muy, muy cansado.

—Podría haber sido peor —comento.

Él asiente.

—¿Crees que se mantendrá alejado? —pregunta.

Niego con la cabeza. No si se parece a mí en lo más mínimo.

—A menos que haya una forma de detenerlo para siempre, me da la sensación de que volverá. Pero, para entonces, espero habérmelo llevado lo bastante lejos de Lexington, para que tú y el resto de la ciudad tengáis tiempo de evacuar por completo.

El jefe de policía asiente, todavía con aspecto de sentirse extenuado. Echa un vistazo a los edificios en los que hace nada estábamos escondidos.

—Deberías irte —insisto—. Lo tengo todo controlado.

En realidad, no es cierto, pero tampoco es necesario que él lo sepa.

—¿Y no morirás? —pregunta, escrutando al jinete.

A modo de respuesta, me arrodillo junto Death y le toco la

mejilla con la mano.

—No puede matarme —insisto.

Al menos, no mientras él mismo esté muerto.

El jefe Holton suspira y niega con la cabeza.

—La escuela dominical nunca me preparó para esta mierda. —Tras unos instantes, señala con la barbilla a George—. Alguien tendrá que recoger a mi amigo —dice. Se gira hacia el lugar por el que hemos venido y entorna la mirada para contemplar a las personas que se alejan—. Y habrá gente que usará esta carretera para evacuar. Puedo concederte una hora para que te marches, pero no mucho más.

Con suerte, no me hará falta más.

Jeb se da la vuelta para irse, pero se detiene.

—Gracias por venir aquí —dice—. Ha sido algo sorprendentemente decente por tu parte.

Le dedico una leve sonrisa y lo observo mientras se da la vuelta y se marcha, esta vez para siempre.

Y me quedo a solas con Death.

Durante unos instantes, me limito a observar al jinete. Está gravemente mutilado y me sorprende descubrir que eso me molesta: las heridas, su dolor, todo. No es un hombre al que se le pueda tener lástima. Y, sin embargo, no dejo de recordar cómo se ha caído del caballo mientras le disparábamos sin cesar.

Me levanto y me alejo de él, preocupada de que vaya a desaparecer si aparto la mirada, aunque sea un segundo.

Al final, tengo que darme la vuelta para poder recuperar mis cosas, entre las que se encuentran mi bicicleta y un carrito que Jeb me ha prestado para engancharlo a ella.

Es imposible que me haya alejado durante más de cinco minutos, pero me aterra que, al regresar junto al jinete, encuentre otro cadáver desplomado contra él, o peor aún, que se haya ido.

Respiro aliviada cuando veo a Death; está igual que cuando lo he dejado.

Conduzco la bicicleta y el carrito enganchado hasta llegar a su lado. Desmonto y me desplazo hacia la parte trasera del carrito,

donde ya he guardado mi bolsa y mis armas. Bajo la rampa y me giro hacia Death.

Ahora, lo imposible: toca levantarlo. En teoría, no debería ser difícil, pero pesa casi tanto como una maldita ballena y, en cuanto le paso los brazos por las axilas, estoy segura de que sus alas intentan asfixiarme de forma deliberada, porque no dejan de metérseme plumas en la boca y media docena de puntas de flecha ensangrentadas se me clavan en la piel.

—¿Por qué tenías que ser un… idiota… tan gigantesco? —pregunto mientras, con mucho esfuerzo, lo arrastro centímetro a centímetro por la corta rampa del carro.

Apenas lo he metido del todo cuando las piernas me ceden, me derrumbo y su cuerpo cae sobre mí. Me quedo quieta un instante, maldiciendo a Dios por no poder morir. De lo contrario, por lo menos nunca me habría encontrado en esta puta situación tan *vergonzosa*.

Por fin me libro de su peso y, en el proceso, le rozo con la mano el cuello ensangrentado y un mechón de pelo oscuro y ondulado.

El corazón me late con fuerza mientras observo al jinete caído y trato de decirme a mí misma que es solo miedo y no… no… Bueno, no es nada más, de modo que es inútil intentar ponerle nombre.

Empujo las botas de Death dentro del estrecho carro y cierro la parte trasera.

Una vez hecho, recupero mi cinturón y el cuchillo envainado de la bolsa y me lo ato a la cintura.

Por si acaso las cosas van mal.

Me subo a la bicicleta, pongo los pies en los pedales y salgo de Lexington con un jinete muerto a mi espalda.

X



Octubre, año 26 de los jinetes
Interestatal 64, Kentucky

No sé cuántos kilómetros he recorrido cuando oigo el golpeteo de los cascos detrás de mí. Miro por encima del hombro y veo al semental gris moteado de Death acortando la distancia entre nosotros. Galopa hasta el carro antes de inclinarse y empujar el cuerpo del jinete con el hocico.

El corazón me late con fuerza, porque un caballo sobrenatural me sigue de cerca y siento que este va a ser el momento en el que descubro que a los corceles sobrenaturales les gusta comer humanos o algo igual de atroz.

Pero después de comprobar cómo está su dueño, el animal parece contento con limitarse a seguirnos.

Pedaleo durante el resto del día y la noche, volviendo sobre los pasos de Death todo lo que puedo. Al final, acabará por despertarse y retomar su terrible misión, pero con suerte podré retrasarlo un tiempo.

De vez en cuando, oigo un ruido procedente del carro. Las primeras veces, he detenido la bicicleta para tratar de averiguar la causa. Ha sido entonces cuando he visto por primera vez que las flechas ensangrentadas yacían junto al jinete. Al principio, he supuesto que se habían soltado con el movimiento del carro. Pero a medida que transcurren las horas y, uno a uno, los proyectiles ensangrentados que antes estaban, sin asomo de duda, clavados en

el cuerpo del jinete, ya no lo están, me doy cuenta de que su cuerpo está purgando las flechas de alguna forma.

Eso resulta… más que un poco inquietante.

Pedaleo hasta bien entrada la noche. Hace horas que noto calambres y temblores en las piernas, y hace un frío que pela y es probable que debiera haber parado hace kilómetros para descansar. La palabra «exhausta» se me queda corta.

Aun así, continúo hasta que estoy literalmente demasiado agotada para seguir pedaleando. Solo entonces inclino la bicicleta hacia el arcén de la carretera y la dejo rodar hasta que se detiene. Detrás de mí, el caballo de Death avanza despacio.

Paso una pierna por encima del asiento, me bajo y le asesto una patada al caballete de la bicicleta.

Lo único que quiero hacer es derrumbarme en el suelo y dormir hasta que se me pase el cansancio.

Tengo que montar un campamento.

La idea casi me destroza. No estoy del todo segura de que me queden las fuerzas necesarias para preparar una cama como es debido, y mucho menos, para montar un *campamento*. Aun así, me acerco a trompicones al carro para, como mínimo, sacar una manta de mi bolso.

Sin embargo, cuando llego al carro, dudo. Estoy bastante segura de que el cuerpo de Death ha purgado casi todas las flechas, lo que significa que se está curando, y muy, muy rápido.

Contemplo su forma alada. Acerco una mano al cuchillo que llevo en el cinto, esperando que se incorpore de un salto y me sorprenda. Cuando transcurre un minuto sin que suceda nada, me obligo a tomar varias respiraciones largas y tranquilizadoras.

Suponiendo que no pueda morir… ¿Y si se despierta mientras duermo?

Me rompió el cuello cuando me encontró molesta. ¿Qué hará ahora que le he hecho daño de verdad?

Tengo que estar preparada.

Echo un vistazo a mi alrededor. Unos árboles espesos bordean la carretera. Podría dormir escondida ahí… Puede que él no me busque… O, si lo hiciera, a lo mejor me despertaría a tiempo.

Pero, a la luz del día, puede que esa barrera vegetal no me oculte en absoluto.

La idea de que el jinete me vea y vaya a por mí me aterroriza más allá de lo que parece posible.

Podría limitarme a huir. Las piernas casi me ceden ante la idea. No me queda ni un gramo de fuerza. La he empleado toda en intentar alejarme lo máximo posible.

No sé qué opciones me quedan.

Vuelvo a fijarme en el jinete. Las pocas veces que me he despertado de la muerte, he tardado unos instantes en orientarme. Quizá a él le suceda lo mismo.

Si pudiera despertarme justo cuando empiece a levantarse, la ventaja seguiría estando de mi parte.

Pero eso implicaría… eso implicaría meterme *ahí* con él.

No. De ninguna manera.

Huir es la única opción.

Antes de poder pensármelo dos veces, me arrastro hasta el carro en busca de mis cosas. Cogeré mi bolsa, mi arco y mi carcaj y me largaré.

El carro se balancea un poco cuando me subo a él y me obligo a contener un gemido. Las extremidades todavía me tiemblan por el cansancio y eso hace que desplazarme a tientas alrededor del carro en plena oscuridad sea mucho más difícil.

¿Dónde están mis cosas? ¿Dónde están? ¿Dónde están? Lo único que toco son flechas.

Levanto una de las alas de Death y la dejo caer de inmediato.

¡Está caliente!

Miro horrorizada al jinete.

—¿Death? —murmuro.

No hay respuesta.

—No creo que estés muerto —susurro.

Nada.

Puede que todavía lo esté. Tal vez esta sea la temperatura de un cuerpo no muerto antes de despertar.

Solo hay una forma de averiguarlo.

Tengo que comprobarle el pulso. Con suerte, no me romperá el

cuello en el momento en que lo haga.

Me arrodillo a su lado, luchando contra la fatiga mientras tanteo alrededor de su armadura hasta que le encuentro la mano. Deslizo los dedos hasta su muñeca, pero no hay pulso. Aun así, aunque todavía no esté vivo, es probable que lo esté pronto. Un alivio amargo me recorre el cuerpo, aunque es lo último que debería sentir. El hecho de que no se pueda matar a Death hace que detenerlo sea mucho más complicado.

Le suelto la mano y sigo buscando mi bolsa, parpadeando varias veces mientras siento que se me cierran los ojos por el sueño. Rozo con los dedos más flechas hasta que, por fin, doy con mi equipaje.

¡Aleluya!

Tiro de él, solo para descubrir que está atrapado debajo de los hombros y las alas del jinete.

Pues vaya mierda, ya puedo darlo por perdido.

Me apoyo contra la pared del carro y rozo al jinete con las piernas. Estoy más que exhausta, lo único que quiero es dormir, y mi gran plan de huida acaba de irse a la mierda.

Empiezan a cerrárseme los ojos.

Ay, Dios, aquí no. Tengo que bajar del carro…

Pero mi cuerpo no quiere saber nada de eso.

Como mínimo, tengo que cortarle el cuello al jinete o hacer algo drástico para que permanezca muerto un poco más. Casi me entran arcadas ante semejante perspectiva. Con una matanza al día es suficiente.

Me froto los ojos. Al menos, debería atarle las manos.

De acuerdo, puedo hacer eso. Aunque *parezca* imposible, y me duela la cabeza solo de intentar pensar qué voy a usar como cuerda, puedo hacerlo.

Solo necesito descansar un momento… No he podido descansar, y estoy muy, muy cansada… pero luego lo haré… Solo necesito un poco…

Me despierto de golpe con la sensación de que mi cuerpo se inclina hacia delante.

Detengo el movimiento y decido tumbarme en el carro.

Encontraré con qué atarlo en cuestión de un minuto. Solo voy a

cerrar los ojos un segundo, luego lo haré…

En algún lugar en el fondo de mi mente, soy consciente de que es una pésima idea, pero al lado del jinete se está muy calentito y estoy demasiado cansada para entrar en pánico, demasiado agotada para preocuparme.

Solo voy a descansar un minutito… Luego me levantaré…

Esta vez, cuando cierro los ojos, es de forma definitiva.

XI



Octubre, año 26 de los jinetes
Interestatal 64, Kentucky

Me despierto con el olor ahumado del incienso y la mirra. Sobre mí, la pálida luz de la mañana se extiende por el cielo, bañando las nubes con su resplandor rosado. El aire es frío, pero yo estoy calentita gracias a mi manta… ¿Manta?

Bajo la mirada hacia la enorme ala negra que me cubre como si fuera mi manta personal. Peor aún, en algún momento de la noche, el jinete ha cambiado de posición. Ahora está acostado de lado, su rostro a centímetros del mío.

Ay, no.

El corazón empieza a martillearme en el pecho.

Lazarus, ¿qué has hecho, pedazo de idiota?

Con toda la delicadeza de la que soy capaz, agarro el ala de Death, mordiéndome el labio inferior para sofocar los sonidos de pánico que siento la necesidad de soltar.

Esperaba sentir su calidez. Lo que no me esperaba es que fuera tan suave. Anoche no me percaté de ello.

Muévete.

Aparto el ala para quitármela de encima y oigo que el jinete emite un suave suspiro.

Me quedo paralizada cuando se mueve.

Ahora es cuando lo apuñalo. Ahora es cuando lo obligo a

permanecer inconsciente para poder concederle a la gente de Lexington aún más tiempo para evacuar la ciudad.

Busco el cuchillo envainado… pero dudo.

Hazlo. Él te lo ha hecho a ti en el pasado.

Pero no tengo estómago para ello. No cuando está tan indefenso. Me parece… mal.

Por el momento, aparto la mano del arma.

Solo entonces, reparo en el humo que flota perezosamente a nuestro alrededor. Cómo es posible que no lo haya visto antes es un misterio; me he estado ahogando con sus fragantes vapores desde que he despertado.

Me incorporo y busco la fuente del humo. Tras un momento, veo la extraña antorcha de la que proviene. Descansa en la esquina del carro y por la carcasa plateada decorativa que la envuelve, sé exactamente a quién pertenece.

¡Coge tus cosas y vete!

En silencio, tomo mi arco y mi carcaj, que están a mis pies. No es de extrañar que no pudiera encontrarlos anoche. Estuve buscando en la zona equivocada todo el tiempo. Sin apartar la vista del jinete, los alzo en silencio y los lanzo al suelo de la carretera. Luego escudriño el carro en busca mi maldita bolsa. Por fin la localizo, encajada entre el hombro y el ala del jinete.

Venga ya.

Trago saliva, con la mirada clavada en él.

Déjalo.

Maldita sea, contiene los últimos objetos que poseía antes de que mi vida se fuera al garete, y no tengo ningunas, pero ningunas ganas de separarme de ellos.

Vuelvo a observar al jinete, que está vivo y que podría despertar en cualquier momento.

Puedo con esto. Soy valiente y no pienso dejar que este idiota me quite mis últimas posesiones personales. Ya me ha arrebatado suficiente.

Tras esa charla motivadora, desenvaino mi arma y me muevo lentamente hasta colocar una rodilla a cada lado de su cuerpo,

atrapando sus piernas entre las mías. Le acerco el cuchillo al cuello y alcanzo mi bolsa.

Tengo que tirar fuerte, pero al final consigo liberarla.

Debajo de mí, Death se mueve, sus cejas negras se juntan antes de suavizar la expresión.

Me da en la nariz que me he quedado sin tiempo.

Podría echar a correr, pero existe otra opción, una que a mi lado vengativo le resulta demasiado tentadora.

Así que, después de arrojar el bolso a la hierba junto al carro, me quedo ahí, apretando el cuchillo contra su cuello, y espero a que se despierte.

No puedo evitar observarlo. Su rostro permanece intacto, como si no lo hubieran atravesado varias flechas hace solo un día. Sin embargo, más extraño aún es el hecho de que no tenga ni una gota de sangre encima.

Eso es diferente.

En las ocasiones en las que he muerto, sin importar lo breves que hayan sido, siempre he dejado algún rastro. Ropa rota, piel ensangrentada, *algo*. Pero, al contemplar al jinete, da la sensación de que el día de ayer sencillamente no sucedió.

Frunzo el ceño mientras lo estudio. Nunca he visto a alguien tan… tan *asquerosamente* guapo, guapo y letal. Debería haber un nombre para ese tipo de belleza, la que mata de forma literal.

Mientras me mantengo alerta, él se mueve de nuevo. Solo que, esta vez, parpadea y luego abre los ojos de golpe.

Yo soy lo primero que ve.

—Hola otra vez, Death —digo—. ¿Me has echado de menos?

XII



Octubre, año 26 de los jinetes
Bardstown, Kentucky

Él empieza a incorporarse.

—Ni se te ocurra —digo, presionando el cuchillo contra su cuello con un poco más de fuerza—. Yo no haría eso si fuera tú.

Baja la mirada hacia mi arma. Cuando vuelve a levantarla hasta mis ojos, los suyos brillan con malicia.

—¿Pretendes hacerme daño?

Me inclino más cerca.

—Ya lo he hecho.

Tarda unos instantes en recordar, pero, al final, Death me observa con los párpados entornados.

—Las flechas —murmura—. Fuiste *tú*.

En realidad, no. Estoy bastante segura de que erré. Aun así, pienso atribuirme el mérito del ataque.

—Juré que te detendría.

No me percato de que el jinete mueve la mano hasta que me rodea el cuello con ella. Había olvidado que es condenadamente rápido.

Sin embargo, no aprieta, y yo no me molesto en intentar quitarme sus dedos de encima. Es la maldita venganza que temía, pero me sorprende el poco temor con el que me enfrento a ella.

—Suéltame o te corto la garganta —digo sin alzar la voz.

Deja escapar una risa grave, amenazante. Sin embargo, aparta la

mano de mi cuello. Me doy cuenta un segundo demasiado tarde de que lo hace solo para poder rodearme la cintura con el brazo y girar nuestros cuerpos, obligándome a caer sobre el suelo del carro.

El movimiento provoca que mi cuchillo le haga un corte en la garganta.

Death maldice, me arrebata la hoja de la mano y la lanza lejos. Luego, vuelve a inmovilizarme por el cuello.

Ahora es él quien se cierne sobre mí, la sangre de su herida me gotea sobre los labios y la barbilla. En cuanto pruebo el sabor a hierro, empiezo a resistirme de nuevo.

—Mujer estúpida —sisea—. Deberías haberme cortado la garganta antes de que despertara.

Lo sé.

Espera a que deje de forcejear, sin despegar de mí esos ojos que parecen brillar.

—Matarme no detendrá nada. No puedes salvar a tu gente —afirma, apoyando todo su peso sobre mí.

—No para siempre —coincido—, pero haré que cada una de esas muertes te cueste cara.

Prácticamente gruñe su desagrado y las plumas se le erizan a la espalda.

—Déjalo ya —dice—. No quiero luchar contigo.

Levanto la barbilla.

—Entonces, deja de matar.

Se le dilatan las fosas nasales y tal vez sea mi imaginación, pero parece verdaderamente molesto.

—¿Acaso crees que me *apetece* estar aquí? ¿Que me gusta cabalgar de ciudad en ciudad haciendo esto?

—Si no lo disfrutas, mayor razón para parar.

Frunce el ceño, gesto que le confiere un aspecto feroz.

—La gente se va cuando le llega su momento, *kismet*, y no me corresponde a mí hacer excepciones.

Ya he tenido suficiente.

Lo ataco.

—No es nuestro momento.

Recalco cada palabra con un puñetazo o una patada.

Mi ataque es caótico y el jinete esquiva todos mis golpes, aunque eso no me impide seguir pegándole. Juro por su dios santurrón que voy a arrancarle esos estúpidos ojos.

Él se echa hacia atrás y logra mantenerse fuera de mi alcance.

—¿Piensas hacerme daño otra vez, mortal? Olvidas quién soy.

Death no se molesta en apretarme el cuello y, sin embargo… Sin embargo…

Se me arquea la espalda y abro los ojos como platos cuando el dolor me azota.

«¿Qué estás haciendo?», intento decir, pero la sensación me deja sin aliento.

Siento como… si me estuviera marchitando. Como si me estuvieran succionando la vida del cuerpo.

Miro a Death a los ojos mientras me arrebata la vida. Debe de ser eso lo que está haciendo. Siento que los años se desprenden de mis huesos y me devoran de dentro hacia fuera. Intento gritar, pero tan solo consigo soltar un grito ahogado.

Cuanto más me mira, más le cambia la expresión, y frunce el ceño en un gesto de confusión. Su fachada oscura se disipa y su pecho sube y baja cada vez más deprisa.

Busco la mano con la que me rodea el cuello e intento que me suelte. Pero estoy increíblemente débil, demasiado para liberarme de su control. Me ahogo con mi propia respiración.

La próxima vez que atrape a este monstruo, no dudaré en apuñalarlo antes de que despierte.

De repente, el jinete suelta un grito de frustración. A continuación, me libera y se aleja todo lo que puede.

—¿Por qué haces esto? —exige saber, alzando la mirada al cielo —. No quiero sentirme así.

Me quedo quieta, boqueando en busca de aire.

Él se baja del carro y lo rodea para llegar hasta su caballo, preparándose para huir de mí una vez más.

Cuando pasa a mi lado, se detiene y sus ojos se encuentran con los míos. Me observa y parece perturbado por lo que ve.

—Lo siento —dice. Las palabras le salen entrecortadas.

—No lo sientas —replico, resollando—. La próxima vez que nos

veamos, tengo toda la intención de destriparte vivo.

Y no pienso dejar que mi maldita conciencia se interponga en el camino.

XIII



NOVIEMBRE, AÑO 26 DE LOS JINETES
Cincinnati, Ohio

El saqueo de tumbas es un acto deplorable. Por desgracia para mí, me he visto obligada a recurrir a él.

Me tapo la nariz con un pañuelo mientras meto la mano en el bolsillo de un cadáver hinchado.

—Qué… puto… *asco*.

Sabía que los muertos olían mal, pero nunca había sido consciente de lo pútrido que podía ser todo lo relacionado con la descomposición. No hasta que empecé a encontrarme con ciudades repletas de muertos.

Este cuerpo en particular está hinchado de forma grotesca.

—Lo siento mucho —me disculpo ante el hombre—, pero necesito que me des… tu… cartera.

Tiro del objeto en cuestión, que no quiere salir del bolsillo del cadáver tumefacto.

—*Lazarus*.

Casi me caigo de morros sobre el cadáver al oír mi nombre resonando en el aire. Conozco esa voz.

Ha transcurrido poco más de una semana desde la última vez que la escuché, pero me da la sensación de que fue ayer mismo cuando me enfrenté a él.

Dejo caer mi pañuelo, agarro mi arco y saco una flecha mientras me giro en redondo.

Ahí, a menos de una calle de distancia, de pie entre los escombros de la ciudad arrasada, se halla el jinete.

Se me entrecorta la respiración al verlo. Vestido con su armadura plateada y rodeado por su cabello y sus alas negras, parece la deidad oscura que es.

Le apunto al pecho con mi arma.

¿Cuánto rato lleva observándome?

Death posa la mirada en mi arco.

—Tu arma no te protegerá, *kismet*.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exijo saber.

Respiro más rápido de lo que debería, la sorpresa me ha puesto nerviosa.

—Me has estado siguiendo —afirma.

El corazón se me desboca. Podría dispararle ahora mismo. Es probable que fallara, pero nunca se sabe.

El jinete avanza como un animal acechando a su presa, arrastrando las puntas de sus alas por el suelo.

—No te me acerques —le advierto.

—¿De verdad crees que tu arco me asusta? —pregunta.

—Voy a disparar.

—De modo que eres tú quien tiene miedo. —Ladea la cabeza—. ¿No te gustó cuando te toqué?

Creo que intenta asustarme deliberadamente y, maldita sea, le está funcionando. Incluso ahora recuerdo cómo sentí la vida escapándoseme por los poros.

—¿Por qué me estabas esperando? —lo interrogo.

—¿Por qué me persigues? —replica.

Frunzo el ceño al escuchar la pregunta.

—Ya sabes por qué. Alguien tiene que pararte los pies.

—¿Es eso cierto? —responde, acercándose cada vez más—. Quizá sea *a ti* a quien hay que parárselos.

Tengo que dispararle. No sé por qué no lo he hecho todavía.

—¿Por eso estás aquí? —me intereso, mientras recorro con la mirada nuestro entorno, antes de volver a concentrarme en él—. ¿Porque querías detenerme?

—Quería *hablar* contigo —afirma.

Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando me doy cuenta de que soy la única persona con la que puede hablar *de verdad*. Desconozco los matices de su poder, pero adondequiera que va, mata. Tal vez yo sea la única persona con la que ha hablado en toda su vida.

—No podrás hacerme cambiar de opinión para que deje de ir a por ti —declaro.

—¿Quién ha dicho nada sobre cambiar de opinión?

Me recorre el cuerpo con la mirada y vuelve a subir hasta mi rostro, evaluándome. Solo que sus ojos se demoran demasiado tiempo en mi boca y, cuando al fin me sostiene la mirada, detecto en ellos un sinfín de emociones. Siento que, si los contemplo demasiado tiempo, me caeré en su interior y me ahogaré.

—Tú y yo estamos destinados a soportarnos el uno al otro —dice el jinete con suavidad mientras se acerca a mí; no está a más de tres metros de distancia.

—No te acerques más —le ordeno—. Lo digo en serio.

A regañadientes, Death se detiene.

Lo observo de la misma forma que él a mí. Odio que todo en él me parezca hermoso, desde ese rostro antiguo y trágico hasta esas alas extrañas, pasando por su enorme cuerpo y su intrincada armadura plateada. *Todo* me llama.

El jinete eleva la comisura de la boca cuando me ve escrutarlo.

—¿Cómo te llamas? —pregunto, apuntándole al pecho con mi flecha en todo momento—. ¿O solo te llaman Death?

—Tengo *muchos* nombres.

Su mirada regresa a mis labios y se le tensa un músculo de la mandíbula.

—¿Y cuáles son?

—Anubis. Yama. Xoltol. Vanth. Charon. Mors. Mara. Azrael… y muchos, muchos más. —Sus ojos se posan en los míos—. Pero para ti, *Tánatos*.

XIV



—Tánatos —repito, bajando la guardia un instante.

Debe de sentirlo, porque sonríe y sus ojos arden. El jinete da otro paso hacia delante y vuelvo a ponerme tensa.

—Pienso dispararte.

—Entonces, hazlo de una vez —me desafía.

¿No me cree?

Suelto la flecha. El proyectil rebota en su armadura y cae al suelo a unos pocos metros de distancia.

Y… ahora, el jinete parece cabreado.

Estoy alargando la mano por encima del hombro para buscar otra flecha cuando Death se lanza hacia delante, eliminando la poca distancia que quedaba entre nosotros. Antes de que pueda preparar el proyectil, me arrebata el arco y la flecha de las manos y los arroja a un lado.

—¡Oye…! —grito.

Mientras protesto, Tánatos aferra la correa de mi carcaj. Me la arranca del hombro y lo lanza lejos de mí. Hago una mueca cuando escucho que se estrella contra el cadáver al que estaba intentando robar.

Me enfrento al ángel de la muerte con las manos vacías.

Echo la cabeza hacia atrás y levanto la mirada hasta los terribles ojos del jinete. Él me observa con el ceño fruncido, con el músculo de la mandíbula todavía palpitándole.

—¿De verdad crees que vas a conseguir marcar la diferencia? —pregunta, arrinconándome hasta que me roza el pecho con el suyo —. ¿Siguiéndome, disparándome?

Está claro que se ha enfadado, lo que significa que por lo menos estoy haciendo *algo* bien.

—La gente está escapando de ti, sobreviviendo a ti —declaro—. Así que sí, creo que estoy marcando la diferencia.

Su expresión cambia, casi parece divertido.

—Solo fue una ciudad, una que arrasé unas horas después de abandonarte ese día. Y, desde entonces, he erradicado más de una docena de poblaciones. Tus esfuerzos son sinceros —reconoce—, pero vanos.

Antes de que pueda responder, Tánatos me sorprende al acunarme la mejilla y recorrer mi rostro con la mirada.

—Toda la creación se derrumba ante mí, *kismet*. Reyes y mendigos, bebés y guerreros. Ballenas y moscas, secuoyas y dientes de león. Todo tiene un fin. Y, llegado el momento, *yo* estaré ahí para reclamarlo. No me detendrás ni hoy ni mañana, nunca lo conseguirás. No obstante, pese a lo que dicta el sentido común, creo que disfruto viéndote intentarlo.

Entonces, me suelta.

Me tambaleo hacia atrás cuando pone distancia entre ambos.

—La próxima vez que nos veamos, Lazarus, no seré tan amable contigo —advierte, extendiendo las alas—. Pero ven a buscarme de todos modos. Disfrutaré de nuestro reencuentro.

Da un salto hacia el cielo, sus poderosos aleteos dispersan aún más mis flechas por la calle.

Con una última mirada de despedida, se aleja volando.

XV



Diciembre, año 26 de los jinetes
Ames, Iowa

No sabría decir cuánto tiempo llevo agachada en este paso elevado parcialmente derrumbado, esperando a que el jinete trote por la autopista interestatal que discurre por debajo de mí. Tampoco estoy del todo segura de que vaya a pasar por aquí o de que mi plan improvisado funcione.

Lo único que sé es que me estoy pelando de frío y que esperar aquí ha sido, sin duda, una idea pésima.

Me echo el aliento sobre las manos enguantadas y me las froto. Me duelen la nariz y los oídos y siento que se me han congelado los dedos de los pies. Estoy bastante segura de que he sufrido congelación en tres ocasiones distintas durante el último mes, y dependiendo de cuánto tiempo emplee en esta desagradable tarea, hoy podría ser la cuarta.

Pero la acuosa luz del sol ha atravesado las nubes y puede que el día sea un poco más cálido que los anteriores.

Cojo mi termo y le doy otro sorbo al café. Estoy bastante segura de que el jinete vendrá por aquí. Sé que llegó a Minneapolis y creo que la próxima gran ciudad que tiene en el punto de mira es Des Moines.

Justo cuando dejo mi termo a un lado, aparecen los animales a la carrera. Gatos, perros, gallinas, ciervos, pájaros, vacas, alces… incluso veo algunos bisontes.

Corren por la carretera y por los campos que la bordean a ambos lados. Desaparecen tan rápido como han llegado y me invade ese silencio sepulcral, un silencio que he llegado a asociar con Death.

Transcurren varios minutos, pero al fin vislumbro al jinete, cabalgando con tranquilidad por la I-35, la carretera que pasa por debajo de este paso elevado.

Antes de darle la oportunidad de verme, cruzo hacia el otro lado, casi tropezándome con trozos de asfalto roto en el proceso.

He mejorado en el tiro con arco, pero tengo los dedos demasiado entumecidos para dispararle con éxito mientras vaya montado en su caballo.

De modo que hoy voy a hacer algo un poco diferente.

Me subo al muro bajo del paso elevado y, con una mano apoyada en el frío hormigón, me agacho allí, con la mirada fija en la autopista. Una parte a mi izquierda se ha derrumbado, creando una especie de cuello de botella justo debajo de mí, por donde el jinete tendrá que pasar. Estoy pensando en aprovecharlo.

El aliento se me condensa mientras aguardo a Tánatos.

Un par de minutos después, al fin escucho el golpeteo constante de los cascos de su corcel, que cada vez suenan más cerca. En silencio, desenvaino mi cuchillo mientras escruto la autopista que tengo debajo.

Ahora, los cascos resuenan y me tenso cuando el jinete empieza a cruzar por debajo del paso elevado. Los segundos parecen alargarse mientras espero.

Por fin distingo la cabeza de su caballo tordo a seis metros por debajo y, a continuación, veo las ondas negras del cabello de Death y su armadura plateada mientras mira hacia delante, sin percatarse de mi presencia.

Salto.

Por un momento, mientras estoy en el aire, me doy cuenta de lo absolutamente estúpida y propensa al fracaso que es esta idea. Pero, para entonces, ya es demasiado tarde.

En lugar de aterrizar en la silla, como tan elegantemente había imaginado, me estampo contra el jinete.

Él gruñe cuando lo derribo y ambos nos caemos de la montura.

Toda esta situación es dolorosa y sumamente embarazosa, pero antes de que Death pueda reaccionar, lo apuñalo en el cuello.

—*Lazarus* —dice con voz áspera, llevándose la mano a la garganta.

La sangre se desliza entre sus dedos y de mis labios escapa un pequeño quejido.

He luchado antes contra este hombre. Lo he herido y matado. Pero esto resulta… íntimo de una forma grotesca. Dispararle a alguien desde lejos es mucho más impersonal.

Arranco la hoja de su cuello y la suelto como si me quemara, con las náuseas en aumento. Aunque ya es demasiado tarde para arrepentirse. Hay sangre por todas partes y la herida que le he infligido es demasiado profunda. A Tánatos se le cierran los párpados y, al cabo de unos segundos, su cuerpo se queda laxo.

El silencio que prosigue es incluso doloroso.

No hay nada que alivie las secuelas de un momento tan violento.

Me duelen el hombro y el pecho a consecuencia de la caída, y mi propia violencia todavía me despierta náuseas, pero me obligo a levantarme.

Moviéndome como un anciano quejumbroso, vuelvo al paso elevado para recoger mis cosas. Cuando regreso junto al jinete, percibo el olor. Incienso y mirra.

Levanto la vista y veo al caballo de Death a unos seis metros de distancia, con la antorcha de su dueño sobresaliendo de una de las alforjas. Un humo brumoso y perfumado se eleva en el aire y siento un escalofrío.

Sé lo suficiente sobre el jinete como para saber que la muerte no lo detendrá durante mucho tiempo. La única forma efectiva de detenerlo es quedarse cerca y matarlo de nuevo antes de que despierte.

Ya me he enfrentado antes al mismo dilema. Sigo sin soportar la idea, en particular después de lo que acabo de hacer.

Podrías mantenerlo cautivo.

Ese pensamiento hace que me olvide de respirar.

Podría mantenerlo cautivo.

Sería como intentar controlar un huracán. No se puede detener a

una fuerza de la naturaleza.

Eso no calma mi creciente entusiasmo. Es decir, ¿quién sabe? Tal vez sea capaz de dominarlo.

En realidad, solo hay una forma de averiguarlo.

Death se despierta en el suelo de un granero abandonado. El lugar huele a moho y a animales mojados. Ah, y a humo perfumado: su caballo ha decidido reunirse con nosotros aquí dentro. Y no me quejo, el incienso cubre bastante bien los otros olores.

Estoy sentada con las piernas cruzadas frente a Tánatos, todavía me duele todo el cuerpo por el esfuerzo de traer hasta aquí a este hombre alado y demasiado grande.

Mientras lo observo, sus párpados revolotean antes de abrir los ojos. Verlo regresar de entre los muertos es una especie de magia extraña. Más raro aún es ser testigo de cómo su sangre desaparece de mi ropa y que su armadura, que abandoné cerca del paso elevado, reaparece sobre su cuerpo.

Él clava la mirada en mí de inmediato.

—Lazarus. —Durante un instante, sonríe, como si no pudiera evitarlo. La imagen es tan impactante que el corazón me da un vuelco al verla—. ¿A qué debo este placer tan poco habitual?

El jinete intenta mover los brazos desde su posición, tumbado de lado, pero lo he atado con un trozo de cuerda que normalmente uso para tender la ropa. No es el material más resistente, pero lo he compensado apretando con fuerza los nudos.

Él baja la mirada a sus manos y tobillos atados y su sonrisa desaparece.

—Me has derribado —recuerda.

Intento no hacer una mueca al recordar la poca elegancia de mi salto.

Death levanta la mirada para sostener la mía.

—Y luego me has apuñalado. —La acusación impregna sus palabras—. Y ahora…

Su atención regresa a sus ataduras.

—Eres mi prisionero —le digo mientras se incorpora con torpeza

hasta quedar sentado. En el proceso, levanta las alas a su espalda.

El jinete enarca las cejas.

—¿Soy tu…? —Sonríe—. *Prisionero*. —Pronuncia la palabra con deleite y puede que una pizca de humor, y a lo mejor debería apuñalarlo de nuevo. Solo para recordarle la dinámica de poder.

Él sacude la cabeza hacia atrás para colocarse un mechón de cabello detrás de una oreja y me sobresalto un poco ante ese gesto repentino, que hace que se me dispare la adrenalina.

Tánatos se da cuenta y eso provoca que vuelva a sonreír.

Chasquea la lengua.

—Nunca funcionará, *kismet*. ¿Cómo se supone que vas a controlarme si todos mis movimientos te asustan?

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—Así es como va a funcionar —digo lentamente—. Vamos a quedarnos aquí, juntos, y si intentas escapar —toco el arco que descansa a mi lado—, te disparo.

—Supongo que estoy atrapado —responde.

No suena preocupado. Ni derrotado. No suena en absoluto como alguien que haya acabado metido en un aprieto.

En todo caso, parece divertido.

Desgraciado.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —pregunta, recorriéndome el cuerpo con la mirada.

Algo en la forma en que me evalúa hace que la sangre acuda corriendo a mis mejillas y al centro de mi cuerpo.

—Voy a retenerte aquí, desde donde no podrás seguir destruyendo ciudades.

Los ojos de Death brillan, pero no dice nada.

He atrapado a una criatura que se sitúa más arriba que yo en la cadena alimentaria. Soy una auténtica necia por intentarlo siquiera.

—Entonces, ¿vamos a vivir aquí? —pregunta, mirando a nuestro alrededor—. ¿Juntos?

Hace que suene como si fuéramos a vivir como una pareja.

Mi plan se está viniendo abajo.

Frunzo el ceño.

—No es así como funciona.

—¿Cómo, entonces?

—Si te mueves, te ataco.

Me lanza una mirada furtiva antes de inclinarse hacia la izquierda.

—Me estoy moviendo —se burla.

—No seas infantil —lo regaño.

—No sabría cómo serlo —contrataca—, nunca he sido niño.

Vuelvo a mirarlo con los párpados entornados.

Se inclina hacia la derecha.

—Sigo moviéndome.

Por el amor de Dios.

Rápida como un rayo, saco mi arco, coloco una flecha y disparo.

Sisea cuando le acierto en un ala y el proyectil se le queda atrapado en las plumas.

—Esto no es una broma —le digo—. Como no me hagas caso, seguiré disparándote.

—¿En serio? —me presiona. El dolor le hace tensar un músculo de la mandíbula—. Porque me da la sensación de que solo eres capaz de ser violenta hasta cierto punto.

No tengo nada que decir al respecto. Se ha acercado dolorosamente a la verdad y no tengo ni idea de cómo me he vuelto tan transparente.

—¿Vas a arrancarme la flecha? ¿O tienes miedo de que me mueva? —acaba soltando al comprobar que lo único que hago es sentarme y contemplarlo.

Lo miro cabreada.

—A lo mejor quiero verte sufrir.

—No lo disfrutas —afirma, poniéndose serio—. Tampoco yo.

—¿No disfrutas de la violencia? —pregunto, enarcando las cejas.

Me resulta difícil de creer.

—Ya veo por qué te han puesto en mi camino —murmura Death en voz baja, ignorando mis palabras—. Somos iguales en un aspecto fundamental.

¿Ahora cree que somos iguales? Esta conversación se está volviendo más loca a cada segundo.

—El deber es el deber —declara el jinete. Se recuesta un poco—.

Pero, para responder a tu pregunta anterior, no, no la disfruto.

Transcurren las horas y la luz se desvanece. Es difícil distinguir algo en la oscuridad y eso me pone bastante nerviosa. Estoy relativamente segura de que me enteraría si el jinete se liberara, pero es imposible saberlo con absoluta certeza, no sin acercarme a él, y eso conlleva sus propios riesgos.

—Me gusta esto —admite Tánatos frente a mí, rompiendo el silencio.

Su voz es como el terciopelo y debería resultar tranquilizadora. En cambio, me consume un miedo infantil a esta *cosa* que acecha en la oscuridad.

—¿Te gusta *esto*? —repito con incredulidad, intentando controlar la voz.

—Sentarme contigo. *Hablar* contigo. No pelear, por una vez —responde. Al cabo de un momento, añade—: Las peleas son… Encuentro estimulantes nuestros enfrentamientos, pero ahora ya sabes cómo me siento acerca de hacerte daño. Hablar contigo, sin embargo, es intrigante.

Sus palabras transforman mi miedo y recuerdo los pensamientos y sueños errantes que he tenido durante los últimos meses. Unos en los que Death no es en absoluto mi enemigo y me mira y me toca de una forma completamente diferente…

Me falta un tornillo.

Me aclaro la garganta.

—No digas cosas así.

—¿Por qué no? —pregunta él, curioso.

Me froto los ojos.

—Porque lo digo yo.

Porque me hace querer que me gustes, y ese concepto es absolutamente aterrador.

El silencio en el granero resulta opresivo, y una parte de mí desea poder verle la cara.

Tiene razón. Hay algo intrigante en estar aquí sentada y hablar con esta amenaza.

—Somos iguales en otro aspecto fundamental —añade tras unos instantes.

¿Y cuál es? La pregunta me quema en la lengua, pero no me permito formularla.

Y Death no llega a darme más detalles.

En plena noche, queda claro que estoy sobrepasando mis límites.

Tengo hambre, sed, frío y necesito ir al baño. Pero, sobre todo, estoy cansada. He vivido en un estado perpetuo de agotamiento al perseguir a este hombre por todo el país.

Bostezo por… ¿quinta, sexta vez?

—Será mejor que no te duermas, *kismet*. —La voz del jinete surge de la oscuridad—. Será entonces cuando te ataque.

—Será mejor que no te muevas. Será entonces cuando te dispare.

Escucho su risa grave, casi sexual. El estómago me da un vuelvo al oírla.

—¿Qué significa esa palabra? ¿*Kismet*? —pregunto al cabo de unos segundos.

Me ha llamado así varias veces.

Se produce una larga pausa.

—Suponía que lo sabías —dice al fin—. Después de todo, es una palabra humana. Significa *destino*.

¿Destino?

—¿Por qué me llamas así? —pregunto con genuina curiosidad.

—No lo sabes. —Death lo dice a modo de declaración y, sin embargo, juraría que una nota de sorpresa tiñe su voz.

—¿Saber qué?

Pero no responde, y a mí no me queda energía para presionarlo y conseguir que siga hablando.

Durante un rato, su advertencia de permanecer despierta basta para mantenerme alerta. Pero pasan las horas y lo único que puedo hacer es contemplar fijamente la oscuridad.

No pretendía quedarme dormida. Para ser sincera, habría jurado que no me había quedado dormida, pero me despierto de sopetón al

sentir unos dedos fríos que me apartan el pelo y me lo colocan detrás de la oreja. Por un momento, me olvido de la situación, y la caricia es tan suave que me inclino hacia ella.

Un instante después, unos labios sustituyen esos dedos.

—Me intrigaba tanto la idea de ser tu prisionero, Laz, que casi me quedo —me susurra Death al oído—. Pero tengo trabajo que hacer.

Me pongo rígida ante el sonido de su voz, el pánico me inunda.

Se ha liberado.

—A lo mejor, la próxima vez —añade—, podrías ser *tú* mi prisionera.

—Tánat…

Justo cuando me estoy dando la vuelta para mirarlo, tanteando en busca de mi arma, el jinete coloca las manos a ambos lados de mi cara. Me tuerce el cuello de forma violenta y…

Crac.

DEATH

He acabado con incontables vidas a lo largo de los siglos. Jóvenes, viejos, fuertes y débiles. Creía que lo había visto todo.

Pero no es cierto.

Nunca me he topado con una criatura dispuesta a morir una y otra vez por su propia especie. Ni siquiera mis hermanos eran capaces de algo así. Todos los jinetes hemos muerto más de una vez, pero nunca por algo más tangible que nuestra misión.

Ver a Lazarus enfrentarse a unas probabilidades tan insuperables es inquietante.

Inquietante y fascinante.

Ardo en deseos de volver a verla.

XVI



Diciembre, año 26 de los jinetes
Kansas City, Misuri

Lazarus

Las cosas han cambiado entre nosotros. Eso está claro.

Nos encontramos cara a cara en las calles de Kansas City, con cuerpos y edificios destrozados esparcidos en todas direcciones.

—He estado pensando —dice Tánatos mientras hace crujir los cristales rotos con las botas— que podríamos dejar de pelear.

—Podríamos —coincido, aferrando mi cuchillo con más fuerza. Mi otra arma está ahora en sus manos—. Solo tienes que poner fin a esta matanza.

Sus ojos emiten un destello.

—No puedo. Sabes que no puedo.

El jinete empieza a dar vueltas a mi alrededor.

—Entonces, lo que me estás pidiendo en realidad es que deje de defender a la humanidad —replico, girando sobre mí misma para no darle nunca la espalda.

De repente, él se abalanza hacia delante y me veo obligada a saltar para apartarme. A pesar del aire frío, el sudor me gotea por el pecho.

—Es una tarea tan inútil como ingrata —afirma Death, retrocediendo un paso.

Me lanzo hacia él cuando se aleja, blandiendo el cuchillo.

Entrechocamos nuestras armas cortas, que emiten un ruido

metálico.

El jinete apoya su peso contra nuestras armas entrelazadas, obligándome a arrodillarme.

—No es ingrata —jadeo. Bajo la mano libre al suelo. Piedras, esquirlas de cristal y otros escombros cubren la carretera. Cierro la mano en torno a un puñado—. A veces te gano, y eso es muy, *muy* gratificante.

Le lanzo los escombros a la cara y consigo que se tambalee hacia atrás. Su arma resbala por la mía con un silbido.

Dejo caer mi propio cuchillo, me arrojo sobre él y lo agarro de un tobillo.

Él tropieza y se cae.

Antes de que tenga la oportunidad de levantarse, me arrastro en su dirección y, tras una mínima duda, me subo encima, pasando una pierna por encima de su torso.

Respiro con dificultad, mi pecho sube y baja como consecuencia del esfuerzo.

Durante un instante, Tánatos parece desconcertado. Se espera mis ataques; lo que no se espera es que me siente sobre él a horcajadas, sin armas.

Bueno, *casi* sin armas.

—¿Qué haces? —pregunta en tono exigente.

Me inclino hacia delante y lo agarro de una muñeca.

La mirada de Death baja involuntariamente hasta mi escote, que está más a la vista de lo habitual, gracias a un buen corte que me ha hecho con su cuchillo.

Tánatos mira… y sigue mirando, y sería tremendamente grosero de no ser porque está claro que este jinete no se ha encontrado nunca cara a cara con unas tetas.

—¿Qué haces? —repite, pero la voz se le ha vuelto áspera.

Los pechos son, por lo que parece, su perdición.

Le agarro la otra mano y le coloco las dos por encima de la cabeza. Me inclino hacia delante hasta que las chicas quedan bien cerca de Tánatos.

¿Entraba en mis planes distraer a Death con mis tetas?

No.

¿Voy a sacarle partido a la situación?

Sí.

—Te estoy sometiendo. —Mientras hablo, desato la cuerda que llevo a la cintura.

Esto no lo tenía planeado, pero, como he dicho, las cosas han cambiado entre nosotros.

—¿Me estás sometiendo? —murmura él de forma distraída. Sigue sin despegar la vista de mi escote.

Mientras está ocupado descubriendo las hormonas, empiezo a atarle las muñecas por encima de la cabeza. Después de nuestro último encuentro, descubrí que las ataduras no pueden retenerlo para siempre, pero son mejores que nada. Además, esta cuerda es mucho más gruesa que la de tender la ropa que usé la última vez.

Tánatos por fin aparta la mirada de mi escote y la dirige a mi rostro.

Hay algo afilado en sus ojos.

—Te deseo. —Las palabras se le escapan.

Un silencio absoluto las sigue.

No sé quién está más sorprendido, si él o yo. La confesión es de lo más inesperada y grotescamente inapropiada, puesto que somos enemigos mortales, o inmortales, pero no importa.

Espero a que se retracte de sus palabras o que, como mínimo, las matice. No lo hace.

Retomo mi tarea, lista para fingir que los últimos veinte segundos no han sucedido, pero las manos me han empezado a temblar y no puedo apretarle el nudo alrededor de las muñecas con tanta fuerza como me gustaría.

—Mírame —me ordena Tánatos con suavidad.

Niego con la cabeza.

—Lazarus, mírame.

—No acepto órdenes de un jinete —replico, inspirando hondo.

Él suelta una risa grave que me pone la piel de gallina.

—No lo haces porque sientes lo mismo y sabes que te lo vería en la mirada.

—Estás delirando —afirmo.

Por el rabillo del ojo, lo veo sonreír, y el estómago me da un

extraño vuelco.

«Termina lo que has empezado», me ordeno a mí misma, volviendo a concentrarme en el nudo. Las manos, sin embargo, todavía me tiemblan.

—No dejamos de luchar contra esta atracción que hay entre nosotros —dice Death.

—No existe ninguna atracción entre nosotros —replico con firmeza—. Eres mi enemigo.

—Ya lo creo que existe.

Lo fulmino con la mirada.

—Que *no*.

Tánatos me sostiene la mirada con intensidad. Al cabo de unos segundos, una lenta sonrisa se extiende por su rostro.

—Ahí está. Tú también me deseas.

—¿Cómo sabes siquiera lo que es el deseo? —lo acuso.

—Hay muchas almas que me anhelan —responde.

Se refiere a las personas que anhelan la *muerte*.

Frunzo el ceño.

—Bueno, pues yo no soy una de ellas.

Su sonrisa no hace más que ensancharse y provoca que el estómago me dé un vuelco de lo más exasperante.

—*No* lo soy —insisto, a la defensiva—. Eres guapo, pero nada más.

Dios mío, ¿acabo de decir eso en voz alta?

La expresión del jinete se vuelve más intensa, sus ojos parecen arder.

—Crees que soy guapo.

A Death ya no le hace falta matarme, creo que mi propia vergüenza se encargará de ello sin problemas.

¿Por qué he dicho eso?

Su mirada sigue siendo acalorada, su expresión sigue desafiándome.

—¿No estás harta de todo esto? —Señala con la cabeza hacia las ruinas de Kansas City—. ¿No estás cansada de pelear, de las dificultades, del dolor?

Dios, pues claro que sí. Por cada ciudad que salvo, hay al menos

otras cinco que sucumben.

—Por supuesto que estoy cansada.

Agotada hasta la médula. Pero eso no cambia nada.

Death suaviza la mirada.

—En ese caso, vente conmigo —me propone con delicadeza.

Durante unos segundos, la oferta suena insoportablemente bien, como dejarse caer en la cama después de un largo día.

Lo miro fijamente a los ojos, que están repletos de secretos. Muchos, muchos secretos.

—Ven conmigo —repite.

Podría. No más peleas. No más agotamiento. Solo tendría que… rendirme. Tal vez no pueda morir y mi cuerpo nunca conozca la verdadera paz, pero su propuesta se le acerca bastante.

—Seguiríamos peleándonos —discuto conmigo misma en voz alta.

—¿Qué pasaría si decidiéramos dejar de hacernos daño? —contrataca, y es el diablo en mi oído—. Detesto verte sufrir, y sé que a ti te sucede lo mismo.

El corazón me late desbocado. Está diciendo todas las cosas correctas y me siento atraída por esas dulces promesas.

Por eso me bajo de encima de él y me obligo a retroceder.

—No vas a llevarme a ninguna parte —digo.

Suponiendo, por supuesto, que le ate los pies… y también las alas. Tengo más cuerda en el bolso, pero está al otro lado de la calle, e ir a buscarlo implicaría darle la espalda.

El jinete se queda tendido en el suelo y luego se ríe, un sonido cuyo volumen va incrementándose.

—¿De verdad crees que tienes el control de la situación? —pregunta—. ¿Que, a pesar de tus anteriores intentos fallidos, puedes atarme y marcharte sin más?

De repente, levanta las muñecas atadas y las separa. La cuerda se desgarra como si fuera de papel.

Me tambaleo hacia atrás, con los ojos muy abiertos.

Eso no tenía que pasar.

Con una gracia felina, el jinete se pone de pie. Se endereza y pliega las alas negras a su espalda.

Camina hacia mí.

—Creo que ya hemos establecido que no se me da bien hacer de prisionero —dice con cuidado—. Me deshago de las ataduras con demasiada facilidad.

Tánatos se detiene a varios metros de mí. Me tiende la mano.

—Que no haya más dolor entre nosotros. No más conflictos. Ven conmigo, Lazarus.

Su demostración de fuerza sigue estremeciéndome, así como el hecho de que he estado sentada sobre su pecho varios *minutos* y, en todo ese tiempo, podría haber destrozado la cuerda y haberme agarrado.

Pero no lo ha hecho.

Y ahora… su oferta y su expresión sincera se abren paso bajo mi piel.

No más dolor. No más soledad persistente. No más intrigas ni destrozarme a mí misma para intentar detener a este hombre.

Es abrumadoramente atractivo.

Doy un paso hacia él.

Una emoción intensa ilumina los ojos de Death.

Alcanzo su mano extendida, cediendo a este instante de debilidad.

Mi mano se cierne sobre su palma abierta.

Solo entonces dudo.

Recorro a Tánatos con la mirada. Tánatos, que puede que deje de luchar contra mí, pero que nunca, nunca detendrá la matanza. Tánatos, que quiere que yo renuncie a todo sin ceder él ni un ápice.

—*No*. —Mientras lo digo, bajo la mano y me alejo de él.

El corazón sigue latiéndome acelerado. Las tornas están cambiando. Ya no siento que yo sea la cazadora y él, la presa, y tengo mucho miedo de que, si Death se acerca lo suficiente a mí otra vez, intente atraparme.

—No te marches, Lazarus —suplica.

Vuelvo a dudar. No sé por qué. Es solo que… No esperaba que este monstruo me planteara una oferta tan peculiar, ni esperaba sentirme tan atraída por ella.

Y no tengo ni idea de qué decirle ahora. Así que me conformo

con negar con la cabeza y poner distancia entre nosotros.

Death entrecierra los ojos.

—Recuerda mis palabras, *kismet*: esta es la última vez que te ofrezco esta opción.

Luego, con toda la indiferencia posible, llama a su corcel, monta a la bestia y se aleja.

XVII



Diciembre, año 26 de los jinetes
Austin, Texas

A estas alturas, ya he estado esperando al jinete ¿dos docenas de veces? ¿Tres docenas? ¿Cuatro? Todo se vuelve confuso. Y con cada ciudad por la que paso, la pena intensa y la furia hirviente que siento se desvanecen un poco más.

«¿No estás cansada de pelear?… ¿Qué pasaría si decidiéramos dejar de hacernos daño?».

—Coloque a sus mejores tiradores en todas las carreteras principales de entrada y salida —le indico al jefe de policía de Austin, Wyatt Davenport—. Solo tienen una oportunidad de acabar con el jinete. Si una flecha se desvía o no lo mata al instante, todo el mundo muere.

He puesto creciente empeño en enfrentarme al jinete antes de que llegue a una ciudad concreta, pero en muchas ocasiones no puedo evitarlo. De ahí que ahora me encuentre aquí con el jefe de policía de Austin.

Sentado en su silla, el jefe Davenport se endereza un poco más.

—Hemos recibido las advertencias de Oklahoma City y hemos prestado atención a las historias de otras personas que se han topado con los cadáveres —dice, algo a la defensiva—. Ya estamos al tanto de la existencia del jinete y tenemos varios planes en marcha.

—Mata al instante —replico—. Lo he visto de primera mano. —

Muchas, muchas veces—. Si es posible, hay que evacuar la ciudad. Viene del norte… —Me levanto y señalo la autopista que he tomado hacia Austin—. Lo más probable es que utilice esta carretera. Sería mejor que los civiles la eviten y que la mayoría…

—*Yo* decidiré lo que es mejor para nuestra ciudad —me interrumpe el jefe Davenport. Me escruta de nuevo—. ¿Me repites quién te ha recomendado?

Siento el agotamiento en los huesos.

—El jefe de bomberos.

Estoy cansada. Muy, muy cansada.

Cansada de explicarle esto a gente que no quiere creerlo. Cansada de esperar, con el arco en alto, a que Death cabalgue por cierta carretera. Cansada de los días largos y las noches cortas. Cansada del miedo siempre presente que me acompaña.

Cansada de hacerle daño al jinete. De luchar contra él.

Quizá debería rendirme. Todo esto es inevitable.

Alejo ese seductor pensamiento.

—El jefe de bomberos —repite, mirándome como si fuera una mentirosa. No sé si es por ser mujer, por mi tono autoritario o qué, pero hay algo en mí que a este hombre le molesta—. ¿Y dónde está? Samuel se habría esforzado por estar aquí si hubiera creído que era importante.

—No sé por qué no ha venido —replico, exasperada.

El jefe de policía se acomoda en su asiento y dirige la mirada hacia la puerta, por encima de mi hombro, como si estuviera tratando de averiguar la forma más rápida de ponerle fin a esta reunión.

—¿Cómo sabes siquiera que el jinete viene hacia aquí? —pregunta Davenport, mirándome de nuevo con expresión astuta—. ¿De verdad se supone que tengo que creerme que una chica que ha llegado a mi ciudad contando historias en las que todos mueren, excepto ella, por supuesto, realmente tiene las respuestas que nadie más posee? —Me lanza una mirada dura—. Francotiradores —murmura, sacudiendo la cabeza.

Ahora es cuando asume que tengo algún tipo de plan muy elaborado para sacar a la gente de sus casas y robárselo todo.

Estoy exhausta.

No le he contado al jefe de policía lo de que es imposible matarme. Creo que hoy no me quedan fuerzas para compartir esa verdad. En vez de eso, señalo el mapa que tiene frente a él.

—Esa es mi prueba. Mire las ciudades que ha atacado ya. Hay un patrón. Y si lo sigue, verá que pasa por Austin. Usted mismo ha dicho que recibieron informes de Oklahoma City. Sabe que hay…

—No te *atrevas* a decirme lo que sé —me espeta con voz de acero.

Aprieto la mandíbula y me obligo a permanecer en silencio sobre las suposiciones que él ha hecho sobre *mí*.

—Al jinete le gustan las ciudades grandes —respondo en cambio —. No tardará en llegar.

—Y te basas en un montón de garabatos que has hecho en un mapa. —El jefe Davenport me devuelve el papel—. Basta de tonterías. Sal de mi…

—Hay otra razón —me apresuro a decir.

Esboza una mueca de impaciencia, pero espera.

—Death viene hacia aquí porque yo estoy aquí —digo con tristeza —. Me está persiguiendo.

Al escuchar mis palabras, el jefe de policía se recuesta en su silla. Me mira con atención y prácticamente veo cómo giran los engranajes de su cabeza. El momento se prolonga y se vuelve incómodo.

—Oye, Jones —grita al fin, en dirección a la puerta.

Miro por encima del hombro justo cuando el agente en cuestión, el hombre apostado fuera, asoma la cabeza. El jefe de policía le hace señas para que entre.

El agente Jones entra en la habitación y nos mira a los dos.

El jefe Davenport vuelve a fijarse en mí.

—Entonces, ¿Death te está siguiendo?

No sé si por fin me cree. Su expresión es ilegible.

Paseo la mirada entre ambos antes de responder.

—Sí —corroboro, despacio.

—De acuerdo —dice Davenport, arrellanándose en su silla—. Si

es a ti a quien busca, entonces es a ti a quien tendrá. —Dirige la mirada al otro hombre—. Agente Jones.

Apenas ha terminado de pronunciar su nombre cuando el policía me agarra.

—¿Qué está…?

Forcejeo con el agente cuando este me aferra las muñecas. Le asesto una patada en el empeine.

—¡Mierda! —jura mientras afloja el agarre.

No me puedo creer que esté pasando esto. Nada de esto.

Consigo escabullirme de la habitación.

Dios, ¿de verdad ahora tengo que huir de las autoridades?

Otros dos oficiales charlan al final del pasillo. En cuanto me ven salir sin aliento de la habitación, se ponen rígidos y me dispensan toda su atención.

Me lanzo en la dirección opuesta.

Tengo mucha experiencia matando deidades, pero muy poca en esto.

La puerta que tengo detrás se abre de golpe y el agente Jones sale disparado. No he recorrido ni tres metros cuando me alcanza. Me da un fuerte empujón por detrás. Tropiezo y caigo al suelo de linóleo. En un instante, se me echa encima, me junta las muñecas y me esposa mientras los otros dos agentes se acercan.

—¡Esto es ridículo! —resoplo—. ¿Qué hace?

Empiezo a oponer resistencia.

No me puedo creer que me esté pasando esto. No me puedo creer que me esté pasando esto.

Oigo los fuertes pasos del jefe Davenport. Se acerca a donde me tienen retenida.

—Señores, a esta no vamos a meterla en la cárcel del condado.

Los agentes dudan. Cualquiera que sea el protocolo establecido para tratar con criminales, está claro que el jefe de policía quiere que se lo salten.

—Esta señorita parece pensar que un jinete viene hacia nosotros. —Davenport tuerce la boca, como si estuviera reprimiendo una sonrisa—. Por suerte, parece ser que dicho hombre la está buscando.

Los ojos de sus subordinados me recorren, aunque no logro adivinar qué les pasa por la cabeza.

—Por favor —le ruego al jefe de policía—. No sé cómo cree que se desarrollará la situación, pero está equivocado.

—Ya he oído tu historia —me espeta Davenport—, ahora te toca estar calladita y escuchar, señorita: puede que estés mintiendo y quieras jugársela a mi ciudad, o a lo mejor estás diciendo la verdad y el jinete de verdad viene de camino. En realidad, no importa, porque a fin de cuentas, vamos a atarte como a un cerdo y dejaremos que el jinete, si es que de verdad viene, te coja a ti primero.

¿*Ese* es su plan? ¿Quién tuvo el poco sentido común de poner a este hombre en una posición de liderazgo?

—Soltadme. —Me sacudo contra las esposas. Menudos idiotas—. Va a mataros a todos.

—Puede que no, no si es a ti a quien quiere. Me parece que podría distraerse. Y, si no viene —continúa Davenport—, entonces a la noche te escoltaremos hasta la cárcel del condado, para que puedas pensar en las decisiones que has tomado.

Tomo una bocanada de aire.

—¡No funciona así! Puede que Death no llegue hoy, ni siquiera mañana, podría no venir en absoluto. Pero si lo hace, todos moriréis.

El jefe de policía me mira con los ojos entrecerrados. Se agacha frente a mí.

—Creo que mientes, señorita, y disfrutaré viendo cómo te pudres en la cárcel por tener la audacia de aprovecharte de nuestros ciudadanos —dice en voz baja.

Se gira hacia el agente Jones y le da una palmada en el hombro.

—Súbela a la parte trasera de uno de los carros de la cárcel y llévala al borde de la Interestatal 35 —dice, lanzándome una mirada. Es la carretera que le he advertido que vigile de cerca—. Cuando llegues, átala y déjala en mitad del asfalto.

Miro al jefe de policía con creciente horror.

—Está loco.

Davenport endurece la mirada.

—También puedes amordazarla —añade—. Ya ha provocado

suficiente pánico.

Los agentes cumplen las órdenes. Me abandonan en plena carretera, en el límite de Austin, con las muñecas y los tobillos esposados. Me han puesto una cuerda alrededor del cuello, cuyo extremo está atado a una farola apagada a cuatro metros y medio de distancia.

Me han encadenado como a un perro.

Los policías se han alejado de mí, probablemente porque ahora que su jefe ya no está a la vista, se están dando cuenta de que esto es muy, muy poco ético, incluso para el Salvaje Oeste.

O puede que, atada como estoy, simplemente no les haga falta quedarse más cerca.

Forcejeo contra mis ataduras hasta que siento las muñecas en carne viva y se me escapan algunas lágrimas de frustración.

Esta situación es de lo más estúpida y ha sido provocada por unos pocos idiotas que creen que los problemas simples deben tener soluciones simples, y ahora no solo están jodidos, sino que *yo* también.

Tenso la mandíbula. La tela con la que me han amordazado me hace daño en las comisuras de la boca.

Lanzo una mirada por encima del hombro a los tres agentes, que merodean cerca del coche patrulla. Parecen aburridos y algo molestos por estar a la intemperie con este frío, pero están charlando. Es así como me entero de algunos chismes de la comisaría.

Durante un buen rato, no pasa gran cosa. Algunas personas entran en la ciudad, otras la abandonan; algunas incluso se detienen a preguntar por mi situación antes de que el agente Jones o uno de los otros dos hombres las espante.

Al final, Davenport se les une.

—¿Aún no ha aparecido tu jinete? —me grita el jefe de policía.

Tengo las manos atadas, pero aun así logro levantarlas lo suficiente para dedicarle un gesto obsceno.

—¡Oye! —grita uno de sus subordinados con voz aguda.

—Olvídalo —dice Davenport. Más bajo, lo oigo añadir—: Si no

pasa nada antes del anochecer, Joe, Tompkins y Elijah os relevarán.

—¿Qué está pasando? —pregunta uno de los hombres en voz baja.

Oigo cómo el jefe de policía los pone a todos al corriente.

—¿Cree que es verdad? —pregunta uno de ellos.

—Bueno, ya veremos, ¿no? —Davenport habla un poco más alto y prácticamente siento su mirada clavada en la espalda—. Si no lo es, hay una cosa que sí puedo afirmar con total seguridad: esa mujer se arrepentirá de haber venido a Austin.

Transcurre otra hora más antes de que oiga los gritos desgarradores de innumerables animales a lo lejos.

Está empezando.

El corazón se me acelera mientras me pongo de pie de forma temblorosa y me arrastro lo mejor que puedo hasta la farola inclinada a la que estoy atada. La oscura masa de criaturas se acerca cada vez más, oscureciendo la puesta de sol. El carro de policía traquetea y luego se pone en marcha cuando los caballos enganchados a él se alejan al galope.

—¡Joder! —maldice uno de los hombres.

Presiono la espalda contra el poste de metal justo cuando los animales pasan corriendo, rebuznando, aullando y chillando.

—¡Mierda! —exclama otro agente.

El resto de sus palabras se pierden en el ruido de la estampida.

El grupo de policías corre hacia un antiguo y destartalado restaurante de comida rápida, con la pintura desgastada por el tiempo y cuyo logo no es más que un contorno. Tienen que abrirse paso entre la horda de animales para llegar hasta allí, pero al final logran esconderse detrás del edificio abandonado. Debería sentirme satisfecha con la situación, pero, en vez de eso, se me revuelve el estómago, porque sé lo que me espera.

Death.

A medida que la estampida se va calmando, siento cómo desciende ese silencio letal.

Ay, Dios.

Vuelvo a forcejear contra mis ataduras, aunque es en vano.

Recuerdo la promesa del jinete de que vendría a buscarme y

tiemblo.

Cierro los ojos, tratando de averiguar cómo voy a salir de este lío. Podría quedarme aquí, recostada contra este poste con la espalda hacia la carretera. Apuesto a que, si el jinete no me ve la cara, pasará de largo y no me verá.

Pero, en ese caso, Austin perecería, y si todos sus ciudadanos desaparecen, me quedaré atada para siempre a este poste. Esa posibilidad de pesadilla me revuelve el estómago.

Si no puedo esconderme del jinete… entonces tendré que plantarme ahí en medio y ofrecerme a él como una especie de sacrificio enfermizo.

Tal como había planeado el jefe Davenport.

Hago una mueca mientras me arrastro de nuevo hacia el centro de la carretera, con las cadenas tintineando. Apenas he llegado cuando, en mitad del silencio, oigo las voces de los agentes.

Me tenso. ¿Están volviendo? ¿Cómo es que la estampida de animales salvajes no los ha convencido de que el jinete se acerca?

Los miro por encima del hombro.

—¡Corred! —intento gritar, pero la mordaza amortigua mi advertencia.

—¿Qué le pasa? —pregunta uno de los agentes.

¿No es obvio?

Grito de nuevo con frustración.

—¡Corred! ¡Corred! ¡Corred!

Se quedan ahí plantados, con aspecto confundido y un poco asustado. El jefe Davenport me está estudiando con el ceño fruncido, como si, quizá por primera vez, se estuviera planteando que no ha tenido precisamente una idea brillante.

—A lo mejor… deberíamos irnos —dice uno de los hombres al final.

Tacatá, tacatá, tacatá.

Demasiado tarde. Demasiado tarde demasiado tarde demasiado tarde.

Miro hacia delante, el miedo se me acumula en el estómago.

A lo lejos, veo al jinete, con las alas plegadas a la espalda.

—Por Dios —blasfema uno de los oficiales.

Death ya está observando mi figura, pero en cuanto lo miro a la cara, detiene a su caballo en seco y recorre con la mirada mi mordaza, la cuerda que llevo atada al cuello y las esposas que me aprisionan muñecas y tobillos.

A continuación, estudia mi rostro. Se demora mucho en él y su expresión parece volverse más intensa, más decidida con cada segundo que pasa.

Chasquea la lengua y su caballo empieza a trotar, sin apartar la mirada de mí.

Tacatá, tacatá.

Soy incapaz de reprimir la ansiedad mientras Tánatos acorta rápidamente la distancia que nos separa. Siento cómo me tiembla el cuerpo y no es solo por el frío. No sé qué esperar de este encuentro.

Death detiene a su corcel frente a mí.

Durante varios segundos, lo único que hacemos ambos es mirarnos.

—Que me aspen —dice Davenport a lo lejos, en voz baja—, estaba diciendo la verdad.

Apenas ha pronunciado esas palabras cuando oigo varios golpes sordos. Ya he escuchado ese sonido en multitud de ocasiones. Cuerpos cayendo al suelo. El jefe de policía y sus agentes se han comportado como unos cabrones conmigo, pero eso no impide que me duela que ellos, y probablemente el resto de la ciudad, ya no estén.

—Por fin —dice Tánatos, regodeándose en la situación.

Incluso sabiendo que necesito que el jinete me desate, me alejo de él cuando avanza y los grilletes de los tobillos tintinean.

—¿A dónde crees que vas, *kismet*? —pregunta, persiguiéndome —. Parece que la cuerda tiene un límite.

Eso no me impide seguir alejándome de él.

—¿Se han vuelto contra ti tus queridos humanos? —pregunta.

Agarra la cuerda que tengo atada al cuello y avanza hacia mí. Cuando me tiene a su alcance, Death estira el brazo hacia mi mordaza. Con las manos desnudas, rasga la tela.

—¿O se suponía que esto era una emboscada? —pregunta, mirando a nuestro alrededor.

Inspiro de forma entrecortada.

—Si intentas llevarme contigo, haré que te arrepientas —digo.

Él curva la comisura de la boca hacia arriba.

—¿De verdad?

Se agacha mientras habla. Coge una esposa de hierro con las manos, la abre y me libera una muñeca. Luego toma la otra y la rompe también, antes de tirar las esposas destrozadas a un lado. Ser testigo de su asombrosa fuerza me hace entrar en pánico.

No paro de olvidarme de que no somos iguales, no cuando se trata de fuerza bruta.

Una vez que Tánatos me ha quitado las esposas, alarga la mano hacia los grilletes que me aprisionan los pies.

—¿Qué haces? —pregunto.

Me mira, y tener a Death arrodillado ante mí no debería parecerme tan atractivo.

—Te estoy liberando.

Como para dejar claro su argumento, destroza una de las esposas.

—¿Por qué?

—¿Prefieres que te deje aquí? —pregunta, agarrando el último grillete. Tira de él y, con un chasquido quejumbroso, el metal se rompe.

A continuación, el jinete se levanta y se cierne sobre mí una vez más.

—Entonces, ¿vas a dejar que me vaya? —pregunto con cautela.

Me lanza una mirada sensual que siento en lo más profundo de mi ser.

—Seguro que no has olvidado lo que juré al despedirnos la última vez.

Así que Tánatos planea llevarme con él. No sé exactamente qué implica eso, pero imagino que significa que ya no podré advertir a más ciudades de su llegada. Y, aunque puede que esté cansada de todo esto, no estoy lista para darme por vencida.

—Lamento que te hayan traicionado —dice con seriedad.

Inspiro hondo.

—Puede que se hayan vuelto contra mí, pero no me han hecho

daño.

«A diferencia de ti».

No quiero que ninguno de los dos olvide quién es el verdadero villano de esta historia.

Nuestras miradas se encuentran y lo entiende. Sé que sí. Pero no ofrece disculpas ni excusas.

Death mueve la mano hacia la cuerda que tengo en el cuello. Al agarrarla, me roza la parte inferior de la mandíbula con los nudillos, y creo que se está dando cuenta de que ha llegado el momento. El momento de tomarme. Ya distingo el triunfo en sus ojos.

Desgarra la cuerda y soy libre.

Rápida como un rayo, le doy un puñetazo en la nariz, tal como me enseñó a hacer una agente hace una docena de pueblos.

La cabeza de Death sale despedida hacia atrás y aprovecho la distracción para dar media vuelta y correr. Me dirijo hacia los policías recién fallecidos que yacen a cuarenta metros de distancia, justo al lado de la carretera. Seguro que uno de ellos tiene un arma con la que puedo defenderme.

Zas, zas, zas.

Las alas de Tánatos resuenan a mi espalda cuando se eleva en el aire.

No mires atrás.

Quiero hacerlo desesperadamente, pero sé que el jinete se está acercando a mí y que cualquier paso en falso podría significar la diferencia entre ser capturada y huir.

Más adelante, reconozco al agente Jones tendido sobre la hierba muerta. Lleva un par de armas blancas atadas a la cintura, ojalá pueda llegar hasta él.

Imprimo a mis piernas toda la fuerza de la que soy capaz, incluso cuando los aleteos de Death se escuchan cada vez más alto a medida que se acerca.

Solo quedan seis metros. Cinco. Cuatro.

Tánatos está tan cerca que cada aleteo de sus alas hace ondear mi pelo.

Tres metros.

Siento el roce de las yemas de sus dedos cuando me alcanza. Me

deslizo los últimos metros como si estuviera llegando a la base de bateo. El agente Jones está justo a mi lado, con sus armas enfundadas al alcance de la mano. Consigo desenvainar dos dagas de aspecto siniestro cuando Tánatos cierra los brazos a mi alrededor y me atrae hacia su pecho.

—Cuánto tiempo llevo esperando este momento —me susurra al oído.

Un instante después, salta hacia el cielo, conmigo prisionera en sus brazos.

Dios mío.

Doy patadas al aire mientras nos elevamos sobre la autopista.

—Tánatos, bájame —exijo, con el pánico tiñéndome la voz.

—Es demasiado tarde para eso, *kismet*.

No es demasiado tarde para nada.

Me giro como puedo en los brazos de Death, blandiendo mis armas recién adquiridas.

De inmediato, él atrapa la daga que llevo en la mano derecha y me la arrebata para lanzarla a un lado.

A lo lejos, escucho el tintineo que emite debajo de nosotros, pero no tengo tiempo de mirar, porque el jinete ya va a por mi segunda arma. La izquierda no es mi mano dominante, por lo que me cuesta más atacarlo. Pero también queda fuera del alcance de Death. Él intenta cambiar el brazo con el que me sujeta.

—Suéltame.

Le doy una patada mientras seguimos elevándonos. No me hace falta mirar hacia abajo para saber que, si lo hago, veré cadáveres. Muchos, muchos cadáveres.

Incluso mientras forcejeamos, escucho los crujidos y los gemidos de los edificios desplomándose. Uno tras otro, tras otro. La reluciente ciudad de Austin se está derrumbando.

—No pienso hacerlo —jura Tánatos—. Así que podrías dejar de resistirte.

—¡No puedes secuestrarme!

—Dice la mujer que me hizo prisionero a mí primero.

Ahora debemos de estar a más de treinta metros del suelo y seguimos subiendo.

Death todavía intenta alcanzar mi daga.

—Basta, Lazarus —dice—. Estamos demasiado alto para pelear.

No tengo intención de luchar contra el jinete a esta altura, pero tampoco tengo intención de entregarle mi arma. Si la pierdo, quedaré totalmente a su merced.

Es un destino en el que no quiero pensar.

Elevo el brazo hacia atrás para esquivar el suyo. Solo me doy cuenta de mi error cuando ya he hundido la daga en su carne blanda y escucho el gruñido de dolor del jinete. Dominada por el pánico, lo he herido de verdad.

Sin embargo, no me doy cuenta de lo mucho que la he cagado hasta que Death afloja su agarre. En lo que se tarda en inspirar, empiezo a caer.

—*No* —jadea, tratando de volver a agarrarme. Pero mueve las manos con torpeza sobre mis brazos y me resbalo.

Y así es como empiezo a caer de verdad.

El viento ahoga mi grito de sorpresa.

¿Por qué no he podido dejar caer el arma? Tenía que resistirme hasta el final, ¿no? Y al hacerlo me he jodido a mí misma.

El jinete brama por encima de mí y, mientras me retuerzo en el aire, por fin lo veo.

Death se lanza hacia mí con una mirada de pura determinación en los ojos. Extiende un brazo, aunque está varios metros por encima de mí.

—¡Lazarus! —Me cuesta oírle por culpa del viento—. ¡Dame la mano!

Por una vez, intento acercarme a él con ahínco.

El jinete alarga la mano hacia mí y yo hago todo lo que puedo por agarrársela. La distancia se acorta entre nosotros y, con los dedos, le rozo los suyos ensangrentados.

Qué cerca.

Death clava la mirada en algo que queda por debajo de mí y veo cómo abre los ojos como platos.

Dios mío.

No quiero morir. No así. He sido una tonta con todo lo de la daga. No estaba pensando. No quiero que termine así.

—¡Lazarus!
Me esfuerzo por agarrarle la mano.
—Tánatos.
No quiero morir. No quiero…
Me golpeo la cabeza contra algo y todo se vuelve oscuro.

XVIII



Me despierto poco a poco y abro los ojos. Observo el cielo desde el interior de un edificio parcialmente derrumbado. La mitad del techo se ha venido abajo y, a juzgar por el dolor que siento en la espalda, estoy tumbada sobre lo que queda de él.

Empiezo a moverme, pero me quedo sin respiración cuando un dolor cegador me atraviesa.

Me observo el torso. Justo por encima del ombligo, una gruesa barra de metal sobresale hacia arriba. Siento que me ahogo de nuevo, esta vez más por el horror que por otra cosa.

Estoy empalada.

Muevo los brazos —parecen estar casi curados, aunque los tengo cubiertos de moretones— e intento levantarme.

Grito cuando el dolor me atraviesa y me dejo caer de nuevo.

Jadeo mientras contemplo el cielo azul muy por encima de mí.

Por Dios.

No puedo morir y estoy atrapada.

Si existe el infierno, entonces es este.

Grito y gimo, pero nadie me escucha. Las horas pasan, el día da paso a la noche y la noche da paso al día. Y la secuencia se repite una y otra vez.

Siento cómo el estómago se me retuerce de hambre y cómo la sed me agrieta los labios, pero aun así sigo clavada en el suelo.

Durante un tiempo, lloro de vez en cuando, sobre todo porque me doy cuenta de que estoy muy jodida. Muy, muy jodida.

No sé dónde está Tánatos, o en qué estado se encuentra. A lo mejor también se ha hecho daño. O puede que no; es posible que

simplemente viese mi cuerpo ensartado y pensase que abandonarme era mejor que capturarme.

No sé por qué esa posibilidad en particular hace que me duela tanto el corazón.

Transcurre otro día más. Huelo a los muertos en el viento, oigo el aullido de los perros salvajes y los chillidos de los pájaros que vuelan en círculos. Ningún carroñero ha dado conmigo, todavía.

Una y otra vez, intento levantarme y arrancarme del poste, pero, dejando de lado el dolor cegador, el ángulo lo hace imposible, y ningún instinto de supervivencia puede cambiar eso.

Ahora mismo, no quiero estar en mi propio cuerpo.

Los carroñeros me han encontrado.

Es…

Indescriptible.

Llevo aquí una eternidad, inmovilizada.

He perdido y recuperado la conciencia tantas veces que no sé si han pasado horas o días desde que los carroñeros me encontraron; creo que por lo menos ha sido un día, aunque el dolor distorsiona los recuerdos. A lo mejor solo he soñado con el cielo oscuro.

Los carroñeros se marchan al fin. Cuando sucede, sollozo, un gesto que me agita el pecho destrozado y que hace que mis numerosas heridas se abran más.

Volverán. Es solo cuestión de tiempo.

Busco un arma adecuada, pero los escombros que eran lo bastante pequeños como para sujetarlos ya los recogí y lancé en mi fallido intento de asustar a los animales.

Lo mejor que puedo esperar a estas alturas es que la próxima vez que vengan, logren liberarme de alguna manera. La idea hace que me entren arcadas.

Lloro unas cuantas veces más, pero la cabeza me palpita con fuerza y mi cuerpo no tiene suficiente agua para producir lágrimas.

Puto Death.

Lo maldigo una y otra vez.

Así que, cuando lo oigo llamarme, me da la sensación de que debo de haberlo conjurado solo con mi ira.

Lazarus… Lazarus…

Lazarus…

«En realidad, no es él. La deshidratación, el hambre y el dolor me están haciendo delirar», me digo.

—¡Lazarus! —grita un hombre.

Se me entrecorta la respiración.

¿Tánatos? ¿Es posible?

La esperanza que me inunda el pecho es dolorosa y casi tengo miedo de ceder a ella. Pero, entonces, mientras contemplo con los ojos llorosos el agujero del techo, distingo un atisbo de alas negras y una armadura brillante en lo alto.

Está claro que es él. Ningún pájaro tiene ese aspecto.

Me doy cuenta de que me está buscando.

«Ayuda». Intento formar la palabra, pero tengo la voz ronca y débil.

Me aclaro la garganta.

—Death —lo llamo. Apenas me sale un susurro.

Reúno todas mis energías y respiro hondo.

—¡Death! —grito.

Mi voz sigue siendo dolorosamente débil y él ha pasado de largo, las paredes de este edificio parcialmente derrumbado lo ocultan de mi vista.

La desesperación y la esperanza me ayudan a hacer acopio de fuerzas.

Respiro hondo.

—¡Death! ¡Death! ¡Ayuda! ¡Por favor! ¡Tánatos! —grito tan fuerte como puedo, mis súplicas solo se ven interrumpidas por mis gritos cuando el esfuerzo me abre más la herida.

No lo veo, pero oigo el golpeteo de esas alas atronadoras, y creo… creo que se está acercando.

—¡Lazarus! —grita desde algún lugar del cielo.

—¡Death! —grito de nuevo.

Entonces, vuelvo a verlo por encima de mí. Tiene las alas

extendidas a la espalda mientras se posa en una viga expuesta.

Baja la mirada hacia el interior del edificio derrumbado; su cabello oscuro ondea como una bandera al viento.

—¿Lazarus? —dice, mientras sus ojos escudriñan la oscuridad.

—Tánatos —lo llamo entre un sollozo y un suspiro.

Detecto el instante en que me ve. Todo su cuerpo se tensa.

De repente, pliega las alas con brusquedad. Abandona su posición elevada y se lanza desde el tejado, cayendo a plomo como una piedra. Justo antes de aterrizar, abre las alas de par en par, ralentizando su descenso, de modo que parece flotar los últimos metros.

Al aterrizar sobre una pila de escombros, desata una lluvia de piedrecitas y, una vez más, pliega las alas a la espalda.

Avanza a grandes zancadas sobre los escombros; su peto plateado brilla bajo esta luz tenue. Se detiene y veo cómo posa los ojos en mí. Observa mi rostro, luego mi ropa destrozada y los pocos lugares donde mi cuerpo sigue en proceso de curación. Finalmente, se fija en la barra que me sobresale del abdomen.

—Lazarus. —Death corre el resto del camino hacia mí. Se arrodilla a mi lado y observa mis heridas de nuevo—. Mierda.

—No sabía que los ángeles maldecían —digo, y los labios se me agrietan al hablar.

Sigue recorriéndome con la mirada, como si estuviera tratando de procesar lo que ha sucedido.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunta.

Pero él ya lo sabe. *Tiene* que saberlo. La barra que me sobresale del cuerpo es prueba suficiente.

—Desde que me dejaste caer. —Ahora que ya no tengo que gritar, la voz me sale en un susurro.

—¿Desde que…? —Sus ojos se encuentran con los míos, y veo cómo el horror invade su expresión. Maldice de nuevo—. ¿Llevas aquí todo este tiempo? —pregunta.

Cierro los párpados y asiento.

Él emite un sonido agonizante.

Abro los ojos.

Con una mano, me acuna una mejilla y desliza el pulgar por mi

pómulo.

—Creía que te sentirías más complacido con mi situación —susurro.

Tánatos exhibe una mirada torturada cuando sostiene la mía.

—No me enorgullezco de ser cruel. —Se fija en la barra oxidada que sobresale de mi cuerpo—. Te he estado buscando. Yo… —Hace una pausa antes de volver a mirarme a los ojos—. Estaba loco de preocupación. El recuerdo de cómo te me resbalaste de los brazos no me ha abandonado en todos estos días.

—Basta —digo.

No quiero escuchar esto. Creía que sí, creía que nada dolería más que la posibilidad de que Death me abandonara a mi suerte para que me pudriera por toda la eternidad, pero me equivocaba. Tenemos un acuerdo tácito, uno en el que nos despreciamos mutuamente. No estoy lista para que eso cambie.

Él se concentra en la gruesa barra de acero que me atraviesa el cuerpo. Una sección de por lo menos un metro apunta hacia el cielo.

Death se levanta y merodea a mi alrededor, estudiándola. Al final, se arrodilla a mi lado y la agarra con ambas manos.

—Prepárate, Lazarus —me advierte.

Y luego la retuerce. El metal cruje al doblarse bajo su fuerza y el movimiento provoca que se me abra aún más la herida.

Aprieto los dientes para reprimir un grito de dolor.

Con un último chirrido, la barra de metal se parte. Death la arroja a un lado. El poste repiquetea al aterrizar a lo lejos, el sonido resuena a nuestro alrededor.

Por un segundo, la fuerza sobrenatural del jinete me maravilla. Y pensar que yo he luchado contra él una y otra vez.

Death frunce el ceño.

—¿Qué pasa? —pregunto con voz ronca.

—Voy a tener que levantarte, Laz —me explica, acortando mi nombre como si fuéramos amigos.

Es como si el miedo me licuara las entrañas. Me consideraba valiente en lo referente al dolor, pero después de los últimos días, ya no tanto.

Sin embargo, necesito que me libere.

Aprieto los párpados con fuerza a la vez que asiento.

—Hazlo —digo, abriendo los ojos.

El jinete se acerca y desliza los brazos bajo mi espalda. Incluso ese ligero movimiento hace que se me escape un grito.

Dios, esto va a doler.

Tánatos hace una pausa.

—¿Estás bien? —comprueba.

Respiro con dificultad por la nariz.

—Solo necesito un segundo.

El jinete me lo concede. Todavía tiene los brazos debajo de mí, pero no se mueve.

Me concentro en las imágenes grabadas en su peto, tratando de calmar los nervios. Hay serpientes y lápidas, huevos y criaturas con colmillos, espirales y procesiones funerarias, cada imagen se fusiona con la siguiente. Contemplo con atención la zona de metal que cubre el corazón de Tánatos. En ella, aparece una mujer abrazada de forma íntima a un esqueleto. Justo cuando estoy a punto de extender la mano y tocarlo, Death me levanta.

Grito, un sonido completamente derivado del doloroso desgarro de mi herida.

Pero entonces la barra desaparece y soy libre.

El jinete se sienta pesadamente en el suelo y me sostiene con fuerza contra él.

Giro la cabeza a un lado mientras tengo arcadas una y otra vez, la agonía me provoca náuseas. Y luego lloro, sollozo, un movimiento que no contribuye a aliviar este dolor insoportable. Puede que sea libre, pero siento el cuerpo destrozado.

Me duele todo demasiado.

—Te tengo, Lazarus, mi Lazarus —murmura Tánatos.

En este preciso momento, sus palabras resultan extrañamente reconfortantes. Giro la cabeza hacia su pecho y lloro contra su armadura.

Me sostiene mientras las lágrimas se derraman.

—Duele —sollozo.

Es casi ridículo admitir esto ante mi enemigo, el que me ha

hecho daño en repetidas ocasiones. Es aún más ridículo que sea él quien me sostenga en esta situación.

Pero a él no parece importarle y puede que eso sea lo más extraño de todo.

Death acerca una mano a mi mejilla y apoya la palma cálida contra mi piel. Eso parece acabar con mi autocompasión.

Intento apartarme.

—Quédate quieta —ordena y, por alguna razón, obedezco.

Su rostro es solemne mientras me observa. Respira hondo, todavía mirándome.

Antes de que pueda moverme con nerviosismo bajo el escrutinio, la piel me empieza a hormiguear. La sensación me hace sentir ansiosa, inquieta, como si necesitara levantarme y moverme. Siento caliente la herida abierta del abdomen y… me pica.

—¿Qué estás haciendo? —jadeo.

—Curarte.

¿Curarme?

—¿Puedes hacer eso? —pregunto, todavía medio distraída por las sensaciones que me recorren.

Creía que solo sabía matar.

Aunque su expresión es tan solemne como siempre, parece sonreír con los ojos cuando me mira.

—Puedo hacer muchas cosas, Lazarus.

¿Por qué se le ha concedido al jinete de la muerte el poder de curar? Y, hablando de eso…

—¿Por qué me estás curando?

No responde, se limita a apretar la mandíbula y a seguir concentrado en mi estómago.

Mi mirada vuelve a aterrizar en esa extraña pareja en su armadura. Ahora, alargo la mano y trazo el contorno del esqueleto que alcanzo a ver.

La mirada de Tánatos se posa en mi dedo.

—Muerte y vida, atrapadas en un abrazo eterno —explica.

—Parecen amantes —susurro.

—Lo son.

Sus ojos se encuentran con los míos y juro que me mira

directamente el alma.

Trago con delicadeza y bajo la mano. Él todavía me acuna una mejilla y ahora de verdad siento cómo la carne se me cierra.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —pregunto—. Cuando me hayas curado.

Tensa un poco la mandíbula.

—Te he respetado, Lazarus —dice, sin apartar la vista de mi rostro—. Desde la primera vez que viniste a buscarme, te he respetado. Entiendo que el deber es lo primero. —Su expresión cambia, el calor arde en su mirada—. Pero las cosas han cambiado.

—¿De qué estás hablando? —pregunto, mientras esa sensación cálida y hormigueante me recorre la cara interna de la piel y continúa sanando mis muchas heridas.

Desliza los dedos mejilla abajo y, con uno de ellos, me traza el contorno de los labios.

—Me parece que ya lo sabes.

Sus ojos parecen decir: «quiero perderme en ti».

Respiro hondo.

—No voy a irme contigo —declaro.

—Claro que sí.

Lo miro fijamente un segundo más y luego, de repente, me arrastro, alejándome de su abrazo y de su contacto sanador. Y, a pesar de sus palabras, el jinete me deja ir.

Tengo que reprimir una maldición por lo mucho que todavía me duele todo.

Me pongo de pie entre tambaleos.

Frente a mí, los ojos de Death arden.

—Sigues herida —dice con delicadeza—. Herida, débil y ansiosa porque te toque.

—No —susurro, la palabra apenas audible.

Lentamente, Tánatos se pone de pie, con la mirada clavada en mí. Nunca me ha mirado con tanta intensidad. Ni cuando me hirió, ni cuando me mató, ni cuando yo le hice lo mismo.

No, esta ferocidad parece estar impulsada por una emoción diferente, una más profunda que la ira.

—Vuelve a mí, *kismet*. Déjame curarte las heridas y aliviar tu

anhelo.

La forma gutural en que dice *anhelo*… Ya no pienso en sanar mis heridas.

Niego con la cabeza y retrocedo.

Death abre las alas de par en par. Da un paso amenazador hacia mí, con esa mirada tan particular todavía en los ojos.

Eso es lo único que me hace falta para darme la vuelta y escapar. Ya he huido antes del jinete. Hoy no es diferente.

Solo que sí lo es.

Me tropiezo con los escombros y resoplo de dolor, pero al fin salgo a trompicones del edificio parcialmente derrumbado.

Sujetándome el estómago, me doy la vuelta para echar un vistazo a la estructura de varios pisos justo cuando Tánatos pisa una ventana rota muy por encima de mí, los pocos fragmentos de cristal que quedan crujen bajo sus botas. Un instante después, salta, con las alas ondeando a su espalda.

Aterriza en el suelo con suavidad, sosteniéndome la mirada.

Me tambaleo hacia atrás mientras él avanza a grandes zancadas. El corazón se me acelera, porque *esa mirada* sigue presente en sus ojos.

—Tánatos, ¿qué estás haciendo? —pregunto.

No hace ni cinco minutos, estaba siendo dolorosamente amable. Ahora parece poseído.

—Basta de juegos, Lazarus —declara, acercándose a mí con una expresión desconcertante.

¿Juegos? Nada de esto es un juego para mí. Solo en la última semana, he muerto numerosas veces.

Retrocedo, tratando de mantener cierta distancia entre nosotros.

—Aléjate de mí —digo.

—¿Alejarme? —Death curva las comisuras de la boca hacia arriba —. Y yo que creía que me querías cerca. Al fin y al cabo, te has pasado meses rastreándome. —Abre bien los brazos—. Aquí me tienes.

Clavo la vista en él durante un largo momento, sintiéndome completamente desequilibrada.

No es así como funcionan las cosas entre nosotros.

Tánatos entrecierra los ojos y baja los brazos a los costados.

—Has cometido un error, Lazarus —dice, dando otro paso hacia delante—. Todo este tiempo, has supuesto que eras tú la que me estaba persiguiendo. ¿Alguna vez has considerado la posibilidad de que *yo* pudiera tenerte en el punto de mira *a ti*? ¿Que todo este tiempo me haya dedicado a atraerte, a descubrir y a conocer tu mente?

Sigo alejándome de él, el corazón me late desbocado.

—¿Por qué crees que viajo como lo hago? —prosigue—. Atravesar tu tierra de un lado a otro no es más fácil que hacerlo en línea recta.

El pulso se me descontrola. Siempre me lo había preguntado, pero ahora que me está dando una respuesta, descubro que no me gusta.

—Pero siempre has viajado de esa forma, desde el principio —protesto.

—Albergo… deseos contradictorios, *kismet* —confiesa.

Da otro paso adelante.

Niego con la cabeza. Lo que está sugiriendo es ridículo.

—La primera vez que nos conocimos, huiste de mí —insisto.

Sé que lo hizo.

—Hui del único deseo persistente que tengo por ti —dice. Avanza otro paso. Parece un hombre poseído—. Adelante —me insta—, pregúntame cuál es ese deseo.

Mantengo la boca cerrada, el corazón me martillea en el pecho. Acaba de trastocar todas mis suposiciones acerca de él.

Al ver que no respondo, Death continúa.

—He querido tomarte desde el primer instante en que te vi —declara—. Fue el primer impulso humano que ha rivalizado nunca con mi necesidad de matar.

Retrocedo mientras él se acerca lentamente.

—He disfrutado demasiado de nuestros encuentros para mi propio bien —añade—, pero ya me he cansado de jugar.

Tengo que largarme de aquí ahora mismo.

Me doy la vuelta y empiezo a trotar, con una mano presionada contra el dolor que siento en el estómago.

—¿Piensas huir de mí, Lazarus? —grita—. ¿Tú, una mujer mortal, de mí, la muerte encarnada?

—¡Sí! —le grito de vuelta.

A ver, ha preguntado.

Detrás de mí, Tánatos se ríe. El sonido provoca que un escalofrío me recorra la columna.

—Todos intentan dejarme atrás —chilla—. Todos. Pero nadie puede evadirme. Ni siquiera tú.

Ya no estoy trotando, ahora estoy corriendo, acelerando el ritmo con cada paso.

—Así que corre, mi *kismet*, incluso te daré ventaja. Pero no te equivoques: te alcanzaré. Se te acaba el tiempo.

XIX



Enero, año 27 de los jinetes
San Antonio, Texas

No sabría decir cuántas veces he mirado por encima del hombro durante los últimos tres días, segura de que voy a ver al jinete justo detrás de mí. Y las pocas veces que he oído cascos, he entrado en pánico, convencida de que se trataba de Death a lomos de su caballo.

Pero el camino y el cielo siguen despejados.

Puede que la amenaza del jinete no fuera tan inminente. Al fin y al cabo, ha hecho promesas similares en el pasado y, sin embargo, aquí estoy, viva y sola.

Las personas sentadas a mi alrededor en el bullicioso restaurante me miran con desconfianza y más que un poco de desagrado.

No me he cepillado el pelo, no me he duchado, la ropa que he robado está andrajosa y no me queda bien, y el cinturón en el que llevo mi nueva daga me va demasiado grande. En mi prisa por alejarme de Death, apenas tuve tiempo de tomar estos pocos objetos de los cadáveres junto a los que pasé al salir de Austin. Lo único que me queda a mi nombre son unos cuantos billetes sueltos en el bolsillo —también robados a los muertos— y el anillo de mi madre.

Por lo general, voy mejor preparada. También suelo estar menos asustada.

Justo cuando le doy un mordisco a mi bollo, capto la mirada de

una joven sentada con una amiga. Parece que la repugno.

Levanto mi taza de café y la saludo. Ella se apresura a apartar la mirada.

Apoyo las piernas en la silla frente a mí y me reclino hacia atrás, tomándome un minuto para despejar la mente y escuchar el murmullo de las conversaciones.

Durante un rato, me relaja. Pero luego recuerdo la forma en que Tánatos me abrazó y el modo en que sus dedos me acariciaron la piel. Y sus ojos, esos profundos ojos tormentosos… sentí su mirada como otra caricia más. Todo en él parecía prometer…

El aullido desesperado de los perros y el chillido de los pájaros mensajeros de la oficina de correos al otro lado de la calle interrumpen mis pensamientos.

Bajo la taza justo cuando los caballos atados en la calle se vuelven locos y echan a correr, algunos con los carros todavía atados. Es entonces cuando la verdadera oleada de animales arrasa la ciudad. En el exterior, la gente grita ante la estampida de criaturas que recorre las calles.

—Mierda.

Bajo los pies de la silla. No me da tiempo a hacer nada más.

Sucede igual que la primera vez que me topé con Death.

Todo el mundo se desploma en un instante. Las caras se dan de bruces contra los platos, los camareros caen donde están y los platos que llevan se hacen añicos contra el suelo. Oigo el ruido de los cubiertos al caer y el choque retardado de los últimos vasos. Y entonces…

Silencio.

Un silencio pesado, sobrenatural.

Dejo mi taza, ignorando el hecho de que me ha empezado a temblar la mano.

Me levanto, el sonido que hago al arrastrar la silla resulta ensordecedor en mitad de todo este silencio.

¿Cómo? ¿Cómo ha averiguado tan rápido dónde estoy? ¿Cómo ha llegado tan deprisa? Si yo he llegado hace solo media hora.

«Todo este tiempo, has supuesto que eras tú la que me estaba

persiguiendo. ¿Alguna vez has considerado la posibilidad de que *yo* pudiera tenerte en el punto de mira *a ti*?».

Me pongo en movimiento antes de descifrar siquiera lo que se supone que debo hacer. Empujo las puertas al fondo del restaurante y entro en la zona de la cocina. Se ha producido un pequeño incendio y el olor a humo inunda el espacio. Intento no fijarme en el cadáver desplomado sobre el fogón, cuya ropa ya está ardiendo.

En vez de eso, recojo todos los cuchillos que puedo.

Entro de nuevo en el comedor del restaurante.

—*¡Lazarus!* —La voz de Death resuena en la distancia, transportada por el viento.

Se me pone la piel de gallina.

Me está dando caza de verdad.

Cojo una cartera de cuero marrón que veo colgando de una silla cercana. Vacío el contenido, meto los cuchillos dentro y me la echo al hombro.

—¡Sal, *kismet*! —me llama Tánatos—. ¡Sé que estás en esta ciudad!

Salgo a toda prisa del restaurante. Escaneo la calle con la mirada, buscando al jinete.

—*¡Lazarus!* —La voz de Death parece transportada por el viento. No tengo ni idea de la dirección de la que proviene.

Todavía lo estoy buscando cuando un movimiento en la distancia me llama la atención. A lo lejos, veo un rascacielos, algo que nadie ha usado en bastante tiempo. Mientras lo observo, las plantas del edificio se desmoronan como un acordeón, uno tras otro, y la estructura entera se derrumba sobre sí misma.

Soy incapaz de apartar la mirada.

Cae al suelo con un gemido resonante. A su paso se alza una columna de cenizas y escombros.

—Sal, *kismet*. No quiero enterrarte viva.

Se me revuelve el estómago.

Este demonio.

—¡Aquí estoy, Tánatos! —grito, negándome a esconderme como un ratón.

Mi voz resuena a mi alrededor, pero no tengo ni idea de si el

jinete puede oírla. Es imposible saber dónde está exactamente.

Juraría que detecto movimiento por el rabillo del ojo, pero cuando me doy la vuelta, tan solo hay unos pocos cuerpos y un tramo de autopista.

A lo lejos, otro edificio comienza a derrumbarse, atrayendo mi atención de nuevo hacia la ciudad de San Antonio.

—Lazarus. —La voz de Death crea eco y se desliza sobre mi piel como el roce de las yemas de sus dedos.

No tengo que esperar mucho antes de oír el estruendoso aleteo del jinete. Aterriza frente a mí, con su armadura plateada reluciente y las alas extendidas.

A su espalda, otro edificio se derrumba.

—*Kismet.* —Pronuncia el apelativo cariñoso como si estuviera saboreando chocolate—. Se te ha acabado el tiempo. Depón las armas —me ordena.

—No —me niego.

—No quiero ser tu enemigo.

—Mientras sigas matando a todo el mundo, eso es lo que *seremos* —declaro.

Death se acerca a mí y, por una vez, no echo mano de mis armas de inmediato.

Antes de nuestro último encuentro, no quería hacer daño a este hombre. Ahora, después de que me salvara y me curara… Me siento especialmente reacia a utilizar los cuchillos que llevo en la cartera. Sé que es ridículo, pero es la realidad.

El jinete se detiene frente a mí.

—Entonces, blande tus cuchillos, *kismet* —me desafía.

Debe de ver el conflicto interno en el que me encuentro.

Al comprobar que no lo hago, se acerca. Me coge la mano y la guía hacia la daga que llevo envainada en el cinturón. Me cierra los dedos sobre ella y desenvaina el arma. En todo momento, un brillo atrevido y desafiante impregna su mirada.

—Si vamos a ser enemigos, entonces hazme daño.

Solo empiezo a resistirme cuando se acerca el filo a su propia garganta.

—Hazlo —me ordena—. Mi arteria está justo ahí, debajo de la

piel. Solo hace falta un corte. Me desangraría en cuestión de minutos y así ganarías un día de vida.

—Basta —susurro.

Death me suelta la mano y la daga se me resbala entre los dedos y se cae al suelo.

—No sé qué hacer —admito. Las palabras se me escapan—. No quiero hacerte daño, pero no puedo detenerte de ninguna otra forma.

Death acerca la mano a mi mejilla. Me la acaricia con los dedos y, como soy una tonta, permito que me toque. Me hace sentir mucho mejor de lo que recordaba.

—Antes de curarte —dice con dulzura—, asumía que usar mi poder para sanar estaba mal. Ahora veo que era yo quien estaba equivocado. —Dirige la mirada a mi boca—. Ansío otra razón para abrazarte. —Esta última confesión parece escapársele sin querer.

Se me entrecorta la respiración cuando nuestros ojos se encuentran. Todos los pensamientos prohibidos que he tenido sobre él a lo largo de los meses, pensamientos que se colaban en mi mente durante mis largas noches solitarias en la carretera, vuelven a la superficie. Hasta hace poco, asumía que eran unilaterales. Ahora que sé que no lo son, que Death quiere esto incluso más que yo…

Un dolor completamente inapropiado palpita en lo más profundo de mí.

La atención de Tánatos se desplaza hacia mi cartera robada. La abre y ojea todos los cuchillos.

—Supongo que yo era el destinatario. —Lo dice con suma indiferencia, sin rastro de miedo.

Sus palabras deberían disipar la extraña tensión sexual entre nosotros.

No lo hacen.

—No voy a dejar que me lleves contigo —digo con vehemencia.

—No pensaba darte opción —replica Tánatos, levantando la mirada hacia mí.

Y, sin embargo, no ha hecho ademán de agarrarme. Nunca me agarra, como si estuviera esperando a que caiga en sus brazos. Si ese es el caso, entonces puede esperar hasta el Día del Juicio Final.

Death me acuna la mandíbula y se le dilatan las fosas nasales.

—Dime que no sientes esta… esta *necesidad* incontenible.

El estómago me da un vuelco ante la intensidad que detecto en su mirada.

—No la siento —digo, solo que la voz me sale entrecortada y parezco poco sincera.

Tánatos entorna los párpados y esboza una lenta sonrisa.

—Contaré hasta mil —dice—. Esa es toda la generosidad que conseguirás por mi parte. Puedes hacer lo que quieras con esos mil segundos. No lucharé, no iré a por ti, pero cuando se acabe el tiempo, dejaremos de jugar a tu juego. Jugaremos al mío.

Nunca hemos jugado a *ningún* tipo de juego. *Nunca.*

Siento que el estómago me da un vuelco.

—No voy a…

—Uno… dos… tres… —empieza, con una mirada salvaje en el rostro.

Sin aliento, le echo un vistazo a él y luego a nuestros alrededores antes de entrar en acción.

Permito que la cartera se me deslice por el hombro y la dejo caer al suelo. Me arrodillo junto a ella, saco un cuchillo y empiezo a cortar la correa. Cuando lo consigo, miro al jinete.

Él enarca las cejas.

—Sesenta y siete… sesenta y ocho…

—Date la vuelta —ordeno.

Medio espero que ignore mis órdenes. Sin embargo, para mi enorme sorpresa, se gira y expone sus enormes alas ante mí.

La respiración se me entrecorta al ver todas esas plumas negras como el carbón. Me acerco a su espalda y se me pone la piel de gallina cuando esas mismas plumas me rozan la piel. Juraría que oigo la brusca inhalación de Tánatos, así que a lo mejor no soy la única a la que afecta el contacto.

Tiro de uno de sus antebrazos hasta que lo tiene a la espalda, y luego hago lo mismo con el otro, hasta que le junto las muñecas. Le ato las manos con la correa de cuero de la cartera, asegurándome de apretar mucho los nudos. Él se balancea de un lado a otro.

—Esto me gusta, *kismet* —dice—. Me hace pensar en cosas muy

extrañas, muy… humanas sobre ti.

Siento que se me tensan ciertas partes ante sus palabras.

Cuando termino el trabajo, recuerdo la fuerza absurda que posee. Se deshará de las ataduras en cuestión de segundos. Maldita sea. Le desato las muñecas.

—¿Por qué no te concentras en contar? No querrás darme más tiempo del establecido —digo.

Death suelta una carcajada, un oscuro sonido que me eriza el vello de la nuca.

—No vas a irte a ninguna parte —me jura.

Se me encoge el estómago ante la seguridad de su voz.

—Date la vuelta —ordeno.

Una vez más, no espero que obedezca, pero lo hace. El jinete me vuelve a mirar, con los ojos repletos de una oscura anticipación.

Sonríe.

—¿Qué pasa con mis alas? —pregunta—. ¿No me las atas también? Estoy disfrutando bastante de estar atado para ti.

Saco un cuchillo de la cartera y lo utilizo para cortarme la parte inferior de la camisa. De esto también podrá deshacerse en segundos, pero si está dispuesto a jugar a mi juego durante los próximos diez minutos, por lo menos lo someterá un rato.

Agarro la tela y doy un paso hacia él.

—Arrodíllate.

Tánatos me mira fijamente durante un largo rato, con esa mirada inalterable en sus ojos. Sin apartar la vista, se apoya primero sobre una rodilla y luego sobre ambas.

Le acerco la tela a los ojos y se los vendo.

—Sería más fácil matarme —comenta.

Es cierto. Me obligo a disimular la necesidad de tragar saliva. La terrible verdad es que he llegado a preocuparme por el dolor del jinete. Lo suficiente como para refrenarme.

De modo que, en vez de eso, aprieto el nudo con fuerza detrás de su cabeza, ignorando los hermosos rasgos de Death y la textura suave y sedosa de su pelo. Sin embargo, no logro evitar las extrañas sensaciones que me evoca su aroma.

Él sosteniéndome con fuerza contra su pecho, acariciándome la

cara con los dedos…

—Ven conmigo —me pide Death con delicadeza, como si él también estuviera teniendo pensamientos similares. Su voz es suave, una súplica; algo muy poco habitual en él—. Desátame y ven a mí por propia voluntad.

—Dijiste que no me lo volverías a pedir —le recuerdo.

—Me equivoqué —contesta—. Ven conmigo, Lazarus. Permíteme descubrir cómo es abrazarte en lugar de luchar contigo.

¿Abrazarme? ¿Qué pretende hacer conmigo después de capturarme?

No importa, Lazarus, ese destino no es para ti.

Me inclino para responderle al oído.

—No.

Una sonrisa lenta y malévola se extiende por su rostro e, incluso con los ojos vendados, la encuentro escalofriante.

—Entonces, será mejor que corras, *kismet*.

Corro.

Corro tan rápido como las piernas me lo permiten, con un cuchillo en cada mano y dos armas blancas más envainadas en la funda de la cadera.

No sé de qué van a servirme. He perdido las ganas de hacerle daño al jinete.

Podrías limitarte a ir con él.

La idea casi hace que me detenga en seco.

Me he acostumbrado tanto a oponerme a él que nunca me he planteado dicha opción. Si estuviera con Tánatos… bueno, hay *muchas* formas de evitar que se desplace de ciudad en ciudad.

Ahora sí que me detengo, con el pecho agitado y la respiración entrecortada.

Podría irme con él.

Pero, en ese caso, no podría advertir a las siguientes ciudades. Tendría que idear una nueva estrategia. Mientras tanto, en los ojos oscuros y penetrantes de Death seguiría destellando esa mirada de «vamos a pelear y luego a follar». ¿Cuánto tiempo podría resistirme

a él? ¿Una semana? ¿Dos? Es probable que esté siendo demasiado generosa. Su atractivo ya es una distracción, pero ¿estar a solas con él durante un periodo de tiempo prolongado cuando ha dejado en claro que, como mínimo, quiere abrazarme? Acabaría rindiéndome. Seguro que ni siquiera tardaría mucho. No cuando sé que él *ya* se ha rendido a esta terrible atracción entre nosotros.

Vuelvo a ponerme en marcha.

No, huir de él sigue siendo mi mejor opción.

Apenas he recorrido otra calle más cuando la tierra empieza a temblar. Me detengo una vez más y levanto la mirada hacia los edificios que se alzan a mi alrededor. Hay un aparcamiento reconvertido en un establo para caballos junto a un edificio de apartamentos de gran altura con las ventanas rotas y las cuerdas para tender la ropa cruzan de un lado a otro de la calle. Al otro lado, se eleva otra estructura de varios pisos decorada con arte callejero de colores brillantes.

De alguna forma, la escena resulta sombría y extrañamente animada.

Y estoy bastante segura de que todo está a punto de derrumbarse literalmente sobre mí. Mi miedo aumenta ante la idea de acabar enterrada viva.

No tenía por qué preocuparme.

Los edificios no se derrumban.

Es mucho, mucho peor.

Porque, a mi alrededor, los muertos se *alzan*.

XX



Los cadáveres que yacen esparcidos por la calle se levantan como si nunca hubieran estado muertos. Hay cuatro, cinco, seis. Me doy la vuelta y cuento varios más. Otros tantos salen de los edificios a mi alrededor.

Death puede resucitar a los muertos.

Intento no entrar en pánico, pero… *Tánatos puede resucitar a los muertos*.

Uno por uno, los zombis vuelven sus ojos ciegos hacia mí y la inquietud se me acumula en el estómago.

Me aferro a los cuchillos con más fuerza.

¿Qué están haciendo?

De repente, todos echan a andar en mi dirección, se mueven en grupo casi como si fueran uno solo.

El miedo me cierra la garganta.

Mierda, ¿qué está pasando?

Más importante aún, ¿cómo se supone que voy a salir de esta situación?

En lo alto, escucho las enormes alas de Death. Al principio, es un sonido quedo, pero a medida que se acerca, sus aleteos se escuchan cada vez más alto.

Zas, zas, zas.

Capto un destello del jinete en el aire, por encima de mi cabeza, y lo veo dar vueltas antes de descender hasta la calle. Tánatos aterriza a no más de seis metros de mí. Cierra las alas a la espalda y estas parecen una capa enorme.

Los cadáveres se detienen en sus posiciones, con sus ojos

muertos todavía fijos en mí y el rostro flácido. Tiemblo ante esta visión tan antinatural.

Death camina hacia mí, balanceando las alas detrás de él. Los pocos zombis que hay entre nosotros se mueven para dejarlo pasar.

—¿Cómo lo haces? —pregunto.

—*Siempre* he sido capaz de ello, *kismet* —me informa—. Hasta ahora, simplemente elegía no hacerlo.

¿Podría haber hecho esto todo el tiempo? Por mi mente corren todas las ocasiones en las que me he enfrentado a él. ¿En cuántas ciudades nos hemos encontrado y hemos estado rodeados de cadáveres?

En muchas.

Muchas, muchísimas.

Nunca había resucitado a los muertos.

El jinete ha estado jugando conmigo en todo momento.

Darme cuenta de eso me deja sin aliento. Por primera vez en mucho tiempo, realmente le temo.

—¿Por qué? —exijo saber, retrocediendo—. ¿Por qué haces esto ahora?

—Porque fuiste diseñada para ser mía. Y es hora de que te reclame.

XXI



Me doy la vuelta y me alejo de Tánatos. Hay docenas de zombis a mi alrededor, zombis que se han quedado quietos mientras Death se acercaba a mí.

—Es inútil que te resistas —me dice él, acercándose.

Ignorando su advertencia, doy media vuelta y empiezo a correr para alejarme del jinete.

De repente, los zombis cobran vida, solo que no caminan hacia mí, sino que *embisten*. Caen sobre mí dolorosamente rápido.

Mi mente no me permite creer que vayan a tocarme de verdad. Después de todo, son cadáveres, su objetivo es quedarse quietos y pudrirse. Por eso, cuando el primer zombi llega hasta mí, una mujer joven que no debía de ser más que unos pocos años mayor que yo, pierdo un segundo simplemente aceptando que esto está sucediendo de verdad.

La mano de la mujer me agarra el antebrazo y se me revuelve el estómago por lo fríos que siento sus dedos incluso a través de la tela de la camisa que llevo puesta.

Me lanzo contra ella y los otros cadáveres que la siguen, hago una mueca cuando la sangre brota de sus heridas. Un hombre muerto agarra la hoja de uno de mis cuchillos y me lo arranca de un tirón. Otro me quita dos dagas de la funda mientras lucho contra un tercer zombi.

Un niño muerto se me acerca y, con su mano húmeda, envuelve la mía. El contacto y sus ojos ciegos me hacen chillar. Él me arrebata mi última arma.

—*Suficiente*. —La voz de Death resuena en el aire.

Los zombis caen al suelo y mis armas tintinean en algunas de sus manos. Todos vuelven a estar sin vida.

Me doy la vuelta justo cuando Tánatos pasa por encima de los cadáveres dispersos. Avanza en mi dirección y ni siquiera tengo tiempo de protestar antes de que tire de mí hacia sus brazos.

Al principio creo que tiene la intención de echar a volar conmigo, y tal vez lo haga, pero duda. Tras un instante, Tánatos silba mientras me retiene en su agarre inquebrantable.

Oigo el eco de los cascos contra el asfalto y, a continuación, el corcel del jinete carga por las calles de la ciudad, maniobrando de forma experta entre los cadáveres esparcidos. Ya está ensillado y listo.

Death me mira con esos ojos de obsidiana, su expresión llena de perversas intenciones. Su caballo tordo disminuye la velocidad hasta detenerse junto a nosotros y, en un solo movimiento fluido, el jinete me alza hasta la silla.

Una fracción de segundo después, Tánatos se sienta detrás de mí. Y luego sus poderosos muslos presionan los míos y la armadura que le cubre el pecho se me clava en la espalda, el metal, implacable.

Death me rodea e inmoviliza con un brazo musculoso. Chasquea la lengua y su corcel sale corriendo una vez más, al galope por la carretera.

Atravesamos las calles de San Antonio, los edificios y los muertos quedan difuminados a nuestro paso.

—Por fin eres mía —dice, exaltado.

Sus palabras me provocan una extraña mezcla de miedo y emoción.

Cuánto anhelo detener a este monstruo. Tengo que seguir luchando contra la ridícula atracción que siento por él.

—He imaginado este momento innumerables veces —admite.

Me aprieta contra él y, sí, definitivamente percibo cierta energía de «acostarse con el enemigo» por su parte.

Intento no dar demasiadas vueltas a las palabras de Tánatos, pero ¿cómo no hacerlo? Está claro que ha estado fantaseando con capturarme y ahora estoy a su merced. Y no tengo ni idea de qué

pretende hacer conmigo, aunque es probable que tenga algo que ver con echar un polvo. Estoy bastante segura de que entra en sus planes.

Después de un largo y prolongado silencio, me obligo a hacer la pregunta que me ha estado atormentando últimamente.

—¿Qué sientes por mí?

Sus labios aterrizan junto a mi oído.

—Muchas, muchas cosas, Lazarus.

Está claro que quiere echar un polvo por odio.

Se me entrecorta la respiración ante la idea de yacer debajo de Death, con su cuerpo presionado contra el mío.

Por lo que parece, yo tampoco estoy completamente en contra de la idea.

Dios.

Salimos de San Antonio con los ruidos amortiguados de los edificios derrumbándose detrás de nosotros. Al cabo de un rato, incluso esos sonidos se desvanecen en el silencio y me veo obligada a afrontar de verdad el aprieto en el que me encuentro.

Bajo la mirada hasta la mano que me sostiene con firmeza. En un dedo lleva un anillo de plata, una moneda antigua con la cara de Medusa. Apenas logro contenerme para no tocar esa extraña pieza de joyería.

Si Death se sale con la suya, voy a estar mirando esa mano y ese anillo sobre esta silla durante mucho tiempo. Se acabó lo de rastrearlo. Se acabaron las peleas. Solo habrá mucho, mucho tiempo a solas con el jinete.

Ese pensamiento es suficiente para que haga un último y valiente intento de escapar.

Me arrojo con ímpetu a un lado. El agarre de Death se afloja y, por un segundo, resbalo del lomo del caballo.

No tengo ningún plan ni armas, pero por Dios que voy a ser la prisionera menos cooperativa que haya existido jamás.

Tánatos extiende un ala y me golpea con ella, frenando mi caída lo suficiente para agarrarme por la camisa, arrastrarme de nuevo hacia el corcel y envolverme la cintura con su pesado brazo una vez más.

Se ríe en voz baja y el sonido me pone la piel de gallina.

—Buen intento, pero inútil, *kismet* —dice. Me acerca los labios al oído y su tono se vuelve amenazador—. Vuelve a resistirte y cambiaré la montura por los cielos, donde no te quedará más opción que cooperar.

Los recuerdos de la última vez que Tánatos me llevó volando con él pasan ante mis ojos. Me sujetó y luego me dejó caer. A ver, es cierto que lo apuñalé, no es como si lo hubiera hecho de forma intencionada, pero aun así… Me estremezco, recordando mi caída, la colisión y los días agonizantes que siguieron.

«Me escaparé de ti», juro en silencio.

Pero, por ahora… es mejor que Death crea que me he rendido.

Me obligo a relajarme contra él. En respuesta, el brazo que me rodea me aprieta contra él con más fuerza. Ya solo su contacto parece rezumar victoria.

Desgraciado.

Su caballo no disminuye la velocidad ni siquiera cuando San Antonio es ya un recuerdo lejano y el aire frío me atraviesa la ropa. Un escalofrío me recorre, luego otro y otro más. La gélida armadura del jinete no ayuda.

—Si este temblor es otro de tus planes para escapar, entonces confía en mí, *kismet*, cuando te digo que estoy listo para lanzarme al cielo.

—No es ningún plan —replico, irritada—. Solo es lo que pasa cuando los humanos pasamos frío.

Detrás de mí, el jinete se queda en silencio unos instantes.

De repente, detiene a su corcel y retira el brazo de mi cintura. Echo un vistazo por encima del hombro y lo veo desabrocharse las correas de su armadura. Se quita una hombrera y la arroja al suelo, luego un brazalete.

—¿Qué haces? —pregunto mientras se quita otra pieza de su armadura plateada.

—Tienes frío —responde mientras se desabrocha las correas del peto. Se lo quita y el metal golpea el suelo con un estruendo—. Tengo intención de mantenerte caliente.

Frunzo el ceño, pese a que una emoción incómoda me agita el

estómago.

Death se quita hasta la última pieza de la armadura y luego me atrae hacia su pecho.

La calidez es gloriosa. Emana de él en oleadas.

—¿Mejor? —me susurra al oído.

Mucho mejor.

—¿Estás al tanto del tema del calor corporal, pero no de los escalofríos? —digo, en lugar de darle las gracias. No logro encontrar en mi interior la fuerza para estarle agradecida a mi secuestrador sobrenatural.

—Puede que no conozca los matices del cuerpo humano, pero sí sé que la carne viva es cálida y que el metal puede ser frío.

Sin decir más, chasquea la lengua y su caballo echa a trotar de nuevo. El viento frío vuelve a colarse a través de mi ropa, pero apretada contra Death, mantengo el calor.

—Así que puedes resucitar a los muertos —comento, mientras pasamos por varios huertos, con canales de irrigación excavados alrededor de las hileras de árboles—. ¿Por qué te concedieron ese poder?

—Tengo todos los poderes de mis hermanos y más —me informa.

Sus palabras me hielan hasta la médula.

—¿Me estás diciendo que hay otro jinete que también puede resucitar a los muertos? —pregunto, aterrorizada ante semejante perspectiva.

—Podía —me corrige Death.

—¿Podía? —repito, tratando de averiguar lo que no está diciendo —. Entonces, ¿ese otro jinete está muerto?

—Al contrario, Lazarus, War está bien vivo —responde Tánatos con no poco desdén.

War. War podía resucitar a los muertos. Ni… ni siquiera me imagino cómo debía de ser eso.

¿Pero ya no tiene esa capacidad?

Ardo de curiosidad; está claro que hay mucho que no sabemos acerca de Tánatos y los demás jinetes. Y por una vez, estoy en posición de descubrirlo todo, ahora que estoy atrapada con uno de ellos.

—¿Qué más puedes hacer? —pregunto.

—Lo verás con el tiempo —promete Death.

Y, envuelta en esa promesa, hay otra que permanece tácita entre nosotros…

Estarás conmigo, para siempre.

XXII



ENERO, AÑO 27 DE LOS JINETES
Pleasanton, Texas

Llevamos varias horas cabalgando cuando Death sale de la autopista y toma una carretera antigua, con el asfalto agrietado y lleno de baches.

—¿Por qué nos hemos desviado? —pregunto.

Hasta el momento, había podido relajarme. Ahora, sin embargo, mis recelos han vuelto.

El jinete no responde y mi ansiedad va en aumento.

¿Qué está pasando? No parece haber ninguna ciudad a la vista, así que no creo que me haya traído aquí para arrasar otra población.

Entonces, ¿qué está haciendo?

Al cabo de un rato, Tánatos gira hacia un camino de tierra que parece que en el pasado estuvo cubierto de grava; ahora, sin embargo, las malas hierbas han brotado por todas partes, lo cual dificulta ver el estrecho sendero.

A lo lejos, distingo un bosquecillo. Y por detrás de los árboles asoma una casa de campo vacía. Se parece a otros mil hogares abandonados hace mucho tiempo por los que he pasado antes, pero, por alguna razón, es aquí donde Death ha decidido detenerse.

Con la edificación a la vista, el jinete aminora la marcha y, aparte del ruido de los cascos, el mundo que nos rodea permanece en silencio. Es un silencio al que me he acostumbrado tras la aparición de Death. Del tipo que se te mete bajo la piel y te cala los huesos.

Puede resultar increíblemente pacífico o aterrador más allá de lo posible, que supongo que es lo que se puede decir sobre la misma muerte.

Cuando dejamos atrás los árboles, por fin puedo echarle un buen vistazo a la casa. Parece que en el pasado era de un tono azul pálido, pero el sol y la podredumbre la han decolorado de marrón bajo los aleros y en la base, mientras que el resto está blanca en su mayor parte. El tejado se hunde, las ventanas han desaparecido —probablemente para instalarlas en una casa más nueva— y hay coches oxidados y electrodomésticos viejos en la entrada y una cerca baja de madera podrida rodea la casa. Lo que alguna vez fue el patio, ahora es pasto de la flora natural.

Este sitio está hecho un desastre.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunto.

—¿Acaso no es una morada humana? —responde Tánatos—. Estamos aquí para *morar*.

Eso… eso me da que pensar.

No puede hablar en serio.

Lo miro por encima del hombro. Su rostro muestra la misma elegancia estoica de siempre.

Mierda, creo que habla en serio.

Cabalgamos hasta el camino de entrada, esquivando un lavavajillas oxidado. Tánatos desmonta. Un segundo después, me agarra para bajarme.

De verdad vamos a hacer esto. Vivir en una casa abandonada. Juntos. Al menos, hasta que descubra cómo escapar de él.

Tánatos todavía tiene las manos en mi cintura. O le da miedo dejarme ir y perseguirme… o no lo incomoda la idea de tocarme.

El jinete curva la boca en una sonrisa despiadada.

—Veo tus inteligentes maquinaciones en tus ojos, Lazarus, pero no te escaparás. Voy a asegurarme de ello.

Apenas ha terminado de hablar cuando la tierra a nuestro alrededor parece crujir. Se abre y las plantas comienzan a elevarse alrededor del perímetro de la propiedad.

Respiro hondo mientras las observo crecer, los brotes se

transforman en tallos que acaban convirtiéndose en ramas. Cientos de hojas se despliegan a cada segundo.

—¿Cómo lo haces? —pregunto, mientras lo absorbo todo.

Las zarzas crecen y crecen hasta que una especie de seto improvisado nos rodea a nosotros y a la casa, atrincherándonos.

—Matar no es lo único que se me da bien —declara.

Al cabo de un rato, el crecimiento de las plantas se ralentiza hasta que se detiene por completo. Todo vuelve a estar tranquilo y en silencio.

Me alejo de Death, cuyas manos resbalan por mi cintura, y camino hacia el matorral. Lo recorro con la mirada. Debería sentir miedo: solo es un poder más de los que el jinete tiene a su alcance, uno que ahora está dispuesto a usar contra mí. Pero no estoy asustada. Más bien me invade una sensación de asombro.

Extiendo la mano y toco una de las ramas espinosas.

—¿Este es… el poder de Famine? —pregunto.

Ese es el único jinete que se me ocurre que puede estar relacionado con las plantas.

—Es mi poder —me corrige Death a mi espalda—, pero sí, lo comparto con él.

—¿La tarea de Famine no es hacer que la comida escasee? —pregunto, trazando con los dedos una hoja.

—Su trabajo es matar los cultivos.

Me alejo del matorral.

—Pero estas plantas… las has hecho crecer.

—Famine puede hacer que las cosas crezcan y perezcan, igual que yo.

¿Por qué se les concedió a los jinetes poderes que no son destructivos? No tiene sentido. Su único propósito aquí es acabar con nuestro mundo.

Echo un vistazo hacia atrás, al muro viviente que ha creado Death. Es impenetrable, eso está claro.

—Intenta huir, Laz —me incita—. Te *reto*.

La familiaridad con la que acorta mi nombre me pone la piel de gallina.

Miro a Death y le sostengo la mirada.

«Esperaré a huir cuando menos te lo esperes».

—Gracias, pero no me van las apuestas —digo en cambio, dirigiéndome hacia él.

—Al contrario, parece que te apasionan —contrataca Tánatos—. Apuestas siempre a que me encontrarás en las ciudades a las que viajas, apuestas a que me matarás y salvarás a tus preciados compatriotas…

—Solo hice lo que hice porque la otra opción garantizaba la aniquilación —lo interrumpo mientras me detengo cerca del caballo del jinete y le acaricio el cuello.

—*Kismet*, lo único que la vida garantiza es la aniquilación.

Levanto la barbilla.

—Si eso es cierto, entonces explícame mi existencia.

Los rasgos de Death parecen afilarse, y ese fuego retorna a su mirada. No responde, aunque empiezo a volverme experta en lo referente a leerle la expresión.

«Eres mía», parece decir.

Aprieto los muslos ante el deseo descarnado que veo en su rostro. Un deseo del que no estoy segura de que Tánatos sea consciente.

Desvío la mirada hacia el edificio que tiene detrás.

—¿Vas a enseñarme la casa o no? —pregunto, cada vez más incómoda.

Tras unos segundos, el jinete se hace a un lado y señala la estructura en ruinas.

—¿Por qué no haces los honores? Al fin y al cabo, la casa es tuya.

—*No* es mía —replico.

—De acuerdo, es *nuestra* —se corrige Death.

Eso es aún peor.

Aprieto los labios y me dirijo a la puerta principal. El pomo está oxidado y medio colgando. Lo agarro de todos modos. Las bisagras chirrían cuando abro y el olor rancio a animales mojados y a moho emana del interior.

Las tablas laminadas del suelo se han hinchado y curvado en los bordes, la capa superior está descascarillada en muchas zonas. Unas

cortinas de encaje sucias cuelgan de algunas de las ventanas. Hay un sillón reclinable viejo y mugriento que pertenecía al mundo de antes; las costuras han reventado en algunos puntos, dejando expuesto el relleno salpicado de manchas.

El suelo gime y cruje cuando entro en la cocina y ojeo los armarios. Solo hay polvo y telarañas y un viejo libro de cocina, con la encuadernación hinchada y las páginas dobladas.

Death me sigue como una sombra y siento su mirada oscura, bebiendo de cada una de mis reacciones. No sé qué quiere de mí.

Salgo de la cocina y asomo la cabeza a un baño que se debió de renovar después del fin del mundo, porque reemplazaron el inodoro por algo que se parece más a una palangana elegante con un asiento de inodoro encima y el lavabo por una jofaina extraíble.

Me fijo en las manchas de agua a lo largo de las paredes, que me indican que esta casa debió de inundarse en algún momento. A lo mejor por eso la abandonaron.

A continuación, voy en busca de los dormitorios, esperando ver más muebles. Pero, aparte de una cómoda de aglomerado deformada que prácticamente se cae a cachos, las tres habitaciones están vacías.

—¿Por qué has elegido este lugar? —pregunto después de terminar de examinar el dormitorio principal.

Una casa que no tiene comida ni camas ni comodidades de ningún tipo no es un destino en el que valga la pena detenerse. Bien podríamos haber montado un campamento junto a la carretera. Aquí apenas estamos mejor e incluso eso es cuestionable.

—¿Importa? —responde Tánatos—. Es un hogar, satisfará tus necesidades.

¿Satisfacer mis necesidades?

Me doy la vuelta para enfrentarme al jinete. Él está de pie en la puerta, dedicándome toda su atención.

Le lanzo una mirada perpleja.

—¿Alguna vez has vivido en algún lugar? —pregunto.

—He vivido en todos los lugares donde hay vida, *kismet* —responde con suavidad.

—Me refiero —digo lentamente— a si alguna vez te has alojado

en una casa. ¿Te has cocinado una comida? ¿Has dormido en una cama?

Me devuelve la mirada con una expresión ilegible. Aun así, se la leo de todos modos al muy cabrón.

—Eso es que no.

Por supuesto que no. No sé por qué he tardado tanto en darme cuenta. Joder, si justo eso es lo que ha hecho que perseguirlo sea tan difícil. Death nunca se detenía, jamás dormía. Cabalgaba y cabalgaba y mataba y cabalgaba y cabalgaba y seguía así siempre, yo era lo único que interrumpía sus viajes.

Vuelvo a echar un vistazo a nuestro alrededor.

—Es decir, que ahora que has capturado a tu humana, ¿quieres tenerme en un bonito… *hogar*? —Bien podría haber dicho jaula o pocilga. Un recinto destinado a un animal. No a un igual—. ¿Eso es lo que pasa? —insisto.

—¿Preferirías que te cortara la garganta? ¿Que te rompiera el cuello? ¿Que luchara contigo hasta que el recuerdo de todas las cosas se haya desvanecido y solo quede el dolor? —Con cada pregunta, Tánatos da un paso hacia delante y las puntas de sus alas emiten un ruido suave cuando las arrastra por el suelo podrido—. Porque puedo hacerlo. No quiero, pero puedo, si eso es lo que anhelas.

Frunzo el ceño.

—Lo que anhelo es que abandones la Tierra y no regreses nunca.

Death se ríe, con los ojos brillantes.

—*Kismet*, eso no sucederá jamás. Incluso una vez que los humanos seáis desterrados de este mundo, yo seguiré existiendo. Mientras haya vida, siempre permaneceré. Pero, por ahora —continúa, extendiendo la mano y tocándome la mejilla con delicadeza, rozándome el labio inferior con el pulgar—, quiero descubrir qué más hay en ti, además de violencia y estrategia.

Una parte de mí se siente hipnotizada por esta entidad cuya atención he captado. Tengo la extraña sensación de que él quiere mucho más que muerte y destrucción, solo que no tiene ni idea de qué podría ser eso o cómo conseguirlo, aparte de, bueno, capturando a mujeres reacias.

Me aclaro la garganta, no me gusta el giro tan íntimo que ha tomado este momento.

—Entonces —enarco las cejas, mirando a mi alrededor—, nunca has vivido en una casa, pero no solo esperas empezar a hacerlo ahora, ¿sino que también tienes la intención de mantenerme cautiva a la vez?

—No planeo mantenerte cautiva.

Abro los ojos como platos.

Pues *eso* es una novedad.

—En ese caso, ¿tienes pensado liberarme en algún momento?

—Nunca —me jura.

—Entonces, ¿qué? —pregunto—. ¿Crees que llegaré a disfrutar del cautiverio?

—Los humanos pueden acostumbrarse a todo tipo de situaciones —afirma Death con seguridad—. Estoy seguro de que te acostumbrarás a esta.

Qué *descaro*.

Me doy la vuelta.

—¿Dónde están las camas? —pregunto, observando la habitación vacía—. ¿Dónde está la comida? —señalo a mi alrededor—. ¿Dónde están la mesa, las sillas, las tazas y la vajilla? ¿Dónde están los libros para leer y la leña cortada para calentar *nuestra* casa en las noches frías de invierno? ¿Dónde está la ropa limpia? ¿El colchón mullido y las sábanas limpias?

Tánatos controla cuidadosamente su expresión.

—Eres un *necio* si crees que me conformaré con una casa vacía y podrida.

Da un paso adelante y su enorme figura se cierne sobre mí, su hermoso rostro amenazante a la poca luz de que disponemos.

—Lo disfrutes o no, este *es* tu destino, *kismet*.

Ignoro sus palabras, porque ahora mismo soy una cazadora que ha captado el olor de su presa.

He tocado su fibra sensible. Lo sé.

Le dedico una sonrisa burlona.

—¿Esperabas impresionarme? —Me río de él de la misma forma en que mi hermana Robin se reía de mí cuando quería hacerme

sentir pequeña. Aprendí hace mucho tiempo cómo convertir un sonido en un insulto—. Esto no es *impresionante*. Me has hecho daño, me has matado y ahora me has secuestrado y me has encerrado en una prisión sin ningún tipo de comodidades. Es patético.

Frente a mí, Tánatos aprieta y afloja la mandíbula.

Ahí. He dado en el blanco.

De repente, despliega las alas y me envuelve con ellas, obligándome a acercarme a él.

—Me importa una mierda lo que pienses —afirma, con una mirada iracunda—. Insúltame todo lo que quieras. No va a cambiar *nada*.

Observo con atención sus ojos turbulentos. Resulta que el siempre firme Death no es tan firme, después de todo. No en lo que se refiere a mí.

Una sonrisa maliciosa se extiende por mis labios.

—Ya veremos.

Estoy sentada en el hundido porche trasero de la casa, contemplando la puesta de sol. Hasta ahora, la única ventaja de este lugar parece ser el baño, que he usado discretamente. Por lo demás, la casa es una mierda. Ni siquiera el pozo que he encontrado en la propiedad funciona. Así que mi destino es subsistir sin comida *ni* agua mientras estemos aquí.

Durante la última hora, el jinete me ha dado algo de espacio. Su caballo, sin embargo, no. De vez en cuando, la bestia torda se me acerca, me olfatea el hombro y luego me empuja la mano, como si buscara golosinas. En realidad, es bastante entrañable.

Le acaricio el cuello.

—Si alguna vez cambio de opinión sobre toda esta situación —digo en voz baja— será por ti.

Oigo que la puerta trasera se abre con un chirrido y luego el crujido de unas botas sobre la tierra.

—Ese seto no se va a abrir —dice Tánatos detrás de mí.

—No intento escapar —respondo.

—Sería inútil.

Apenas logro evitar poner los ojos en blanco.

—Estoy viendo la puesta de sol —explico, sin molestarme en girarme hacia él.

Se acerca a mi lado, la madera cruje y se dobla bajo su peso. Como si sintiera la tensión, el caballo de Death se aleja despacio de nosotros.

Miro a Tánatos, echando el cuello hacia atrás para verle la cara.

Me mira con curiosidad.

—¿Por qué? Es un fenómeno que sucede todos los días.

—¿Y qué? ¿Es que nunca disfrutas de nada?

Clava la vista en mí, pero no respondo.

Al cabo de un momento, suspiro y doy una palmadita en el suelo a mi lado.

—Adelante —lo invito—. Hazme compañía.

Él sigue mirándome y, Dios mío, ¿acaso me ha salido un tercer ojo?

Justo cuando creo que se va a dar la vuelta, se agacha.

Nunca me había dado cuenta hasta ahora, pero sus alas son realmente incómodas. Tiene que extenderlas detrás de sí e inclinarse un poco hacia delante para acomodarlas. Siento el roce de sus plumas contra el costado y una parte de mí se siente muy tentada de alargar la mano y tocarlas. En vez de eso, me paso la mano por el pelo.

—No quiero hablar —digo.

—Tomo nota —responde, con los ojos fijos en el cielo.

Nos quedamos así sentados mientras el sol se esconde tras el horizonte, las sombras se alargan y el frío cortante del aire se vuelve más que un poco incómodo. En todo momento, cumple con su palabra y no habla. La verdad es que es… extrañamente pacífico.

Cuando el último rayo de luz da paso a la oscuridad, me levanto y me sacudo la suciedad de la parte trasera de los pantalones. Tengo hambre y sed y siento que mi futuro contiene la respiración.

Miro a Tánatos.

—No tienes ni idea de qué hacer conmigo, ¿verdad? —pregunto.

Creo que sé lo que quiere, y está claro que, en cierto modo, él

también lo sabe, pero no ha actuado según sus impulsos más bajos, y yo tampoco soy lo bastante tonta como para ceder a ellos. No quiero perder el corazón ni la cabeza por culpa de este hombre, porque eso no lo detendrá. Sé que no.

Él me devuelve la mirada.

—Estoy dispuesto a averiguarlo sobre la marcha.

Le frunzo el ceño, aunque dudo que pueda verlo en la oscuridad. Echo un vistazo a la casa que tenemos detrás. Suelto un suspiro, me doy la vuelta y bajo por las escaleras destartaladas que conducen al patio trasero.

—¿Qué estás haciendo, Lazarus? —pregunta Death a mi espalda.

Por primera vez desde que hemos llegado, suena relajado, seguro. Sabe que no me voy a ir a ninguna parte.

Pisoteo el suelo.

—Busco un lugar donde dormir.

—Por lo que tengo entendido, los humanos duermen *dentro* de las casas.

—Esa estructura —digo, girándome para señalar la casa— no es apta para que la habiten. Es probable que las paredes estén llenas de alimañas. Huele como si lo estuvieran.

Lo veo ponerse de pie.

—Hace demasiado frío para quedarse aquí fuera.

—Dentro no hará más calor —replico. No con las ventanas destrozadas—. Eso te lo prometo.

Busco un pedazo de tierra despejada donde tumbarme. Aquí atrás hay mucha basura y maleza, y una parte de mí se pregunta si es posible que la casa sea la mejor opción. Pero no, ese edificio abandonado parece más una jaula que un hogar.

Encuentro lo que busco y me siento, deseando tener una manta o una chaqueta. Vuelvo a temblar.

Va a ser una noche de mierda.

A mis espaldas, el entablado de madera podrida cruje cuando Tánatos se levanta y desciende por las escaleras, cada uno de sus pasos, amenazante. Oigo el susurro de las plantas mientras avanza por el patio trasero, en mi dirección.

Se detiene a mi espalda.

—¿Qué? —digo, sin darme la vuelta.

No lo veo, pero siento su profunda curiosidad. Me da la impresión de que le gustaría abrirme como si fuera una caja y mirar dentro para ver qué hay en mi interior.

Tras unos instantes, Tánatos se agacha en el suelo junto a mí. Me roza con una de sus alas, casi tirándome al suelo.

Ahora sí que lo miro.

—¿Qué haces? —le exijo, ofendida.

Una cosa es sentarse conmigo y ver la puesta de sol, y otra muy distinta es que vea cómo me quedo dormida.

—Voy a quedarme aquí contigo. —Lo dice como si fuera obvio.

Antes de que pueda responder, y tengo mucho que decir, el estómago me ruge. Fuerte.

Incluso en la oscuridad, juro que veo cómo el jinete enarca las cejas.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta.

—Mi estómago, pero no creas que puedes cambiar de tema…

—¿Por qué demonios iba tu estómago a emitir semejante sonido?

Cierto. Casi se me olvida que no sabe nada sobre los humanos.

—Eso es lo que hacen los estómagos cuando se tiene hambre —explico—. Hacen ruido.

Death se queda en silencio y sé que está recordando de nuevo lo mal preparado que está para mantener cautiva a una humana.

¿Es demasiado esperar que se rinda y decida dejarme ir?

Probablemente. Suspiro. Pues vale.

Me tumbo de costado.

—No puedes dormir a mi lado —digo.

—No tenía pensado *dormir*.

Se me entrecorta la respiración un segundo y pienso en la forma en que Death me ha estado mirando últimamente, y mi cuerpo cobra vida y el pulso me palpita entre las piernas. Pero entonces recuerdo que el jinete no duerme. Y, de todos modos, es mi secuestrador y mi enemigo, y acostarme con él está *prohibido*.

—Bueno —me aclaro la garganta—, tampoco puedes no dormir a mi lado.

—Si esperas llevar a cabo algún gran plan de huida, Laz…

—No me llames así —le digo con una mueca. No deja de hacerlo.

—… entonces estás *delirando*. No voy a perderte de vista. Ni esta noche, ni nunca.

XXIII



El jinete no se aparta de mi lado, maldito sea.

A medida que pasan las horas y la noche se vuelve más fría, me acurruco en una bola cada vez más pequeña. Me tiembla todo el cuerpo y parece que no logro entrar en calor lo suficiente para caer en un sueño profundo. En cambio, fantaseo vívidamente con estar ovillada bajo un montón de mantas de lana, con un fuego rugiendo a mi lado.

Casi ayuda.

Tánatos ha respetado mis deseos: no se ha tumbado cerca de mí. Sin embargo, ha decidido quedarse no muy lejos y caminar de un lado a otro. Oigo el crujido de las plantas siendo aplastadas bajo sus botas y el balanceo de las malas hierbas que roza con las alas. Camina de un lado a otro. De un lado a otro, de un lado a otro, de un lado a otro…

—P-por favor, ¿podrías estarte quieto?

Ya es bastante difícil dormir aquí fuera.

Las pisadas del jinete se detienen.

—Esta es la primera vez que me quedo voluntariamente en un mismo sitio durante tanto tiempo —dice desde la oscuridad—. Es… perturbador.

—V-ve a perturbarte a otra parte —digo.

Una pausa, y luego…

—¿Por qué te suena así la voz? ¿Y qué es ese castañeteo constante?

—P-porque tengo f-frío —respondo—. N-normalmente duermo dentro…

—Tenías la opción de hacerlo —me interrumpe.

—E-en una cama c-con mantas para conservar el calor.

Tánatos guarda silencio.

Seguro que es consciente de ello.

Lo oigo acercarse. Cuando creo que lo tengo al alcance del brazo, se arrodilla a mi lado.

—¿Q-qué estás…?

Antes de que pueda terminar ese pensamiento, el jinete se tiende junto a mí. Me atrae hacia él. Su armadura aún no ha reaparecido, y el calor que emana de su cuerpo casi me hace gemir.

—Estás temblando otra vez —se alarma.

—P-porque estoy he-helada —le recuerdo.

No puedo ver su ceño fruncido en la oscuridad, pero lo percibo de todos modos.

Me rodea con un ala y me cubre con ella. Y las fantasías sobre mantas de lana quedan de lado en favor de esto.

—¿Mejor? —pregunta con delicadeza, su voz como una caricia.

Esto es mucho más íntimo de lo que esperaba.

Y me gusta. Me gusta mucho.

Siento el delicioso calor de Tánatos contra la espalda y la calidez de su ala aislando el resto de mi cuerpo. Si fuera un gato, estaría ronroneando. Me derrito gracias a su abrazo y todas mis declaraciones anteriores sobre que mantuviera las distancias han quedado olvidadas hace mucho.

—Mmm —murmuro.

Durante un rato, nos quedamos así, con el jinete sujetándome más fuerte de lo necesario y yo disfrutándolo en secreto. Al final, dejo de temblar y los dientes dejan de castañetearme.

Me atrae contra él con más fuerza y a lo mejor me lo estoy imaginando, pero creo que se alegra de que ya no tiemble ni tartamudee por el frío.

—No tienes por qué hacer esto —susurro.

Pasan varios segundos antes de que responda.

—Podría hablarte de la cantidad de gente a la que he reclamado en noches como esta —contesta—. Podría decirte que, muerta o débil, solo me ralentizarías. Pero lo cierto es que esto es instintivo

para mí, *kismet*. No entiendo por qué, pero quiero estar cerca de ti, quiero abrazarte cuando dices que tienes frío.

El corazón me late con fuerza.

Es tu enemigo.

Es tu enemigo.

Es solemne e indiferente y te ha hecho daño y ahora te ha secuestrado.

No te rindas por un puñado de palabras bonitas.

—¿De verdad planeas quedarte aquí fuera, con este frío, tapándome con el ala toda la noche solo para darme calor? —pregunto.

—No me opongo a entrar donde es probable que haga más calor, pero sí, creo que sí.

El corazón se me desboca en el pecho. Antes ya creía que la situación era íntima, cuando era puramente física. Ahora me doy cuenta de que he empleado mal la palabra. Porque *esto* sí que es íntimo.

—No sé qué pensar de ti —confieso en voz baja.

—Duérmete, Lazarus. Ya te lo plantearás por la mañana.

Y eso hago. De alguna forma, me duermo en los brazos de Death como si fuera lo más fácil del mundo.

Me despierto ovillada contra un pecho amplio. Me acurruco aún más cerca del calor y de esos músculos sólidos antes de ser consciente.

Estoy en los brazos de Death.

Literalmente, la Muerte.

Parpadeo y abro los ojos, solo para descubrir que me está mirando.

De repente, me alejo de él, tratando de escapar de su abrazo.

Por un instante, me agarra con más fuerza, pero luego me suelta y me alejo rodando, rozando el ala oscura que todavía me cubre.

Me pongo de pie de un salto y estoy a punto de tropezarme con un monitor de ordenador tirado cerca.

Tánatos se apoya en un codo. No parece tener prisa por levantarse, a pesar de que las plantas que nos rodean tienen

escarcha en los bordes, de que su aliento se condensa en el aire matutino y de que debe de sentir los músculos rígidos después de permanecer en la misma posición durante tanto tiempo.

Suponiendo, por supuesto, que el jinete pueda sentir rigidez en los músculos.

Es improbable.

No sé qué pensar sobre el hecho de que me haya abrazado durante toda la noche, así que después de inspirar profundamente y mirarlo fijamente durante un largo instante, me conformo con darle la espalda y regresar a la casa abandonada.

No pasa ni un minuto hasta que la puerta se abre con un crujido detrás de mí.

—¿No puedes darme ni un ápice de espacio? —le suelto sin darme la vuelta—. ¿Es demasiado pedir?

Las pisadas pesadas de Tánatos son lentas, la madera cruje bajo su calzado con cada paso que da.

—¿De verdad quieres espacio? —pregunta suavemente.

Se me acerca por la espalda.

—Sí —digo, dándome la vuelta para mirarlo a los ojos.

—Que así sea.

Death me agarra una muñeca.

—¡Oye!

Antes de que pueda soltarme, me obliga a girar y me aferra la otra. Luego me coloca ambas a la espalda.

—¿*Qué* estás haciendo? —Me resisto mientras hablo.

Tánatos silba por encima del hombro y oigo el ruido distante de unos cascos.

Sin dejar de sujetarme las muñecas, el jinete me conduce hacia la puerta principal y la abre de par en par. Fuera, su montura trota hasta el frente de la casa, agitando su crin oscura. Sin que nadie se lo pida, entra en el edificio y se acerca a Death.

Me sacudo de nuevo para librarme de Tánatos, pero es inútil. Su agarre es inflexible.

—Entonces, ¿volvemos a ser enemigos? —pregunto.

Me atrae hacia sí.

—Tú eres la que no deja de insistir en que nunca hemos dejado

de serlo.

Gruño mientras intento liberar las muñecas. No sirve de nada.

—Bueno, decididamente, la gente no retiene así a sus amigos.

Death mete la mano en una de las alforjas de su caballo y saca…

—¿Una *cuerda*? ¿Ahora vas a atarme? —pregunto indignada. Mientras hablo, su caballo sale con calma de la casa.

El jinete me tira de las muñecas para que me vea obligada a apoyarme contra su pecho esculpido.

—Tú también me has atado varias veces —me recuerda, rozándome la oreja con los labios. Se me pone la piel de gallina—. Es justo que te devuelva el favor.

—¿Cómo narices resuelve esto el problema de que estés demasiado cerca?

—Fácil, *kismet* —dice—. Te quedarás aquí, atada, donde podrás disfrutar de un poco de espacio propio mientras yo salgo.

Tiro de nuevo. No me gusta este plan. Ni un ápice.

—Y cuando regrese —continúa con suavidad—, puede que vuelvas a estar lista para mi compañía.

Juraría que percibo un deje de dolor en su voz, pero eso es ridículo, ¿verdad? Verdad.

El jinete me ata las muñecas a la espalda, me arrastra hasta el sillón reclinable sucio y manchado, y ata el otro extremo de la cuerda a la base de metal oxidada del mueble.

Esto. Es. Una. Mierda.

—Vaya —dice, dándome un repaso mientras lo fulmino con la mirada—, cuánto me recuerda esto a todas esas veces que me tuviste como rehén. Por desgracia para ti, Laz, tú no eres lo bastante fuerte para liberarte.

—No me llames así —digo con voz entrecortada.

—¿Prefieres «kismet»? —La mirada de Death desciende hasta mis labios. Lo ha hecho mucho desde que me secuestró. A pesar de que estoy furiosa y él podría sentirse herido, sigo pensando que el jinete quiere besarme—. Parece que ese apelativo no te molesta.

Lo fulmino con la mirada.

—En cuanto me libre de estas ataduras, te arrepentirás.

—Quizá. O quizá no. —Me toca la mejilla y se pone de pie—. Sea

como sea, volveré pronto. Estoy… ansioso por volver a tu lado.

El jinete se da la vuelta y se encamina hacia la puerta, con sus pesadas botas haciendo ruido contra el suelo mientras se aleja de mí.

Me sacudo contra mis ataduras.

—Tánatos, no puedes hablar en serio.

Me ignora.

—¿A dónde vas? —exijo saber.

Se da la vuelta y la luz del sol de la mañana se cuela por las ventanas que tiene a la espalda, iluminándolo con un halo de luz. Resulta molesto lo guapo —lo *celestial*— que se lo ve. La mirada que me lanza, sin embargo, me hiela la sangre.

—Tengo trabajo que hacer, Lazarus. Confío en que seas consciente de ello.

Me quedo inmóvil al comprender su plan: tiene la intención de llevarme con él de viaje y mantenerme enjaulada mientras destruye el mundo.

Me siento palidecer.

—Death —susurro—. Por favor. No lo hagas. —A esto me veo reducida: a suplicar. A suplicar sin que sirva de nada, sin poder de negociación—. Ya haces bastante daño entre una ciudad y la siguiente.

—Nos vemos pronto, *kismet* —se despide.

Tras esas palabras, se marcha y la puerta se cierra con un crujido tras él.

Mierda, mierda, mierda.

Tengo que salir de aquí, *ya*.

XXIV



Que le den a ese cabronazo.

Por centésima vez, tiro de mis ataduras. Es inútil. Tengo las muñecas demasiado apretadas a la espalda como para deshacer el nudo de la base del sillón reclinable. No es que no lo haya intentado. También he probado a arrastrar el mueble hasta la puerta. Eso solo ha provocado que se vuelque y me aplaste, y luego he entrado en pánico por culpa de los recuerdos de estar atrapada que han revoloteado por mi mente.

Así que ahora, a pesar de que he conseguido salir de debajo del sillón reclinable, he decidido dejar de resistirme. Por lo menos, hasta que vuelva Death. Entonces, estaré encantada de atacarlo con todo lo que tengo.

Me muero de hambre y estoy bastante segura de que aceptaría renunciar a los orgasmos para siempre —bueno, puede que durante un mes— por un buen vaso de agua fría.

Por lo menos, no necesito ir al baño. Esa es la ventaja de no comer ni beber durante largos periodos de tiempo.

Me golpeo la nuca contra el mohoso sillón reclinable, aburrida y frustrada.

A lo lejos, oigo un galope.

Me tenso, incluso cuando el corazón empieza a acelerárseme.

Ya ha vuelto.

Mierda, qué rápido ha ido. ¿Cuánto ha tardado? ¿Una hora? ¿Dos? Y, en ese tiempo, una ciudad ha sido aniquilada. Mi más que justificada ira me arde en las venas como un veneno.

En cuanto me libre de estas ataduras, voy a estrangular al

desgraciado con mis propias manos.

Aguzo el oído para escuchar cómo se acerca Death.

Los cascos se detienen a lo lejos y oigo el crujido del matorral que Tánatos ha hecho crecer alrededor de la propiedad. El ruido de cascos se reanuda y esta vez galopan hasta la entrada.

En el exterior, oigo desmontar a Death y el tintineo de su armadura.

«Estoy ansioso por volver a tu lado».

Se me encoge el estómago.

—Toc, toc, cabrón —grita una voz profunda que se acerca a la puerta.

Una voz que *definitivamente* no pertenece a Tánatos.

Contengo la respiración.

Menuda mierda.

¡Bum!

Me estremezco cuando las bisagras chirrían, la madera se astilla y parte de la puerta se derrumba hacia dentro. El hombre vuelve a asestarle una patada y los últimos restos de la misma se hacen añicos. Cae al suelo con un ruido sordo.

Entonces, de pie en el umbral, aparece un ser hecho de pesadillas.

Otro jinete.

XXV



Me quedo mirando al hombre con armadura, que porta una guadaña en la mano. El jinete observa la habitación en sombras durante una fracción de segundo antes de posar los ojos en mí.

—¿Quién cojones eres tú? —exige.

Alguien a quien le gustaría mucho, mucho estar en cualquier otra parte.

Literalmente, tiemblo al ver a este hombre. Y su guadaña. No importa que no pueda morir de verdad, temo por mi vida.

Tranquilízate, Lazarus. Ya te has enfrentado antes a un jinete.

Respiro hondo para calmar los nervios.

—Eso depende —respondo, obligándome a mantener un tono tranquilo—. ¿Quién narices eres tú?

No es que necesite llevar una etiqueta con su nombre. Es bastante obvio.

El jinete entorna los ojos. Da unos pasos hacia delante y una espada que lleva envainada en la cadera se balancea con el movimiento.

Me tenso. No tengo ni idea de qué tipo de relación tiene este jinete con Death. Existen muchas razones por las que podría querer hacerme daño, y todo en él, incluso la forma en que se mueve, grita violencia.

Dios mío. Me cuesta mucho procesar que de verdad haya *cuatro* desgraciados semejantes por aquí.

—¿Eres la mujer de Death? —pregunta.

Enarco las cejas.

¿La mujer de Death?

Ni de coña.

—Soy su *prisionera*.

Miro significativamente por encima de mi hombro, para que vea que estoy atada.

Sonríe, como si la palabra le pareciera mona.

Cuanto más me observa, más se ensancha esa sonrisa y más brillantes se vuelven sus ojos.

Ahora es cuando me apuñala y deja que me muera.

—Eres su mujer, ¿no? —dice, sonando alegre.

Lo miro con incredulidad.

—Si te refieres a su *víctima de secuestro*, entonces sí. De lo contrario, *no*.

¿Por qué estamos discutiendo acerca de mi relación con Death?

—¿Has intentado matarlo ya? —pregunta el jinete.

Me quedo mirándolo.

—¿Qué quieres de mí?

Maldigo a Tánatos por dejarme así de vulnerable.

—Responde la pregunta.

—De acuerdo —espeto—. Sí, lo he hecho.

El jinete me observa con atención, la luz difusa hace que su armadura de cobre y su cabello color caramelo resplandezcan.

—¿Ya lo has matado?

—Es imposible asesinarlo —replico.

—No de forma permanente —coincide—. Pero ¿has terminado con la vida de mi hermano durante un periodo de tiempo?

Me contempla con demasiada intensidad y me descubro apartando la mirada.

—Sí —escupo.

Siento que el jinete me mira de esa forma tan desconcertante durante un instante demasiado largo. Todavía no sé qué quiere, aunque mi miedo se desvanece cuanto más hablamos.

Da un par de pasos lentos hacia mí, estudiando mi situación.

—¿Y ahora estás atada aquí, indefensa y a merced de los caprichos de mi hermano? —dice—. Está claro que eres su mujer.

Aprieto los dientes.

—No lo soy.

—Lo eres —insiste, y así me confirma que lo de ser detestables les viene de familia.

—Mmm. —El jinete me observa—. Tu presencia cambia las cosas.

Detecto un brillo calculador en sus ojos.

Levanto la barbilla y lo fulmino con la mirada.

—Si tienes pensado matarme, te vas a llevar una decepción. No es tan fácil deshacerse de mí.

—¿Matarte? —repite, incrédulo y a todas luces sorprendido—. Mujer, queremos *desatarte*.

—¿Queremos? —repito débilmente.

Debería centrarme en la parte en la que no me mata, pero las palabras de este jinete… me ponen nerviosa de una forma completamente nueva.

Él acorta la distancia que queda entre nosotros. Se agacha y deja su guadaña a un lado.

—No creerás que he venido solo, ¿verdad?

Abro los ojos como platos y siento vértigo.

—¿Los demás jinetes también están aquí contigo?

Lanzo una mirada por encima de su hombro.

A través de la puerta abierta, veo que el tiempo ha empeorado. Nubes oscuras y furiosas se acumulan en lo alto.

—Bueno, no todos —admite mientras las primeras gotas de lluvia empiezan a caer sobre el tejado—. Aún nos falta nuestro querido Death. Pero estoy seguro de que, si tú estás aquí, volverá pronto. Es imposible que te haya dejado atada como un regalo para luego abandonarte.

Frunzo el ceño y observo sus penetrantes ojos verdes y sus facciones afiladas.

—¿Qué jinete eres tú? —pregunto.

—El menos agradable, si no contamos a Death, por supuesto.

Sigo mirándolo, a la espera de una respuesta real.

Suspira.

—Humanos —murmura en voz baja—. Famine. Soy Famine, aunque también respondo al título de «el Segador».

—¿Es que no podéis tener nombres bonitos y normales? ¿Como Frank o Louis? No creo que me dé miedo un Louis.

Famine vuelve a sonreír.

—Tú y Pestilence os vais a llevar muy bien.

Lo miro con los ojos entornados.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Uy, ya lo verás.

Lo observo fijamente durante un segundo o dos más mientras él me evalúa.

—¿Y bien? —pregunto al fin.

—¿Y bien qué?

—Si planeas liberarme, podrías empezar por quitarme las ataduras —digo, tirando de la cuerda.

Famine me frunce el ceño, pero alcanza la espada que lleva a un costado. El sonido de la lluvia se intensifica con cada segundo que pasa.

Incluso por encima del sonido de la tormenta que se aproxima, logro escuchar el ruido distante de unos cascos.

Me tenso en un acto reflejo.

—Puedes relajarte —me asegura Famine—, no es tu novio.

—Death no es mi novio —espeto mientras la lluvia comienza a gotear a través de los muchos agujeros en el techo.

El Segador me dedica esa puñetera sonrisa de nuevo.

—Claro, muñeca.

Lo miro con los ojos entornados.

Ahora mismo no me importaría que Tánatos pegara a su hermano.

—¿Cómo sabes que no es Death quien cabalga hacia aquí ahora mismo? —pregunto con curiosidad mientras Famine empieza a cortarme las ataduras.

—Puedo sentirlo —dice.

La cuerda cae y yo suelto un suspiro cuando siento los brazos libres.

Me froto las muñecas.

—Y por eso has entrado estando tan seguro de que Death estaba aquí. Porque *lo has sentido* —comento, en absoluto impresionada—. Al jinete que *no* está aquí.

—Puedo sentirlo cuando está *en tierra* —corrige el Segador, un

poco demasiado a la defensiva—. Estuvo aquí toda la noche y esta mañana temprano… —Se interrumpe—. No voy a explicarle esto a una humana degenerada.

Lo miro cabreada. Todo mi miedo se ha convertido en irritación. Una irritación muy muy profunda.

El fuerte golpeteo de los cascos se vuelve más cercano y me distrae un instante.

—Esos son mis otros dos hermanos —comenta Famine.

—¿También los has sentido? —pregunto, mirándolo como si fuera imbécil.

Él me frunce el ceño.

—Justo cuando empezaba a gustarme la gente, voy y te conozco a ti.

—El puto sentimiento es mutuo.

Fuera, el ruido de los cascos se detiene. Oigo una voz masculina profunda que murmura algo y a otro hombre que se ríe a carcajadas.

Me pongo de pie justo cuando dos hombres enormes atraviesan las puertas con pasos pesados, chorreando agua.

Más jinetes.

El pulso se me vuelve a acelerar, el instinto me impulsa a huir.

«No han venido a hacerme daño, no han venido a hacerme daño», me repito a mí misma en silencio.

Al menos, eso creo.

Famine todavía no ha revelado por qué están aquí exactamente.

Uno de los nuevos jinetes lleva un arco y un carcaj colgados del hombro, y el otro tiene una espada enorme atada a la espalda. Sus ojos se detienen brevemente en mí y en Famine antes de inspeccionar la habitación. Está claro que buscan a Death.

Al final, vuelven a dedicarnos toda su atención.

—¿Es una broma, Famine? —exige el mayor de los dos, con su pelo rubio atravesado por pálidos mechones plateados.

A diferencia del Segador, él no lleva armadura, ni tampoco el hombre que está a su lado.

—Buen trabajo localizando a Tánatos —le reprocha el de pelo oscuro y casi me río.

Es evidente que no soy la única persona que se siente cómoda burlándose del Segador.

Famine se pone frente a mí.

—He encontrado algo mejor que nuestro hermano, he encontrado a su pareja.

XXVI



¿Pareja?

¿Qué cojones?

Pestilence y War me dedican sendas miradas afiladas.

Yo fulmino a Famine con la mía.

—No soy la pareja de *nadie*. —Eso suena horriblemente posesivo —. Por última vez, Death es mi enemigo.

—¿Qué te hace pensar que es suya, hermano? —pregunta el de pelo oscuro, ignorando mi arrebato.

Rechino los dientes ante su frase.

¿Es que todos estos neandertales piensan igual?

El jinete rubio se me acerca y me lanza una mirada especulativa. Es un poco menos intimidante que los demás, pero eso se debe enteramente a que tiene las líneas de expresión marcadas alrededor de los ojos y es difícil tenerle miedo a alguien que sabe reír.

—La he encontrado atada en esta habitación —explica Famine. Señala hacia fuera con la cabeza—. Y el corcel de Death estaba al final del camino cuando he llegado.

¿Lo estaba?

—¿Has rastreado al caballo de Death en lugar de al propio Death?

El hombre de pelo oscuro parece querer golpear a Famine en la cabeza.

No estoy del todo en contra de ser testigo de eso.

El Segador le lanza a su hermano una mirada fulminante.

—No sé cuántas veces tengo que decírtelo, pero no puedo

localizar con precisión a Tánatos cuando vuela. Así que he improvisado con el caballo.

El hombre mayor, el rubio, se me acerca, ignorando la pelea de sus hermanos.

—¿Tánatos te ha atado? —pregunta, desviando la mirada hacia mis muñecas, que todavía están rojas y en carne viva.

No sabría decir si está preocupado o si simplemente siente curiosidad.

Me encojo de hombros.

—Nos hemos hecho cosas peores el uno al otro.

Los engranajes de su mente parecen estar girando.

—Soy Víctor, aunque puedes llamarme Pestilence —dice en lugar de responder a eso.

Pestilence.

Casi me quedo sin respiración. Pero por supuesto que uno de ellos tenía que serlo. Lo estudio de nuevo mientras un millar de emociones turbulentas me recorren el cuerpo.

Este es el jinete que mató a mis padres biológicos. El que también debería haber terminado con mi vida. Y ahora está de pie frente a mí.

No es para nada lo que esperaba.

Se me cierra la garganta.

—Eres…

—¿Viejo? —termina por mí, con un brillo de buen humor en los ojos—. Me convertí en mortal hace mucho tiempo. Y ahora… envejezco.

Me obligo a respirar por la nariz para controlar todo lo que siento. Nunca pensé que alguna vez me enfrentaría a este… este monstruo, y mucho menos en estas extrañas circunstancias.

La mano me hormiguea por las ganas de coger una daga que no llevo encima y estoy a punto de echarme a llorar, que es lo último que quiero hacer, porque Pestilence es horriblemente civilizado y tiene ojos amables y líneas de expresión, pero mató a mis padres.

También es mi enemigo.

Antes de que pueda responder, War se acerca lentamente y me examina con la mirada.

—Así que eres la esposa de Death.

A. La. Mierda.

Salgo de la casa en ese preciso instante.

Paso a grandes zancadas junto a los caballos ociosos y bajo por el camino de entrada cubierto de maleza y basura oxidada. La lluvia me empapa rápidamente, pero no me importa. Ya no estoy atada, no tengo que quedarme dentro de esa casa en ruinas con esos hombres tan horribles y…

Me fijo en una abertura en el seto que rodea la propiedad.

Puedo escapar.

He estado tan distraída con mi situación actual que he perdido de vista mi objetivo más importante: huir.

Acelero el ritmo, temerosa de que la maleza antinatural vuelva a cerrarse en cualquier momento.

—¡Espera!

Escucho pisadas fuertes detrás de mí.

Mis pasos vacilan.

Si me voy ahora, escaparé de las garras de Death. Si me demoro, podría descubrir por qué estos jinetes están siguiendo a Tánatos.

Miro fijamente el matorral que rodea la casa. La lluvia gotea sobre los cientos de hojas, haciendo que las plantas brillen por todas partes excepto en ese hueco en el follaje, que se está riendo de mí.

—Sé que podemos llegar a resultar excesivos —me grita Pestilence—. Mis hermanos y yo no intentamos molestarte. Estamos aquí para detener a Death, de una vez por todas.

Creo que dejo de respirar.

Me doy la vuelta para mirar al jinete a los ojos.

Durante unos instantes, me olvido de la mala sangre que hay entre nosotros.

—¿Habéis venido a detener a Death? —repito, incrédula.

Es decir, son los *cuatro* jinetes. Todos ellos están aquí para destruir nuestro mundo.

Busco la respuesta en su mirada.

—¿Por qué tú, o cualquiera de vosotros… —hago un gesto vago hacia la casa, donde aguardan los otros dos hombres—, iba a querer hacer eso?

Pestilence suspira.

—Es una larga historia. Una que Famine, War y yo estamos dispuestos a contarte, si nos escuchas.

Examino su expresión mientras la lluvia me chorrea por el pelo y las pestañas. Suena sincero y, si lo es, entonces… tal vez se pueda detener a Tánatos de forma permanente.

Ignoro el modo en que el miedo se enrosca en mi interior ante ese pensamiento. Hay que detener a Death. Esto es más grande que yo y mis sentimientos.

Entonces, recuerdo exactamente con quién estoy hablando. Este es el jinete que acabó con mi ciudad natal.

—¿Por qué crees que iba a querer ayudarte? —espeto—. Mataste a mis padres. —Se me quiebra la voz por culpa de esa vieja herida.

He presenciado muertes más recientes y dolorosas a manos de Tánatos, pero, ay, cómo le he hecho pagar por ellas.

Este jinete, por otro lado, me robó la vida que podría haber tenido, ¿y ahora quiere mi ayuda? Por su culpa, nunca conoceré a los padres que me trajeron al mundo, nunca podré abrazarlos ni memorizar sus rostros ni descubrir quiénes eran ni de dónde vengo. Y aunque esa vida significaría borrar aquella con la que crecí, una vida llena de amor y risas, sigue siendo un futuro que, de todos modos, me robaron.

Pestilence parece desconcertado. Vuelve a recorrerme el rostro con la mirada.

—Lo siento —dice, y veo en él un remordimiento genuino. Ojalá no pudiera detectarlo.

Tenso la mandíbula y miro hacia otro lado, abrumada de repente por esta confrontación.

—En aquel entonces… era un hombre diferente. Probablemente, no muy diferente de cómo es Death ahora —continúa—. Nosotros, los jinetes, podemos cambiar nuestras costumbres. Todos las hemos cambiado, excepto Death. Y por desgracia para ti y para el resto de la humanidad, él es el único jinete que tiene la última palabra sobre si todos vosotros vivís o morís. Por eso, nosotros tres, incluida esa bestia odiosa a quien conoces como Famine…

—¡Te he oído, imbécil! —grita el Segador desde el interior de la

casa.

—… hemos venido en busca de Death —continúa Pestilence como si no lo hubieran interrumpido—. Queremos detenerlo, *vamos* a detenerlo. Pero tu ayuda nos vendría muy muy bien. Y lo siento de verdad. No puedo traer de vuelta a tus padres, pero puede que juntos podamos evitar que muchas otras familias corran la misma suerte.

Necesito sentarme. Siento como si las piernas ya no quisieran soportar el peso de mi cuerpo.

—¿De verdad estáis intentando detener a Tánatos? —pregunto en voz baja.

Me cuesta creerlo.

—De verdad —promete.

Sus palabras, y su disculpa, flotan pesadamente en el aire entre nosotros. No quiero perdonarlo y no quiero trabajar con él, pero este último año me he visto obligada a lidiar con todo tipo de circunstancias imposibles y horribles. Joder, si acabo de pasar la noche en los brazos del mismísimo Death, el hombre responsable no solo de la muerte de mi familia, sino de la de *todos*.

Pestilence me mira fijamente.

—Por favor, vuelve dentro… —Hace una pausa, dejándome la posibilidad de decirle mi nombre.

Evalúo al jinete, no del todo segura de que sea una gran idea ayudarlos en cualquiera que sea el plan que estén tramando.

Aunque es mejor que seguir siendo la prisionera involuntaria de Death.

—Lazarus —digo por fin—. Me llamo Lazarus.

Pestilence sonríe.

—Lazarus —repite—. Es un placer conocerte oficialmente. —Señala con la cabeza hacia la casa—. En cuanto estés lista para escapar de la lluvia, mis hermanos y yo tenemos mucho que contarte, y no creo que dispongamos de mucho tiempo.

XXVII



Los jinetes comparten su historia conmigo. Hablan a borbotones, como si me contasen una horrible pesadilla. Cómo llegaron a la Tierra y destrozaron nuestra tecnología. Cómo volvieron a descansar bajo el suelo, solo para resurgir como las cigarras. Todos ellos viajaron por el mundo, decididos a erradicarnos. Pero cambiaron de opinión en algún punto del camino.

Y, en los tres casos, la responsable de ello fue una mujer.

Ahora me doy cuenta de por qué les importa tanto mi relación con Death.

—Así que, como ves —termina War, sentado en cuclillas mientras la lluvia golpea el tejado sobre nuestras cabezas—, no podemos dejar que triunfe, y no solo porque queramos a nuestras esposas e hijos.

Famine está de pie junto a él, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Renunciamos a nuestra inmortalidad y a la vasta extensión de nuestros poderes porque creemos que, a pesar de nuestra misión, la humanidad es digna de continuar con vida —añade Pestilence.

El Segador resopla y mira hacia otro lado.

—Ignóralo —me indica War—. Sigue amargado porque Death no encontró sus motivos lo bastante puros como para despojarlo de su inmortalidad.

—Los humanos *están* podridos —replica Famine—. No sé por qué debo cambiar de opinión al respecto.

Me siento en el borde del desgastado sillón reclinable, impactada por toda esta información.

—¿Dónde están vuestras familias? —pregunto—. ¿Esas por las que lucháis?

Es bastante obvio que no están aquí.

—Muy, muy lejos —dice War, con una mirada penetrante. Cierra la mano en un puño y yo reparo, fascinada, en que tiene unas marcas rojas y brillantes en cada nudillo—. Y seguirá siendo así hasta que acabemos con Death.

Sus palabras atraen mi atención de nuevo hacia su rostro.

«Acabar con» suena sombrío y definitivo.

—¿Qué planeáis hacerle a Tánatos? —pregunto en un susurro.

—Lo que sea necesario —dice War con gravedad.

Famine se separa del grupo y camina hacia la puerta abierta.

—¿Y queréis mi ayuda? —pregunto lentamente.

Pestilence asiente.

Apenas puedo formar las siguientes palabras.

—¿Qué queréis que…?

—War, Pestilence… —interrumpe Famine.

—*Víctor* —lo corrige Pestilence.

—No me importa tu nombre de idiota. Death está cerca.

—Vaya, *¿ahora* sabes dónde está? —suelto.

Famine me lanza una mirada hosca por encima del hombro.

Se gira hacia sus hermanos.

—Vosotros dos tenéis que iros.

Pestilence —Víctor— y War permanecen callados, pero ninguno hace ademán de marcharse.

Famine exhala ruidosamente.

—¿Tengo que ser yo el sentimental? Tenéis que largaros, ahora. Sois mortales —les recuerda el Segador—. Perderéis esta pelea, y hoy ya no podemos mover ficha como habíamos planeado.

Mi mirada salta de un hombre a otro, mientras un escalofrío me recorre la columna. No sé por quién estoy más preocupada, si por Death o por estos tres.

A regañadientes, War y Pestilence se dirigen al frente de la propiedad, donde esperan sus caballos. La lluvia empieza a caer con más fuerza y, por una vez, me siento verdaderamente agradecida de estar en esta casa podrida.

—Iré a buscaros —les grita Famine—, después de tener una pequeña charla con nuestro hermano.

La amenaza que destilan sus palabras me provoca un estremecimiento.

—Entonces, ¿vas a enfrentarte a él tú solo? —pregunto.

El Segador se gira hacia mí de mala gana.

—¿Te apetece que lo hagamos juntos? —pregunta, enarcando las cejas con escepticismo.

—He peleado contra ese hombre más veces de las que puedo contar. Estoy encantada de poder mantenerme al margen por una vez. —Tras unos segundos, añado—: ¿Puedes matar a Tánatos… para siempre?

Una sonrisita malvada se extiende por el rostro de Famine.

—¿Eso te asusta, muñeca?

—Te juro que, si vuelves a llamarme así, me quitaré la bota y te daré una buena paliza.

El Segador se cruza de brazos y se apoya en una pared cercana.

—Inténtalo —me incita, levantando la barbilla—. Te reto.

Sus ojos prometen venganza.

Famine es diferente de su hermano, Death. Tánatos puede ser violento, pero no hay ira en sus actos. Parece sentir una resignación sombría hacia su deber, lo que hace que él y su tarea sean aún más frustrantes, pero como mínimo no lo disfruta. A diferencia de este depravado. Apuesto a que a Famine le encanta matar. Transmite esa sensación.

Antes de que cualquiera de los dos pueda decir algo más, oigo el familiar y temido aleteo.

La emoción brilla en los ojos de Famine.

—¿Es tu novio lo que oigo? —pregunta, ladeando la cabeza.

Separo los labios para escupir una respuesta mordaz cuando el Segador cruza de repente la habitación en tres largas zancadas y me agarra del brazo…

—¡Oye! —Tiro para librarme de él.

Con la otra mano, toma su guadaña. Luego, dándome un tirón rápido, me aprisiona contra su pecho.

—¿Qué estás haciendo? —exijo saber.

Fuera, la lluvia cae a cántaros, golpeando la casa y cayendo sobre el suelo a través de las ventanas y la puerta abiertas.

—A esto se le llama venganza, muñeca —me dice al oído, bajito —. No lo entenderías.

Abro la boca para responder cuando el Segador me apoya su letal guadaña en el cuello.

—Yo no me movería si fuera tú —murmura—. No planeo hacerte daño, pero si haces alguna tontería de las que os encanta hacer a los humanos, bueno, por lo menos será una muerte rápida.

—Desgraciado, creía que querías mi ayuda —espeto.

Famine no sabe que no puedo morir, lo cual convierte esta situación en una aún más retorcida.

—Estoy completamente convencido de que tu instinto de supervivencia se activará y serás una mujercita obediente.

—Que te jodan —siseo.

—No puedo aceptar la oferta, pero me siento halagado.

Gruño una respuesta, pero la presión de la hoja contra mi cuello me impide luchar.

La lluvia se ha convertido en granizo y a lo lejos veo un relámpago. Los aleteos de Death se vuelven más fuertes y luego, al otro lado del umbral, distingo su forma malévola descendiendo hasta el suelo. Pliega las alas y su mirada se posa en la puerta abierta.

Por un instante, juraría que veo… ¿sorpresa? ¿Pánico? Sea lo que sea, desaparece tan pronto como llega. Deja caer algo que lleva en la mano y avanza furioso hacia la entrada. Tánatos se detiene cuando llega a la puerta.

¡Bum!

El trueno resuena y los relámpagos iluminan el cielo. Por un instante, los rasgos de Death destellan y un esqueleto alado parpadea sobre su rostro y su cuerpo antes de que la ilusión desaparezca.

De inmediato, sus ojos se encuentran con los míos. Solo me sostiene la mirada un segundo antes de hacerla descender hasta la maldita guadaña que tengo en el cuello y, por último, al hombre que la empuña.

—Famine.

Hay un deje aterrador en la voz de Tánatos, uno que nunca lo había escuchado emplear, ni siquiera en nuestros peores enfrentamientos. Y su mirada es francamente letal.

Detrás de mí, siento cómo el Segador prácticamente estalla de entusiasmo.

Es un auténtico degenerado.

Famine me agarra del brazo todavía con más fuerza.

—¿No te resulta familiar esta situación? —le pregunta a Death—. Solo que la última vez nuestros roles estaban invertidos.

Ah, joder.

Sea lo que sea lo que está pasando, no es solo por el fin del mundo, es una *venganza*. Y estoy atrapada justo en medio.

Tánatos avanza con lentitud.

—No sabía que deseabas morir, hermano.

—Acércate más y le corto la garganta —replica Famine en un tono más amenazador.

Para mi sorpresa, Death se queda quieto.

¿Por qué no se acerca más? Sabe que no puedo morir de verdad.

El Segador apoya la boca contra mi oreja.

—Mira eso, muñeca —dice—. Después de todo, parece que mi hermano sí tiene corazón. —A Death le dice—: Duele, ¿verdad? Por fin tú, el encargado de acabar con todo, sabes lo que es ser vulnerable. —Su tono es de puro regodeo.

Tánatos no parece vulnerable. Solo rebosa ira.

—¿Crees que no soy consciente de que nuestros hermanos están a un kilómetro de aquí? —dice Tánatos, en un tono escalofriantemente tranquilo—. ¿Que los tres habéis estado cabalgando por el mundo? ¿Crees que no soy consciente de vuestros planes? Suelta a Lazarus y os perdonaré a todos, por ahora.

Famine suspira y, durante un segundo, creo que está montando un numerito solo para poder rajarme el cuello e incrementar el dramatismo. Pero luego retira la hoja por completo y me empuja hacia delante.

Tropiezo justo cuando Tánatos avanza a grandes zancadas y me atrapa. El jinete me aparta el pelo de la cara.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja, ignorando por completo a

su hermano.

Contemplo sus ojos infinitos, esos que me miran con preocupación, como si él mismo no hubiera terminado con mi vida deliberada y violentamente en varias ocasiones.

Asiento, más nerviosa de lo que creía. Ahora que no estoy al borde de una muerte inminente, me relajo en sus brazos. Death también parece relajarse, y albergo muchos sentimientos encontrados al respecto.

Él vuelve a concentrarse en Famine y en su expresión distingo una oscura promesa.

—Vas a arrepentirte de esto —espeta Tánatos, su voz ligera como una pluma, pero llena de amenaza.

—No me digas —replica el Segador, enarcando las cejas. Todavía parece estar disfrutando.

Tánatos me suelta y avanza para enfrentarse a su hermano.

—La última vez que te vi, cobarde, estabas huyendo de mí —dice Death, comenzando a rodear al Segador—. Dime, ¿cómo está Ana?

¿Ana?

Abro los ojos como platos cuando ato cabos. La tal Ana debe de ser la mujer a la que ama Famine, la mujer por la que quiere renunciar a la inmortalidad.

El Segador también empieza a moverse y ambos hombres giran uno alrededor del otro.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella? —lo presiona Tánatos.

Ahora, Famine ya no se regodea. Tampoco sonríe.

Hace una mueca curvando el labio superior.

—Si te atreves…

—¿Si *yo* me atrevo? —replica Death de forma imperiosa, con los ojos furiosos—. *Tú* eres el que se ha atrevido a mucho. Se suponía que debías ayudarme. En cambio, has arrancado a nuestros hermanos de sus aburridas vidas mortales y los has obligado a enfrentarse a mí con sus cuerpos envejecidos.

—Uy —Famine finge un puchero—, ¿todavía crees que el mundo es justo?

Death sonríe. Esa imagen me da escalofríos.

—No, por fin lo veo por lo que es. Eres tú quien parece seguir aferrándose a esa idea de justicia, ¿o has olvidado mi alcance, hermano? Tu querida Ana nunca estará a salvo.

Ante esas palabras, el Segador se abalanza, blandiendo su guadaña más rápido de lo que mis ojos pueden procesar.

¿*Quién* ha decidido que luchar en este espacio reducido era una buena idea? Ah, cierto, ese psicópata llamado Famine, que al parecer toma muchas, *muchas* decisiones pésimas.

Death retrocede, esquivando la hoja con una comodidad que no debería sentir.

Rápido como un rayo, Tánatos se lanza hacia delante y agarra la empuñadura de la espada envainada del Segador. La desenfunda y, a continuación, ambos blanden sus armas.

La guadaña y la espada entran en contacto, los metales rechinan al unirse.

Los observo con atención mientras los rodeo y me dirijo hacia la puerta.

—Atar a tu chica ha sido un bonito detalle, Tánatos —lo provoca Famine, apoyando todo su peso contra la guadaña—. Pero espero que no te creas especial. Es la perversión que *todos* hemos llevado a cabo. —Le sonríe con picardía a su hermano mientras yo los esquivo, moviéndome lo bastante despacio como para no llamar la atención —. Y debo decir que la hipocresía te sienta de maravilla.

Con un silbido, las hojas se separan.

—No era consciente de que querías que volviera a hacerte daño —comenta Tánatos.

Famine hace girar su guadaña y parece que tiene la sartén por el mango cuando, de la nada, Death se lanza hacia delante. Ni siquiera lo veo blandir su espada, de lo rápido que sucede. Con un solo golpe, le corta el brazo al Segador.

Reprimo un grito cuando el apéndice cercenado del jinete cae al suelo.

Por Dios.

Famine brama y, en menos de un instante, se lanza contra su hermano.

Entrechocan las espadas y la sangre mana.

La tierra bajo nuestros pies se sacude con violencia y me arroja al suelo. Fuera, veo el cielo destellar mientras la lluvia cae sin cesar.

Las tablas del suelo gimen de forma siniestra. Unos segundos después, empiezan a astillarse y las plantas mutantes se abren paso, creciendo más y más a cada segundo. Mueren con la misma rapidez, pero aparecen más y la tierra tiembla, y juraría que oigo el estruendo lejano de un trueno.

Vuelvo a posar la mirada en Death. Sus pómulos parecen afilados como cuchillas, tiene las alas tensas a la espalda. No parece de este mundo y se mueve con una velocidad sobrenatural. He luchado contra este hombre en numerosas ocasiones, y jamás ha tenido este aspecto. Solo ahora veo la verdad.

Se estaba conteniendo conmigo.

—Pegas como una chica, hermano —lo provoca el Segador. Sin embargo, tiene el rostro demudado por el dolor.

—Sigues sin poder controlar tus emociones ni el clima, ¿verdad, Famine?

Se provocan entre sí mientras se cortan en pedazos.

Creo que se han olvidado casi por completo de mí.

Esta es tu oportunidad, Lazarus.

Durante un segundo, dudo.

Los tres jinetes querían mi ayuda, y Dios sabe que contribuir a que Tánatos pague por secuestrarme me haría sentir bien. Pero Famine ha estado a punto de matarme. Y todo para poder llevar a cabo una venganza personal.

El muy cabrón puede librar esta batalla por su cuenta.

Avanzo a gatas por la habitación mientras la casa sigue crujiendo sin cesar, y estoy segura de que, en cualquier momento, Death va a reparar en mí.

Pero la lucha no se detiene. Me cuelo por la puerta abierta y me pongo de pie en silencio.

En el exterior, el viento aúlla mientras me azota el pelo y la lluvia me golpea la piel. En el poco tiempo que estos dos jinetes llevan luchando, han crecido enredaderas alrededor de gran parte de la casa. El edificio se está astillando a medida que más plantas se abren paso desde el suelo y trepan por la estructura.

Me apresuro por el patio delantero, rodeando los trastos oxidados, cuando un rayo parte el cielo en dos. Un recuerdo de los rasgos esqueléticos de Death destella en mi mente.

Tengo que escapar.

Casi tropiezo con una pila de suministros dispersos. Fruta, pan, jarras de agua, mantas y más, todo empapado en plena tormenta. No estaba aquí cuando he salido de la casa hace una hora.

Death no me ha abandonado para aniquilar alguna ciudad. Se ha ido para traerme suministros. Es decir, lo más probable es que *sí* matara a los ciudadanos de quienes los ha obtenido, pero eso es algo que se da por sentado con él.

El corazón me martillea en el pecho mientras lo observo todo.

Detrás de mí, oigo a Famine gritar y la casa gime cuando las vigas se hunden de verdad. Oigo la voz aterciopelada de Death y, sea lo que sea lo que esté diciendo, no es inglés. El sonido me pone los pelos de punta.

Mi mirada aterriza en la abertura del seto.

Corre, chica, corre.

Y eso es justo lo que hago. Huyo para salvar la vida.

XXVIII



Corro durante kilómetros y kilómetros, con la ropa empapada pegada a la piel. Tengo mojado cada centímetro cuadrado del cuerpo, desde la coronilla hasta la planta de los pies helados. Con cada pisada, el agua se me cuela entre los dedos.

Respiro de forma entrecortada y el aire frío me quema los pulmones con cada inspiración. La lluvia parece seguirme en todo momento.

Aléjate. Aléjate. Aléjate.

Ese es el único pensamiento que resuena en mi mente. Alejarme de los jinetes y su violencia.

Mis piernas casi se han rendido cuando llego al centro de Pleasanton. Es un lugar un poco extraño. Parpadeas y te lo pierdes. Pero los muertos yacen dispersos como nieve recién caída y la piel me pica como si pudiera sentir el poder de Death incluso ahora.

Disminuyo la velocidad hasta que estoy caminando, con la mano apretada contra la boca mientras avanzo por las calles, ignorando la lluvia que sigue azotándome.

Ahora que he quemado toda la adrenalina, el agotamiento se está apoderando de mí. No sé cómo he llegado hasta aquí. Estoy hambrienta y sedienta y me duele todo.

Miro a mi alrededor y me fijo en las casas que bordean la calle.

Necesito conseguir algunas provisiones y encontrar un lugar donde comer y descansar. Por alguna razón, los edificios de esta zona han quedado en pie, pero temo que, si Death viene a buscarme, empiece a destruirlos uno por uno. No quiero estar dentro cuando lo haga.

Sin embargo, la idea de acampar en algún campo húmedo hace que me entren ganas de llorar.

… buaaaa… bua bua bua…

Me quedo petrificada al escuchar ese sonido distante. ¿Qué es eso? Es imposible distinguirlo por encima del viento y la lluvia; joder, a lo mejor son solo el viento y la lluvia.

Echo a andar de nuevo, mientras intento decidir en qué casa entrar.

… buaaa… buaaa… buaaaaaa…

Vuelvo a detenerme.

Eso no es ningún fenómeno meteorológico.

¿Es un animal? Puede que alguna criatura se haya quedado atrapada y ahora está pidiendo ayuda a gritos. Pero hay algo en ese sonido que me hace rechinar los dientes.

Una sensación de malestar se me acumula en el estómago.

Me descubro avanzando hacia él, atraída a pesar de mis propias necesidades apremiantes.

… buaaaaaaa… ¡BUAAAAAA!

Dios mío.

Me olvido del jinete, de la comida, del agua y de la lluvia que cae sobre mí.

Es un bebé.

Alguien más ha sobrevivido a Death.

XXIX



Corro hacia el ruido.

Es imposible. Aparte de mí, nadie sobrevive a Death.

El llanto se hace más fuerte cuanto más me acerco a una casa verde oliva. Avanzo a toda velocidad por el camino de entrada, hasta el porche y agarro el picaporte…

Está cerrada.

Mierda.

¡BUAAAAA!

¡Dios mío, Dios mío, Dios mío!

Agarro una de las sillas de hierro forjado del porche y la arrastro hasta una ventana.

La levanto y golpeo el cristal con ella. Me lleva dos intentos, pero consigo romperlo. Asesto una patada a los fragmentos restantes y entro en la casa.

¡BUUUUAAAAAA!

Atravieso corriendo la sala de estar por la que he entrado y el pasillo, sin apenas reparar en el cadáver por encima del que salto. Llego a una habitación infantil y ahí, sentado en una cuna, hay un bebé llorando.

Casi se me doblan las piernas al verlo. Corro hacia la cuna y lo alzo. Se ha vomitado encima y tiembla mucho en mis brazos.

—Chist, chist —intento calmarlo mientras lo sostengo cerca de mí.

El bebé sigue llorando, con la voz ronca por todo el tiempo que lleva haciéndolo. Se aferra a mi ropa con sus manitas.

Dios mío, este niño ha sobrevivido a un jinete.

Igual que yo.

Ese pensamiento me tiene conmocionada y, por un momento, lo único que consigo hacer es acunarlo y mirarlo. Pero el niño sigue temblando. ¿Cuánto tiempo lleva atrapado en esa cuna? La idea es demasiado horrible para pensar en ella.

Recorro la casa como un huracán en busca de leche. Tengo que tragarme un sollozo cuando paso junto al cadáver sobre el que he saltado hace nada. El largo cabello castaño rojizo de la mujer se extiende a su alrededor como un halo; debe de ser la madre.

He pasado junto a innumerables cuerpos en los últimos seis meses y me he acostumbrado a verlos. Pero, ahora, mi propia historia se superpone a este momento y tengo que respirar por la nariz para evitar que se me escapen algunos sollozos.

Cuando entro en la cocina, me dirijo directamente a la nevera. Dentro hay varias botellas de leche preparadas de antemano. Gracias a Dios. Cojo una y se la acerco a los labios al bebé.

El bebé engulle la leche con avidez. Y ahora sí, empiezo a llorar. Este niño nunca crecerá en esta casa y jamás conocerá a la mujer que yace en ella.

Pero vivirá. Eso lo juro.

Tánatos vendrá por mí.

Si me encuentra, el niño morirá. Así es Death.

Puede que este bebé sea inmune a la muerte.

Ese pensamiento me llena de emociones extrañas y conflictivas. Miro al niño por millonésima vez, tratando de desenredar el lío que tengo en la cabeza. La vida eterna es un regalo y una maldición a la vez.

A pesar de todas las señales que indican que este bebé puede sobrevivir a Tánatos, no debería asumir que está fuera de su alcance.

Exploro la casa, sosteniendo al crío con una mano mientras con la otra reúno todo lo necesario para ambos. Él se niega a soltarme.

Me siento vagamente mareada. Demasiada adrenalina y agotamiento y muy poco sustento y descanso.

Por favor, no te desmayes. Por favor, no te desmayes.

Tengo que obligarme a detenerme para beber el agua que encuentro en una jarra cercana y llevarme a la boca las pocas sobras de comida que encuentro en la hielera lo más rápido que puedo.

Encuentro una mochila y empiezo a meter pañales y ropa de bebé, biberones vacíos y algunos tarritos de comida triturada. Incluso consigo atar al exterior de la bolsa un osito de peluche que he encontrado en la cuna.

Cada segundo que pasa lo siento como una cuchillada en el pecho. En cualquier momento, la casa podría derrumbarse o los muertos podrían resucitar. Voy a contrarreloj.

Doy una última vuelta por la casa. Me detengo en la habitación infantil y la examino para asegurarme de que no me he dejado nada.

He estado tan absorta pensando en la supervivencia de este niño que solo ahora me fijo en las tres letras de madera colgadas en la pared: B-E-N.

Reprimo otro sollozo.

Miro al bebé, que me observa fijamente, con los ojos todavía hinchados.

—Hola, Ben —lo saludo, con la voz apenas vacilante—. Yo soy Lazarus.

No podré legarle mucho de lo que sus padres le dieron alguna vez, pero al menos podrá conservar su nombre y saber que fue el que ellos eligieron para él.

Ben sigue mirándome, haciendo un puchero con el labio inferior.

—Deberíamos irnos —le digo—. Me persigue un hombre malo y no quiero que nos encuentre a ninguno de los dos.

Salgo de la habitación y vuelvo a cruzar la sala de estar. Mis ojos aterrizan en un boceto enmarcado en la pared. En él, un hombre y una mujer están sentados uno al lado del otro, con un bebé en el regazo de ella.

Siguiendo un impulso, rompo el marco y saco el boceto de Ben y sus padres, lo doblo y lo guardo la mochila.

En marcha, Lazarus. Hace cinco minutos que se te ha acabado el tiempo.

Lo último que necesito es un caballo o una bicicleta. Si esta familia tuvo alguna vez un caballo —algo muy poco probable, considerando lo pequeño que es el solar—, hace tiempo que se ha ido. Pero una bicicleta… es posible que todavía tengan una.

Me dirijo hacia el pasillo y abro la puerta del garaje.

Hay cajas apiladas a lo largo de una pared, pero apoyada contra la otra hay una bicicleta con una cesta delante y un asiento para bebés montado detrás.

Exhalo, el alivio me relaja los hombros. Dejo caer la mochila en la cesta delantera. En cuanto le pongo el cinturón a Ben, empieza a llorar de nuevo.

Mierda. Los bebés son las criaturas menos sutiles del mundo. Meto la mano en la mochila, cojo un biberón, desenrosco una de las tetinas de goma y se la pongo a Ben en la boca.

Debería haber buscado algunos chupetes.

—Sé que has pasado un rato difícil, chiquitín —le digo—, pero necesito que seas valiente durante unas horas más.

Todavía no nos hemos librado del peligro.

Escapamos.

No me cruzo con Death en ningún momento, aunque su fantasma se cierne tan grande en mi mente que a veces apenas puedo respirar por culpa del miedo. A lo mejor si no estuviera tan empeñada en huir de él, me preocuparía por su bienestar. Pero afrontémoslo: estaba dándole una paliza a Famine la última vez que los vi.

Lo único que eclipsa el temor que despierta en mí el jinete es mi nueva preocupación: mantener vivo a un bebé. La mayoría de los humanos ya son bastante frágiles, pero los bebés lo son todavía más. Y ninguna experiencia previa como tía me ha preparado para esta realidad. Alimentar, dormir, cambiar pañales y simplemente todo lo que conlleva.

Tomo vías secundarias, me cuelo en los pocos edificios vacíos que aún quedan en pie y recojo todo el dinero y los suministros que puedo, mientras intento bajar el ritmo por el pequeño humano que

ahora es… mierda, creo que es mío. De todos los giros que imaginaba que daría mi vida, este nunca fue uno de ellos.

Al tercer día, juro que el aire cambia. Intento convencerme de que es solo el clima: el sol ha decidido salir en todo su esplendor y el aire invernal resulta un poco cálido. Sería un día idílico para viajar, si no fuera por la figura que veo a lo lejos.

Detengo mi bicicleta y observo a la persona en cuestión con los ojos entrecerrados. He avanzado por zonas tan solitarias del campo que no he visto a nadie más, ni vivo ni muerto, en más de un día.

La figura se acerca cada vez más y solo cuando está a unos cien metros de distancia reparo en su piel moteada y en su cabello enmarañado contra un lado de su cara.

Y avanza hacia mí muy, muy rápido.

No es una persona viva.

Joder joder joder joder joder.

Giro la bicicleta, el movimiento sacude a Ben y lo despierta, y yo empiezo a alejarme todo lo deprisa que puedo, cambiando de marcha rápidamente para maximizar la velocidad.

Detrás de mí, escucho unos pasos pesados que me siguen.

Por amor de Dios, Death ha resucitado a sus muertos.

Y me están buscando a mí.

Lo sé.

Pedaleo tan rápido como puedo, las piernas me arden. Los pasos a mi espalda se vuelven cada vez más distantes, pero no me atrevo a mirar atrás.

¿Me habrá visto esa criatura? ¿Vendrán más? ¿Llegará pronto el mismísimo Death? Cada posibilidad es más aterradora que la anterior, y el más puro terror me impulsa a pedalear con todas mis fuerzas durante horas, hasta que tengo la ropa empapada de sudor y la respiración me sale entrecortada y Ben ha estado llorando durante más tiempo del que debería haberle permitido.

A partir de ese momento, existo en un estado de pánico. Cada silueta en la distancia es un posible zombi que me busca en nombre de Tánatos. Cada estructura en pie puede albergar a más de ellos. Empiezo a viajar de noche, lo cual es más aterrador de lo que puedo describir con palabras. Ninguna historia de fantasmas me preparó

adecuadamente para la realidad de encontrarme con muertos vivientes en carreteras oscuras y solitarias.

Y sí que me topo con algunos de ellos. Son inquietantemente silenciosos cuando merodean por los caminos. Solo una vez uno sale corriendo de un campo cercano, y el sonido de la hierba salvaje es mi única advertencia. Afortunadamente, mi bicicleta es incluso más rápida que el cadáver más veloz, y la noche oculta mi identidad.

Cada vez que me alejo, me acosa la incertidumbre. ¿Sabe Death dónde estoy? ¿De verdad he escapado de él?

No parece probable.

Lo único positivo de que los muertos se hayan alzado es que han abandonado los hogares en los que murieron. Nunca me quedo mucho tiempo, ni duermo mucho. Y mi compañero de viaje se porta sorprendentemente bien durante toda esta terrible experiencia.

Más de una vez, me descubro mirándolo con curiosidad.

¿Cómo sobreviviste? ¿De verdad eres como yo?

Sería de mucha, mucha ayuda si lo fuera. Entonces no tendría que huir del jinete. Pero no hay forma de saberlo a ciencia cierta. No a menos que suceda algo catastrófico. Y personalmente, el mundo ya ha soportado suficientes catástrofes. No me interesa manifestar otra solo para poner a prueba una teoría.

Así que paso miedo y entro en pánico y viajo, viajo, viajo.

En algún momento, las ciudades llenas de muertos dan paso a ciudades llenas de vida. Aun así, sigo adelante, buscando un lugar que esté lo bastante alejado de Death como para no escuchar los susurros sobre el jinete. Todavía no logro quitarme de la cabeza la inquietud que siento, como si, en cierto sentido, la pesadilla no hubiera terminado. Pero aparto ese pensamiento; los días ya son lo suficientemente duros como para preocuparme por el futuro.

Tras una pequeña eternidad llena de lloros de bebé y pequeñas crisis nerviosas —mías, no de Ben—, por fin llegamos a Alexandria, en Luisiana, una ciudad que simplemente me hace sentir segura.

Así que nos quedamos aquí. He juntado suficiente dinero a lo largo del camino para alquilar una casa pequeña y acomodarnos. Solo entonces puedo respirar aliviada.

Observo al niño que tengo apoyado en la cadera.

—Lo hemos conseguido, Ben —digo en voz baja—. Hemos escapado de Death.

XXX



ABRIL, AÑO 27 DE LOS JINETES
Alexandria, Luisiana

Los días se convierten en semanas y las semanas en meses y la rutina invade mi vida. En algún momento, Ben pasa de ser el hijo de otra persona a ser el mío.

Una parte de mí odia la facilidad con la que he dejado de lado mi propósito, lo dispuesta que estuve a abandonar mi causa en cuanto me topé con un pequeño ser humano que necesitaba ayuda. Pero luego miro a Ben y no encuentro dentro de mí la fuerza para arrepentirme de mis actos. Por el momento, el mundo tendrá que cuidar de sí mismo.

Encuentro a una doula para la que hacer de aprendiz, una a la que no le importa que un bebé se nos una en nuestras visitas a domicilio, y la vida empieza a rezumar normalidad.

Hasta que, por supuesto, deja de hacerlo.

Me despierto en la oscuridad de la noche y abro los ojos de golpe. Al principio, creo que es Ben quien me ha despertado, pero luego detecto ese temible silencio. Ese con el que me he familiarizado demasiado durante el último año.

Nos ha encontrado.

Respiro hondo.

Ben.

Me tropiezo con su cuna. Apenas veo en la oscuridad, pero está demasiado quieto y tengo tanto miedo…

Alargo la mano y lo toco y tengo que tragarme el sollozo cuando oigo su profunda inhalación y siento que su cuerpo se mueve.

Está vivo.

El alivio que me inunda casi me hace caer de rodillas. Pero incluso eso dura poco.

¡Corre, Lazarus!

Si Death no ha llegado todavía, lo hará pronto. Puede que Ben sea inmune a su poder, pero a lo mejor solo he tenido suerte y he sentido al jinete antes de que atacara esta ciudad.

Agarro el arnés para bebés que compré el mes pasado y obligo a mis manos temblorosas a atármelo antes de asegurar en él al inquieto Ben. Todo lo hago en un estado de aturdimiento alimentado por el pánico.

Coge la bolsa para emergencias.

Tengo una preparada para este tipo de ocasiones. La descuelgo del gancho, me la cuelgo del hombro y salgo corriendo al aire frío de la tarde.

Voy a por mi bicicleta y me subo.

Por favor, que haya tiempo. Por favor, que todo esté en mi cabeza.

Alterno ambas plegarias, esperando lo mejor, pero temiendo lo peor.

No sé qué camino tomar; sin embargo, más adelante, oigo aullar a un perro. Me dirijo hacia el ruido mientras el pánico se apodera de mis pulmones. Cinco casas más allá, oigo al animal lanzándose contra una puerta de madera podrida, todavía ladrando. Pedaleo hasta allí y agarro el pestillo antes de detenerme, preparándome.

Bajo la mirada hasta Ben, que se ha quedado callado mientras mira a nuestro alrededor.

—Podemos con esto, Ben —le digo, más por mi propio bien que por el suyo—. Ninguno de nosotros se encontrará con Death esta noche.

Abro la puerta y libero al perro. El animal echa a correr por la calle de inmediato y yo lo sigo. Atraviesa patios, gira en las esquinas y se abre paso entre los arbustos. En varias ocasiones, estoy segura de que voy a perderlo de vista. Pero de alguna manera, me las

arreglo para seguirle el rastro. Todo es un remolino confuso de adrenalina e instinto. Pero cuando sale el sol, Alexandria ha quedado muy lejos y Ben sigue con vida.

Solo entonces me permito procesar lo que acaba de pasar.

Te está cazando.

Puede que nunca dejara de hacerlo.

Y ahora se está acercando.

Ben y yo encontramos una nueva ciudad, un nuevo lugar donde quedarnos, y yo consigo un nuevo trabajo. Nada es tan cómodo como en Alexandria, pero no culpo por ello a la nueva ciudad. Mi capacidad de sentirme a salvo ha quedado hecha añicos.

Y con razón. No ha pasado ni un mes cuando el diablo casi me encuentra de nuevo.

Y otra vez.

Y otra más.

Atravieso Luisiana y vuelvo a Texas. Me da miedo vivir cerca de las ciudades de los muertos —todavía tengo pesadillas sobre los zombis de Death persiguiéndonos a Ben y a mí—, pero viajar hacia el este es un callejón sin salida, por así decirlo. Tánatos ha arrasado con demasiadas franjas del país por allí. Así que, en lugar de eso, me obligo a dirigirme al suroeste.

Si puedo llegar a la costa, tal vez Ben y yo consigamos pasaje en un barco que se dirija a costas lejanas. Y si no podemos, atravesaremos Texas y nos dirigiremos al oeste, donde la tierra aún no ha sido tocada por Death.

Hace un año, un plan como este, lleno de incertidumbre y posibles problemas, le habría resultado aterrador a una chica de campo como yo, que se pasó sus primeras dos décadas en este mundo viviendo una vida cómoda y predecible. Pero la amarga verdad es que ya no soy esa chica, la que se solía bordar margaritas en los vaqueros y regatear en el mercado. Death me ha cambiado a muchos niveles.

Quizá lo más impactante de todo esto sea que no me gustaría volver a ser la chica que era. Por nada del mundo. Ahora soy más resistente, más aventurera y estoy más curtida en la batalla.

Irónicamente, Death me ha hecho sentir viva.

XXXI



Julio, año 27 de los jinetes
Orange, Texas

Ben y yo nos instalamos en la ciudad de Orange, en Texas. Hay un puerto tentadoramente cerca y ya estoy investigando varios cruceros que ofrecen viajes a México, el Caribe y otros destinos lejanos.

Me estremezco cada vez que pienso en encontrar un lugar donde Ben esté a salvo de Death, aunque me obligo a ignorar el extraño dolor que siento en el pecho ante la idea de no volver a ver al jinete, puede que nunca más.

Todo lo que imagino, tanto lo bueno como lo malo, llega de golpe a su fin dos semanas después.

Empieza como una simple fiebre, una que hace que Ben llore y llore. Dura dos días y, cuando se va, me siento aliviada.

Pero luego vuelve, y lo hace con ganas de venganza.

Camino arriba y abajo por el pequeño apartamento de una habitación como un animal enjaulado, a veces con Ben en brazos y otras con las manos vacías mientras mi hijo duerme febrilmente en mi cama. Le administro un medicamento para bajarle la fiebre, pero, si funciona, es solo durante un tiempo.

A la mañana siguiente de que vuelva la fiebre, me doy cuenta de que algo va muy mal.

Ben está desconsolado.

—Chist, chist, Ben, chist, todo va a salir bien —lo tranquilizo, meciéndolo en brazos.

Él lloriquea, sus llantos cada vez más fuertes. No come, no bebe, e incluso mi tacto parece molestarlo.

Lo único que parece ayudar son las canciones que le canto. En esos momentos, se calma, solo un poco, y me mira, sin sonreír y gimoteando ligeramente, pero al menos distraído. Cuando la canción termina, se echa a llorar otra vez.

Siento mis propias lágrimas calientes cayendo de mis ojos. Tengo tanto miedo que me tiemblan los brazos.

Tengo que encontrar un médico. Quizá pueda recetarle algo a mi hijo.

Pero estoy suponiendo que el doctor sabrá qué le está causando la fiebre. Y que tendrá medicación para combatirlo. Y que Ben conseguirá no vomitarla.

Las probabilidades me tienen casi hiperventilando.

Aun así, tengo que intentarlo.

Me apresuro por la casa y cojo lo que puedo mientras Ben se agita en mis brazos. No sé qué hacer. No quiere que lo sostenga, pero cuando lo bajo, está claro que eso tampoco lo hace feliz.

Justo cuando me estoy preparando para sentarlo en mi bicicleta, alguien llama con fuerza a la puerta.

Recojo las últimas cosas, las tiro en la cesta de la bici y me dirijo a la puerta, con Ben llorando todo el tiempo.

La abro y palidezco al ver al visitante que aguarda en el umbral.

Pestilence.

Durante un instante, me fallan las palabras.

—¿Cómo…? ¿Qué haces aquí? —logro decir al final.

Me obligo a levantar la voz para que me oiga por encima de los gemidos de Ben.

El jinete posa la mirada en el bebé que tengo en brazos.

—Ah. Así que por eso has estado huyendo.

Me apoya una mano en el hombro y me lleva de vuelta al interior mientras me sigue. Y yo simplemente *dejo* que haga lo que quiera. La verdad es que ver una cara familiar hace que sienta flojas las rodillas. Justo cuando me sentía tan perdida y desesperada, Pestilence me ha encontrado.

Aprieto los labios para contenerlo todo, aunque todavía siento

cómo me tiembla el inferior.

El jinete me conduce hacia mi mesa y mis sillas machacadas, pero estoy demasiado inquieta para sentarme.

Tengo que irme…

—¿Cómo sabías que he estado huyendo? —pregunto mientras lo recorro de nuevo con la mirada.

Siento que mis ojos deben de estar engañándome.

Pestilence me suelta el hombro y me mira. Me da la sensación de que puede verme todo el estrés en la cara. La forma en que me ha desgastado durante estos últimos meses.

—War, Famine y yo hemos seguido dándole caza a Death y nos hemos percatado de que viaja solo, a pesar de que todos somos conscientes de tu existencia. Al combinar ese conocimiento con los movimientos tortuosos de Tánatos y los zombis a los que ha despertado, bueno, es obvio que te está buscando.

Siento el pulso en los oídos. Sabía que Death me estaba buscando, pero que Pestilence lo confirme lo vuelve todo incómodamente real.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunto mientras Ben sigue llorando en mis brazos.

El jinete se agarra al respaldo de una de las sillas de mi cocina.

—No mucha gente se llama Lazarus y, a diferencia de Death, mis hermanos y yo estamos dispuestos a interactuar con los vivos. Es sorprendente lo lejos que se llega con unas cuantas preguntas.

Es más que sorprendente, considerando lo nueva que soy en Orange.

—¿A qué distancia está Death? —pregunto.

Necesito saber de cuánto tiempo dispongo.

—A unos treinta y dos kilómetros, más o menos —dice Pestilence.

Cierro los ojos durante un instante.

Eso es demasiado cerca, lo que significa que tengo que ir a Port Arthur hoy mismo y comprar los billetes para salir de aquí. Pero Ben no puede viajar. Así no. Necesita un médico. Y medicinas. Y descanso. Pero si no nos marchamos, todo podría llegar a su fin.

—La última vez que lo comprobamos —continúa Pestilence—,

Death iba en una dirección diferente, así que es probable que dispongas de un día, tal vez dos, antes de que aparezca por aquí.

No es suficiente.

Abrazo a Ben con fuerza, aunque sus llantos aumentan con ese gesto.

—¿Por qué has venido a advertirme? —pregunto.

La mirada de Pestilence es pesada, y juro que veo cierta preocupación paternal en ellos mientras me estudia.

—Famine, War y yo no llegamos a contártelo todo —responde—. Aunque nos gustaría. —La mirada del jinete se dirige a Ben, que sigue llorando—. Pero tal vez este no sea un buen momento. —Los ojos del jinete permanecen unos segundos más clavados en mi hijo —. La infección le está devastando el cuerpo y se extiende con cada hora que pasa. Necesita antibióticos, Lazarus.

Es demasiado. Se me encorvan los hombros y me echo a llorar, apoyando la cabeza sobre la de Ben.

—Oye, oye —me calma Pestilence.

Este hombre oso nos atrae a mí y a mi hijo y nos abraza con fuerza. Es un apretón firme y rápido que termina antes de comenzar. Pero deja la mano en mi hombro y me lo frota para tranquilizarme.

—No pasa nada. Todo va a salir bien —afirma con mucha seguridad—. Sécate los ojos.

Recupero la compostura únicamente a base de fuerza de voluntad.

—¿Qué se supone que debo hacer? —pregunto con la voz quebrada.

—Cuida de tu hijo: busca un médico, adminístrale antibióticos. Se recuperará. Cuando estés lista, ven a buscarnos a mis hermanos y a mí. Nos alojamos en una granja abandonada justo al lado de la carretera 3247. Es azul pizarra y tiene una puerta roja con una gran estrella de hierro.

Asiento distraídamente.

Pestilence duda y luego echa un vistazo alrededor del apartamento. Al reparar en el lápiz y el cuaderno que tengo en la encimera de la cocina, los toma y empieza a anotar la dirección. Arranca la hoja de papel y me la entrega.

—Tienes alrededor de un día, más o menos. Lazarus, sé que has estado huyendo. Y entiendo por qué. Pero queremos que pares.

XXXII



Me voy directa al hospital, descartando las absurdas palabras finales de Pestilence.

No pienso dejar de huir. No puedo. No si eso puede implicar que Ben muera a manos de Tánatos.

La espera para que nos vea el médico es, afortunadamente, corta. La enfermera me llama, portapapeles en mano, y comprueba los signos vitales de mi hijo. Aprieta los labios en una línea sombría y se me cae el alma al suelo.

—¿Cuándo empezaron los síntomas? ¿Ha comido o bebido algo hoy? ¿Cuándo fue la última vez que se alimentó? ¿Cuándo manchó el último pañal?

Respondo a sus preguntas, todo mientras ella mantiene una expresión cuidadosamente inexpresiva, deteniéndose solo para garabatear algunas notas en su portapapeles.

—Bueno, está claro que su hijo está enfermo —dice cuando termino de hablar. Se mete el portapapeles debajo del brazo y se pone de pie—. Voy a ponerle una vía intravenosa para que podamos administrarle algunos líquidos. El médico vendrá en breve.

El doctor llega alarmantemente rápido y, aunque agradezco que se tomen en serio la enfermedad de mi hijo, me aterroriza lo que eso pueda significar.

—Soy el doctor Conway —dice, haciéndome un gesto con la cabeza. Se concentra en el niño, que descansa en mis brazos—. Y este debe de ser Ben.

Comprueba brevemente su historial antes de acercar una silla y examinarlo. Cuando termina, se echa hacia atrás en su asiento.

—Parece meningitis —dictamina—. Es grave, pero podemos tratarla. Comenzaremos a darle penicilina y le administraremos líquidos. A partir de ahí, hay que esperar, pero debería ponerse bien.

Exhalo, con la cabeza inclinada sobre Ben.

«Debería ponerse bien». Me aferro a eso.

Después de que el doctor Conway se marche, una enfermera nos lleva a mí y a Ben a una habitación con una cuna. Prepara la vía y le administra el antibiótico.

Me quedo junto a él y lloro todo el rato. Nunca me he sentido tan pequeña, incapaz de hacer nada para salvar a mi hijo. Los roncos lamentos de Ben son como puñetazos. Despiertan recuerdos inquietantes del día en que lo encontré, después de haber llorado tanto que se había quedado ronco.

«Se va a poner bien», me digo a mí misma. Se va a poner bien.

Intento no pensar en el hecho de que Death se está acercando a esta ciudad, o en que los otros jinetes quieren que deje de huir. Cada vez que lo hago, soy incapaz de respirar.

En vez de eso, le aparto a Ben los mechones cortos de la cara y le canto canciones de cuna que me tiemblan en los labios, con una voz desafinada por la tristeza.

Transcurre una hora y nada parece cambiar. Mi hijo sigue llorando de vez en cuando y, aunque ya no se le ven los ojos tan hundidos y parece que tiene los labios menos agrietados, sigue dando la sensación de que le duele.

Transcurre otra hora y viene a vernos una enfermera. Revisa la vía, sus signos vitales y luego se marcha.

Al cabo de otras dos horas, todavía no hay demasiados cambios, excepto que a Ben se le ha acelerado la respiración y sus lamentos han disminuido con el cansancio.

Contemplo la puesta de sol por la ventana, temiendo la llegada de la noche. Siento que el tiempo se me escurre entre los dedos y que no puedo hacer nada al respecto.

No puedo hacer nada.

La enfermera regresa y comprueba el estado de mi hijo una vez más. Quiero preguntarle cuánto tiempo tardarán los antibióticos en empezar a causar cambios notables. O si hay alguna forma de

administrar el resto de la medicación en casa o, mejor dicho, en la carretera.

Sin embargo, antes de que pueda hacerlo, se va corriendo.

Vuelve solo unos minutos después, con una médica desconocida pisándole los talones.

—Hola, señorita Gaumond —me saluda la doctora, que me estrecha la mano—. Soy la doctora Patel. —Desplaza la mirada hacia la cuna—. Y este es… —Consulta el historial—. Ben.

La doctora Patel se acerca a la cuna en la que está acostado mi hijo. Saca un estetoscopio y le ausculta el corazón antes de revisarle la cabeza y el cuello. Sus acciones provocan que Ben arranque a llorar de nuevo.

Ella exhala con pesadez y se da la vuelta desde la cuna para mirarme.

—¿Qué sucede? —pregunto sin darle tiempo a decir una sola palabra.

Juro que debe de poder escuchar los latidos de mi corazón.

—A estas alturas, deberíamos estar viendo alguna mejora. Por desgracia, no es el caso.

Esas palabras parecen detenerme el corazón.

—Seguiremos administrándole penicilina a Ben —continúa la doctora Patel—, pero, por el momento, no veo que esté funcionando.

No está funcionando.

—¿Hay algo más que puedan hacer? —pregunto.

—Algunos casos de meningitis son bacterianos y otros, víricos —explica—. Los antibióticos no tienen ningún efecto sobre la meningitis vírica. La de su hijo podría ser de ese tipo. Sin embargo, existe la posibilidad de que se trate de meningitis bacteriana y, si lo es, le administraríamos a Ben antibióticos más especializados, si los tuviéramos. —La doctora suspira y se frota las cejas con cansancio —. Sin embargo, ya no están disponibles. Enviaremos una solicitud para ver si alguno de los hospitales y farmacias vecinos tienen alguno a mano, pero para entonces…

Se queda en silencio, y me queda claro lo que insinúa.

Para entonces, o Ben habrá vencido a esta cosa o al revés.

Siento como si alguien me hubiera robado el aliento de los pulmones.

—El otro doctor dijo que se recuperaría —susurro.

La mujer asiente.

—Bien podría hacerlo. Los niños luchan contra infecciones tan graves como esta todo el tiempo. Está recibiendo la mejor atención que podemos darle. Lo que hay que hacer ahora es dejar que su cuerpo haga el resto.

La doctora se gira hacia la puerta y me entran ganas de agarrarle la mano, de rogarle que no se vaya, de obligarla a quedarse aquí hasta que cure a mi hijo.

—¿No hay nada más que podamos hacer? —pregunto, perdida.

—Rezar —contesta—. Siempre hay esperanza en una oración.

—¿Rezar? —repito.

¿A quién? ¿A *Dios*? Casi se me escapa una risotada amarga. Dios no nos va a ayudar. Está alentando al otro lado. El que me está dando caza a mí y a todos los habitantes de esta ciudad.

La doctora Patel se dirige a la puerta, sin percatarse de mis tumultuosos pensamientos.

—Seguiremos monitorizando a Ben y asegurándonos de que su cuerpo esté lo más saludable posible para luchar contra esto.

Tras esas palabras, se marcha y me quedo a solas con mi hijo y mi desesperación.

La noche avanza con rapidez y Ben parece estar cada vez peor. En plena hora de las brujas, se despierta con la mirada vidriosa. La visión de esos ojos desenfocados me impele a levantarlo y acunarlo en brazos, con cuidado de no tocarle la vía.

No despego la mirada de él.

—Vas a ponerte bien —le susurro—. Eres igual que yo. No puedes morir.

«Eso nunca ha quedado demostrado», susurra una vocecita en mi cabeza.

Pero yo he enfermado en el pasado. Joder, incluso he *muerto*.

Puede que Ben sea como yo… A lo mejor… A lo mejor todo acaba saliendo bien.

Me aferro a esa posibilidad mientras contemplo a mi hijo. Se ha quedado extrañamente silencioso. Lo único que he querido durante todo el día era que dejara de llorar, pero no así, cuando lo que le ha robado el llanto son la enfermedad y el agotamiento.

No era consciente de que se podía amar a alguien tan profundamente y tan rápido. No di a luz a este niño y lo conozco desde hace menos de un año, pero si algo le sucede, me destrozará más que todas las muertes que ya he soportado.

Rezo —maldita sea esa doctora—, rezo al dios al que la gente de mi ciudad natal adoraba y temía, a pesar de que ese dios mató a mis padres y luego al resto de mi familia y amigos. A pesar de que ese dios me ha dejado morir en innumerables ocasiones solo para después obligarme a vivir. A pesar de que ese dios está preparado para llevarse a mi hijo.

Estoy tan consumida por mi propio miedo y dolor que no oigo a los animales a lo lejos ni noto el silencio antinatural que cae sobre el hospital como un sudario. No oigo las pisadas siniestras que se acercan cada vez más ni el suave sonido de las puntas de unas alas rozando el suelo.

Solo levanto la mirada cuando se abre la puerta, asumiendo que será una enfermera.

Pero, en vez de eso, poso la mirada en Death.

XXXIII



Contengo la respiración al verlo.

—No —susurro en voz baja, como si se tratara de una oración.

Aprieto a Ben más fuerte contra mí. He rezado para que Dios perdonara a mi hijo, no para que me entregara personalmente a Death.

Tánatos me observa con el mismo asombro.

—No me lo creía —dice en voz baja—. No hasta ahora.

Me obligo a apartar la vista del jinete. El truco con él es no mirarlo durante demasiado tiempo ni con demasiada atención. De lo contrario, podría ver algo más aparte de a mi oponente, algo real y humano.

Él entra en la habitación del hospital, oscura e iluminada solo por una lámpara.

—Te he buscado durante *meses* —dice.

Muy a mi pesar, mi mirada se ve atraída de nuevo hacia él.

Los ojos oscuros de Death parecen febriles.

—Dejaste de venir a buscarme —me reprocha.

No tengo ninguna respuesta que darle. Quiere hablar de algo que a mí me da la sensación de que sucedió hace toda una vida. Pero lo único en lo que puedo concentrarme es en la horrible situación que me ha consumido durante el último día.

Como si pudiera leerme la mente, Death posa la mirada en el bebé que tengo en brazos.

—¿Eres madre? —pregunta Tánatos, y la sorpresa vuelve a su expresión.

El corazón me late con fuerza en el pecho. Es ahora cuando de

verdad lo asimilo: Death está en la habitación de hospital de Ben, el jinete que mata a todo el mundo.

Miro a Ben, muerta de miedo por lo que veré. Está aterradoramente quieto, pero escucho sus débiles inhalaciones.

Tánatos no ha matado a mi hijo.

Sin contarme a mí, ¿ha estado el jinete así de cerca de otra alma viva sin arrebatarle la vida?

—¿Qué haces aquí? —exijo saber.

Él no despega los ojos de Ben.

—Percibo a todas las criaturas vivientes —dice—. Me abren sus almas cuando les llega la hora de irse.

Death levanta la mirada para sostener la mía. Sus ojos antiguos reflejan tristeza, mucha, mucha tristeza.

—No —repito, con la voz quebrada y apretando cada vez más a Ben.

Mi hijo no suelta ni un gemido.

—El niño que tienes en brazos está muy, muy enfermo, Lazarus —dice Tánatos con suavidad, dando un paso hacia delante.

Sacudo la cabeza, intentando ahuyentar sus palabras.

—Va a ponerse bien —digo, intentando tranquilizarnos a los dos.

—No —me contradice Death con delicadeza, dando otro paso hacia mí—, eso no va a pasar.

Estoy a punto de echarme a llorar. Escucho la verdad en sus palabras, aunque no quiera creerla.

—Por favor —suplico, con las lágrimas anegándome los ojos—. Es solo un *bebé*.

No te lo lleves.

Tánatos está callado, con expresión agonizante. Por mí, me doy cuenta. Agoniza por mí. No estoy segura de que su compasión sea por el niño.

Empiezo a temblar.

—Su alma me ha llamado —me recuerda Tánatos en tono suave —. Es su momento. Lo sé, y él también.

No. No, no, no, *no*.

Pero no puedo escapar de la verdad que encierran sus palabras. Si Tánatos puede sentir a Ben, eso es que mi hijo debe de ser

mortal, después de todo. Si no estuviera ya sentada, la idea me haría caer de rodillas.

—Perdónalo —le ruego—. Sé que puedes.

Si Tánatos puede arrebatar vidas a voluntad, entonces estoy segura de que puede pasar una por alto.

Death sacude la cabeza.

—Haré lo que sea, *cualquier cosa* —juro.

Odio lo hueca que me suena la voz, lo desesperanzada que me siento. Pero nadie más me ha dado nada en lo que creer y no hay razón por la que este jinete deba ser diferente.

Death me lanza una mirada larga y curiosa. Algo parpadea en sus ojos y recuerdo que, la última vez que lo vi, estaba decidido a mantenerme cautiva.

Siento una chispa de esperanza. Tiro de ese hilo.

—Viviré contigo, lo prometo —digo—. Solo tienes que perdonar a Ben. Por favor, cúralo como me curaste a mí.

Tánatos nunca me había visto así, reducida a mi esencia más débil y vulnerable.

Su mirada es pesada al encontrarse con la mía.

—Lazarus, solo te curé porque no puedes morir y porque no puedo soportar tu sufrimiento.

—Pero ahora estoy sufriendo —replico, con las lágrimas escapándoseme de los ojos.

Tánatos parece realmente desgarrado.

—*Por favor* —suplico—, sé que somos enemigos, pero… por favor —digo con voz áspera—, no me hagas pasar por esto.

Death se queda en silencio durante un largo instante. Siento esos ojos pesados y antiguos clavados en mí y me pregunto distraídamente si, a pesar de todas las muertes que ha presenciado, no sabe qué hacer con el dolor.

—Te daré lo que les he concedido a muchas madres antes que a ti. Tiempo. Tienes un día —dice al final.

XXXIV



¿Un día?

Mi cuerpo parece rendirse entonces y me resbalo por la silla del hospital hasta caer de rodillas, sosteniendo el cuerpo enfermo de Ben cerca de mí. Los sollozos me estremecen y soy consciente de la presencia cercana y amenazante de Death. No se ha ido, aunque no sé por qué sigue aquí.

—Te odio —susurro—. Te odio, te odio, te odio.

El jinete se arrodilla a mi lado y hace algo para lo que no estoy preparada: nos envuelve a mí y a Ben con los brazos y nos atrae contra él.

Durante un instante, su abrazo parece inseguro, pero luego me inclino hacia su cuerpo, como si fuera el sol y yo una flor que bebe de su luz. Y me desmorono. Empiezo a llorar de verdad, todo lo que llevo dentro se libera de repente. He sido fuerte durante demasiado tiempo, he estado sola durante demasiado tiempo y ahora me encuentro en una situación imposible.

—Creía que era como yo —admito—. Lo encontré vivo en una de las ciudades que destruiste. Pensé que podría sobrevivir a la muerte.

Los ojos solemnes de Tánatos se encuentran con los míos, su rostro lo bastante cerca como para besarlo.

—No hay nadie como tú, Lazarus —dice con delicadeza.

Y empiezo a llorar otra vez porque estoy sola, siempre estoy sola, y todas las personas a las que quiero me abandonan, y no debería estar celosa de eso.

—Dime que estará bien —digo, con el espíritu roto.

—Lazarus, estará bien. Más que bien. No más dolor, no más

sufrimiento. Estará rodeado de amor.

Sacudo la cabeza contra Tánatos, porque no creo en ese tipo de bondad. No cuando he visto que lo sobrenatural lo único que provoca es dolor y muerte.

—Y cuando sea tu momento —continúa el jinete— él estará allí, esperándote.

Lloro más fuerte, porque no debería ser así, los niños no deberían morir antes que sus padres. Y no me importa que técnicamente no sea su madre biológica o que las personas que le dieron la vida ya hayan fallecido. Ni siquiera ha cumplido los dos años. Tiene todo un futuro por delante.

—¿Cómo sé que no me estás mintiendo? —susurro, con la voz ahogada por la emoción.

Las lágrimas caen de mis ojos como lluvia.

—¿Por qué iba a hacerlo? —contesta Death—. Nunca te he protegido del dolor.

Pero lo dice con tanta suavidad que casi creo que se arrepiente de ello.

Me abraza con más fuerza y los tres nos quedamos así.

Mañana seremos enemigos, pero esta noche, él es mi consuelo.

XXXV



Es el peor día de mi vida.

He tenido tantos días malos que no me había dado cuenta de que este podría eclipsarlos a todos.

Ben no come, no bebe y cada vez que llora, solo emite un sonido débil y entrecortado; ya escucho la gravedad de la situación en su voz. Y puede que sea mi imaginación, pero juraría que está llamando al desgraciado del jinete, rogándole que se lo lleve de mi lado.

Al despertarme esta mañana, una enfermera estaba haciendo la ronda, Death se había ido y Ben estaba de vuelta en su cuna.

Ahora bajo la mirada hasta mi hijo, al que tengo de nuevo en brazos.

Acaricio su pequeña mejilla.

—Te quiero —susurro. Ya he derramado todas las lágrimas posibles. Sigo teniendo el corazón destrozado, pero me he quedado seca—. Siempre, siempre, siempre —prometo—. Siento no haber podido hacerlo mejor. Te merecías mucho más.

Sigo acariciándole la mejilla, sintiéndome perdida, mi solitario futuro se extiende ante mí. Siempre me he preguntado cuánto tiempo viviré, dado que nada puede matarme. Ahora, pensar en ello es un castigo. Ahí fuera no hay nadie más como yo, tan solo los jinetes.

Dejo los dedos inmóviles cuando me asalta un pensamiento, uno desesperado y esperanzador.

Los *jinetes*.

Death no es el único con poder. Los otros también lo tuvieron en

el pasado, puede que todavía lo tengan. Al menos Famine. Tal vez ellos puedan ayudar a mi hijo.

Me ahogo en la sensación tóxica y esperanzadora que me inunda el pecho, y una parte de mí quiere alejarla. Pero la idea… saca las garras y me las clava.

Antes de poder pensarlo mejor, dejo a mi hijo en la cuna y llamo a una enfermera.

Tienen que quitarle esta vía.

Por desgracia, no sucede de inmediato. No quieren hacerlo todavía, pese a que está dolorosamente claro que a mi hijo ya no pueden ayudarlo ni los antibióticos ni los sueros.

Mientras discuto con la enfermera, me doy cuenta de un detalle asombroso en el que no había caído hasta ahora: están todos vivos. El personal del hospital, los pacientes, la gente que deambula al otro lado de las ventanas. Mi hijo no es el único a quien Death ha concedido un día.

Ese hecho me deja sin aliento. Junto con él llega el recuerdo de los brazos de Death a mi alrededor, acunándome mientras lloraba. Se me forma un nudo en la garganta ante sus extraños gestos de amabilidad.

Vuelvo a centrarme en la enfermera.

—Mi hijo se está muriendo —digo, y me molesta muchísimo que me haya obligado a decir esas palabras—. Quiero llevármelo a casa y que deje este mundo rodeado de las cosas que quiere.

No tengo intención de permitir que abandone este mundo.

La mujer aprieta los labios, pero asiente de mala gana.

—Primero tendrá que aprobarlo el médico —advierte.

Trae a un médico. Firman algunos formularios. Le quitan la vía a Ben. Murmuran algunas frases forzadas.

Aprieto la mandíbula durante todo el proceso.

Después de lo que parece una eternidad, salgo por la puerta principal del hospital y parpadeo ante el resplandor del sol de la mañana. Mi bicicleta está donde la abandoné ayer y me conmociona verla ahí. Parece que la dejé hace eones.

Coloco a Ben en su asiento y lo abrocho, encogiéndome de

miedo por lo flácido que está su cuerpo y la poca luz que le queda en los ojos.

Le acaricio la mejilla.

—Voy a salvarte, Ben —le juro con una convicción que no debería sentir.

Me subo a la bicicleta y pedaleo hacia casa, donde me detengo solo el tiempo suficiente para coger un mapa que compré hace una semana y la nota que Pestilence me dejó. Me tomo un momento para localizar la carretera de la que me habló y trazo la ruta necesaria para llegar hasta allí.

Doblo los papeles, me los guardo en el bolsillo y Ben y yo volvemos a salir por la puerta.

Pedaleo como una loca, desesperada por llegar a esa dirección. Los zarandeos hacen que Ben se mueva un poco e incluso lo oigo soltar algún débil gemido.

Algo peligroso, como el optimismo, me corre por las venas.

Voy a salvarlo. Ya lo creo.

En cuanto giro hacia la carretera 3247, empiezo a buscar la casa que mencionó Pestilence; no recuerdo si dijo que era azul o gris, solo que tenía una puerta roja con una estrella.

Entro en pánico varias veces, segura de que la he pasado por alto, pero al fin doy con ella. Es azul, no gris. La pintura del revestimiento de madera se está descascarillando y las ventanas están tapiadas. La puerta roja de la entrada está descolorida y la estrella solitaria que la adorna se ha oxidado.

Me acerco a ella y, con torpeza, saco a Ben de su asiento; los nervios casi me superan. Cuando llego frente a la puerta, golpeo con el puño la madera desgastada.

Oigo murmullos en el interior, pero cuando nadie responde de inmediato, llamo a la puerta de nuevo.

Justo cuando estoy a punto de agarrar el pomo, la puerta se abre. Los ojos de Pestilence se encuentran con los míos durante una fracción de segundo y luego bajan hasta Ben.

—Necesito tu ayuda —digo a toda prisa.

Antes de que pueda responder, me abro paso hacia el interior

destartalado de la casa. War está en la cocina, con los puños sobre la encimera laminada, inclinado sobre lo que parece un mapa.

—¿Es por tu hijo? —pregunta Pestilence detrás de mí.

War levanta la mirada.

—¡Lazarus! —me llama—. No me di cuenta de que estabas embarazada la última vez que nos vimos.

Cuando sus ojos se posan en mi apático hijo, su humor jovial desaparece.

—No lo estaba —le aseguro—, pero sigue siendo mi hijo. —Me concentro en Pestilence—. Los antibióticos no han servido de nada. Se… se está muriendo. —Me tiembla la voz y me obligo a interrumpirme y a inspirar para tranquilizarme, incluso cuando se me escapa una lágrima—. Death tiene intención de llevárselo esta noche, a menos que…

—A menos que pueda curarse —termina Pestilence por mí, la comprensión inunda sus ojos. Frunce el ceño, con el arrepentimiento tiñéndole la mirada—. No puedo ayudarte —dice—. Tampoco War. Es cierto que hemos conservado algunos de nuestros poderes, pero —niega con la cabeza— ya no tengo el poder de revertir tal enfermedad.

—Pero ¿en el pasado sí lo tuviste? —insisto, conteniendo la respiración.

Pestilence me mira fijamente por un momento, luego asiente con la cabeza.

—Todos tenemos la capacidad de dañar y curar…

Ni siquiera ha terminado de hablar cuando me doy la vuelta para buscar al único jinete de la casa que no es mortal. El que, tal vez, pueda ayudarme.

Mi mirada se posa en él, recostado contra la pared, con una ceja arqueada mientras convence a un retoño que tiene delante para que se alce de entre las tablas astilladas del suelo. Al instante, un árbol se despliega ante mis ojos.

—Famine —susurro.

—*No.*

Estoy demasiado desesperada como para rendirme con tanta

facilidad. Camino a grandes zancadas hacia el jinete, con Ben en brazos, y miro al despiadado Segador.

—Death me va a arrebatar a mi hijo —digo. Me tiembla todo el cuerpo mientras hablo.

—¿Y? —responde él, sin inmutarse.

—Ayúdame —suplico—. Sálvale la vida.

El jinete apoya la cabeza contra la pared.

—Como ya he dicho, no.

—Y pensar que intentaste renunciar a tu propósito para salvar la humanidad —murmura War detrás de nosotros.

El Segador mira por encima de mi hombro y sé que se está preparando para soltar un comentario mordaz.

Me arrodillo frente a Famine para poder mirarlo a los ojos. Un único pensamiento me inunda la cabeza.

Salva a mi hijo.

Clavo la mirada en los ojos verdes del jinete hasta que los aparta de War y vuelve a centrarse en mí. No es un hombre que sienta mucha empatía, ni por mí ni por mi hijo, pero eso no significa que no pueda persuadirlo. Solo tengo que averiguar qué quiere.

—Haré cualquier cosa —juro—. Cualquier cosa.

Que Dios me ayude, pero no hay nada que no esté dispuesta a hacer.

El Segador entorna los ojos. Tras unos instantes, de mala gana, los dirige a mi hijo, que se ha vuelto a dormir.

Sacude la cabeza.

—Ha avanzado demasiado.

No.

Me invade el horror.

No.

No. Me niego a creerlo.

No lo permitiré.

—Has derribado ciudades, aplastado a miles de personas en un instante —digo, con voz potente—. Tu poder es casi ilimitado. No me digas que de repente eres demasiado débil para ayudar a un bebé diminuto.

Famine tensa la mandíbula.

—No conseguirás nada metiéndote conmigo, mortal.

—Por favor —insisto despacio—. Death, tu insufrible hermano, no puede ser el único jinete con la habilidad de curar.

El Segador me mira con esos ojos de reptil que tiene y no sabría decir qué se le está pasando por la cabeza.

—Haré todo lo que quieras —juro de nuevo.

Ya no tengo miedo. Solo siento resolución.

—¿Cualquier cosa? —pregunta War detrás de mí.

Me doy la vuelta para mirarlo justo cuando se acerca.

—Cualquier cosa.

El jinete me mira fijamente, sus propios ojos oscuros llenos de maquinaciones.

—Seduce a Death.

Abro los ojos como platos y mi corazón se salta un latido.

—*War* —advierte Pestilence, que entra en la habitación detrás de nosotros.

La mirada de War permanece fija en la mía.

—Ha dicho «cualquier cosa».

En mi mente destella el deseo descarnado que he visto en los ojos de Tánatos.

«Ven conmigo, Lazarus. Permíteme descubrir cómo es abrazarte en lugar de luchar contigo».

Aprieto la mandíbula, atrapada entre el miedo y esta especie de deseo retorcido que albergo por el jinete desde hace mucho.

No tengo tiempo para discutir.

—Hecho —digo, sintiéndome tan solo un poco incómoda.

Ya me preocuparé por las implicaciones más tarde.

War eleva la comisura de la boca ligeramente.

—Yo no he accedido —protesta Famine.

War le lanza una mirada.

—Hazlo, hermano.

El Segador hace una mueca.

—Esto es ridículo —murmura.

Clava los ojos en mí y veo cuánto le desagrado, o tal vez sea simplemente lo que represento. Pero cuando centra la atención en Ben, se le suaviza la mirada.

Sin preguntar, Famine se acerca y me quita a mi hijo. Lo acuna en sus brazos y algo triste y vulnerable asoma en los ojos del jinete mientras contempla con atención a Ben.

El Segador le coloca una mano en un lado de la cara. Toma una respiración profunda y cierra los párpados.

En la habitación, nadie se mueve. Percibo a Pestilence y a War cerca, pero bien podrían estar en otro continente. Solo tengo ojos para Famine y Ben.

No sucede nada.

Pasan los segundos y luego un minuto entero. Ese minuto se convierte en dos, luego en cuatro… Se alarga más y más, y nadie habla, nadie se mueve. Y, sin embargo, el aire parece cargado de… Yo lo llamaría magia, excepto que así suena como si lo que está sucediendo fuera algún tipo de truco barato. Y esto es un asunto de vida o muerte. Es nacer de la arcilla y regresar a la tierra y que el mundo gire y cambie. Me siento rodeada por la esencia de todo.

Cuanto más espero, más insegura me siento de repente.

¿No debería ser más rápido? Death chasquea los dedos y ciudades enteras caen. ¿Por qué un acto de creación —si es que se lo puede llamar así— es mucho más prolongado?

Pero entonces…

La respiración de Ben parece más fuerte y su tez, más saludable. Se mueve un poco y no parece débil ni dolorido.

He visto atrocidades, he visto desesperación y horrores inimaginables.

Nunca he visto algo tan milagroso como *esto*.

Me ahogo con mi propio aliento, con todo mi terror y desesperación y todo lo demás a lo que me he visto sometida. Y luego todo ello abandona mi cuerpo.

Famine abre los ojos y, por un momento, mientras mira a Ben, le dedica una breve sonrisa.

Se me escapa un sollozo.

El jinete dirige los ojos hacia mí de mala gana.

—Está curado.

XXXVI



Curado.

Se me escapan las lágrimas mientras tomo a Ben en brazos. Mi hijo empieza a llorar de nuevo y me estremezco al soltar un suspiro. Antes estaba demasiado débil para quejarse. En cuanto se acomoda en mis brazos, sus llantos se calman un poco.

Lo beso y abrazo hasta que Ben se siente oficialmente molesto.

Está vivo. Vivo y sano, cuando había sido sentenciado a muerte.

Apenas puedo procesarlo.

War se acerca con una cantimplora y me la ofrece.

—Para tu hijo —dice, dándome un apretón en el hombro—. Parece sediento.

Agradecida, tomo la cantimplora y se la acerco a los labios. Ben se bebe el agua lo más rápido que puede, atragantándose y llorando antes de beber un poco más.

Pestilence me entrega en silencio una rebanada de pan y algunas frambuesas, que presumiblemente también son para mi hijo.

Soy un desastre emocional. Estos hombres que vinieron a la Tierra para destruir a los humanos han salvado a mi hijo y ahora lo están cuidando.

—Gracias —digo en voz baja, mirándolos a los ojos uno por uno mientras Ben toma el pan con manos temblorosas y empieza a devorarlo. Me centro en Famine, que mira hacia otro lado, con la mandíbula apretada—. Gracias —le digo a él en particular.

Alargo la mano y le toco la suya, aunque él la retira.

—No lo he hecho *por ti* —replica acaloradamente, con los ojos brillantes.

—Me da igual. Aun así, te estoy agradecida.

Se levanta y, murmurando algo en voz baja sobre los insufribles humanos, se aleja.

—No le hagas caso —me aconseja War—. Muy a su pesar, empieza a preocuparse por la humanidad, y eso lo cabrea.

Asiento de forma distraída, todavía sosteniendo a Ben mientras el pequeño devora la comida que le ha dado Pestilence. El silencio inunda la habitación que me rodea y, aunque un millón de cosas deberían estar abarrotándome la mente, la noto extrañamente vacía.

—Tu hijo tendrá que venir con nosotros —dice Pestilence al final, rompiendo el silencio.

Se me hiela la sangre.

—¿Qué? —Debo de haberle oído mal.

El jinete se acerca.

—La única persona, además de nosotros, a la que Death no matará directamente eres tú. Tu hijo no está incluido en la lista.

—Puedo mantenerlo a salvo —protesto.

—Solo si sigues huyendo. Pero ya no vas a hacerlo —replica Pestilence lentamente, con una mirada cargada de significado.

Los ojos se me van hacia War.

«Seduce a Death».

Ese pensamiento parece impedirme recuperar el aliento.

—Esto no formaba parte del trato —acuso.

—Death es un hombre de honor y deber —declara War—, y su deber es la muerte. Si ve a tu hijo, lo liberará de su cuerpo, porque debe hacerlo.

Empiezo a temblar con cada palabra que pronuncia, porque oigo la autenticidad que encierran.

—Si de verdad te preocupas por tu niño —continúa el jinete—, no te arriesgarás…

—Ni se te ocurra —le advierto, y la violencia me tiñe la voz—. No te atrevas a aprovecharte de mi amor por él.

War cruza sus enormes brazos.

—Soy padre, al igual que Pestilence. Sabemos cómo cuidar de un niño. Cuidaremos del tuyo como si fuera nuestro. Te lo prometo.

Tengo que seguir tragándome la emoción que se alza en mi

interior. O puede que sea bilis. Siento que voy a vomitar.

—Pero si acabo de recuperarlo —susurro mientras Ben come felizmente, ajeno al hecho de que estamos discutiendo su futuro.

—Todos tenemos familias —interviene Pestilence—. Familias de las que hemos tenido que separarnos. Créeme cuando te digo que entendemos tu dolor y tu vacilación.

—Nuestras esposas e hijos se alojan juntos en la casa de Pestilence y Sara en la isla de Vancouver —añade War—. Está lo bastante lejos de Tánatos como para que no pueda alcanzarlos con demasiada facilidad.

—Llevaremos a tu hijo con nuestras familias —dice Pestilence con suavidad—, y juro por mi vida y mi honor que tu hijo…

—Ben —digo—. Se llama Ben. —Renunciar al nombre de mi hijo es una puñalada en el pecho, porque sé que significa que estoy aceptando su plan a cierto nivel.

Pestilence sonríe y las líneas de expresión alrededor de los ojos se hacen más patentes.

—… que Ben recibirá cuidados y amor hasta que puedas regresar con él. Y volverás con él, Lazarus, esto no es para siempre.

Inspiro y espiro por la nariz. Lo único que quiero para Ben es que sobreviva; esa es la razón principal por la que nos dirigíamos a la costa, para montar en una embarcación y alejarnos todo lo posible de Tánatos. Y ahora estos jinetes ofrecen una vía de escape similar, solo que resulta que no me incluye a mí.

El Segador vuelve a entrar en la habitación y pasa de largo mientras se dirige a la cocina.

—Yo te hago el mismo juramento —añade War, atrayendo mi atención de nuevo hacia los jinetes que tengo delante—. Mi familia y yo también protegeremos y querremos a tu hijo. A mis hijas les encantará tener otro niño con quien jugar, pero no te sorprendas si, a tu vuelta, tu hijo sabe hebreo y árabe.

—Y portugués —grita Famine desde la cocina, como si hubiera formado parte de la conversación en todo momento. Su voz suena algo amargada, como si odiara querer que lo incluyamos en la conversación.

Bajo la mirada hacia Ben, que está jugueteando con la

cantimplora de War. Una mueca tira de las comisuras de mis labios hacia abajo.

—Entonces, vosotros tres os marcháis con mi hijo, ¿y luego qué? ¿Os lo lleváis a Canadá?

Pestilence asiente.

Mientras tanto, yo estaré… con Death.

Intento no concentrarme en las emociones encontradas que se agitan en mi interior.

—¿Cuándo podré volver con Ben? —pregunto.

—Cuando hayas cumplido con tu parte del trato —responde War, con voz profunda y solemne.

Paseo la mirada entre él y Pestilence.

—¿De qué…? —Ni siquiera quiero decirlo en voz alta—. ¿De qué servirá seducir a Death?

War me sonríe, con un deje de humor en los ojos.

—¿Qué crees que ha impedido que nosotros destruyamos tu mundo?

Deslizo la mirada hacia Famine, que se está sirviendo el café que alguien ha preparado, sin dejar de contemplar la taza, cabreado en todo momento. Cuesta creer que alguien le preste atención a este idiota, y mucho menos que le den amor. De inmediato, me siento culpable por ese pensamiento, considerando que acaba de salvar a mi hijo, aunque *de mala gana*.

Vuelvo a concentrarme en War.

—No puedes hablar en serio.

¿De verdad ese es el plan? ¿Están poniendo el destino de sus familias y del mundo en general en mis manos, o más bien, en ciertas partes de mi anatomía?

—Vamos, muñeca —grita Famine—, no me digas que dudas de tu capacidad para follarte a un hombre hasta que entre en razón.

—Famine —espeta Pestilence, frunciendo el ceño.

Fulmino al Segador con la mirada, pero eso solo parece divertirlo, ya que curva la comisura de la boca en una sonrisa burlona.

—Bueno —le dice Famine a Pestilence, acercándose tranquilamente, con su café en la mano—, la otra opción es que los

tres hermanos nos unamos y destruyamos a Death, pero viendo lo decrépitos que estáis War y tú, tengo mis dudas sobre ese plan.

Yo también. Al fin y al cabo, he visto de primera mano la facilidad con la que Death lidiaba con Famine, y él es el único que es inmortal.

El Segador se lleva el café a los labios.

—Además —continúa, bajando la taza—, quiero ver a ese imbécil caer justo de la misma forma que nosotros.

—Entonces, ¿tenemos un trato? —dice Pestilence, sosteniéndome la mirada.

Trago saliva y vuelvo a mirar a Ben.

Odio esto. Lo odio mucho. Ahora que mi hijo está sano y salvo, quiero incumplir mi palabra.

Ben nunca estará realmente seguro hasta que alguien detenga a Death. Y eso no sucederá a menos que sea *yo* quien lo haga. Esa ha sido siempre mi verdad más profunda.

Mi propósito se asienta sobre mis hombros como una capa.

Estoy acostumbrada a la idea de detener a Tánatos. Solo que ahora, tendré que usar armas diferentes, más carnales.

El deseo se enrosca en mi cuerpo y me pone nerviosa. Nunca me he atrevido a ceder a los sentimientos prohibidos que despierta en mí el jinete, ni siquiera cuando me capturó.

Pero ahora me lo piden y me aterra que, una vez que lo haga, no haya vuelta atrás.

—De acuerdo —accedo con voz ronca—. Acepto.

Como si tuviera opción.

Aun así, veo que Pestilence se relaja un poco.

—Pero —añado, volviéndome hacia Famine— necesito que *tú* me prometas que lo mantendrás a salvo.

Es el jinete en el que menos confío.

Él me mira con sus ojos implacables. Tras unos instantes, los dirige hacia mi hijo. Una vez más, parecen suavizarse a regañadientes al ver al niño. El Segador tensa la mandíbula.

Vuelve a dedicarme toda su atención con una mirada feroz.

—Lo juro.

Y por alguna razón, el juramento de Famine de proteger a mi hijo

suena más genuino que el de los otros.

Respiro hondo y, mirándolos de uno en uno, al fin asiento.

—De acuerdo. Hagámoslo.

Llevo a Ben a casa, lo alimento, lo cambio y recojo sus cosas lo más rápido que puedo. Empaqueto comida, biberones y todo el dinero que he ahorrado. Le meto su osito y el dibujo de sus padres y él. Tras un instante de vacilación, me quito el anillo de mi madre del dedo. Es el único objeto que todavía conservo de mi vida antes de Death, y es mi posesión más preciada, de modo que me parece apropiado enviarlo con mi hijo como recordatorio de cuánto lo quiero.

Corto un poco de cordel y deslizo el anillo por él antes de atarlo con firmeza al cuello de su osito de peluche. Con suerte, para cuando regrese con Ben, todavía será demasiado pequeño para reparar o preocuparse por la existencia del anillo. No soporto pensar en la alternativa. Que pasen varios años. El peso de esa posibilidad es como un yunque en el pecho.

No va a pasar tanto tiempo. Esa es mi promesa.

Justo cuando meto el peluche en la bolsa, siento un hormigueo entre los omoplatos.

Me giro hacia la ventana y recorro con la mirada la calle y los apartamentos de enfrente. Aparte de unos cuantos niños dando toques a una pelota de fútbol, no veo a nadie. Pero los perros aúllan a lo lejos y juro que un silencio desconcertante subyace por debajo de sus aullidos y de las risas de los niños.

Puede que Death me haya dado tiempo, pero no me hago ilusiones, no andará muy lejos, no cuando me ha acorralado con tanto éxito.

Inspiro de forma temblorosa y guardo las últimas cosas de Ben. Cuando termino, me detengo y observo a mi hijo, que se está poniendo un pañal de tela limpio en la cabeza y que luego se gira hacia mí y se ríe, como si fuera una broma compartida entre ambos. Es como si nunca hubiera estado enfermo.

Ahora, lo único que quiero es quedarme aquí el mayor tiempo

posible y disfrutar de su presencia. Pero cada momento que pasa me acerca más a mi reencuentro con Death. Y ese es un encuentro que mi hijo *debe* perderse.

—Ben —lo llamo.

Se gira hacia mí de nuevo y me dedica esa misma sonrisa amplia.

Me acerco a él y lo aúpo. Quiere que lo suelte de inmediato, pero lo abrazo con fuerza. No sé cuándo será la próxima vez que pueda hacerlo.

—Te quiero —le digo.

Sin soltarlo, agarro la mochila que acabo de preparar, me la cuelgo del hombro y me dirijo a mi bicicleta. Dejo caer el bolso en la cesta delantera antes de sentar y abrochar a mi hijo. Luego, lo llevo fuera en la bicicleta, me acomodo en el sillín y regreso a la destartalada casa de campo donde me esperan los jinetes.

Cuando alcanzo mi destino, los tres hermanos están ya en el patio delantero con sus monturas. War y Pestilence están guardando cosas en las alforjas de sus caballos mientras Famine descansa entre la hierba alta, observando con indolencia cómo crece un rosal frente a él. Unas flores suaves y de un tono morado oscuro florecen ante mis ojos.

Cuando me ve, Pestilence se aleja de su caballo. Se acerca mientras desabrocho a Ben y, en cuanto cojo en brazos a mi hijo, el jinete nos envuelve a ambos en un abrazo de bienvenida.

No me lo esperaba, pero lo necesitaba. Me aferro a su cálido abrazo.

A pesar del resentimiento que le guardo desde hace años, él es el jinete que más compasión me ha mostrado.

—Todo irá bien —promete—. Tengo tres hijos; War, cuatro, y Famine se siente muy protector con los seres indefensos —dice—. Con nosotros tres, Ben estará a salvo, cuidado y… —Se aparta para mirarme a los ojos—. Vamos a quererlo como si fuera nuestro. Ahora eres de la familia, Lazarus.

Se me hace un nudo en la garganta al escucharlo. Toda mi vida giraba en torno a mi familia y he echado mucho de menos ese

sentido de pertenencia. Pestilence me ofrece algo que creía que había perdido para siempre. No tengo palabras para describir cómo me hace sentir.

—Te arrebaté a tus padres —continúa él, sosteniéndome la mirada—. No puedo devolvértelos, pero puedo darte esto. ¿Entiendes?

Me pican los ojos por culpa de las lágrimas.

Asiento y trago saliva con esfuerzo.

—Gracias, Víctor —respondo con la voz ronca.

El jinete enarca las cejas un instante y luego me dedica una sonrisa genuina, una que le arruga las esquinas de los ojos y le ilumina todo el rostro.

Abrazo a Ben para acercarlo más. Mi hijo se aferra a mí mientras mira a los tres hombres de aspecto superaterrador con abierta sospecha.

Ay, Dios, no quiero hacer esto.

—Te quiero, Ben —susurro, frotándole en círculos su pequeña espalda. Lo sostengo en brazos durante un largo minuto.

«Nos volveremos a ver muy pronto», me digo.

Nada de esto será en vano.

War se acerca a nosotros y se agacha un poco para quedar frente a frente con Ben. Mi hijo mira fijamente al jinete y se aferra a mi ropa con más fuerza todavía.

Esto va de maravilla.

—Mira cuánta ferocidad. Pestilence y Famine no tienen ni la mitad. —Señala a Ben—. Tienes las cualidades de un futuro general —declara, y la forma en que lo dice me hace pensar que se supone que es un cumplido.

Tomo la mochila llena de las cosas de Ben y se la entrego a los jinetes. Pestilence se adelanta para cogerla.

War alarga los brazos hacia el niño, pero Ben se echa un poco hacia atrás.

—Apártate, hermano —dice Famine, que se acerca con una de esas flores de color morado pálido—, el niño tiene buen gusto.

El Segador se detiene frente a nosotros y contempla la flor que lleva en la mano. Al cabo de unos instantes, se la tiende a Ben.

Mi hijo mira primero al jinete con escepticismo y luego la rosa, como si fuera una especie de truco. De mala gana, alcanza la flor.

Antes de que pueda agarrarla, Famine la retira un poco.

—En realidad, no es tuya —aclara, porque es idiota por naturaleza—, pero la mujer a la que pertenece querría que la tuvieras.

Le tiende la flor una vez más y, en esta ocasión, Ben no duda. Se acerca y la aferra, y me doy cuenta de que le ha quitado las espinas con mucho cuidado.

En cuanto mi hijo tiene la flor en las manos, se apresura a desgarrar los pétalos.

Famine hace una mueca.

—Los humanos son unos bárbaros, incluso los de este tamaño.

—Estás amargado porque Ana no quiere que le encasquetes uno tuyo —dice War, dándole un golpecito en la espalda mientras se gira hacia su caballo.

El Segador lo fulmina con la mirada, pero no dice nada. Tras unos segundos, le devuelve la atención a Ben, que ha arrancado la mayoría de los pétalos de la rosa.

Famine me quita a mi hijo de encima con facilidad, como si fuera la cosa más natural del mundo.

—Dile adiós a Lazarus —le indica el jinete, pero a Ben yo no podría importarle menos en ese momento. Sigue concentrado en los tristes restos de la rosa.

Siento los brazos vacíos y todo mi ser grita ante la idea de separarme de él.

—Te quiero, Ben —le repito con la voz quebrada.

Este es el mayor acto de fe del universo.

—Puedo hacerte más flores —le oigo decir a Famine mientras se aleja con mi hijo—, pero si te me cagas encima, cancelo el trato.

—*Famine* —le espeta Pestilence.

—Relájate, abuelo —le grita su hermano por encima del hombro —, Ben va a esperar hasta que esté en tu caballo antes de hacer nada gracioso.

Pestilence se frota las sienes.

—Va a estar bien —me insiste el jinete, bajando las manos.

Asiento y me muerdo el interior de las mejillas para mantener la compostura.

—Antes de que te vayas —me dice Pestilence—, tengo algo para ti. —Se mete la mano en un bolsillo, saca un papel y me lo tiende—. Esta es la dirección en la que se alojan nuestras familias. Nuestro plan es llevarnos a Ben allí, donde mi esposa Sara y los demás se encargarán de él.

Le arrebato el papel y echo un vistazo a la dirección. El corazón me late con fuerza por lo desesperanzadoramente lejos que está. Eso es bueno, me recuerdo, aunque ahora mismo, lo único que siento es que parece estar a medio mundo de distancia de mí.

Entonces, proceso el resto de lo que me ha dicho.

—¿Se encargarán de él? —pregunto—. ¿Qué pasa contigo y tus hermanos?

Pestilence se muestra sombrío.

—Volveremos a por ti y a por Death. —Se le oscurece la expresión—. Con suerte, para entonces Tánatos habrá cambiado de opinión sobre su tarea, pero si no…

Si no, Pestilence y sus hermanos tendrán que detenerlo ellos mismos. No creo que esa opción termine bien para ninguno.

El jinete observa el horizonte detrás de mí.

—Tenemos que irnos. Debemos empezar a cabalgar para poner la mayor distancia posible entre nosotros y Death.

Asiento y retrocedo. La mirada se me va hacia Famine. Se ha subido a la silla de montar y se ha colocado a Ben delante. Mi hijito va a montar a caballo.

Un pánico helado me araña la garganta y me cuesta muchísimo trabajo deshacer el nudo que forma.

Ben sigue distraído y no ha reparado en que ya no está en mis brazos, y ha sido gracias al Segador, que ha hecho crecer una enredadera en la pata de su muy paciente caballo. Una flor blanca se abre justo delante de Ben y, aunque a mí me resulta increíble, mi hijo no se inmuta, arranca la flor de inmediato y luego la inspecciona con expresión seria antes de empezar a quitarle los pétalos uno por uno.

El pánico se agita en mi interior y, sin pensarlo, me acerco a él.

Levanto la mano y le acaricio la cara.

—Nos veremos muy pronto, Ben —le prometo—. Cuídate, corazón.

Mi hijo me mira y sonríe mientras sostiene su flor mutilada y me la muestra.

Aprieto los labios para mantener la compostura y retrocedo varios pasos.

Famine se gira hacia mí con una mirada pétrea.

—Lazarus —dice sin alzar la voz—. No olvides tu parte del trato. —Sus palabras están cargadas de amenaza—. Chúpasela, fóllatelo, haz lo que quiera mi hermano para que se corra, pero recuerda que ahora todo depende de ti. *Todo.*

XXXVII



Mi apartamento parece una tumba. Me duele contemplar los pañales y la ropa tirada en una pila en el suelo. Uno de ellos es el pañal con el que Ben estaba jugando hace poco.

Puede que lo peor de ver ese montón de cosas sea darme cuenta de lo pequeño que es. Viajar a menudo implica que el equipaje debe ser ligero, y mi hijo se ha llevado la mayoría de sus cosas.

Me agacho para coger un par de calcetines que ya le quedan pequeños. Me los guardo en un bolsillo y aprieto los labios para no emocionarme demasiado.

Está vivo, me recuerdo. Eso es más de lo que Death o los médicos podían darme.

Me voy a mi dormitorio, recojo mis cuchillos y me los ato a los muslos.

¿Tengo intención de usarlos contra el jinete? No. ¿Me arrepentiría de hundirle uno en el vientre si surgiera la oportunidad? Tampoco.

Todos estos meses de intentar criar a un bebé mientras miraba por encima del hombro, de tener que dejarlo todo y huir, han avivado mi ira. Si a eso le sumamos el hecho de que Death pretendía llevarse el alma de mi hijo esta noche, sí, disfrutaría de la oportunidad de enfrentarme al jinete.

Por supuesto, la ira no es la única emoción que albergo hacia Tánatos. Ojalá lo fuera. Eso lo facilitaría todo. En cambio, tengo que lidiar con este deseo insidioso que arde en mi interior. Y luego está el hecho de que el jinete no arrasó la ciudad anoche.

Me dirijo a la puerta de mi casa y salgo de mi apartamento.

—¡Tánatos! —lo llamo, recorriendo el vecindario con la mirada.

Espero alguna respuesta, un hormigueo en la piel, la sensación de ser observada, ese maldito silencio, pero no hay nada. Si el jinete me ha estado vigilando, parece que se ha tomado un descanso.

Vuelvo a entrar en mi apartamento, decidida a no quedarme aquí sentada a esperarlo. Prefiero obligarlo a salir de su escondrijo, como el veneno de una herida. Y si lo organizo todo bien, incluso podré concederles ventaja a sus tres hermanos para el viaje.

Vuelvo a la cocina dando grandes zancadas, tomo el lápiz y el cuaderno y garabateo un mensaje en un trozo de papel; estoy tan agitada que mi letra parece más un garabato.

Si me quieres, primero tendrás que atraparme.
—Lazarus
P.D.: Te sugiero que empieces a buscar por la I-10 Este.

Cojo un cuchillo de cocina, salgo y clavo la nota en mi puerta principal.

Death y yo vamos a jugar una última partida al pillapilla.

Monto la bicicleta por las calles de Orange como un fantasma, mientras el sol se pone por el oeste. Me fijo en las pocas personas que veo, todas llevan a cabo sus rutinas como si nada fuese mal. No tienen ni idea de que los cuatro jinetes del apocalipsis han estado en su ciudad en las últimas veinticuatro horas. O de que se ha regateado con el destino de la humanidad como se hace con la fruta en un mercado.

En cuanto llego al límite de la ciudad, empiezo a pedalear cada vez más rápido, hasta que me arden los muslos y el viento me silba en los oídos.

Se me escapa un sollozo. Es un sonido feo y salvaje, pero liberar el dolor de esta forma me resulta catártico, así que lo hago una y otra vez hasta que le estoy gritando mi agonía al cielo.

Ya no importa. Ya nada importa.

En algún momento, lo saco todo. Lo único que queda en mi interior es este silencio.

Monto hasta que se me cierran los ojos, lo que, para ser sincera, es deprimentemente temprano por la noche. Pero siento el cansancio invadiendo cada centímetro de mi cuerpo; no he descansado ni comido lo suficiente en mucho tiempo.

Me detengo en un tramo oscuro de la carretera. Ahí fuera no hay nada, solo una espesa hilera de árboles que recorre la longitud de la vía.

Me bajo de la bicicleta y la dejo caer al suelo. Siento que dejarla atrás es un paso importante. Siempre me ha hecho falta una para perseguir al jinete o para alejarme de él. Pero ya no voy a necesitarla más.

Casi me duermo al lado de la carretera solo para que a Death le sea más fácil encontrarme, pero hasta que mate a toda la humanidad, seguirá habiendo salteadores de caminos de los que preocuparse. Así que, en lugar de eso, me obligo a ir más allá de los árboles y continúo a través de la hierba húmeda. Camino con dificultad hacia la silueta oscura de un árbol que veo a lo lejos. Aquí el suelo está mojado, como en todas partes.

Suspiro. A estas alturas, estoy demasiado cansada para preocuparme. Apoyo la espalda contra el tronco y cierro los ojos. Me lleva unos minutos agotadores, pero por fin me duermo.

Me despierto con el sonido atronador de los animales que huyen y la sensación de que la muerte se acerca sigilosamente. Me incorporo solo para sentir el golpe de los insectos en la cara cuando los enjambres pasan junto a mí. Me agacho para esquivarlos lo mejor que puedo. Mientras lo hago, las ratas y otros roedores corretean a mis pies y muchos de ellos trepan por mi cuerpo en su loca carrera.

En lo alto, escucho los chillidos de los pájaros y veo cientos, no, *miles*, de ellos iluminados por el sol naciente.

Me ha encontrado.

También ha sido más rápido de lo que esperaba.

Los animales pasan y yo soy la única que queda atrás.

Una ligera brisa agita la hierba salvaje, pero aparte de eso, el

mundo está ensordecedoramente silencioso. Ese silencio crece y crece hasta que juraría que se me va a tragar por completo.

Me levanto y salgo de debajo del árbol. Tengo los pantalones húmedos, el rocío de la mañana se adhiere a ellos.

La tierra mojada cruje bajo mis botas mientras atravieso la hierba pantanosa.

Me detengo al oír un aleteo.

No me doy cuenta de que he echado mano de uno de mis cuchillos hasta que lo tengo bien aferrado. Mis músculos recuerdan lo que mi mente ha olvidado: estoy acostumbrada a que el sonido de esas alas preceda a una pelea. Durante mucho tiempo, ese fue el ruido que presagiaba batalla, dolor y, en múltiples ocasiones, muerte.

Ahora, sin embargo, no estoy segura de qué esperar.

Me giro hacia el ruido y lo veo en lo alto del cielo. Death, el último ángel de Dios. Vuela en círculos por encima de mí, buscándome. Clavo la vista en él, paralizada por esta criatura celestial.

Como si pudiera sentir mi mirada, el jinete se detiene en el aire y su armadura emite un brillo cegador cuando los rayos de la mañana inciden directamente en ella. Bate las alas a la espalda mientras posa los ojos en mí. Siento esa mirada como un dedo bajándome por la columna vertebral.

Parece apropiado que la lucha y el sufrimiento entre nosotros terminen. Me hace sentir bien, aunque sé que está mal.

Death desciende hasta posarse en tierra. Aterriza a quince metros de distancia, con un aspecto tan antiguo y trágicamente mítico como siempre.

Me escruta con la mirada.

—Lazarus —dice—, has estado ocupada.

Noto la piel húmeda y pegajosa. No sé cuánto sabe sobre Ben.

Tánatos ladea la cabeza.

—¿Dónde está tu hijo? —pregunta, como si me leyera la mente —. Es imposible que una madre afligida deje a su hijo atrás.

Levanto la barbilla, pese a que la culpa y la angustia me estrujan

el pecho. Todavía no me he perdonado por haber dejado que los jinetes se llevaran a Ben.

Una sonrisa cruel tira de la comisura de la boca de Tánatos, aunque no le llega a los ojos.

—Ah, cuánto he deseado ver esa mirada tuya endurecida por la batalla. Mi feroz *kismet*, ¿qué has hecho con el alma que debía recolectar?

—¿Importa? —pregunto—. No es a él a quien quieres.

Los ojos de Death arden cuando los clava en mí.

—Lazarus —su voz está despojada de toda pretensión—, le había llegado la hora.

Trago saliva. De modo que sabe que mi hijo aún vive.

—Tus hermanos no opinaban lo mismo —replico—. Me ofrecieron el trato que tú no quisiste aceptar.

Tánatos se queda callado durante un largo instante.

—¿A qué acuerdo llegasteis? —pregunta al fin.

En su voz detecto un deje de… algo. No logro identificar qué.

Me quedo callada.

Death tensa la mandíbula.

—A pesar de lo mucho que dicen amar a la humanidad, no salvarían a un niño destinado a morir. ¿Qué pidieron a cambio? —exige saber.

Lo miro durante varios segundos y luego, con mucha deliberación, dejo caer mi arma.

—Me rindo —declaro—. Iré contigo, a donde quieras.

Durante un largo instante, Tánatos se queda mirándome, y juro que esos ojos profundos y oscuros lo ven *todo*. Al cabo de un rato, un triunfo acalorado inunda esa mirada.

Death da un paso hacia delante, luego otro y otro más, su armadura plateada tintinea con cada movimiento.

Se lleva una mano al hombro y, pieza por pieza, se quita la armadura mientras atraviesa la hierba. Su mirada permanece fija en la mía en todo momento.

Arroja a un lado el último de sus adornos de metal justo cuando llega junto a mí.

Le devuelvo la mirada, sintiéndome a la vez temerosa y desnuda.

Me acuna la mejilla con una mano.

—Te he buscado durante mucho tiempo —dice Death, cuya voz suena letalmente suave. Le brillan los ojos—. No tengo intención de dejarte ir.

Trago saliva.

No me puedo creer que esté haciendo esto.

Él posa la mirada en mis labios, como ha hecho muchas veces en el pasado. Pero ahora se inclina hacia mí y deja la boca a un suspiro de la mía.

—Esta es tu última oportunidad para huir, Lazarus.

No lo hago. No retrocedo en absoluto y no aparto la mirada de esos labios expresivos que tiene.

Él clava los ojos en los míos y, durante un breve instante, sonríe, victorioso y perverso a la vez. A continuación, reclama mi boca con la suya.

La sorpresa de su beso hace que me tambalee hacia atrás, pero el brazo de Tánatos me estabiliza para luego acercarme a él tanto como le es posible, clavándome los dedos en la parte baja de la espalda.

Mueve la boca contra la mía, y aunque he besado a una docena de hombres y dudo que Death haya besado a nadie en absoluto, ambos estamos igualados, su fuego enfrentado al mío.

En este momento, me doy cuenta de que en realidad le estoy devolviendo el beso. Estoy enfadada, aterrorizada y perdida, y mis labios luchan contra los suyos. Pero, aun así, lo estoy besando.

Él sonríe contra mi boca, como si también estuviera cosechando esta pequeña victoria. Siento esa sonrisa directamente en mi centro.

Death se inclina un poquito para poder pasarme el otro brazo por detrás de las rodillas. Un segundo después, me levanta, acunando mi cuerpo contra el suyo.

No veo sus alas abiertas, pero siento que aprieta los brazos a mi alrededor.

Y, entonces, Tánatos cumple aquello con lo que lleva tanto tiempo amenazándome.

Me lleva con él.

PARTE II

XXXVIII



Me aferro a Tánatos con fuerza mientras nos elevamos más y más alto y el corazón me martillea en el pecho.

Me he rendido y he cedido, y aun así no logro desterrar el miedo de estar en sus brazos. Todo en Death fue hecho para exterminar vidas y, tan cerca de él, siento lo incorrecto de mi existencia ininterrumpida.

Por no mencionar que la última vez que me abrazó así, me dejó caer. Bueno, eso solo pasó después de que yo lo apuñalara, pero, aun así, ese pensamiento me agarrota todo el cuerpo.

—No vas a dejarme caer otra vez, ¿verdad? —susurro.

Me roza la oreja con la boca, su aliento es cálido y habla en voz baja, como lo haría un amante.

—Te lo juro por mi vida, Lazarus. Eso ha quedado en el pasado.

¿Se da cuenta de que su voz destila sexo? Prácticamente gotea de sus palabras y mi cuerpo parece despertar mientras unas mariposas me revolotean por el estómago y me enciendo por dentro.

Volamos durante *horas*, con Death abrazándome con fuerza en sus brazos. Suponía que incluso este jinete todopoderoso se cansaría de volar mientras carga con una mujer adulta, pero debería haberlo pensado mejor. Un ser que puede matar a la población de una ciudad en un instante es más que capaz de secuestrar a una insignificante humana.

Mientras tanto, ardo en preguntas para el jinete: «¿Dónde está tu caballo?», «¿A dónde me llevas?», «¿Qué pasa ahora?». Sobre todo, quiero preguntarle si ha dejado en paz a mi hijo una vez que

se ha dado cuenta de que estaba curado. Pero me aterra volver a atraer su atención hacia Ben, por si acaso él está bien. Me imagino que a Death no le hace gracia que le roben un alma.

Me concentro en el mundo que queda a mis pies, solo para distraerme. Es difícil ver algo con la melena azotándome en la cara y el picor que el viento me provoca en los ojos, pero vislumbro algunos detalles. En su mayoría, el terreno es un mosaico de campos con algunas casas diseminadas como pecas en un rostro. De vez en cuando, sin embargo, veo ciudades, o, en algunos casos, los sombríos restos de ellas. Estos últimos parecen una mancha gris en el paisaje, con los edificios derrumbados y las carreteras cubiertas de escombros. Apuesto a que, si mirara con la suficiente atención, también vería cadáveres. Ni me molesto en hacerlo.

Estos son los lugares que Death ha reclamado.

Y ahora te está reclamando a ti.

En algún momento, siento que empezamos a descender. Debajo de nosotros se encuentra una ciudad enorme, una que el jinete ya ha destruido. Dejamos atrás kilómetro tras kilómetro de estructuras arrasadas. Veo ciertos detalles de la topografía —la curva de una calle residencial, el brillo azul de una piscina, la torre de una iglesia —, pero todo lo demás es casi irreconocible.

¿Por qué Death me trae aquí?

Porque seguimos descendiendo.

Casi a regañadientes, los edificios destrozados dan paso a extensiones cada vez más amplias de vegetación. A diferencia de la ciudad que acabamos de dejar atrás, las pocas estructuras que veo en esta zona están intactas. No tengo tiempo de preguntarme por qué, antes de que unos jardines bien cuidados parezcan un borrón a nuestros pies.

Con un último aleteo, aterrizamos en uno de dichos jardines. El jinete da unos últimos pasos hacia delante antes de cerrar las alas de golpe detrás de él.

A nuestro alrededor, todo es césped verde brillante. Levanto la mirada más allá de los jardines verdes, hacia la enorme mansión que

se yergue orgullosa ante nosotros. Reluce como un diamante y parece extraordinariamente fuera de lugar entre toda la muerte y la destrucción que acabamos de sobrevolar.

Death me deja en el suelo casi de mala gana. Doy unos cuantos pasos tambaleantes hacia delante, sintiéndome como un potro que intenta mantener el equilibrio por primera vez.

Miro a Tánatos, cuyas alas negras parecen una capa a su espalda. Sin su armadura, hay en él algo vulnerable. O a lo mejor es solo que no parece listo para la batalla.

Respiro hondo y me doy cuenta de que todo está volviendo a mí. El año que me pasé luchando contra él, estudiándolo, tratando de averiguar cuáles eran sus debilidades. Estoy cayendo de nuevo en esa rutina, como si mi tiempo con Ben solo hubiese sido un sueño y esta fuese mi realidad.

El suelo bajo mis pies tiembla, interrumpiendo mis pensamientos. Luego, alrededor del vasto perímetro de la casa, unas monstruosas plantas espinosas surgen de la tierra, crecen y se retuercen hasta crear una enorme pared.

—Esto me resulta dolorosamente familiar —comento.

Death es pura frialdad y dureza cuando me lanza una mirada. ¿Cómo es posible que se me pasara por la cabeza que había algo vulnerable en él?

—Ya te he dicho que no pienso dejarte ir de nuevo.

—No planeaba escapar.

—Ah, ya, porque tienes un trato que cumplir.

Nos sostenemos la mirada durante varios segundos. Tenemos mucha historia. Literalmente, del tamaño de ciudades.

—Te has escondido de mí durante medio año —dice.

Frunzo el ceño ligeramente. Creo que eso lo molesta de verdad. Aunque eso significara que podía arrasar ciudades enteras sin tener que preocuparse por enfrentarse a mí. Y, sin embargo, ¿qué ha hecho? Me ha dado caza como a un animal.

Es entonces cuando me doy cuenta.

Death se ha pasado todo ese tiempo buscándome en lugar de acabar con nuevas partes de los Estados Unidos.

Por primera vez desde que hice un trato con sus hermanos, de

repente veo la situación con claridad. He alterado la motivación de Tánatos.

—Dejaste de perseguirme —añade, en tono acusatorio.

—Tenía que hacerlo —digo—. De lo contrario, habrías matado a mi hijo.

—Tu hijo —repite, y escucho la pregunta en su voz.

Puede que el jinete no sepa mucho sobre humanos, pero creo que sabe lo suficiente como para que los tiempos lo tengan confundido. La última vez que me vio, no parecía embarazada, pero ahora tengo un hijo, uno de más de un año.

Ahora que ha surgido el tema de Ben, mis preocupaciones resurgen.

—¿Mi hijo está… está… está…?

¿Muerto? Es la pregunta que no se suponía que debía hacer, pero se me ha escapado de todos modos.

La mirada de Tánatos es dura como el pedernal.

—*No.* —Hace una mueca—. Tu hijo está vivo.

—¿De verdad?

Siento que las rodillas están a punto de cederme.

Veo muchísimo autodesprecio en el rostro del jinete.

Me doy cuenta de que es porque no se ha llevado el alma de mi hijo. Podría haberlo hecho —y está claro que él piensa que debería— pero no lo ha hecho. Porque esa alma significaba algo para mí.

Se me escapa un gemido y a continuación recorro la distancia que nos separa.

Death me lanza una mirada confusa, pero antes de que pueda hacer algo más, le agarro la cara. Sin pensármelo dos veces, le doy un beso brusco y agradecido en los labios.

Saboreo su sorpresa.

Me alejo antes de que a Tánatos le dé tiempo a reaccionar.

—Gracias —digo con la voz ronca.

Todavía retengo su rostro entre las manos y seguimos a solo unos centímetros de distancia, y eso es lo bastante cerca para ver su creciente deseo, que lucha con su propia culpa, pero su mirada desciende hasta mis labios y veo cómo un poco más de esa culpa retrocede.

—Gracias —repito, atrayendo su mirada hacia la mía.

Él tensa la mandíbula, pero asiente muy sutilmente.

Bajo las manos y me alejo.

Esos muros que he construido para mantenerlo fuera han caído durante unos segundos, pero incluso ahora siento que se reconstruyen. Considerando las circunstancias, no me hace falta volver a poner esos muros en su sitio, pero no puedo evitarlo. Durante el último año, se han vuelto cómodos.

Respiro hondo.

—Entonces —digo, aclarándome la garganta—, ¿cómo nos encontraste a mi hijo y a mí en esa habitación de hospital? —pregunto, tratando de que la conversación vuelva a ser algo civilizada.

—Siento a los vivos, pero solo puedo ver a través de los ojos de los muertos y moribundos —dice Tánatos—. Cuando tu hijo comenzó a morir —me estremezco ante la palabra—, me invitó a entrar. Miré a través de sus ojos y fue entonces cuando te vi. Volé tan rápido como pude y creo que ya conoces el resto.

Y ahora que sé que mi hijo está a salvo, puedo respirar con tranquilidad. Ahora solo me queda recorrer este nuevo camino que me han impuesto.

Dirijo la atención hacia la casa.

Un elaborado camino de entrada bordeado de setos podados con formas agradables conduce a la enorme vivienda. Rosas de color rosa pálido trepan por una parte de la casa y parece haber más en un jardín cercano. Entre todo ese follaje hay una estatua oxidada de un niño tocando una flauta, los depósitos de calcio a lo largo de su cuerpo sugieren que en el pasado fue una fuente, aunque no parece estar en funcionamiento en estos momentos.

Sobre la entrada hay una cabeza de león y a un lado de la casa se encuentra una habitación circular con una vidriera. Y luego, por supuesto, están las otras ventanas, que son tan grandes que parecen no tener fin.

Nunca he estado cerca de una casa tan magnífica.

—¿Te enseño el interior? —pregunta Death.

Es entonces cuando me doy cuenta de que, mientras yo he

estado estudiando la casa, él me ha estado estudiando a mí, observándome con esos ojos que ven demasiado.

Me concentro en él.

—¿Vamos a quedarnos aquí? —pregunto, solo para estar segura.

—¿No te gusta? —responde Tánatos.

Es el lugar más impresionante que he visto en mi vida.

Me quedo atrapada en su mirada. No tengo ni idea de qué haría si le dijera que no, que este sitio no me gusta. Es probable que me arrastrase dentro de todos modos, el muy bárbaro.

Pero no me desagrada. No hay mucho en esta situación que me desagrade, excepto el hecho de que me he visto obligada a separarme de Ben y que no tengo ni idea de cuándo lo volveré a ver. Dejando eso de lado, me pone nerviosa la parte de mí a la que le parece bien verse arrastrada por una antigua deidad de la muerte que está matando a todo el mundo y ahora quiere vivir conmigo.

—¿De verdad vamos a hacer esto otra vez? —digo, tratando de sacudirme la extraña e incómoda sensación que estoy experimentando.

—¿Preferirías que viajara sin cesar, obligándote a no detenerte nunca, a no descansar jamás? —pregunta—. Porque yo sí.

—Y entonces, ¿por qué no lo haces?

La expresión del jinete se vuelve solemne y tal vez un poco fervorosa.

—Quiero ver la expresión de tu rostro cuando estás feliz. No sé por qué, pero es así. Te he visto enfadada, llena de odio, decepcionada y triste, muy triste, Lazarus. Quiero ver qué aviva el fuego de tu alma y te ilumina desde dentro.

Tengo que apartar la mirada de él. Lo culpo de tantas cosas que me cuesta mirarlo cuando su humanidad sale a luz, y aún más si esa amabilidad está dirigida a mí.

Me alejo del jinete, tratando de poner distancia entre nosotros. Sus bonitas palabras van a derribar mis muros con más celeridad de la que me hace sentir cómoda.

Mientras me dirijo por el camino de entrada hacia la enorme puerta principal, oigo a Death detrás de mí y siento esos ojos

antiguos escrutándome. Pero parece contento con limitarse a observarme hacer lo que quiera.

No me pregunto por los ocupantes de la casa hasta que pongo la mano en el pomo.

Y ahora no tengo tantas ganas de entrar.

Bajo mi mano, el pomo de la puerta gira, pero no soy yo quien lo mueve. Se me escapa por completo cuando la puerta se abre.

Al principio, no proceso lo que estoy viendo. Es decir, me fijo en los huesos blancos y brillantes que parecen estar unidos únicamente con magia, los doscientos y pico desafiando las leyes de la gravedad. Tardo varios segundos más en darme cuenta de que estoy mirando un esqueleto. Uno que se mueve.

Se me escapa un grito y, antes de que pueda pensármelo mejor, le asesto una patada a esa cosa, porque mi parte primitiva quiere ver esos huesos en el suelo, que *es su sitio*.

El esqueleto cae, no en pedazos, sino como lo haría un humano. Solo cuando toca el suelo, muchos de los huesos se separan.

Death chasquea la lengua detrás de mí.

—¿Era realmente necesario? —pregunta, acercándose a mi lado.

Me giro hacia él y, por un instante, me siento como un pez boqueando, incapaz de encontrar mi voz.

—¿Era necesario que un hombre muerto abriera la puerta? —logro decir al fin.

—Era una mujer —dice Tánatos en tono razonable.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo cuando me doy cuenta de que ha llegado el momento. Ahora tengo que enfrentarme a todo aquello de lo que he estado huyendo.

Voy a vivir con un tío capaz de hacer que los esqueletos cobren vida, entre otras cosas.

No solo vas a vivir con él, Lazarus, sino que también vas a fallártelo.

Se me acelera el corazón al pensarlo, y siento que me sonrojo solo con contemplar la idea.

Acostarme con la mismísima encarnación de la muerte.

Le lanzo a Tánatos una mirada de reojo, lo cual es un error. Es guapísimo, algo que nunca podré olvidar, pero, joder, voy a tener

que tirarme a este tío hasta dejarlo seco. Eso debería cabrearme. Tengo mil razones para estarlo. Pero no lo estoy, y de alguna manera, eso es todavía más repugnante.

Me muevo para entrar y poner un poco de distancia entre nosotros.

—No, no —dice el jinete, eliminando el espacio que nos separa.

Me apoya la mano en la cadera y ese contacto provoca una sacudida que me recorre el cuerpo.

—¿Qué haces? —exijo saber, mirando hacia abajo, entre nosotros, donde ha colocado su ofensivo apéndice. No es que no me haya tocado antes, pero ahora estoy pensando en sexo y siento esas manos de forma diferente contra mi piel, mejor y más inoportunas.

Él mueve la mano en cuestión hacia la empuñadura de una de mis dagas.

—Quitarte las garras —responde con calma, desenvainando la hoja y arrojándola a un lado.

—¿De verdad hace falta? —objeto.

Aprieto los dientes cuando escucho los ruidos del esqueleto recomponiéndose y alargando el brazo hacia el arma. Recoge la daga y se interna en la casa.

—Has venido conmigo voluntariamente —me recuerda.

Eso tampoco puedo discutirlo.

—¿Dónde están los dueños? —pregunto, observando los suelos de mármol pálido y los techos abovedados.

—Recién fallecidos.

Palidezco.

Death se acerca tanto que veo las extrañas motas plateadas que brillan en sus ojos. Son unos iris antinaturales, inhumanos.

—No te sorprendas tanto —dice—. Me has visto acabar con ciudades enteras. Esto no es nada.

—Pero nunca me has exigido que coma su comida o duerma en sus camas —replico con dureza.

—No, nunca lo he hecho —me da la razón—. Sin embargo, en el último año has seguido robando a los muertos, ¿no? —añade en voz baja—. Les has robado lo que llevaban en los bolsillos, la comida y, sí, también has dormido en sus camas.

—Eso es diferente —digo, intentando defenderme. Pero ha tocado una fibra sensible. Inspiro hondo—. ¿Dónde están los cuerpos? —pregunto.

—Están bien cuidados.

Frunzo el ceño.

—No van a aparecer como… —Señalo con la barbilla al lugar donde he visto por última vez al esqueleto.

Ahora no está a la vista y, de alguna forma, eso es aún más desconcertante.

—No —responde con solemnidad.

Supongo que al menos debería estar agradecida de que el jinete no haya decidido resucitar a los antiguos dueños. Creo que esa podría haber sido la gota que colmara el vaso en cuanto a sorpresas desagradables.

Tánatos me apoya una mano en la espalda —que me toque así todavía me hace sentir cosas raras— y me obliga a adentrarme más en la casa.

Me entran ganas de llorar cuando veo los muebles de terciopelo y las impecables cortinas blancas. Más allá de la entrada, los suelos son de una madera de castaño intensa que parece del color del azúcar quemado, y los han pulido hasta sacarles brillo. El papel de la pared está pintado a mano y brilla cuando la luz incide en el lugar correcto y hay una vitrina llena de piezas de vajilla de porcelana. Es un mundo completamente diferente, uno que parece pertenecer a una época anterior al apocalipsis.

—¿Cómo sabías que ese esqueleto era una mujer? —pregunto mientras avanzamos por el pasillo.

—¿Mmm? —dice Death, distraído.

—El esqueleto de antes, el que yo he dicho que era un hombre. Me has corregido acerca de su género. ¿Cómo sabías que era una mujer?

Me mira.

—*Kismet*, sé muchas cosas.

Y yo siento la incómoda necesidad de aprenderlas todas.

—Eso no responde a mi pregunta —digo.

Tánatos me dedica una de sus miradas largas y prolongadas. Me

estoy acostumbrando a ellas. Puede que nunca vaya a sentirme cien por cien cómoda con la forma en que el jinete se toma su tiempo para mirarme, pero esta es la única parte de nuestra relación que ha sido constante: él mirándome durante mucho más tiempo de lo que se considera socialmente correcto.

—Tú ves huesos y nada más —dice al final—. Yo veo la imagen residual del alma que los utilizó.

Death me conduce a una de las habitaciones, aunque yo todavía tengo toda mi atención puesta en él.

—Entonces, ¿puedes ver a través de los ojos de los moribundos y de los muertos y puedes ver a la persona cuyo cadáver controlas? —pregunto.

Esas habilidades… son un aspecto íntimo y desconcertante de su poder.

—Haces que suenen como dos cosas diferentes —responde él—, pero todo está entrelazado.

—Si lo que dices es cierto, ¿por qué no entiendes mejor a los humanos? —quiero saber.

Es decir, la primera vez que me capturó, la idea de que yo necesitara comida, agua y una cama lo dejó absolutamente perplejo.

Tánatos me mira desconcertado.

—No sé cómo responder a eso. Supongo que ver algo no es lo mismo que entenderlo o vivirlo.

Aparto la mirada, solo un instante, pero me concentro en nuestro entorno. Mientras yo me sumergía por completo en la conversación, Death me ha traído a… parece incorrecto llamar a esto un dormitorio. Es demasiado grande. Tanto que casi resulta incómodo. La lámpara de araña que cuelga sobre nuestras cabezas está tallada en cristal, y el suelo está cubierto con una alfombra enorme que parece importada de algún lugar lejano. Varios jarrones dorados descansan en nichos, las ventanas están enmarcadas por cortinas pesadas y en la cama hay un edredón a juego. Toda la habitación está decorada en tonos vino y dorado y es tan impresionante como impersonal.

Lo cierto es que nunca he estado en una casa tan lujosa.

—Esta es tu habitación —declara Death. Mira a su alrededor

antes de volver a fijarse en mí—. ¿Te gusta? —pregunta.

—¿Importa?

«Sí», parecen decir sus ojos.

Es sorprendente que este ser poderoso, casi omnipotente, pueda sentirse vulnerable a mi alrededor.

—Nunca he dormido en una habitación como esta —confieso.

Frunce el ceño y siento la necesidad de aclararlo.

—Es más bonita que cualquier casa en la que me haya alojado.

Juro que lo siento relajarse un poco.

En ese momento, me alejo de su lado y cruzo la habitación. El hombre a mi espalda me pone nerviosa, pero también este precioso dormitorio con tantos adornos. Me hace sentir la suciedad y la mugre en mi piel, y si este dormitorio tuviera consciencia, apuesto a que arrugaría la nariz de asco.

Echo un vistazo al armario, curiosa por lo que encontraré dentro. Está lleno de ropa de mujer, toda ella colgada con pulcritud o doblada en los estantes. Parece haber prendas de todas las tallas, pero hay tantos conjuntos que ahogan el hecho de que las tallas son incongruentes.

—Eso es tuyo —susurra Death.

Espera. ¿Qué?

Me doy la vuelta, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué quieres decir con que es mío?

Tánatos inclina la cabeza hacia abajo y me mira de una forma que parece tanto tímida como taimada.

—Son cosas que me pareció que te podrían gustar.

¿Ropa que le pareció que…?

—¿Me estás diciendo que no pertenecían a la antigua dueña?

Tánatos niega con la cabeza con suavidad.

Si no son cosas de la dueña… entonces debe de haber recogido estas prendas en otra parte y las ha traído aquí.

Frunzo el ceño mientras observo al jinete. La mirada de Death es cautelosa; sin embargo, no parece avergonzado ni posesivo, ni nada que indique que es *extraño* llenar un armario de ropa de mujer para la cautiva a la que pretendes secuestrar.

Respiro hondo y, de repente, lo entiendo.

Está intentando cuidarme, ser una especie de buen compañero. Me burlé de su primer intento, así que, para compensarlo, ha encontrado la casa más grande y llena de las cosas más bonitas.

No te atrevas a sentirte conmovida por esto, Lazarus. Ni hablar.

A pesar del sabio consejo de mi cerebro, me derrito, solo un poco.

—Te das cuenta de que los humanos no hacen las cosas así, ¿verdad? —pregunto.

—No soy humano —declara.

Aparto la mirada de él y la poso en la cama apoyada contra la pared adyacente. El edredón rojo vino grita sexo y se me acelera el corazón al verlo.

—¿Se supone que tengo que dormir ahí? —pregunto.

—Si quieres —dice Tánatos y, una vez más, sus palabras despiertan mi cuerpo.

Y es probable que él esté pensando en que la última vez que me secuestró elegí dormir a la intemperie, pero yo estoy pensando en su peso sobre mí y en la tarea que me han encomendado.

¿Y si…? ¿Y si me acercara a él ahora mismo y lo besara como he hecho antes? ¿Y si él me devolviera el beso? ¿Y si lo guiara hasta esa cama, lo desnudara y asediara su letal cuerpo?

Creo que a él le gustaría.

Sé que a mí sí, podría odiarme después, pero me gustaría.

Y, sin embargo, tengo el pulso desbocado y entro en pánico ante la idea de empezar algo y es una *locura* pensar que he podido hacerle daño una y otra vez a este hombre, pero me aterroriza exponerme realmente ante él.

Más tarde. Ya moveré ficha más tarde.

Soy una cobarde.

—¿Me das…? ¿Me das un momento? —le pido.

—No sé qué significa eso —responde Death.

—Quiero estar sola —aclaro.

—Si intentas marcharte…

Le lanzo una mirada intensa.

—Lo *último* que pretendo es marcharme.

Esos ojos extraños y hermosos me recorren el rostro, y cuanto

más tiempo observa mi expresión, más acalorada se vuelve su propia mirada. Esto que hay entre nosotros lleva fraguándose un año y a estas alturas resulta crudo y doloroso y está a punto de estallar.

Al cabo de varios segundos, Tánatos inclina la cabeza y, sin decir otra palabra, me deja a solas con mis pensamientos.

XXXIX



Julio, año 27 de los jinetes
Sugar Land, Texas

Me miro las manos y cierro los ojos con fuerza.

No tengo respuestas. Ni forma de entender lo que los hermanos de Death quieren que haga, o lo que yo quiero, o cualquier otra cosa.

Lo único que sé es que sería muy fácil caer en los brazos de Tánatos. Es guapísimo y, a pesar de todas las matanzas que lleva a cabo, sé que no es malvado. Es probable que eso sea lo que más quebraderos de cabeza me da. Se llevó a mi familia, estuvo a punto de llevarse a mi hijo, va a intentar llevarse a todos los demás y, sin embargo, en su corazón no hay maldad.

Yo he visto la verdadera maldad.

Me froto la cara y respiro hondo. Siento el estómago revuelto mientras mis pensamientos dan vueltas y más vueltas.

Me gustaría decir que la determinación es lo que me saca de mi nueva habitación, pero la verdad es que me llega un olorcillo delicioso y me duele el estómago del hambre que tengo.

¿Quién está cocinando? Es imposible que se trate de Death. Eso sí que sería toda una sorpresa.

Además, ¿dónde está la cocina?

Salgo de mi habitación solo para perderme… y luego me pierdo otra vez.

¿Quién necesita tanto espacio?

Todavía no he descubierto dónde está la cocina cuando llego a la sala de estar. Me detengo cuando veo a Death de pie frente a una gran ventana, con la mirada fija en algún punto del exterior.

Trago saliva al ver esos hombros enormes y esas alas grandes y plegadas.

En este momento, de espaldas a mí y tan quieto, me recuerda a esos ángeles de piedra que he visto a veces en los cementerios. Los que parecen dolorosamente tristes. La situación me provoca un estremecimiento.

—Ya estoy aquí —digo a modo de saludo.

Las alas de Death se levantan, solo un poco; esa es la única indicación de que lo he sorprendido. Cuando se gira, su mirada es de alguna manera cautelosa y dolorosamente desprotegida a la vez.

Me observa durante varios segundos.

—Me sorprende que quisieras estar sola —admite—. Yo he estado solo durante tanto tiempo que he llegado a detestarlo. Había supuesto que a ti te sucedía lo mismo.

—Así era —admito.

Antes de Ben, creía que me volvería loca en alguno de esos tramos desiertos de carretera.

La emoción provoca que Tánatos apriete la mandíbula. O puede que, sencillamente, sea que no está acostumbrado a que nadie se relacione con él. Ese es un tipo distinto de soledad: cuando tus verdades más profundas están encerradas y nadie más que tú puede escucharlas.

—Así era —repite, dejando que mi respuesta cale. Al cabo de unos instantes, da un paso hacia delante y sé, por el brillo de sus ojos, que está a punto de revelar más secretos—. Lo único que me ayudaba era rememorar nuestras interacciones —admite—. Y cuando se acabaron, me imaginaba tu voz y las mil conversaciones diferentes que podría tener contigo. Deseaba escuchar mi nombre saliendo de tus labios. Anhelaba ver tu rostro. Tocar tu piel.

Se me entrecorta la respiración al escuchar sus palabras. Mientras que yo me he pasado el último año recordándome todas las razones por las que Death es horrible, él ha estado haciendo *esto*.

Me mira de arriba abajo.

—Sin embargo, ahora que estás aquí, siento un miedo profundo y permanente de que no sea real, de que te desvanezcas en la noche. Y, a pesar de todo mi poder, no logro deshacerme de esa sensación.

—No voy a irme a ninguna parte —le recuerdo.

Tánatos me dedica otra de sus intensas miradas. Estoy bastante segura de que se quedaría todo el día mirándome si lo dejara.

Pero, a continuación, me sorprende.

—Debes de tener hambre —comenta, acercándose.

—Pues sí —respondo con cautela.

El jinete llega a mi lado y me coge de la mano.

La sensación me obliga a cerrar los ojos. No creo que a ninguno de los dos nos hayan tocado en mucho, mucho tiempo, hecho que provoca que cada pequeño contacto físico sea mucho más potente. Y con las palabras de Death todavía resonando en mi mente, sé que este sencillo roce también debe de significar mucho para él.

—Ven, mi adversaria caída —dice con suavidad, tirando de mí—. Tengo una cena de la victoria a la que asistir y tú eres mi invitada de honor.

Abro los ojos para mirarlo, pero él ya está avanzando, guiándome a través de esta enorme casa con la que claramente está familiarizado.

¿Cuánto tiempo ha estado preparando este lugar para mí?

Tánatos me conduce hasta un gran comedor que yo había pasado por alto porque está en el extremo opuesto de la mansión. Al igual que el resto de la casa, está profusamente ornamentado, con otra lámpara de cristal y un espejo dorado que cuelga sobre una enorme chimenea. La mesa en sí es enorme. Cuento doce sillas a su alrededor y la superficie oscura de la madera está tan pulida que incluso brilla.

Sobre ella hay varios platos humeantes y cubiertos para dos, uno al final de la mesa y otro justo a su lado.

Death me suelta la mano y me deja entrar en la estancia. Paso los dedos por la superficie lisa de la mesa. Echo un vistazo de reojo al jinete y lo descubro observándome, acariciándome con la mirada como si me tocara.

—¿Cómo aprendiste a cocinar? —pregunto, señalando los platos.

Técnicamente, esto es mucho más que cocinar. Cada manjar parece estar servido a la perfección y la mesa se ha dispuesto con un cuidado preciso.

Death levanta la barbilla.

—¿Te gusta? —pregunta con curiosidad.

Ahí está otra vez la misma pregunta.

—¿Importa? —susurro, temerosa de decirle la verdad: que esto supera con creces cualquier expectativa que tuviera.

—Ya conoces la respuesta, Lazarus —responde.

No puedo apartar la mirada de él. Es fascinante.

El jinete señala con la cabeza hacia la mesa.

—Adelante —dice al fin.

Le hago caso. Me dirijo al asiento que me ha ofrecido y, tras un instante de vacilación, retiro la silla y me siento.

Solo entonces Death se mueve, avanza en silencio hacia los demás cubiertos al final de la mesa. En ese momento, reparo en que ha cortado el respaldo de esa silla.

El jinete la retira y levanta ligeramente las alas para poder acomodarse.

Hace una semana, estaba planteándome viajar al extranjero con Ben. Hace dos días, estaba segura de que mi hijo moriría. Hace un día, negocié con mi vida para salvar la suya. Hoy, el ángel de la muerte me ha llevado con él por segunda vez en mi vida. Y ahora estoy sentada a la mesa con él, a punto de comer, como si todo esto fuera normal.

Observo la variedad de comida. Hay pan y queso, pero también una ensalada aliñada, una pasta cremosa, pimientos rellenos y pollo empanado.

—¿Quién ha preparado esto? —pregunto.

Death desliza la mirada hacia una puerta cercana. Está cerrada, pero cuando me fijo, la manilla gira y por ella sale un esqueleto que lleva una botella de vino abierta.

—Tienes que estar de broma —suelto mientras esa cosa avanza hacia nosotros—. ¿Esta comida la ha hecho un muerto? Dime que no es verdad.

El jinete me lanza una mirada curiosa.

—Pues lo es.

Examino los platos.

—*¿Cómo?*

¿Cómo ha podido un esqueleto sin consciencia hacer todo esto?

El esqueleto se acerca y me sirve vino. Luego se desplaza hacia Death y le llena el vaso antes de dejar la botella sobre la mesa.

Tánatos levanta una mano y hace un gesto señalando a la criatura.

—Les digo lo que tienen que hacer y lo hacen. Pero confieso que no entiendo cómo se prepara la comida humana, o… —les dedica una mueca a los platos en cuestión— qué es lo que encuentras particularmente *atractivo* en ella. —Mientras habla, el esqueleto se retira en silencio y sale por la puerta por la que ha entrado.

—Bueno, por lo general, la comida nos resulta atractiva porque, ya sabes, nos mantiene vivos —digo, con una pequeña sonrisa tirándome de los labios.

—Lo dice la mujer que no puede morir —interviene.

Vuelvo a concentrarme en los platos que tengo delante. Desearía no tener apetito. Desearía que lo que Tánatos acaba de admitir supusiera una diferencia de algún tipo, pero la verdad es que no he comido mucho en los últimos días y, ahora mismo, estoy dispuesta a probar algo que ha preparado un cadáver.

—¿Tendrá un sabor normal? —pregunto.

—Espero que sepa exactamente como la comida hecha por los vivos —declara Tánatos.

Se me escapa un suspiro tembloroso.

De acuerdo. Vamos allá.

Me decanto primero por la pasta y me sirvo un poco en el plato. Tras un segundo de vacilación, también echo un poco en el de Death.

—¿Qué haces?

No aparta sus ojos curiosos de mí en ningún momento.

—Te estoy sirviendo —respondo—. Al fin y al cabo, eres tú quien me ha invitado a tu «cena de la victoria».

Me lanza una mirada dura, pero sigue pareciendo perversamente

complacido, aunque imagino que tiene más que ver con la idea de esta cena de la victoria que con la comida en sí.

Termino sirviéndonos un poco de todo en los platos mientras el jinete se reclina en su asiento y me observa con una expresión maliciosa y calculadora.

Cuando termino, me siento de nuevo en mi silla y observo la mesa.

—Entonces, para esto está empleando el poderoso Tánatos sus poderes oscuros: para que los muertos cocinen para él —comento.

Me dedica una sonrisa sombría.

—¿Preferirías que me limitara a permitir que los muertos saqueen ciudades y maten a los vivos? —pregunta—. War se labró un nombre haciendo justo eso.

Siento que la sorpresa me abre los ojos como platos. El War al que yo conozco —y admito que no lo conozco demasiado bien— parece un hombre razonable, aunque me echara a los leones al obligarme a aceptar esta situación. Ni mucho menos parece alguien que haría algo tan… horripilante y perverso.

—No lo sabías —afirma Death al leerme la expresión—. Te aseguro que todos mis hermanos han matado regiones enteras del mundo. Y, a diferencia de mí, la mayoría de sus actos fueron crueles y estuvieron repletos de sufrimiento.

Escudriño el rostro de Tánatos en busca de la mentira. En vez de eso, encuentro una verdad inquietante.

Y he mandado a Ben con ellos.

—¿Está bien mi hijo?

Death frunce el ceño ante el cambio de tema. O puede que solo se sienta confundido por mi pregunta.

—Está vivo —afirma—. Y sano. No puedo detectar nada más aparte de eso.

Dejo caer el cuerpo con pesadez contra la silla.

Ben no se está muriendo. Si está bien o no es otra cuestión completamente distinta.

Destierro mis miedos. He conocido a esos hombres y he averiguado lo que los motiva. Puede que en el pasado fueran monstruos, pero tengo que confiar en que ya no lo son. Tienen en

mente el bien de la humanidad. De no ser así, habrían dejado morir a mi hijo y Death y yo seguiríamos siendo enemigos.

A pesar de mis propios intentos por relajarme, todavía tengo que tomar algunas respiraciones profundas para calmarme.

Tánatos estudia mi expresión y juro que repara en cada pequeño tic como si fueran palabras en una página.

—¿A dónde se han llevado mis hermanos a tu hijo? —pregunta al fin.

Como respuesta, aprieto los labios.

Death continúa estudiando mis rasgos.

—¿Crees que quiero hacerle daño? ¿Que busco causarte dolor? No busco hacerle daño *a nadie*. Soy el fin del sufrimiento, *kismet*.

Todavía no se ha dado cuenta de que no es necesario cortar a alguien para hacerlo sangrar. Si les arrebatas lo que les es más preciado, sufrirán.

Death se recuesta en su silla.

—Bueno, sobre el plan de mis hermanos… No comprendo qué esperan conseguir al obligarte a rendirte ante mí.

Las palabras de War resuenan en mi cabeza.

«Seduce a Death».

Me guardo mis pensamientos para mí misma. Pero los segundos se alargan y lo único que los remarca es un sonido distante de algo arrastrándose, que deben de ser los sirvientes esqueléticos de Death. El jinete mantiene la vista clavada en mí en todo momento.

—Es de mala educación mirar fijamente —suelto al final.

—No me importan tus estúpidos tabúes humanos —responde.

Y sigue mirándome. Y mirándome.

Yo quiero mirar a todas partes menos a él, pero si él no va a seguir las convenciones sociales, entonces voy a mandarlo todo a la mierda y yo tampoco lo haré. Así que… decido mirar hasta saciarme.

Me doy cuenta de mi error casi al instante. Es absolutamente perfecto. Como si lo hubieran creado a partir de mis anhelos más profundos. Ese cabello negro me llama para que lo acaricie con los dedos, y esos ojos tristes y solemnes me piden esa conexión que solo yo puedo darle. Y esos labios… cuánto anhelo volver a saborearlos.

Cuanto más lo miro, más se me calienta la sangre. No puedo evitarlo. No estoy hecha para resistirme a hombres tan guapos.

Pero no es solo su belleza. Devuelvo la atención a esos ojos antiguos, que guardan todo tipo de secretos. Cuanto más los observo, más me parece que caigo en sus profundidades. Y cuanto más me mira, más acalorada se vuelve su mirada.

Joder.

El pulso me late con fuerza y este comedor cavernoso de repente se me hace demasiado pequeño.

Me echo hacia atrás en la silla y suspiro mientras lo miro. Se supone que debía sonar cien por cien molesta, pero el sonido transmite una sensación melancólica que hace que parezca que me falta el aliento, maldita sea.

Tánatos me recorre el rostro con la mirada.

—¿Qué? —exige.

—Acabo de darme cuenta de que voy a tener que conocerte —digo.

Arquea una ceja mientras me observa.

—Y que tú, inevitablemente, vas a conocerme a mí —añado.

La mirada de Death se calienta aún más, aunque su expresión sigue siendo ilegible.

—Voy a descubrir todas tus pequeñas costumbres…

—No tengo costumbres —interrumpe.

—Pues claro que sí. Las he señalado en un mapa —replico.

Frunce el ceño. Si no supiera que es imposible, diría que a Tánatos no le gusta la idea de tener tendencias humanas. Pobre necio. Le esperan unas cuantas revelaciones desagradables cuando se dé cuenta de que todo esto de tenerme cautiva es una gigantesca experiencia humana.

—Y —continúo— tú vas a descubrir todas las cosas molestas que me caracterizan. Y nos volveremos locos el uno a la otra.

Junta los dedos.

—¿De verdad crees que te he buscado durante tanto tiempo para que me asusten unas cuantas «cosas molestas»? Me volví loco *buscándote*. Dudo que me vuelva loco saboreándote.

Cuánto deseo que se arrepienta de esas palabras y, sin embargo,

al mismo tiempo, me dejan sin aliento, me desequilibran.

—De todos modos —digo—, nos hemos portado fatal con el otro… y ahora se supone que debemos convivir. Así que —respiro hondo—, creo que deberíamos sincerarnos y airear nuestras quejas.

—¿Quejas? —Enarca las cejas.

—Dime todo lo que odias de mí y yo te diré todas las cosas que odio de ti —aclaro.

Frunce el ceño.

—Esto es ridículo, Lazarus. No odio nada de ti.

Enarco las cejas.

—¿De verdad? Llámame escéptica, pero no me lo trago.

Death me observa con atención.

—Es tu juego, Lazarus. O sea que juega y acaba con esto de una vez.

Le sostengo la mirada.

—Odio tu existencia.

Esas palabras han estado ahí, en el fondo de mi garganta, desde que lo conocí.

Los ojos de Tánatos emiten un destello.

—Ni siquiera eres consciente de lo que dices. No hay vida sin muerte —explica con vehemencia—. Así que, a menos que prefieras ser una roca o algún otro objeto inanimado, creo que mi existencia te viene muy bien.

Cuando termina de hablar, el silencio se extiende entre nosotros.

—Te toca —le indico.

Me mira fijamente.

—No te odio.

—Claro que no.

—A diferencia de ti, *kismet*, de verdad que no —dice, y suena cansado.

Le escudriño el rostro.

—Sigue siendo tu turno —insisto tras unos segundos.

Él suelta un suspiro prolongado.

—Está bien, Lazarus. No me gusta que me hagas daño.

Cojo mi copa de vino y le doy un buen trago.

No sabría decir si sus palabras me resultan inmensamente

satisfactorias o dolorosas. Ambas cosas, supongo.

Dejo la copa en la mesa.

—Lo siento —digo.

Death no dice nada, aunque percibo su confusión.

—Por hacerte daño —aclaro.

Busca mi mirada con la suya y respira hondo.

—¿Qué más odias de mí? —pregunta al cabo de un momento.

—Odio que me hayas arrebatado a mi familia. Odio que me hayas arrebatado a mi hijo…

—Sigue vivo —me interrumpe.

Tal vez, pero el hecho es que ya no está conmigo.

—Odio que hayas matado a tanta gente… y que yo haya tenido que presenciarlo todo. Odio haberme sentido obligada a detenerte. Odio que para pararte los pies haya tenido que saquear cadáveres, convencer a los escépticos y obligarme a soportar acabar herida o asesinada una y otra vez. Odio que mi vida se haya convertido en una larga lista de sacrificios.

—¿Qué más? —pregunta.

Vuelvo a coger mi copa de vino y continuo con mi larga lista.

—Odio que seas extrañamente amable —admito—, y odio que tu misión no te brinde alegría. Te hace parecer muy noble y complica mucho el asunto de odiarte.

Tal vez sea mi imaginación, pero juraría que se le ha suavizado la expresión ante esa última afirmación.

—¿Hay algo más? —pregunta.

Me acerco la copa a los labios y tomo otro trago de este vino tan caro.

—Odio que seas atractivo. —Y más para mí que para él, añado—: Tu belleza apenas me deja pensar.

Exhalo, sintiéndome extrañamente aliviada.

El calor ha regresado a los ojos del jinete.

«Seduce a Death».

—Odio sentirme atraído por ti —admite.

Ahora bajo mi copa.

—Es imposible que eso te sorprenda —dice Tánatos al reparar en lo mucho que me ha impactado su declaración.

Siempre me sorprenderá que este… este… este ángel monstruoso esté interesado *en mí*, la chica que nunca superó su ciudad natal y jamás dejó una gran huella.

—Estaba mejor antes de conocerte —dice—. En ese entonces, en mi cabeza no había muchos más pensamientos al margen de viajar y destruir. No perdía el tiempo pensando en el color de tus ojos o en la expresión salvaje que pones cuando estás decidida. Nunca revivía el recuerdo de cómo se mueve tu cuerpo cuando luchas.

Trago saliva y sé que tengo cierta mirada en los ojos, la misma que tienen los animales salvajes cuando se saben atrapados.

Me obligo a apartar la mirada de él y a concentrarme en mi plato. Solo este hombre podría hacerme olvidar que soy una mujer hambrienta sentada ante un banquete.

Dejo el vino, levanto el tenedor y le doy un mordisco a la pasta. Hay un instante en el que la salsa y los fideos me dan asco, y lo único en lo que puedo pensar es en que un cadáver lo ha preparado, pero luego detecto el sabor y está inquietantemente rico. Me llevo otro bocado a la boca, y otro, y muy pronto no me importa mucho quién lo haya preparado porque tengo un hambre voraz.

Siento los ojos de Death sobre mí. Estoy segura de que parezco una salvaje.

No me importa en absoluto.

Al cabo de un rato, paro para tomar aire.

A mi lado, Tánatos parece un poco horrorizado —cosa de la que me siento orgullosa— y también muy curioso.

—¿No comes? —le pregunto.

—¿La comida de los vivos? —dice, con la mirada fija en mi boca.

Curvo los labios ante sus palabras.

—Qué forma tan extraña de decirlo —comento—. ¿Comes comida de los muertos, entonces?

—Soy una deidad de la muerte. No necesito ningún tipo de sustento.

Lo miro de arriba abajo: desde su pelo oscuro y ondulado hasta sus rasgos cincelados, pasando por las alas negras y la camisa que parecen devorar la luz.

—¿Alguna vez has probado la comida? —pregunto.

—¿Qué sentido tendría?

No lo ha hecho. Nunca ha mordido una manzana madura ni ha hecho girar la pasta alrededor de un tenedor, ni ha probado el pan con mantequilla derretida.

Hace tiempo que sé que Death no tiene necesidades humanas, pero ¿nunca, ni una sola vez, ha probado la comida?

Dejo el tenedor.

Él sigue mirándome con una curiosidad ardiente cuando me levanto de la silla y me acerco a él. Ignoro a Tánatos un segundo y cojo una rebanada de pan. Levanto la botella de aceite de oliva que tengo cerca y vierto un poco en un plato pequeño que parece haber sido dispuesto para tal fin.

Sumerjo el pan en el aceite y me giro hacia el jinete.

El pan con aceite es uno de los alimentos más básicos; parece un buena idea empezar por ahí.

Respiro hondo para tranquilizarme. Allá vamos.

Antes de que él pueda hacer nada, me siento en su regazo. Oigo la inhalación aguda de Tánatos, pero luego apoya las manos en mis caderas.

—Si intentas apuñalarme…

—¿Con qué, con el cuchillo de la mantequilla? —bromeo. Más seria, añado—: Ya he dejado atrás esa fase, Tánatos.

Me aprieta la piel con los dedos al oír su nombre.

Levanto el pan y un reguero de aceite se desliza por la corteza crujiente.

—Quiero que pruebes esto.

Death hace una mueca.

—Puede que prefiera una puñalada.

Reprimo una risa. Solo este hombre diría algo tan ridículo.

—Es pan con aceite de oliva. Los humanos llevan comiéndolo miles de años. Está bueno. Y quiero que lo pruebes.

Su pecho sube y baja.

—¿Por qué? —pregunta—. ¿Por qué te importa?

—Desde hace un año me has estado obligando a experimentar cómo es la muerte. A lo mejor ya es hora de que tú experimentes un poco con la vida para variar.

Vacila, pero parece medio convencido.

—No te matará —añado.

—Una verdad desafortunada —murmura—. Con la muerte me siento cómodo. Con esto… no.

Estoy intentando con todas mis fuerzas no reírme de que este hombre, al que he disparado repetidamente, le tenga miedo a un pedazo de pan.

—Es tu cena de la victoria —le recuerdo—. Y en las cenas hay que comer.

Frunce el ceño.

—Y —añado—, si lo pruebas… —vacilo, bajando la mirada hacia sus labios— te besaré.

Sus ojos brillan. En un instante, cierra la mano sobre la mía y se acerca a los labios el pan que sostengo.

Lo mira fijamente durante un segundo, con el ceño fruncido.

—Todo mi ser se rebela contra esto —admite.

—En ese caso, debes de querer mucho ese beso —digo un poco sin aliento.

Intento restarle importancia, pero, por dentro, me siento en carne viva.

Los ojos de Death se encuentran con los míos. «Sí», parecen decir.

Mientras nos sostenemos la mirada, él se lleva el pan a la boca y, sin apartar la vista de mí, le da un mordisco.

Eso parece romper el hechizo.

Una mueca le tuerce el rostro y veo cómo se atraganta un poco mientras mastica con torpeza y se obliga a tragar.

—Es *horrible* —jadea.

No puedo evitarlo, me echo a reír, me río tan fuerte que me tiembla todo el cuerpo.

—Pues claro que no —digo, serenándome.

Sus ojos vuelven a estar fijos en mi rostro y, a pesar de que parece un poco mareado, me mira como si nunca hubiera visto nada como yo antes.

—Haz eso otra vez —me pide en voz baja.

—¿El qué? —pregunto.

—Reírte.

Le dedico una sonrisa confusa.

—No puedo hacerlo cuando me lo piden. Cuéntame un chiste y puede que me ría.

Él sigue mirándome los labios un poco más.

—Mmm…

En lugar de contar un chiste, me coge la mano y prueba otro bocado de pan, y procede a tener otra arcada.

—No puedo… comer esto —admite—. Es… *atroz*.

Coge el vino que su sirviente esquelético le ha servido, presumiblemente para quitarse el sabor de boca, pero lo que bebe es vino, no agua, y eso también es un gusto adquirido.

Tánatos casi escupe el líquido, solo logra evitarlo apretándose el puño contra la boca. Detrás de esa mano, su expresión transmite las náuseas que siente.

La nuez se le mueve una y otra vez antes de tragárselo todo.

—Demonios, mujer —resuella, con el rostro contorsionado por el sabor—. ¿Qué es eso?

Pero yo me estoy riendo de nuevo. Sacudo la cabeza, incapaz de hablar.

Death está haciendo todo lo que puede para limpiarse la boca con la mano, incluso mientras me observa con atención.

—Y quieres hacerme creer que la vida es agradable —murmura.

Con una última mueca, baja la mano, sin despegar los ojos de mí, y estoy bastante segura de que solo ha comido un segundo bocado de pan para escucharme reír de nuevo. Ese pensamiento me hace recobrar la sensatez, aunque una calidez no deseada se extiende por mi cuerpo.

Cojo su copa y bebo de ella.

A ver, es un buen vino y él no lo va a apreciar.

Él se maravilla al observarme.

—¿De verdad *eso* es vino? —pregunta, escéptico.

Me aparto la copa de los labios.

—Sí, de verdad.

Death es la viva imagen de la desilusión.

—He visto y oído mucho sobre el vino a lo largo de los siglos. No

imaginaba que tendría un sabor tan… *decepcionante*.

—Apuesto a que el pan también te ha decepcionado.

—No del todo —dice.

Se acerca y me quita el vino de las manos para dejarlo a un lado.

Lo miro desconcertada, sin estar segura de a dónde quiere llegar con esto.

En lugar de responder, apoya la mano en la parte posterior de mi cabeza. Tánatos me atrae hacia él y solo cuando faltan unos segundos para que mis labios toquen los suyos me acuerdo.

El beso.

A continuación, su boca está ahí, firme contra la mía.

Se me entrecorta la respiración, porque…

Es exquisito.

Darle la mano es una cosa, pero estar atrapada en su abrazo, con sus labios seduciendo los míos… Había olvidado que besarlo era toda una experiencia.

Abro la boca apenas un poco y él parece seguir mi ejemplo, separando sus propios labios. Presiono la lengua contra la suya y Death me hunde los dedos en el pelo y me aprieta contra él como si no planeara soltarme nunca. Me acaricia la lengua con la suya y me besa con todo el salvajismo que su reputación parece prometer.

Siento que me arrastra.

Subo las manos y le acuno la cara, las mejillas. Solo he prometido un beso, puedo parar esto. *Debería* pararlo.

No lo hago.

Me abandono por completo al beso. Saboreo el vino en la lengua de Death, y estoy segura de que él puede saborearlo en la mía, pero no le entran arcadas; de hecho, por lo que parece, después de todo le gusta bastante la bebida.

Me aprieta más a él con la mano que todavía tiene en mi cadera y se frota contra mí.

Se me escapa un gemido entrecortado cuando noto que se ha empalmado.

¿Es consciente de lo que son las erecciones y la excitación? Apuesto a que no, no en un sentido real. Apostaría dinero a que esto es similar a lo del pan y el vino: Death sabe lo que son, pero en

realidad no lo *entiende*. Dudo que tenga alguna idea de lo que está haciendo o de por qué siente las cosas que siente. Ese pensamiento me hace sonreír contra su boca.

—Eso me gusta —gruñe Tánatos con voz áspera.

Hago una pausa y me separo un poco.

—¿El qué?

—La sonrisa que me has dedicado con los labios sobre los míos y esa otra cosa, el sonido que has hecho hace un momento.

El gemido. Por Dios.

Se supone que debe ser de esta forma. Estoy haciéndolo todo bien, pero de repente…

Me alejo más de él, respirando con dificultad y con el corazón acelerado de forma salvaje.

Death me mira con los ojos entrecerrados y puede que no tenga ninguna experiencia real con el sexo, pero está claro que el deseo lo ha enloquecido. Esa mirada es lo único que necesito para sentirme una vez más como un animal acorralado.

Me levanto de su regazo, tambaleándome un poco al ponerme de pie. Llevo varias noches sin dormir bien y todo me está pasando factura. El vino tampoco ayuda.

Retrocedo, pese a que mi cuerpo grita en protesta.

Tánatos me observa y el deseo en su expresión se acumula hasta que lo único que queda es un anhelo tan profundo que casi puedo sentirlo. O tal vez sea mi propia alma solitaria buscando conexión, aunque Death sea la última persona con la que debería encontrarla.

—No te marches, Lazarus —suplica.

Pero lo hago.

Huyo de él como he hecho tantas otras veces.

El problema es que siento una necesidad dentro de mí que rivaliza con la del jinete. Y no estoy lista para afrontarla, todavía no.

Pero tendré que hacerlo, y pronto.

XL



A la mañana siguiente, me froto los ojos mientras recorro la casa. Anoche no dormí demasiado bien. Me despertaba una y otra vez sintiendo que se me olvidaba algo, solo para recordar que ese algo era Ben.

Aunque mi mente sabe que ya no está, el instinto sigue exigiéndome que lleve a cabo los mismos hábitos maternales de los últimos seis meses.

Atravieso el comedor, del cual ha desaparecido la cena de la noche anterior, y entro en una enorme cocina industrial, atraída por el olor del desayuno. Me detengo en seco cuando veo a varios esqueletos trabajando duro en el interior.

¿Cuántos zombis de estos hay?

Uno de ellos está friendo huevos en una sartén, otro está cortando fruta. Y, ay, Dios, de verdad que los muertos están preparando la comida y jamás he temido tanto a mi propia hambre como ahora.

Por lo menos, los zombis no son más que huesos. Si todavía tuvieran carne… no creo que pudiera soportarlo.

Por desgracia, un ligero olor se adhiere a ellos, uno para el que no tengo nombre, pero debe de ser a lo que huelen las cosas viejas y secas. Eso, o esta cocina emite un extraño aroma.

Uno de los esqueletos interrumpe su trabajo y se gira hacia mí. Observo al sirviente no muerto durante varios segundos antes de darme cuenta de que está esperando a que le diga algo.

Me aclaro la garganta.

—Mmm, buenos días. —*¿Por qué le estás dando los buenos días*

al esqueleto, Laz?—. Esto… no tendrás café, ¿verdad?

El no muerto se da la vuelta y se dirige a una cafetera de émbolo en la que no me había fijado.

Me maravillo.

Me ha entendido.

El esqueleto coge una taza que cuelga de un armario cercano y la llena con el delicioso brebaje.

A mi espalda, la puerta de la cocina se abre y siento la presencia de Death un instante antes de escuchar su voz profunda.

—Veo que te has acostumbrado a la comida de mis sirvientes, después de todo —dice detrás de mí.

Me doy la vuelta y contengo la respiración al verlo. Esos ojos oscuros parecen un faro que me anima a acerarme.

Entonces, proceso que Tánatos está desnudo de cintura para arriba. Sin armadura, sin camisa. Solo cientos de extraños y *brillantes* tatuajes que lo bañan en una luz plateada. Inspiro hondo al verlo.

¿Cómo es que nunca me había fijado en ellos?

Excepto que… War tenía tatuajes similares en los nudillos. Solo que los suyos eran rojos.

Estudio las marcas. Parecen… algún *idioma*, aunque ninguno con el que yo me haya topado, y le cubren cada centímetro de piel, desde la base del cuello hasta las muñecas. Por lo que parece, las extrañas marcas continúan por debajo de la cinturilla de los pantalones.

Intento no pensar en otros lugares donde podría tener tatuajes.

—¿Dónde está tu camisa? —pregunto sin aliento, con la mirada todavía clavada en su pecho desnudo.

La constitución del jinete es la propia de un dios, su físico es muy musculoso.

—En otra parte —responde Tánatos.

Death desplaza la mirada por encima de mi hombro y yo miro hacia atrás, solo para ver al esqueleto acercándose a mí con una taza de café humeante en una mano y una jarra de porcelana con leche en la otra. Detrás de él, los otros esqueletos siguen ocupados trabajando.

Extiendo la mano para aceptar el café. Rozo con los dedos los huesos del esqueleto y a punto estoy de dejar caer la taza.

Contrólate.

Me calmo, cojo la leche y le dedico al esqueleto una sonrisa tensa, sintiéndome como si me hubiera vuelto loca.

Soy consciente de que Tánatos lo observa todo con un considerable placer perverso, aunque tal vez solo esté asumiendo que disfruta de mi incomodidad.

Me echo un poco de leche en el café y luego le devuelvo la jarra, orgullosa de que la mano no me tiemble.

He visto y hecho muchas cosas perturbadoras, pero esto me asusta. Un esqueleto.

Prácticamente aparto a Tánatos a codazos para escapar de los no muertos, cruzo la puerta y me dirijo al comedor. Solo que en algún momento desde que he entrado a la cocina, los sirvientes fallecidos han llegado a la estancia. Dos de ellos están empezando a colocar más platos de comida mientras otro limpia las cortinas que ya parecen impecables. Al otro lado de las ventanas, distingo a un par de zombis más que se ocupan de los arbustos que rodean la casa.

Los miro a todos sumida en el horror más absoluto.

—No me digas que hay algo que asusta a mi salvaje Lazarus —dice Death, estudiando mi expresión mientras se acerca a mí.

«Mi salvaje Lazarus».

Un escalofrío me recorre el cuerpo y me digo a mí misma que es por lo que estoy viendo y no por sus palabras.

—Haz que paren —le pido, sin importarme si tienen la capacidad o no de ofenderse.

Esto está mal.

—No me *atrevería* —responde Tánatos con el mismo fervor.

Me giro para mirarlo a la cara, mi café medio olvidado.

—¿No te acuerdas, *kismet*? —dice, ladeando la cabeza—. Me dijiste que no sabía cómo cuidarte. Así que he aprendido.

Todo el aire parece escapárseme de los pulmones ante su admisión. Ya lo intuía, pero confirmarlo…

Recorro a los esqueletos con la mirada una vez más y ahora, en

lugar de ver el horror de su existencia, veo… veo a un jinete tratando de demostrar su valor a una mujer que lo despreció.

—Tenía la esperanza de que te gustara —continúa—. Quiero que estés cómoda. La última vez te di un motivo para huir. Esta vez, quiero darte una razón para quedarte.

Trago saliva.

—¿Cuánto tiempo llevas preparando este sitio? —pregunto con delicadeza.

—¿Esta casa en particular? —pregunta, mirando a nuestro alrededor—. Un mes. Pero encontré y preparé otras casas y otros sirvientes por el camino. He pasado nuestro tiempo separados reuniendo todas las… comodidades que pudieras necesitar: ropa, comida y una vivienda digna de una reina.

Dios mío. Mientras tanto, yo le he estado guardando un rencor terrible. A ver, tenía buenas razones para hacerlo: él estaba convirtiendo mi vida en una pesadilla viviente. Pero aun así…

Apoyo una mano en el respaldo de una silla cercana y me dejo caer un poco.

El jinete recorre mi figura con la mirada.

—¿Quieres sentarte?

Tánatos hace un gesto hacia un diván que se halla en una habitación adyacente.

Distraídamente, me dirijo hacia él, tomo asiento y dejo mi café en una mesa auxiliar cercana.

El jinete me sigue. Solo cuando se sienta a mi lado me doy cuenta de que este mueble puede haber sido uno de los que el jinete ha traído consigo a esta casa; la forma le permite acomodar fácilmente las alas mientras está sentado.

Quiero preguntar por esas alas, que son tan grandes que caen al suelo detrás de él como la cola de un vestido. También quiero preguntar por las marcas brillantes, las que mis ojos no dejan de seguir en un sendero descendente. Me doy cuenta de que estoy desesperada por tocarlas y tengo que juntar las manos para reprimir el impulso.

Death me sorprende dándole un repaso y, avergonzada, me obligo a apartar la mirada. Siento sus ojos inquisitivos sobre mí.

—¿Cómo saben estos esqueletos qué hacer? —pregunto, señalando con la cabeza a uno de ellos, que pasa con prisas cerca de nosotros.

Cualquier cosa con tal de distraerme del hecho de que quiero descifrar a este hombre y lamerle los tatuajes en el proceso.

—Ya te lo dije, *kismet*, aunque el alma se haya ido, todavía queda una imagen residual de la persona que una vez existió.

—¿Qué tiene eso que ver con que se pongan a limpiar? —pregunto.

Hasta ayer, nunca me había sentado junto al jinete y charlado con él. Es casi tan desconcertante como ver trabajar a estos no muertos.

—Estás haciendo preguntas que no tienen respuestas humanas agradables y organizadas, Lazarus. Los muertos limpian porque yo se lo digo.

—Pero ellos *saben* limpiar y tú no. —Eso es raro, ¿no?—. ¿Tienen un intelecto superior?

—Sus espíritus ya no están, *kismet* —responde en voz baja—. Estos restos no tienen consciencia de sí mismos. Pero sus huesos aún recuerdan lo que sus mentes supieron en el pasado.

Me observa mientras lo proceso. Y luego continúa mirándome, incluso cuando el silencio se extiende entre nosotros.

—Sigue siendo de mala educación mirarme fijamente —digo, cogiendo mi taza de café de nuevo.

—Y a mí sigue sin importarme —responde Tánatos sin dudar.

Me giro para verlo un poco mejor.

—¿En qué piensas cuando me observas con tanta atención? —me atrevo a preguntar.

—En que podría pasarme mil años contemplándote y nunca aburrirme —responde al instante—. Estoy acostumbrado a ver la esencia de una persona, no sus rasgos, y he dado esto último por sentado.

Le dedico una pequeña sonrisa, aunque sus palabras me desestabilizan.

—Y cuando te miro —continúa—, me gustaría poder sentir tu alma por completo, de la misma forma que siento a otros humanos.

Estoy seguro de que descubriría que es extraña y encantadora. Eres un misterio para mí y no estoy acostumbrado a los misterios.

Me quedo ahí sentada, sin saber qué responder a eso. Porque no tengo nada recíproco que decir, excepto, tal vez, que debajo de sus poderes, Tánatos también es extraño y hermoso.

—Ven —dice de repente, levantándose del diván. Me tiende una mano—. Todavía no te he enseñado el exterior de la casa.

Acepto su oferta y dejo que me lleve. Atravesamos la habitación y cruzamos una puerta que da a un amplio patio trasero. Death permanece en silencio mientras me guía y sus tatuajes relucen al sol.

Una piscina brilla a lo lejos, y esa debería ser la característica más atractiva en este día caluroso, pero resulta que me fijo en el extravagante jardín ubicado en la esquina de la casa.

Ahora soy yo quien tira de su mano mientras lo dirijo hacia allí. Nos abrimos paso a través de las hileras de parterres elevados, observándolos uno a uno. Cuando reparo en los árboles frutales que recorren lo largo de la parte posterior del jardín, me dirijo hacia ellos.

Me detengo frente a un manzano, con sus ramas cargadas de frutas. Hay un balde de metal en la base, como si alguien estuviera pensando en cosecharlas pronto.

—¿Esto es lo que querías ver? —pregunta el jinete detrás de mí, inspeccionando el árbol como si contuviera algún secreto descifrable.

—Tengo hambre —le digo.

—Mis sirvientes han preparado…

—Sé que han hecho el desayuno —lo interrumpo, reprimiendo un escalofrío ante la idea—. Pero quería algo un poco… —menos tocado por la muerte— más apetecible.

Tánatos entorna los párpados.

—Me he pasado meses buscando a los sirvientes más hábiles en lo que se refiere a preparar comida. Te aseguro, *kismet*, que pueden satisfacer todas tus necesidades.

—Lo sé —digo con delicadeza.

Aunque eso no me impide seguir sintiéndome asqueada ante la idea de que esos huesos toquen la comida que como.

Paseo la mirada por las manzanas hasta que veo una madura. Extiendo la mano y la tomo.

—¿Sabes? —comento, observándola con atención—. Nuestra relación comenzó con una manzana.

Esta estúpida e inocua pieza de fruta. Estuvo allí, guiando a Adán y Eva hacia la tentación, y ahora nosotros estamos aquí, cerrando el círculo. Desde la primera supuesta caída de la humanidad hasta la última.

Bueno, eso si se puede confiar en la Biblia, claro.

Una parte de mí quiere lanzar la fruta lo más lejos posible y quemar todo este huerto hasta los cimientos. En lugar de eso, limpio la manzana con mi camiseta y le doy un mordisco.

Al fin y al cabo, es solo una manzana.

Después de tragar, se la ofrezco a Death.

—¿Quieres probar?

Hace una mueca.

—No, a menos que tengas otro beso con el que sobornarme.

Bajo la fruta y ladeo un poco la cabeza.

—¿De verdad quieres eso? —pregunto.

Sus ojos se encuentran con los míos y brillan con intensidad.

—Quiero *más*, *kismet*. Pero me conformaré con lo que me ofreces.

Mantengo la mirada fija en él.

—No creo que sepas lo que estás pidiendo, Tánatos.

—Puede que no —responde, con una expresión sugerente—. Pero sí sé lo que hacen los humanos cuando no pueden mantenerse alejados unos de otros.

No se acerca más a mí, pero parece que no hay distancia entre nosotros y que no hay aire para respirar. No ayuda que todavía no haya encontrado su camisa y que sus tatuajes brillantes le confieran un aspecto particularmente sobrenatural.

—¿Y eso es lo que quieres? —pregunto de nuevo en voz baja, cuando el corazón empieza a acelerárseme.

No me puedo creer que estemos hablando de esto. O que el hombre que piensa que el pan es una mierda esté abierto a experimentar la intimidad.

—Ya te lo he dicho, *kismet*. Quiero *más*. Tu carne promete mucho, pero, para mí, es solo el comienzo.

Pasamos fuera mucho rato. He empezado a recoger muchas más manzanas de las que necesito, pero literalmente no hay nadie más alrededor para disfrutarlas, así que intento no sentirme demasiado culpable.

Death ha arrastrado un banco de piedra y lo ha empujado contra un árbol cercano. Está recostado sobre él, con la espalda apoyada contra el tronco, una pierna estirada frente a él y la otra doblada a la altura de la rodilla. Nunca lo he visto tan cómodo. Es más que su postura. Nos hemos pasado la mañana charlando sobre cosas que no giran en torno al destino de la humanidad o a la tensión sexual entre ambos.

Mientras rodeo un segundo árbol, empiezo a tararear —y luego a cantar— *Scarborough Fair*, una canción que despierta viejos recuerdos dolorosamente dulces. Mi madre solía cantarla mientras lavaba los platos o tendía la ropa para que se secara, una canción a la que algunos de mis hermanos y yo nos uníamos en armonía.

No sé cuánto tiempo llevo cantando cuando oigo el roce de una bota.

Miro por encima del hombro y me tambaleo un poco cuando veo al jinete de pie frente a mí, con la mirada fija en mi boca.

—Así que *eso* es la música —dice con asombro, como si acabara de ponerle nombre al sonido.

Supongo que esa es la ironía de Tánatos. Ha existido desde siempre y parece ser una fuente de sabiduría en lo que respecta a los humanos, pero solo ha sido un hombre durante un corto periodo de tiempo.

Lo miro con vacilación y asiento.

Me recorre el rostro con la mirada.

—No pares —susurra.

El calor me trepa por las mejillas.

Ahora que tengo público, la verdad es que no me apetece cantar.

—Por favor —añade Death.

Sigue mirándome los labios.

Quiero decirle que la gente no pide este tipo de cosas, pero él ya lo sabe. Y parece genuinamente… *conmovido* por la música. Así que me aclaro la garganta y, después de vacilar un instante o dos, empiezo a cantar otra vez, girándome hacia el árbol para poder seguir recogiendo fruta y fingir que no tengo un público ávido.

Pero no estoy sola mucho rato.

Tánatos rodea el árbol y recorre con la mirada mis ojos, mis labios, mi pelo. Me contempla como si fuera la octava maravilla del mundo y no tengo defensas para el evidente anhelo en su expresión.

Mi canción termina y el silencio se alarga.

Death sacude la cabeza, todavía con aspecto de estar poseído.

—Ha sido… *opodanao*.

Esa palabra desconocida provoca en mí una reacción instantánea. Me siento bañada en luz, como si estuviera acariciándome la piel y pasándome los dedos por el pelo.

Creo que entiendo lo que significa, pero el jinete la traduce de todos modos.

—*Precioso*.

XLI



Necesito empezar a cumplir la promesa que les hice a los jinetes.

«Seduce a Death».

Ese era el trato.

Salgo del baño frío que me he preparado, cojo una toalla y me envuelvo el cuerpo con ella. El agua se acumula a mis pies mientras cruzo el baño y entro en mi dormitorio.

El mundo más allá de las ventanas está oscuro.

Las puertas del enorme armario están abiertas de par en par y veo toda esa ropa colgada dentro con pulcritud. Me puede la curiosidad. ¿Qué habrá elegido el jinete —o sus sirvientes no muertos— para mí?

Cojo un farolillo cercano y me dirijo hacia allí.

La llama parpadea en el recipiente de cristal, impulsando a las sombras a bailar sobre las diversas telas.

Deslizo los dedos por las prendas, de todas las tallas y estilos. Detengo la mano cuando llego a un vestido negro, uno que parece ajustado. Lo saco y me fijo en que una abertura recorre el costado hasta la mitad del muslo.

Es perfecto para lo que planeo.

Parece que también me va a quedar bien. Me lo pongo. Me aprieta un poco y, como me he acostumbrado tanto a la ropa suelta y práctica, tiro de él de forma distraída, tratando de aflojarlo.

En el armario también hay una docena de pares de zapatos, pero solo dos se acercan a mi talla, unos son unas botas de montar hasta la rodilla y los otros un par de chanclas gastadas. Ninguno combina con este modelito.

Bajo la mirada a mis pies descalzos.

A la mierda. Iré sin zapatos.

En el armario también hay varios cajones poco profundos que contienen algunas joyas al azar, entre ellas un brazalete de oro y una delicada cadena tobillera, que también me pongo. No sé si pertenecieron a quien vivió aquí antes que yo o si, como la ropa, son cachivaches que Death ha mandado recoger a sus sirvientes.

Supongo que, en realidad, no importa cuál sea la opción correcta. A los muertos ya no les hacen falta, pero a mí sí.

Entro al baño una vez más y descubro un montón de maquillaje en uno de los cajones.

Esto es más complicado.

El maquillaje usado no me hace más daño que cualquier otra cosa; no obstante, sigue resultándome algo desagradable. Por suerte, encuentro un par de pintalabios y una sombra de ojos dorada que parecen intactos y me los aplico, dejando a un lado lo demás.

El resultado final… me deja sin aliento. Contemplo mi reflejo. Hacía mucho, mucho tiempo que no me maquillaba. Gran parte de los últimos dos años ha girado en torno a la supervivencia —la de Ben y la de la humanidad— y no he pensado mucho en mi aspecto físico. Pero ahora la piel me brilla allí donde me he aplicado sombra de ojos y mis labios presentan un tono rosado. Incluso he añadido un toque de ambas cosas en los pómulos, y el efecto general es…

Parezco femenina. Bonita y femenina.

Ni siquiera el pelo húmedo y sin peinar le resta a mi apariencia, aunque hago todo lo posible para que incluso mi melena esté lo más presentable posible.

Espero que esto funcione.

No me puedo creer que de verdad esté intentando seducir a alguien, y mucho menos a *Death*. Soy mejor arquera que tentadora.

Tras esa charla motivadora, salgo de la habitación y me obligo a dar con el jinete antes de que pueda acobardarme de nuevo.

Tánatos ya está en el comedor, esperándome. Tiene un plato lleno de comida frente a él y una copa de vino, pero dudo que algo

de eso vaya a tocarle los labios. No a menos que pueda convencerlo de que lo pruebe otra vez.

Vale la pena intentarlo.

Todo ello vale la pena. Comer. Dormir. Seducir. Salvar el mundo.

Lo único que hace falta es un poco de persuasión.

En cuanto me ve, en sus ojos arde un fuego interno. Pero luego me recorre con la mirada, desde mi rostro maquillado, pasando por el vestido ajustado, hasta los pies descalzos, y el hambre se apodera de su expresión.

Ay, Dios, da la sensación de que quiere devorarme.

Puede que, después de todo, esto haya sido una mala idea.

Me armo de valor y entro en la habitación como si me dirigiera a la batalla. No soy la única. En algún momento entre la última vez que lo vi y ahora, Tánatos se ha puesto la camisa y la armadura. Parece listo para liderar un ejército y vencer a sus enemigos.

Es ahora o nunca.

Paso de largo junto a mi asiento y me dirijo al suyo. Aparto su plato, me subo a la mesa y me siento donde debería estar su comida. Esta noche *yo* soy el plato principal.

De acuerdo, no es tan drástico como sentarme en su regazo, como hice anoche, pero en ese momento no planeaba dejarme llevar.

Esta noche, sí.

—¿Es que sentarse encima de la mesa no rompe alguna regla humana arbitraria? —pregunta Death.

En sus labios asoma una sonrisa. Parece absolutamente encantado con la idea. Pero, en lugar de responder, cojo su tenedor, pincho una patata gratinada de su plato y me la meto en la boca, tratando de no pensar en la entidad que ha preparado esta comida. Dejo el cubierto y pongo un pie, seguido del otro, en el regazo del jinete.

La verdad es que romper las normas de etiqueta es divertido. Creo que podría acostumbrarme.

Tánatos me mira fijamente las piernas. Muy despacio, acerca una mano a mi pantorrilla y la apoya ahí. La tela negra de mi vestido se ha deslizado hacia arriba, revelando la piel desnuda.

—Siempre me sorprenderá verte aguantar mi contacto —murmura, sin apartar la vista del lugar donde su pálida mano me toca.

—Siento cosas cuando me tocas.

No sé qué me ha poseído para compartir *ese* pensamiento en voz alta, pero las palabras se me escapan antes de que pueda replanteármelo.

Death desvía la mirada hacia mi rostro mientras desliza su tentadora mano por mi pierna. No tiene ni idea de lo que está haciendo.

Vuelvo a coger su tenedor y pincho otra rodaja de patata, tratando de ignorar mi creciente ansiedad.

—¿Qué tal está la comida? —pregunta, sin apartar de mí esos ojos penetrantes.

—Todavía no he encontrado ningún hueso, así que está buena.

Solo lo digo medio en broma. En realidad, me aterroriza bastante que el pulgar de alguien aparezca en uno de los platos.

Tánatos continúa subiendo la mano por mi muslo, provocando que mis pensamientos cambien de un tema inquietante a otro.

Seguro que es consciente de lo íntimas que son sus caricias, tiene que…

De repente, aparta las manos de mis piernas, pero solo para agarrarme por la cintura y tirar de mí para colocarme en su regazo.

Se me escapa un gritito y el tenedor se me resbala y cae al suelo. Y, así, vuelvo a estar donde estaba anoche.

Death se ha acercado tanto que distingo las extrañas motas plateadas de sus ojos oscuros como la noche y veo cómo se le dilatan las pupilas ante mi cercanía. El frío de su inquebrantable armadura me estremece, y percibo el aroma ahumado a incienso y mirra que emana de él.

Con mucha lentitud, levanta una mano y me la apoya en la nuca. Me atrae hacia él.

La mirada de Death es hambrienta y depredadora.

Va a besarme.

Solo que… no lo hace.

Acerca la boca a mi oreja.

—Anoche hablamos de todos los motivos por los que me odias —dice—. Esta noche, me toca *a mí* elegir el juego.

Me quedo inmóvil en sus brazos. Se aparta para mirarme a los ojos.

—Sin rodeos, Lazarus —declara—. Quiero que tus pasiones y tus verdades queden al descubierto. Te haré preguntas y tú las contestarás con franqueza.

—¿*Este* es tu juego? —pregunto, escéptica.

No creo que me guste lo que tiene en mente.

—Sí —responde con deleite.

Vuelve a colocar las manos en mis caderas y acaricia con el pulgar la tela suave que cubre la zona.

—Dime qué sientes cuando me miras.

Se me cierra la garganta.

Ya es oficial: odio este juego.

Técnicamente, decir la verdad debería ser fácil. Guardo todas las respuestas en mi interior. Por desgracia, he enterrado mis verdades debajo de tantas mentiras convenientes que me aterra desenterrarlas.

—¿Qué siento ahora cuando te miro? ¿O cuando te conocí por primera vez?

Estoy ganando tiempo. Ya lo sé. Pero Dios, no quiero confesar nada de esto.

—Todo.

Por supuesto que lo quiere todo.

Bajo la mirada a su armadura y trazo con un dedo las siluetas del esqueleto y la mujer, entrelazados en un abrazo íntimo.

—Cuando te vi por primera vez… —Hago una pausa. Joder, qué pocas ganas de hacer esto—. Me pareciste el hombre más guapo que había visto nunca.

Listo. Lo he soltado, y solo una parte de mi alma ha muerto en el proceso.

Los ojos de Death emiten un brillo salvaje.

—Eso… ¿es algo bueno? —pregunta con curiosidad.

Suelto una carcajada.

¿Es la belleza realmente algo bueno? No lo sé…

—Me hace desearte incluso cuando no debería —admito.

—¿Desearme? —repite.

Lo miro, esforzándome al máximo por ignorar su autoritaria belleza.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Vuelves a dar rodeos —murmura, apartándose un mechón de pelo negro de la cara—. Quiero la verdad sin adornos, libre de todas tus suposiciones humanas.

Suelto un suspiro.

Dios, va a obligarme a explicarlo.

—Eres tan irritantemente guapo que, aunque te odio, siempre he anhelado tocarte y besarte…

Dejo que mis palabras se extingan, petrificada ante la posibilidad de seguir contándole toda la verdad.

Tánatos se inclina hacia delante, esperando el resto de la frase. Maldito sea por ser lo bastante perceptivo como para captar que he omitido algo.

Musito un juramento en voz baja y me doy la vuelta para coger la copa de vino llena del jinete. Bebo un largo trago antes de volver a dejarla en la mesa. Estaba lista para seducirlo, no para enfrentarme a estas *preguntas* que apelan a las partes más cautelosas de mí.

«No tienes que responderlas. Podrías limitarte a apresurar las cosas. Un beso o dos harían que se olvidara del interrogatorio», susurra una cobarde voz interior.

El problema es que, como la mayoría de la gente sabe, la seducción no es solo física; también es mental. Esto forma parte de la seducción tanto como besarlo y provocarlo, solo que resulta ser la parte para la que estoy menos preparada.

Mi mirada se posa en los labios de Tánatos.

—He ansiado quitarte la armadura, tocarte las alas y recorrer con mis labios tu piel desnuda. —Me detengo antes de mencionar nada más.

Death ha entornado los párpados.

—Entonces hazlo, *kismet*.

Me echo un poco hacia atrás.

¿Que lo haga?

El jinete permanece inmóvil, esperando.

Al extender una mano vacilante, rozo con los dedos una de las alas aterciopeladas que se alzan desde sus hombros. Death inspira hondo, pero se queda quieto.

Odio haber querido hacer esto desde que lo conocí. Incluso en mis momentos más oscuros sentía esa curiosidad, y el extraño y perverso deseo de tocarlo; *mi némesis*.

Continúo acariciándole el ala, embelesada. Las plumas negras son encantadoramente suaves. Ya lo sabía por algunos roces anteriores, pero sigue sorprendiéndome. Contemplo las plumas negras mientras paso los dedos por ellas.

—Son… preciosas —digo.

Nuestros ojos se encuentran. Algo cruza por su expresión.

Tiene razón, he estado dando rodeos, evitando la verdad sobre nosotros.

Sin apartar la mirada, Tánatos se desabrocha una hombrera y la deja caer al suelo. Luego se quita la otra y la armadura aterriza con un fuerte ruido metálico. El peto es el siguiente y, a continuación, los brazales. Aunque parece tranquilo, veo que sus dedos trabajan frenéticamente para desabrochar los cierres.

Acerco las manos a su pecho. En cuanto apoyo las palmas en sus pectorales, siento que lo atraviesa una sacudida. Su mirada se encuentra con la mía y veo la necesidad en sus ojos.

Vuelve a centrarse en los protectores de los brazos y se los arranca. Las hebillas se rompen y el cuero se rasga. Lo arroja todo a un lado.

Le acaricio el torso con las manos hasta llegar al borde de su camisa. Tánatos aferra la tela negra y sé que tiene la intención de arrancársela con la misma ferocidad como su armadura.

—Espera —digo, agarrándole la prenda con más fuerza—. Déjame hacerlo a mí. —Se me sonrojan las mejillas mientras hablo.

Death se detiene, suelta la tela y se acomoda en su asiento, aunque sus ojos muestran cierta cautela.

Tiro de la camisa oscura. Espero que se enganche en la base de sus alas, pero se desliza con facilidad. Es entonces cuando reparo en

las ranuras en la parte posterior que dejan espacio para sus alas; recorren la prenda hasta el dobladillo inferior.

Death es tan alto, incluso sentado, que tengo que levantarme para quitarle la camisa negra por la cabeza y que saque los brazos. Una vez libre, la dejo caer entre la creciente pila de objetos descartados.

Bajo la mirada hacia Tánatos, hacia su pecho desnudo y sus tatuajes brillantes.

«Hazlo», me ha dicho.

Besa, toca y toma.

Desciendo una vez más hasta su regazo y siento sus ojos sobre mí. Desvío la mirada hacia su torso. Si su rostro es el de un héroe trágico, su pecho es el de un guerrero.

Unos músculos gruesos se curvan alrededor de su cuerpo, y el torso da paso a una cintura estrecha.

Extiendo la mano de nuevo, esta vez para trazar uno de sus brillantes tatuajes. Me hormiguea el dedo un poco, como si trazar la forma del símbolo en cuestión fuera algún acto de magia.

Tánatos emite un gemido angustiado ante el contacto.

—*Más*, Lazarus —susurra.

Coloco ambas manos sobre su piel y me permito explorar la forma de sus hombros y brazos.

Tiemblo un poco. Nunca he estado con alguien así. Parece tallado en piedra.

Le paso una mano por los músculos del abdomen, todos ellos claramente definidos.

Pronto, tocar no me resulta suficiente. No mentía al decir que quería besarle la piel.

Me inclino. Y en cuanto le rozo la piel con los labios, él gime.

Me sujeta la nuca con ambas manos y me sostiene con delicadeza contra su piel. Tan cerca de él, huelo el incienso que arde en su antorcha, solo que ahora me pregunto si el aroma proviene del humo o si es otra característica innata suya.

Recorro con la boca varios de los símbolos brillantes.

No me puedo creer que de verdad esté haciendo esto.

Deposito otro beso sobre su piel, esta vez lamiéndosela solo un

poco.

Death sisea.

—No me digas que podríamos haber estado haciendo esto todo el tiempo que me he pasado persiguiéndote —dice.

—Nunca lo sabremos —susurro contra él.

Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás.

—Pero ahora te tengo —murmura, acariciándome el pelo.

Suena como si estuviera intentando tranquilizarse a sí mismo.

—Tú también puedes tocarme —le digo.

A ver, sé que ya me ha estado tocando, pero hay formas y *formas* de tocar. Le estoy ofreciendo lo último.

Él abre los ojos y baja la cabeza para mirarme.

—¿Dónde? —pregunta, con la voz áspera.

Ah, es verdad. Prefiere las respuestas más literales.

Examino esas extrañas motas plateadas de sus iris.

—En cualquier parte.

Me sostiene la mirada durante varios segundos antes de desviar los ojos hacia el resto de mi cuerpo. Tánatos retira la mano de mi pelo y me pasa las yemas de los dedos por los pómulos, y luego por la mandíbula.

—Tenía muchas ganas de escuchar esas palabras saliendo de tus labios —admite, con la voz áspera por el deseo.

A pesar de sus palabras, se está conteniendo. Prácticamente siento cómo le tiembla el cuerpo, e imagino que es porque los lugares que desea tocar están ocultos. Presiono la palma sobre su mano, con la que todavía me acuna el rostro. Por un segundo me inclino hacia su caricia. Cuando siento el roce frío del metal contra mi piel, le aparto la mano para inspeccionar de qué se trata.

En el dedo lleva ese extraño anillo, el de la moneda con la cara de Medusa.

Muevo la sortija de un lado a otro.

—¿Qué historia hay detrás? —pregunto.

A estas alturas he descubierto que todos los adornos del jinete tienen un significado más profundo.

—El óbolo de Caronte —responde Death, distraído. Al verme fruncir el ceño, aclara—: Una moneda de los muertos.

—¿Por qué iban los muertos a necesitar monedas? —pregunto.

—No las necesitan. Es solo uno de los regalos que he recibido a lo largo de los siglos.

—¿Quién te lo dio? —pregunto en un tono cuidadosamente ligero.

No funciona.

Tánatos arquea una ceja.

—¿Por qué te importa, Lazarus? Siguió adelante hace mucho tiempo.

Lo miro fijamente.

—Ahora eres tú quien da rodeos.

Death me dedica una sonrisa; una que no le llega a los ojos.

—Aunque recuerdo la forma de su alma, la persona que me dio esta moneda no tiene más significado para mí que cualquier otra… Excepto tú. —Su mirada es intensa mientras dice esta última parte —. No he conocido a nadie tan íntimamente como te conozco a ti. A *nadie*. Me cruzo con algunas personas una y otra vez a lo largo de sus vidas, pero me es imposible *conocer* a los vivos. No así.

No como un hombre vivo que respira.

Nos sostenemos la mirada.

No sé quién se mueve primero, pero nuestros labios colisionan; el anillo olvidado hace rato. El beso debería ser como una mentira. Debería hacerme sentir mal, debería sentirlo forzado, pero es todo lo contrario.

Me da la sensación de estar tocando el cielo.

Muevo mis hambrientos labios contra los suyos. Sabía que él lo anhelaba, aunque no esperaba que yo también sintiera lo mismo.

Tánatos se entrega al beso con toda la intensidad que esperaba de él. Pero justo cuando siento que su pasión va a consumirnos, sube las manos hasta mis mejillas y me acuna el rostro. Ralentiza los movimientos y el beso pasa de apasionado a íntimo.

—Mi *kismet* —murmura contra mis labios—, mi Lazarus.

Cierro los ojos ante esas palabras cariñosas, deseando saltarme esta parte, en la que se cuela bajo mi piel y se hunde en mis huesos.

—¿Cómo puedo gustarte igual que me gustas tú a mí? —

pregunta entre caricias de sus labios.

Me reiría si no encontrara esa idea tan alarmante.

Me aparto de su caricia y apoyo la cabeza contra la suya.

—No es tan sencillo.

Nuestro beso podría haber acabado ahí, pero el jinete no ha terminado conmigo. Me da besos suaves a lo largo de la mandíbula, antes de hacerme lo mismo en el cuello. Recorre mi hombro y roza mi piel con los labios. Agarra el fino tirante de mi vestido y lo aparta para acariciarme la zona con la boca.

«¿No estás cansada de pelear?».

Las palabras que me dijo hace tanto tiempo me persiguen. Estoy cansada, y no solo de esta batalla entre la Tierra y lo que sea que haya más allá. Estoy cansada de resistirme a la atracción que siento por él. Estoy cansada de que mi mente se imponga a mi corazón. Estoy cansada de que todo sea tan horriblemente complicado cuando no tendría por qué serlo.

Esto es el apocalipsis. Todas las reglas se han ido a la mierda.

Así que me inclino hacia delante y aprieto los labios contra su oído.

—Tócame —exijo.

Solo que ahora, mientras me inclino hacia atrás, soy yo quien aparta los tirantes de mi vestido. No llevo nada debajo, así que, al bajarlos, expongo los pechos.

Tánatos inhala con brusquedad, fascinado, y luego me atrae hacia él, levantándome un poco para que mis tetas le queden más cerca de la cara. Entonces me toca, pero no con las manos.

Inclina la cabeza y me da un beso en la zona suave que queda por encima de uno de los pechos. Pasa los dientes por la zona y no puedo evitar que se me ponga la piel de gallina.

Enrosco los dedos en su pelo ondulado, disfrutando de los mechones sedosos, que son casi tan suaves como sus alas.

A continuación, alza la mano hacia mi otro pecho. Lo aprieta con suavidad y desliza el pulgar sobre el pezón, gesto que me arranca un jadeo.

Tánatos gime al tiempo que apoya la frente contra mi pecho.

—Dios mío, *kismet*, ni siquiera tengo palabras para describir lo

que siento al tocarte.

Le inclino la cabeza hacia arriba y lo miro a los ojos.

Es ahora cuando cedo.

Estrello los labios contra los suyos.

Este beso no es como los otros. Tal vez el cambio se deba a la carnalidad que he despertado en Tánatos, o tal vez sea la mía propia. Sea como sea, he dejado atrás mis inhibiciones.

Me froto contra él con desenfreno, bebiendo de los sonidos guturales que emite.

Tánatos me agarra de las caderas para mantener esa presión entre nosotros.

—Lazarus.

No sabría decir si pronuncia mi nombre como una reprimenda o como una súplica. No estoy segura de que él mismo lo tenga claro. Pero me inmoviliza con las manos; sus ojos nublados por el deseo.

Me froto contra él de nuevo, más para provocarlo que cualquier otra cosa.

—¿Qué… es esta sensación que has despertado en mí? —pregunta, alejándose un poco, pero manteniendo mis caderas prisioneras.

Le dedico una sonrisa pícara.

—Venga, Tánatos, alguna idea debes de tener.

Cierra los ojos e inclina la cabeza hacia atrás. Lo veo tragar saliva.

—Dios misericordioso. —Abre los ojos—. Pero esto no es sexo.

—No —coincido—, no lo es. —Me inclino hacia delante, mis labios a centímetros de los suyos—. Sabes lo que los humanos hacen juntos. ¿Todavía quieres eso… conmigo?

Hay un instante, solo uno, en el que me siento expuesta. Ahora podría rechazarme, le he dado el poder de…

—*Siempre* —dice, su rostro radiantemente vivo—. *Siempre* querré eso contigo.

Le dedico otra sonrisa, aunque esta vez es genuina. Es difícil no serlo cuando el jinete lo es sin complejos.

Los ojos le brillan al ver mi sonrisa y se inclina hacia delante para capturar mi boca de nuevo.

—Tus sonrisas me atrapan, *kismet*.

Le devuelvo el beso, todavía sonriendo como una idiota contra su boca. Tánatos empieza a perderse en él, pero no, no, no; no tengo la intención de que nos quedemos aquí.

Interrumpo el beso y empiezo a levantarme del regazo del jinete. Él me atrapa, y no puedo evitar la risa suave que se me escapa por la garganta.

—Confía en mí, Tánatos, para esto, querrás que me baje de tu regazo.

—Lo dudo —dice, con ojos tormentosos.

Muevo las manos hacia sus pantalones.

—Hay que quitártelos —digo.

Por primera vez, Death parece alarmado. Es esa única mirada la que disipa un poco mi propia tensión por lo que estoy a punto de hacer.

—No seas tímido —bromeo.

—No lo soy —dice, un poco ofendido—. Todo lo que tengo es tuyo.

Me está haciendo muchas promesas bonitas. No sé si debería conmoverme o alarmarme.

Tánatos se pone de pie, con expresión curiosa y desafiante, mientras se baja los pantalones y lo que sea que lleva debajo.

Su pene queda libre, ya duro y grande. Preocupantemente grande. En su superficie también brillan las mismas marcas que en el resto de su cuerpo. Mierda. Su creador le puso *marcas* en la polla… Y en el resto del cuerpo, por lo que parece. Más glifos brillantes le cubren el abdomen y le recorren los muslos.

Antes de que Death pueda empezar a quitarse las grebas y las botas, y deshacerse de los pantalones por completo, le apoyo una mano en el hombro y lo obligo a ponerse cómodo en la silla. Me gusta la idea de que los pantalones lo mantengan inmovilizado.

—*Kismet*, por favor, dime…

Coloco las manos en la parte interna de ambos muslos del jinete, cuyas palabras quedan interrumpidas, como una vida que termina demasiado pronto.

Mi valentía se ha desvanecido; el corazón me late a mil por hora.

No soy una seductora y siento que mi fachada de confianza se desmorona.

Me arrodillo.

Una última bocanada de aire antes de cruzar esa línea que tracé hace un año.

Inhalo.

Exhalo.

Rodeo su polla tensa con la mano.

Mi gesto hace que Tánatos respire con brusquedad.

—Siempre puedes decirme que pare —digo, con el calor ardiéndome justo por debajo de la piel.

Mi centro palpita y tengo los pezones duros a pesar del hecho de que es Death quien se está llevando las caricias. Ese hecho me excita tanto como me avergüenza y, de alguna forma, eso solo parece intensificarlo todo.

Le sostengo la mirada al jinete. Tiene las mejillas sonrojadas y todavía parece alarmado, pero también frenético por conseguir más.

Y no me dice que *pare*.

Le paso la mano de arriba abajo por el miembro.

Él se sacude impotente contra mí.

—Lazarus —jadea—. ¿Qué estás…?

—Relájate —digo en tono tranquilizador—. Esta es la parte divertida.

Y luego me inclino hacia adelante y lo tomo con la boca.

XLII



Tánatos casi se levanta del asiento. Parece estupefacto.

Así no va a funcionar.

Le pongo una mano en el torso con suavidad y lo empujo hacia abajo.

—Lazarus —susurra, con la voz dolorida.

El pecho le sube y le baja a toda velocidad. Parece frenético y desconcertado, como si no tuviera ni idea de que un cuerpo humano pudiera sentirse así.

¿Es que nunca se ha corrido?

Hago una pausa y aparto la boca de su polla.

—Siempre puedes decirme que pare —le recuerdo.

—Nunca —declara con toda la convicción de un auténtico creyente.

Curvo la comisura de la boca hacia arriba y me lo introduzco de nuevo. Él gime y cierra la mano en un puño sobre el reposabrazos.

No puedo metérmelo entero en la boca, así que rodeo la base con los dedos y subo y bajo al mismo ritmo al que deslizo los labios: arriba, abajo, arriba, abajo.

Lo tomo tan profundamente como puedo. No lo hago con mucha delicadeza. Para ser sincera, lo único que puedo hacer es ignorar las arcadas y el dolor sordo de la mandíbula. A pesar de la incomodidad, el coño me palpita por el jinete.

Lo miro mientras me deslizo su polla entre los labios. La respiración de Tánatos se ha vuelto pesada y entrecortada. Todavía tiene una de las manos cerrada en un puño; la otra la mueve como

para tocarme, pero la retira y, en lugar de eso, se agarra al reposabrazos como si le fuera la vida en ello.

Le cojo esa otra mano y la acerco a mi pelo.

«Sigues pudiendo tocarme. Los pechos, la cara, cualquier parte. Por ahora, soy toda tuya», quiero decirle.

Death introduce los dedos entre mis mechones y también acerca la otra mano a mi cabeza. Me mira con asombro.

—¿Qué es…? —Se interrumpe cuando otra caricia de mi boca lo deja sin aliento—. ¿Qué *es* esto?

Sonrío alrededor de su polla y la imagen lo hace estremecerse.

—Verte arrodillada, entre mis piernas, *kismet* —dice con brusquedad—. Es… *erótico*. —Pronuncia esa última palabra como si la descubriera por primera vez.

No respondo, porque he encontrado mi ritmo. Acelero los movimientos y, ahora, Tánatos me imita con sus embestidas. Aprieta los dedos en torno a mi pelo.

Sus movimientos se vuelven frenéticos, el rostro se le contrae en lo que parece pura agonía mientras clava la mirada en mí, con mi pelo en sus puños.

—Lazarus, algo está… —maldice—. ¡Lazarus! —brama.

Unos chorros calientes de semen me inundan la boca cuando alcanza la liberación. Me lo trago todo mientras Tánatos sigue corriéndose más y más, y su cuerpo se sacude con cada ráfaga.

Escucho su respiración agitada mientras ralentiza el ritmo de las embestidas. Suena como si hubiera visto a su creador. Casi a regañadientes, aparta las manos de mi pelo.

Deslizo la boca por la longitud de su miembro una vez más antes de soltarlo y sentarme de nuevo en cuclillas, con los pechos aún expuestos.

Death, normalmente tan rígido y sereno, está despatarrado en la silla, y su pecho no deja de subir y bajar. Parece completamente deshecho y me mira como si fuera un espectro.

Me limpio con discreción la comisura de la boca, lamiendo una última gota de semen, y me pongo de pie.

Espero seguir teniendo aspecto de estar segura de mí misma, porque por dentro estoy temblando.

Acabo de chupársela al mismísimo Death.

Tengo que morderme el carrillo para detener la risa histérica que quiere salir de mí.

Me subo el vestido y paso los brazos por los tirantes. Me doy la vuelta y agarro una hogaza de pan y la botella de vino abierta. Luego, lanzándole una última mirada con los párpados entornados, me retiro.

Por una vez, no estoy huyendo del jinete. Un conquistador no huye de sus conquistas, hace lo que le place. Y, ahora mismo, me apetece vino, pan y una cama donde pueda lidiar con este agudo palpitar que siento entre las piernas.

—¡Lazarus! —me llama Tánatos, con un deje de emoción desconocida en la voz.

—Buenas noches —me despido por encima del hombro.

Esta noche solo le he dado la primera muestra real de lo que puedo ofrecerle. Planeo que esto sea lento y doloroso. Tengo la intención de que, al final, el jinete coma de mi mano: en cuerpo, mente y espíritu.

Por la humanidad, no me conformaré con menos.

XLIII



A la mañana siguiente, no me sorprende encontrar al jinete paseándose por la sala de estar. Death camina de un lado a otro junto a una hilera de ventanas que dan al patio trasero. Ahora mismo me da la espalda mientras abre y cierra las alas con nerviosismo.

A nuestro alrededor, unos sirvientes esqueléticos deambulan por las diversas estancias, transportando cajas y otros objetos.

—Buenos días —digo.

En cuanto me escucha, Death se queda sobrenaturalmente quieto, incluso sus alas permanecen inmóviles.

Por fin, se da la vuelta. Lo primero que encuentran sus ojos son los míos, pero luego los dirige a mi boca, la misma que lo tomó anoche.

El jinete cierra una mano en un puño y lo veo tragar saliva.

Sé que está recordando lo que le hice. Apuesto a que incluso ahora está intentando descubrir cómo volver a deslizar la polla entre mis labios y continuar donde lo dejamos.

Ese es el problema de la seducción: que una persona tiene mucho más poder que la otra. Y, pese a la omnipotencia de Death, soy yo quien tiene el control.

—Te fuiste —me acusa.

Es un eco de una acusación anterior: justo cuando cree que me tiene, huyo. Distingo su soledad en su mirada, junto con su frustración: ha construido muros y prisiones improvisadas para retenerme, pero aun así me escurro entre sus dedos.

—Estaba cansada —respondo.

Se le contrae un músculo de la mandíbula mientras sus ojos vuelven una y otra vez a mi boca.

—Llevo aquí horas, repasando lo que hicimos… lo que *tú* hiciste —admite—. Esa imagen de ti a la luz de las velas, la sensación de tu boca a mi alrededor… —Mueve un poco las alas, como si lo estuviera recordando incluso ahora—. No sabía que el cuerpo humano pudiera sentir cosas así —exhala un suspiro entrecortado—. ¿*Por qué* lo hiciste?

Me encojo de hombros.

—Quería probarte.

Ese músculo de su mejilla vuelve a tensarse.

—Pero luego huiste.

Abre y reacomoda las alas de nuevo.

Me decanto por una pizca de sinceridad.

—Todavía no me siento completamente cómoda… contigo.

Se produce un cambio momentáneo en sus rasgos y juraría que parece destrozado. Luego desaparece y deja la expresión completamente en blanco.

—¿Qué puedo hacer para que te sientas cómoda?

—Eso lo tienes que averiguar tú solito.

No voy a hacer el trabajo por los dos. Seducirlo ya es bastante difícil.

Da un paso hacia delante.

—¿Todos los humanos… hacen lo que tú hiciste? —pregunta, con la vista clavada de nuevo en mi boca.

Siento que el rubor me inunda las mejillas.

—Bueno, no todos. Es decir, debe de haber algunos hijos de puta santurrones por ahí que no se atrevan. El resto, sin embargo…

Death asiente lentamente, procesándolo.

—¿Y va en ambas direcciones? —pregunta.

Frunzo el ceño. No entiendo qué quiere saber.

—Tiene que ser así —dice, más para sí mismo que para mí—. ¿Puedo hacerte sentir lo mismo que tú me hiciste sentir a mí?

Abro los ojos como platos.

Ah.

—Es un poco diferente —empiezo a decir, reparando en lo afilada

que es su expresión. Está pendiente de cada palabra—. No tengo la misma anatomía —hago un gesto vago hacia mi pelvis—, pero en general, sí.

Los ojos de Death arden como el infierno. Da un paso hacia delante, con su intención escrita en cada solemne ángulo de su cuerpo.

—Así que me probaste y me diste placer, pero no te quedaste el tiempo suficiente para que yo te lo devolviera. Lo habría hecho. —Otro paso amenazante hacia delante—. Eso te lo puedo jurar.

A juzgar por su mirada, le creo.

Da otro paso.

—Tienes que estar sufriendo como yo sufrí, como todavía sufro. Déjame aliviarte.

¿Aliviarme?

La idea de enterrar los dedos en su atractivo pelo mientras esos labios suaves acarician mi centro…

Ese dolor del que habla florece ahora dentro de mí.

—¿Qué harías si accediera? —Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas.

¿*Por qué* he dicho eso?

Tánatos avanza, con los ojos en llamas.

—Permíteme que te lo demuestre.

De lo rápido que retrocedo, casi me tropiezo con mis propios pies.

Extiendo un brazo.

—¡Espera, *espera*! —digo.

Muy, muy a regañadientes, se detiene.

La mente me va a mil por hora. No pretendía que actuara en consecuencia, pero ahora que la idea se me ha instalado en la cabeza, no logro deshacerme de ella.

Quién sabe qué habría pasado si, en este momento, dos esqueletos no hubieran cruzado la habitación, portando un cofre entre ambos.

He estado tan concentrada en el jinete que me he olvidado de los muertos que se pasean a nuestro alrededor, pero ahora que miro,

los veo por todas partes, apilando platos, cargando cajas, deambulando por los pasillos.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

Tánatos no parece querer responder.

—Preparan el equipaje —dice con brusquedad.

Vuelvo a mirarlos.

—¿Por qué?

—¿No vamos a terminar nuestra conversación? —me exige.

—No hay nada que terminar —replico.

—Al contrario, tenemos entre manos tu *placer*.

El calor me inunda las mejillas de nuevo. Da otro paso hacia delante, como para continuar donde lo habíamos dejado.

Levanto la mano otra vez.

—Ay, Dios mío, Tánatos, *echa el freno*. ¡Ahora mismo no me apetece! —exclamo mientras mi coño palpita en protesta.

—No estoy de acuerdo —dice con vehemencia, como si él también pudiera sentirlo—. Creo que descubrirás que lo que me falta de experiencia estaré encantado de compensarlo con entusiasmo.

¿Cree que no quiero hacerlo porque le falta práctica? Me entran ganas de reírme. Ser un amante generoso supera con creces *cualquier* inexperiencia. Es su entusiasmo lo que me hace dar marcha atrás.

Siento el poder que le arrebaté anoche escapándoseme entre los dedos y no estoy dispuesta a desprenderme de él.

—Todavía no he desayunado —suelto, lanzando la primera excusa que se me ocurre—. Y tus sirvientes están haciendo el equipaje… ¿Por qué? ¿Qué está pasando?

Puede que Death no se dé por vencido tan fácilmente, pero veo que mis palabras lo hacen contenerse… por ahora.

Aprieta la mandíbula.

—Tú tienes tus impulsos… y yo, los míos.

—¿Qué significa eso? —pregunto.

—Tengo que seguir moviéndome —confiesa en voz baja.

Moviéndose… y matando.

La idea me hiela la sangre.

—Los jinetes fuimos hechos para viajar y destruir. Podría

chasquear los dedos y acabar con la humanidad en menos de un día…

El miedo se me aferra al pecho.

—Pero no lo haré —continúa—. Esa no es la tarea que se nos encomendó. Los cuatro, mis hermanos y yo, *debemos* entender a las criaturas a las que estamos aniquilando. Por eso visito todas las ciudades. Solo cuando haya llegado a comprender verdaderamente a los humanos podré tomar mi decisión final sobre ellos.

Lo miro horrorizada mientras vuelvo a darme cuenta de que él tiene el poder de destruirnos o salvarnos a todos. Y, de alguna manera, se supone que yo debo hacerle cambiar de opinión.

—Pero tú no sabes nada de nosotros —digo en voz baja—. Matas a los habitantes de cualquier ciudad antes de cruzarla.

—Da igual, debo atravesarlas. —Observa las paredes que nos rodean—. Y a partir de ahora, tú también cabalgarás conmigo, Lazarus.

En el exterior de la mansión, una procesión de muertos aguarda bajo el sol del mediodía. Docenas más se desplazan por el patio, y sus frágiles siluetas depositan los últimos baúles de ropa y cajas de comida y vino en carros enganchados a caballos esqueléticos. Todos esos huesos blanqueados por el sol, tanto humanos como equinos, se mueven como lo harían los vivos, como si los tendones, los músculos y la carne los mantuvieran unidos en lugar de solo la magia. Algunos de los sirvientes no muertos incluso parecen tener su propio andar particular, un rasgo que deben de haber conservado después de la muerte.

Se mueven con una eficiencia alarmante, nunca se cansan y jamás pronuncian una sola palabra; que no es que pudieran, pero eso lo hace todo mucho más inquietante.

Me estremezco cuando Tánatos viene a buscarme, me coge de la mano y me guía hasta su caballo. Ninguno de los dos habla mientras me sube a su corcel tordo, aunque tomo aire cuando se une a mí un instante después. La presión de sus muslos y su pecho me resulta íntima y asfixiante a partes iguales.

Death no da órdenes a sus sirvientes, se limita a hacer girar a su caballo. Luego silba, y, al oírlo, su corcel se sacude hacia delante y lo siguiente que sé es que avanzamos a toda velocidad por el largo camino de entrada, con los cascos del animal resonando contra el asfalto.

Delante de nosotros, veo el espeso anillo de follaje monstruoso que rodea la propiedad.

Tánatos no disminuye la velocidad mientras avanzamos en esa dirección, así que me preparo. En el último segundo, las plantas se abren como cuando un cuchillo atraviesa la carne y a continuación estamos al otro lado.

Miro hacia atrás, tratando de echar un vistazo a la procesión esquelética que debe de estar siguiéndonos, pero no veo nada más allá del amplio hombro de Death y su ala plegada.

Cuando por fin estamos en la autopista, escucho al jinete respirar tranquilo desde su posición detrás de mí.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

—Al oeste —es su única respuesta.

Eso ya lo sabía. Death se ha pasado los últimos seis meses persiguiéndonos a Ben y a mí por el este de Texas y parte de Luisiana. Estoy segura de que está más que ansioso por dirigirse hacia tierras nuevas e intactas.

La idea me provoca una mueca.

—¿Alguna vez has entrado a caballo en una ciudad y simplemente no has matado? —pregunto con curiosidad.

—No hice daño a la ciudad en la que te encontré —responde.

Casi lo había olvidado.

—¿Por qué no?

—Estaba preocupado.

Por mí, quiere decir.

Se me pone la piel de gallina. Esa fue una de las pocas veces que vi de primera mano el tipo de poder que ejercía sobre el jinete. Por supuesto, no me importó mucho en ese momento, porque no me servía para salvar a Ben. Pero sí que perdonó a aquella gente, aunque fuera por un día.

—¿Qué pasaría si entraras y salieras de un sitio y no mataras a

todos sus habitantes? —pregunto.

Se produce un silencio largo. Tardo un poco en darme cuenta de que es porque Death me está mirando. Le echo un vistazo de reojo y veo su expresión escéptica.

—¿Qué? —digo a la defensiva.

—Debo terminar con la vida —responde—. Es otro de mis impulsos.

—Has sido tú quien ha mencionado que los jinetes tenéis que experimentar la humanidad antes de tomar la decisión definitiva de terminar con ella —replico—. Eso no parece posible, a menos que dejes que las personas vivan lo suficiente como para entenderlas.

Sigue mirándome, pero algo parpadea en sus ojos.

¿Está…? ¿Puede ser que esté sopesando mis palabras?

—No siempre mato de inmediato —dice.

—Es cierto —concuerdo—. Pero ¿hablas de verdad con algún humano? ¿Interactúas con alguien?

—Interactúo contigo —responde.

—Yo soy una sola persona. Y no me tengo por un buen ejemplo de humanidad.

—Te equivocas —me contradice—. Eres el mejor ejemplo.

Trago saliva. Creo que intenta hacerme un cumplido.

—Hay mucho más ahí afuera —digo.

Pero está claro que Death es demasiado inflexible para tratar de convencerlo de que perdone a alguna población, sin importar lo pequeña que sea.

—¿Qué pasaría si dejas que una ciudad viva lo suficiente para que puedas conocer mejor a la humanidad? —continúo, en un tono cuidadosamente ligero.

Me aterroriza que mi propio entusiasmo sabotee incluso esta concesión.

—Tengo alas, Laz. No voy a encajar como si tal cosa —responde Death con brusquedad.

—Eso no te detuvo la noche del hospital.

—Me colé en tu habitación sin que me vieran —me informa.

Suspiro.

—Nadie te está pidiendo que encajes —digo—. Eres un

mensajero de Dios. La gente sabe de tu existencia.

Se produce una larga pausa.

—Lazarus —dice al fin—, lo que propones es una locura.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? —insisto—. Ninguno de los dos puede morir.

—No saldrá nada bueno de esto —afirma el jinete en tono solemne.

—¿Eso es un sí?

Suena como un sí.

Me mira con el ceño fruncido, pero, al cabo de un instante, asiente.

El corazón me da un vuelco.

Puede que mi plan funcione.

XLIV



Julio, año 27 de los jinetes
Rosenberg, Texas

Death no solo cumple con lo que ha dicho, sino que va un paso más allá. Los viajeros con los que nos cruzamos en el camino conservan la vida. Cuando pasamos junto a ellos, nos miran a ambos ojipláticos y petrificados.

Esperad a ver la procesión de muertos que nos sigue.

Busco la mano de Death, que me sujeta con fuerza, y entrelazo los dedos con los suyos para darle un apretón. No me había dado cuenta de lo mucho que este pequeño acuerdo significaba para mí hasta ahora.

A mi espalda, siento que el jinete se inclina hacia mí y me roza la oreja con los labios.

—¿Te gusta mi misericordia? —pregunta en voz baja mientras, delante de nosotros, un hombre gira sobre los talones y corre de vuelta por donde ha venido.

—Es lo único que he querido siempre —confieso.

No responde, aunque me da un apretón en la mano.

Cabalgamos en silencio hasta que más adelante aparecen varios edificios.

Una ciudad.

Me tenso, aunque no sé por qué. Tánatos no va a matar a nadie. Puede que solo se deba a que no he decidido qué debería enseñarle

al jinete ahora que he conseguido que acepte dejar con vida a esta ciudad durante un tiempo.

Pasamos junto a más y más gente: gente que grita, gente que corre y gente cuyo pánico la deja inmóvil. Lo único que tienen todos en común es su miedo palpable.

—Recuérdame por qué esto es una buena idea —me pide Death mientras guía a su caballo para que salga de la carretera.

—Va a ir bien —le aseguro.

Ahora, ¿qué experiencia humana debería enseñarle? ¿Un restaurante? ¿Una tienda? ¿Un lugar de culto?

No tengo ni la menor idea.

Cuando nos encontramos en las calles de la ciudad, vemos a más gente asustada. Alarmada, reparo en que varias personas van armadas. Más de uno se lleva la mano a algún arma envainada.

—*Kismet* —me llama Death—, si esto es lo que querías que viera, podría haberte ahorrado algunas molestias. Sé que así es como reaccionan los humanos ante mí.

Suspiro.

Tiene razón, por supuesto. La gente no es precisamente conocida por ser amigable con las cosas que no entiende, sobre todo las que ya han destruido gran parte de su mundo. Pero había supuesto que, una vez vieran al jinete y se dieran cuenta de que no intentaba hacerles daño activamente, perderían el miedo. Y para ser justos, algunas personas parecen curiosas en lugar de asustadas, aunque no cabe duda de que son una minoría.

A pesar de la fría respuesta, paso una pierna por encima de la silla.

—¿Qué haces? —me exige Tánatos, que me aprieta con el brazo que me rodea el abdomen.

—Desmontar, si me dejas. —Mientras hablo, intento apartarle la mano. No se mueve—. No puedes experimentar la humanidad a lomos de un caballo.

Siento, más que veo, la mueca de Death.

—Esta es una mala idea, Laz —dice en voz baja, pero me suelta y me bajo del corcel.

Segundos después, él me imita.

—¿Y ahora qué, *kism*…?

—¡Alto! —grita alguien detrás de nosotros.

Me giro hacia la voz.

Una hilera de individuos sale de detrás de un descolorido centro comercial calle abajo. Todos llevan un arco con una flecha preparada.

—¡No os mováis o dispararemos! —ordena la misma voz que ha gritado la primera vez.

Death se coloca delante de mí.

—Haré lo que me plazca —declara, y su voz se escucha por toda la calle.

Los transeúntes están inmóviles, temerosos y paralizados por la escena que se desarrolla ante ellos.

Y esta es la razón por la que mi plan era demasiado bueno para ser verdad. Había supuesto que nos toparíamos con las mejores partes de la humanidad, pero esa suposición se basaba en la creencia de que lo *mejor* significa *pacífico* y *empático*, cuando está claro que en el mundo en que vivimos significa *valiente* y *protector*. Estas personas están dispuestas a defender a su comunidad, incluso contra una entidad sobrenatural imposible de detener.

—Volved por donde habéis venido —nos instruye uno de los hombres, levantando su arco a modo de advertencia.

Por desgracia, lo único que Death no piensa hacer es dar marcha atrás.

El jinete echa a andar y, con cada paso que da, veo que el plan se escapa cada vez más de mi control.

—¡Esta es tu última advertencia! —grita el hombre.

La hilera de arqueros se prepara al otro lado de la calle, con las flechas listas.

Corro hacia delante.

—¡No ha venido a haceros daño! —grito mientras alcanzo a Death.

Bueno, no planea hacerle daño a nadie *todavía*.

Mis palabras caen en saco roto. Veo que el arquero líder mueve la mano y suelta la flecha.

No sé en qué estoy pensando. Puede que, sencillamente, no esté

pensando. Lo único que veo es esa flecha describiendo un arco en el aire y yendo directa hacia Tánatos. Eso es todo. La suma total de mis pensamientos.

Me abalanzo sobre el jinete y choco contra él. Se tambalea un paso, pillado por sorpresa.

Oigo el suave siseo del proyectil cortando el viento una fracción de segundo antes de que se estrelle contra mi pecho con una fuerza agonizante. Me desgarra la carne al tiempo que me perfora el pecho.

—¡Lazarus! —el bramido de Death resuena a lo lejos mientras me tambaleo, atragantándome con mi propia respiración.

Bajo la mirada al asta de flecha que me sobresale del pecho.

Había olvidado… lo mucho… que duele esto.

El jinete me atrapa cuando las piernas empiezan a cederme. Despliega las alas y me rodea con ellas, protegiéndome de más proyectiles. Disparan más flechas, que se hunden en sus alas con sonidos suaves y repugnantes.

Él los ignora por completo.

—¿Por qué has hecho eso? —exige, sonando afligido.

Me desplomo en sus brazos, obligándome a concentrarme en su rostro.

Me encuentro muy mal.

Creo que me han dado en el corazón.

—¿Por qué? —insiste, con esos hermosos ojos llenos de pánico.

El universo le concedió una cara realmente perfecta. Lo cierto es que esta es la estampa de la que preferiría disfrutar al morir, su rostro heroico, el último recuerdo que llevarme a la tumba.

Alargo la mano hacia él justo cuando oigo más flechas atravesando el aire. Una por una, se hunden en las alas de Death. Pero, aparte del tic en la mejilla, Tánatos no reacciona.

Varios segundos después me parece escuchar el golpe colectivo de todos los cuerpos de una ciudad cayendo al suelo, aunque no estoy segura de si me lo he imaginado. En estos momentos, me parece que todo queda muy lejos. Lo único que existe es Tánatos, sus alas y el cielo muy por encima de nosotros. Siento que me deslizo hacia ese abismo que he llegado a reconocer como la muerte. Todo mientras el mismo Death quiere que siga con vida.

Él aferra la flecha que me sobresale del pecho, sin prestar atención a las que se clavan en sus alas. Sé lo que pretende. Casi siento el desgarro del dolor incluso ahora, mientras lo imagino arrancándome el proyectil.

Apoyo la mano sobre la suya.

—Hazlo… *después* —susurro.

Después de que muera.

Dolerá menos de esa manera. Eso es lo único que realmente puedo pedir.

La expresión del jinete se transforma cuando se da cuenta de a qué me refiero.

—Entonces, ¿debo verte morir y quedarme de brazos cruzados? —dice, y casi suena enfadado.

—Creía… que eso era… lo que te va —susurro, incluso mientras siento que mi último aliento se extingue… y me desvanezco…

Tánatos aprieta y relaja la mandíbula, y qué terrible ironía resulta ser que él, de entre todas las personas, no disfrute viéndome morir.

¿Cuándo ha pasado esto?

Me observa impotente.

—Entre nosotros nada puede ser normal, ¿verdad? —pregunta.

Death es incapaz de salvar a la chica inmortal.

Le dedico una pequeña sonrisa.

—No estoy segura… de que quisiera… que fuera de cualquier… otra forma.

XLV



Me despierto con un gemido en los brazos de Death.

—Lazarus. —Suena aliviado.

Me muevo un poco y vuelvo a gemir antes de dejarme caer de nuevo en los brazos del jinete. Me siento como si me hubiera pisoteado una manada de caballos salvaje.

Death abre un poco más los ojos, y no estoy segura de si es porque está tenso o porque le ha hecho gracia.

—Me has protegido —dice en voz baja.

Tiene el ceño fruncido por la confusión, pero sus ojos rebosan asombro.

He recibido una flecha por él.

Me llevo la mano al pecho y palpo el agujero en la tela de mi camiseta. Debajo, siento la sangre resbaladiza que todavía me cubre la piel, pero… la herida se ha cerrado por completo.

Me curo más rápido que la mayoría de los humanos, pero puede llevarme muchas, muchas horas recuperarme de una herida mortal. Entrecierro los ojos para mirar al sol —que permanece en la misma posición donde lo vi por última vez— y reparo en que Death todavía me sostiene en la posición en la que me ha atrapado cuando caía.

No ha sido mi cuerpo el que me ha curado esta vez.

Desvío la mirada hacia el jinete.

—Me has curado.

Él sigue mirándome como si estuviera intentando ver en lo más profundo de mi alma. El escrutinio me pone nerviosa.

—Por supuesto que te he curado, *kismet* —murmura, como si no

pudiera imaginar otra posibilidad, como si los últimos dos años de violencia entre nosotros no hubieran existido nunca.

Me incorporo un poco mientras sus alas siguen rodeándonos con firmeza. Por un instante, el jinete me aferra con más fuerza, pero al cabo de otro segundo, me suelta.

Cuando me enderezo por completo en su regazo, algo afilado me pincha el brazo. Al girarme, observo una punta de flecha ensangrentada que anida entre las plumas oscuras de Tánatos. Es una de las casi doce que le han perforado las alas.

Respiro hondo.

—Sigues herido.

—No es nada —dice, restándole importancia.

—No es nada —repito, lanzándole una mirada significativa.

Ha empleado toda su energía en curarme mientras ignoraba sus propias heridas.

Me pongo de pie para verlas mejor.

—¿Qué haces? —pregunta el jinete, que también empieza a levantarse.

Le apoyo una mano en el hombro para que se quede sentado.

—Voy a examinarte las heridas. —Trazo el punto de entrada de una flecha con suavidad, la sangre se ha coagulado alrededor de las plumas circundantes—. ¿Quieres que te las saque? —pregunto.

El ofrecimiento provoca que Tánatos se quede inmóvil. Al final, me mira por encima del hombro.

—¿Es una oferta sincera?

Le sostengo la mirada.

Está tan acostumbrado a mis trucos y al dolor que le he infligido que sé que lo he desconcertado.

Asiento lentamente.

—Lo es.

Tánatos me observa con atención durante un rato más y luego mira hacia delante, apoyando los brazos sobre las rodillas.

—En ese caso, sí —dice—. Me gustaría.

Se queda quieto, con el rostro alejado de mí. Sigo estudiando las flechas que le perforan las alas y palpo un poco la zona de alrededor antes de empezar. Las plumas de Death hacen que sus alas

parezcan más gruesas de lo que son, pero en realidad no son más que una membrana delgada.

Así que lo más fácil sería limitarme a arrancar las flechas. Agarro la primera punta, pero algo en mi movimiento provoca una sacudida en las alas de Death.

—Lo siento —murmuro.

—No tienes nada por lo que disculparte —me asegura, girando la cabeza un poco hacia mí.

Despacio, saco la flecha a través del agujero que le ha hecho en la piel. No reacciona, aunque me imagino que la sensación no debe de ser agradable.

—Claro que sí —insisto, dando un último tirón al proyectil para que la parte trasera salga también—. No estaría arrancándote flechas si no hubieras aceptado mi plan.

Se producen unos largos segundos de silencio.

—Tienes un corazón excepcional, Lazarus —dice al fin—. No deberías disculparte por ello.

Me quedo mirando la parte posterior de la cabeza de Death mientras me trago la extraña mezcla de emociones que surgen en mi interior. Yo veo lo mejor de los humanos y él ve lo mejor de mí, y no estoy segura de si ambos somos unos necios por ello.

Arrancarle las flechas es una tarea íntima. Las alas de Death se sacuden cuando empujo los proyectiles, así que he empezado a alisarle las plumas con la mano. Más de una vez le he oído suspirar; no lo ha dicho, pero creo que esas caricias lo tranquilizan.

—¿Cómo es tener alas? —pregunto mientras le levanto una para alcanzar una flecha más complicada.

Observo fascinada cómo se despliegan sus plumas primarias.

—No sé cómo responder a eso —contesta—. Es lo único que he conocido.

Saco la flecha tan rápido como me atrevo, asegurándome de mantener la mano firme, incluso cuando su carne se engancha en las plumas del proyectil.

Todo vuelve a quedar en silencio mientras me concentro en mi

trabajo, con las manos resbaladizas por la sangre del jinete. Me queda la última flecha.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunta Tánatos de repente.

—¿El qué? —pregunto distraídamente.

—Saltar delante de una flecha que iba destinada a mí.

Hago una pausa. Death está mirando hacia delante, pero siento toda su atención puesta en mí.

—No quiero hablar de eso —digo.

—¿Por qué?

Porque se supone que este sentimiento es algo unilateral.

Arranco la última flecha con demasiada brusquedad.

—Porque no —declaro, arrojando el proyectil a un lado. Una pila de flechas ensangrentadas ensucia la carretera—. He terminado.

Tánatos se pone de pie y abre y cierra las alas, como para ponerlas a prueba. Se gira para mirarme y casi siento su poder oscuro presionándome.

—¿Recuerdas nuestro juego de anoche? —pregunta—. Cuéntame tus verdades sin rodeos.

—Ese era tu juego —replico—, y no vamos a volver a jugar.

Death se acerca un paso más a mí, con la sangre goteándole por las alas.

—¿Por qué has encajado una flecha destinada a mí? —pregunta de nuevo—. Sabes que no puedo morir.

—Yo tampoco —le espeto.

—Lazarus —pronuncia mi nombre como si estuviera invocando mi esencia.

Suspiro.

Estoy demasiado débil para discutir y demasiado cansada para seguir preocupándome. El mundo se está acabando. ¿Qué importan mis sentimientos?

—No lo sé —digo—. De verdad que no. He visto venir esa flecha y lo único que se me ha pasado por la cabeza era que prefería salir herida yo antes que verte sufrir.

Tánatos se echa un poco hacia atrás y escruta mi expresión, presumiblemente en busca de la mentira. Cuando no la encuentra,

parece… parece muy complacido con mis palabras, aunque yo me siento bastante incómoda.

El motivo de viajar con Death —seducirlo— no era yo ni mis sentimientos complicados. Pero me temo que, a pesar de todo, me preocupo por este hombre monstruoso.

Mientras atravesamos a caballo la ciudad de Rosenberg, recorro la carnicería con la mirada. Hay algunos cadáveres tirados en las calles y, por encima de nuestras cabezas, los carroñeros ya están empezando a dar vueltas.

Mi grandioso plan se ha desvanecido como el polvo que se lleva el viento.

De hecho, no estoy segura de que pudiera haber fracasado de una forma más espectacular.

Cuando el sol se pone, Death detiene a su caballo de repente. Se baja del corcel de un salto sin ningún tipo de explicación.

Cuando empieza a alejarse de mí, siento una indeseable sensación de abandono.

—¿A dónde vas? —le grito.

Se da la vuelta, aunque continúa alejándose.

—¿Ya me echas de menos, *kismet*? —pregunta, con los labios curvados en una sonrisa.

Frunzo el ceño ante ese gesto, pese a que siento un vuelco en el estómago de lo más molesto.

Primero encajo una flecha por él y ahora *esto*.

Antes de que pueda responder, la expresión de Death se vuelve seria y, su mirada, intensa.

—Nada en este mundo podría separarme de ti durante mucho tiempo.

Suena a promesa, y creo que se supone que debe tranquilizarme. Y está claro que mi estómago no debería dar otra estúpida voltereta.

Tánatos abre las alas de par en par y parece que está listo para echar a volar, pero luego se detiene.

Me mira a los ojos.

—¿Te gustaría acompañarme, Laz?

—¿A dónde? —pregunto escéptica—. ¿Al *cielo*?

Él asiente.

No, me parece que no. Odio volar y al jinete y…

Desmonto del caballo antes de poder acabar ese pensamiento.

Cruzo hacia donde está parado, en mitad de la carretera, con nada más que campos extendiéndose a ambos lados.

Death me tiende una mano. La ignoro y doy un paso hacia él para rodearle el cuello con los brazos. Me digo a mí misma que estoy haciendo todo esto por Ben y la humanidad, pero entonces el jinete me sonríe y las mariposas regresan a mi estómago.

Tánatos me envuelve con sus enormes brazos.

—Por favor, no me dejes caer —le pido en voz baja.

Él tensa un músculo de la mandíbula.

—Nunca más —jura.

A continuación, mientras me mira fijamente, otra sonrisa lenta y deliciosa se extiende por su rostro, al mismo tiempo que algo más suave aparece en sus ojos brillantes.

—Primero me proteges y ahora vienes a mí por propia voluntad.

Está reparando en el mismo patrón horrible que yo: me estoy ablandando.

Death se inclina hacia mí.

—Me aseguraré de que no te arrepientas.

Tras esas palabras, me hace rodearle la cintura con una pierna y luego con la otra. Tengo la pelvis presionada contra la parte inferior de su abdomen, y con mis brazos alrededor de su cuello y la cara a escasos centímetros de la suya, la situación parece íntima. Muy, muy íntima.

Esa sensación no hace más que aumentar cuando Death me rodea de nuevo con los brazos y me aprieta contra él.

—Agárrate, Lazarus —susurra mirándome.

Extiende las alas de par en par y, con un salto, nos elevamos en el aire. El golpeteo de las alas del jinete es casi violento, y aun así es como si nos encontráramos en el ojo del huracán.

Observo a Tánatos mientras ascendemos. Contemplo su rostro antiguo mientras el viento le agita el pelo y me detengo en sus labios seductores y pómulos afilados. Por una vez, no tiene la mirada fija en mí. En lugar de eso, recorre la tierra que nos rodea.

—¿Qué estás buscando? —pregunto.

—Un hogar digno de una reina —responde, sin dejar de examinar el paisaje.

Sigo mirándolo, sintiendo que, aunque estoy volando, también me hallo en caída libre. Me inclino hacia delante y le doy un beso suave en la parte inferior de la mandíbula. Sé que soy inmune a la muerte; sin embargo, de alguna forma estoy segura de que no voy a sobrevivir a esto.

Después de una pequeña eternidad en el aire, descendemos hacia un pedazo de tierra sin nada destacable. Veo hierba verde y árboles muy juntos, y algunos senderos que a esta distancia parecen tallados toscamente en la tierra. Solo cuando los sigo con la mirada, me doy cuenta de que Tánatos *sí* ha encontrado una casa, una tan palaciega como la anterior.

El suelo se acerca cada vez más y distingo un suave montículo que da paso a un estanque fangoso y a una pequeña capilla construida junto a la casa. Por último, poso la mirada en la vivienda estilo hacienda con paredes de color terracota y un tejado de tejas rojas.

Death aterriza frente a ella todavía cargando conmigo. Me resisto a soltarle, aunque me digo a mí misma que es solo porque tengo los brazos rígidos de estar tanto rato agarrada a él.

Tras dedicarme una mirada indulgente, el jinete me libera.

El sol está bajo en el horizonte y ya se han encendido las farolas distribuidas alrededor de la propiedad. Alguien ha tenido que encenderlas todas manualmente, lo cual significa que o bien las personas que viven aquí siguen vivas… o que Death acaba de matarlas.

Tiemblo al pensarlo.

—¿Tienes frío? —se preocupa Tánatos.

Niego con la cabeza, mientras me rodeo con los brazos. Echo a andar alrededor de la casa, fijándome en los azulejos pintados que bordean cada una de las ventanas.

—¿Vamos a quedarnos aquí? —pregunto por encima del hombro.

—Mmm —murmura él, y me lo tomo como un sí.

Paso una mano por la pared y solo me alejo cuando me fijo en los cactus grandes y espinosos que crecen más adelante.

—Yo no iría ahí atrás si fuera tú —me advierte Death.

¿A la parte trasera de la casa?

—¿Por qué…? —Las palabras mueren en mi lengua cuando veo movimiento más adelante.

Varias personas salen de la casa y se dirigen a los árboles que rodean la propiedad. Nadie habla, nadie interactúa con los demás, todos marchan robóticamente en la misma dirección.

Igual que los esqueletos de Tánatos.

Un escalofrío me recorre el cuerpo.

—Lazarus. —La voz del jinete contiene un mundo de significado —. Mira hacia otro lado.

—¿Por qué? —digo, paralizada por la imagen que tengo frente a mí—. Nunca me has dado ese lujo antes.

El suelo se sacude con violencia y apenas puedo evitar no caerme. A lo lejos, oigo un profundo gemido procedente de la tierra misma.

A sesenta metros por delante de mí, el suelo se abre, como las fauces de un monstruo ancestral. El grupo al que estoy observando parece dirigirse directamente hacia esa grieta en la tierra. La primera persona da un paso hacia ella, cae en el interior y se pierde de vista.

Reprimo un grito mientras otra persona se acerca tranquilamente al borde y desaparece al arrojarse al agujero. Uno por uno, los antiguos habitantes de esta propiedad hacen lo mismo, hasta que ya no queda ninguno.

La tierra tiembla una última vez y, con otro estruendo, la grieta se sella.

Me quedo quieta varios segundos más, simplemente mirando el suelo.

—No deberías haberlo visto —dice Death detrás de mí.

Emito un pequeño gemido, mi horror es casi palpable.

—Ya estaban muertos —continúa.

Como si eso supusiera alguna diferencia.

Tánatos se planta a mi lado y estudia mi expresión. Lo que sea que ve provoca que una chispa de pánico asome en su mirada.

La tierra tiembla una vez más y varios cactus espinosos brotan alrededor del perímetro de la propiedad, encerrándonos a Death y a mí dentro.

—¿Por qué has hecho eso? —La voz apenas me sale en un susurro.

—Veo tu miedo —dice—. No voy a dejarte escapar.

Siento que hemos vuelto al punto de partida.

¿Cómo detengo a este hombre? ¿Cómo voy a hacerlo sin perder la integridad ni a mí misma en el proceso? Aún no lo he descubierto y no veo cómo lo conseguiré. Los otros jinetes se equivocaron. Es imposible que superemos toda la animosidad que hay entre nosotros.

Ladeo la cabeza.

—¿Me aceptarías? —pregunto—. ¿Si me convirtiera en una verdadera mortal?

Tánatos despliega y reacomoda las alas.

—Eso da igual. No eres mort…

—¿Lo harías? —insisto.

Se queda callado y ambos nos enfrentamos con la mirada.

—Lazarus, no tendría elección. Un roce de mi piel… —dice al final.

—Eso no me importa —lo interrumpo—. ¿Me matarías intencionadamente si pudieras, incluso ahora?

Se me queda mirando, con esos extraños y encantadores ojos particularmente trágicos.

—Sí, Lazarus, si pudiera, lo haría. *Debo* hacerlo.

No sé por qué me duele, pero es así. Me siento como si me hubiera acuchillado en el pecho.

Echo un vistazo a la propiedad y luego a las estrellas, parpadeando. Parpadeando.

—*Kismet*, no importa…

Lo miro bruscamente.

—*Sabes* que importa —replico.

Es el mismo hombre que le negó a Famine su mortalidad porque sus motivos eran los equivocados.

Death se estremece ante mis palabras. Debe de ver cómo me

alejo a nivel emocional, porque cierra la distancia entre nosotros y se acerca a mí.

—*No* me toques —le advierto.

Los ojos le brillan y abre un poco las alas en lo que parece una extraña exhibición de dominio; aunque no sé una mierda sobre pájaros.

—¿O qué, Lazarus? —dice, en un tono desconcertantemente tranquilo. Da un paso más hacia mí para invadir mi espacio—. A lo mejor deberíamos darle la vuelta a tu pregunta: ¿qué harías, *kismet*, si de verdad pudieras matarme para siempre? —exige—. Imagina que mi muerte pudiera provocar que toda la humanidad volviera a ser como antes y pudieras reunirte con tu hijo una vez más. ¿Lo harías? ¿Me matarías?

Que Dios me ayude, lo haría sin pensármelo dos veces.

Lo miro cabreada, apretando la mandíbula.

Tánatos lee la respuesta en mi cara. No me cabe la menor duda.

—Deja de fingir que somos normales —dice—. No lo somos. No existe nadie como nosotros. Yo no puedo matarte y tú no puedes matarme a mí. Ya lo hemos intentado y no ha funcionado. Así que probemos otra cosa.

Dicho esto, recorre el poco espacio que queda entre nosotros y me besa con ferocidad.

XLVI



Julio, año 27 de los jinetes
Hallettsville, Texas

He dicho que no quería que me tocara, pero soy una mentirosa. Esa es la única verdad que conozco en el caos de nuestra relación.

Me dejo llevar por el beso, cuelo los brazos por debajo de los del jinete y le rozo la base de las alas con los dedos.

Mis caricias lo hacen gemir, y me aprieta contra su cuerpo con más fuerza.

«Deja de fingir que somos normales. No lo somos».

Creo que necesitaba oír eso. Necesitaba que me desenterrara de entre todas las suposiciones sobre lo que es correcto e incorrecto que he albergado toda la vida.

Mientras deslizo los labios contra los suyos, él se inclina. Desliza un brazo por debajo de mis rodillas y, sin interrumpir el beso, me levanta.

Empieza a moverse y soy vagamente consciente de que se dirige a la casa.

Solo rompo el beso cuando Tánatos llega a la puerta principal. Levanta una pierna y… Zas, le asesta una patada y la madera se desprende de las bisagras. El ruido me sobresalta y aparto los labios, pero, con mano firme, Death me gira la cabeza hacia él y reclama mi boca.

Tánatos cruza el umbral y sus pisadas resuenan por toda la casa mientras continúa avanzando, todavía abrazándome. El beso me

tiene distraída, pero no tanto como para no darme cuenta de que entramos en un dormitorio, con una cama enorme. El estómago me da un vuelco al verla mientras el pulso me late desbocado.

He estado tan concentrada en seducir a Death que ni se me había pasado por la cabeza que *él* me sedujera *a mí*. Pero está bastante claro que las cosas van en esa dirección.

Me deposita en la cama y retrocede para observarme mientras empieza a quitarse la armadura plateada pieza por pieza.

—¿Qué haces? —pregunto sin aliento, incorporándome sobre los antebrazos.

Los ojos le brillan.

—Reclamando lo que debería haber reclamado hace mucho tiempo.

Se quita los protectores de los brazos, la coraza y las grebas. Se deshace de todo y luego procede con la ropa.

—Siempre puedes decirme que pare —dice, haciéndose eco de mis palabras.

Me arranca una sonrisa, pese a que estoy nerviosa.

Se desprende de la camiseta y la arroja a un lado.

Se me entrecorta la respiración al contemplar todos sus tatuajes brillantes. Le cubren la piel como las manchas de un leopardo.

Con su armadura puesta, Death parece un ángel de Dios; sin ella, parece algo más. *Más* que angelical, *más* que sobrenatural. Cuesta creer que pueda hacerse pasar por humano la mayor parte del tiempo; ahora mismo me parece increíblemente obvio que es algo del todo diferente.

Se lleva las manos a las botas y se las quita, primero una y luego otra.

Casi creo que parará ahí.

Pero no.

Se baja los pantalones con todo lo que lleva debajo y se queda desnudo en toda su gloria.

Tánatos vuelve a donde me ha dejado tendida en la cama, todavía completamente vestida, y coloca un puño a cada lado de mi cabeza, apresándome.

Lo único que veo son kilómetros de músculos marcados y

tatuajes, y soy incapaz de pensar con claridad.

Retuerzo con las manos la manta que tengo debajo. Siento que, entre nosotros, todo está del revés, y que todo el poder y el control que reuní anoche se han desvanecido.

Él se inclina hacia mí.

—Te he provocado mucho dolor, *kismet*. Déjame darte la misma cantidad de placer.

Mientras nos miramos a los ojos, desplaza las manos hasta el cuello de mi camisa.

Raaas.

Respiro hondo cuando rasga la tela y expone mi piel desnuda. El corazón me late aún más deprisa. Con Death, el dolor y el placer siempre irán de la mano. Albergo demasiados recuerdos peleando con él para que sea de otra manera.

Empiezo a sentarme, un movimiento del que se aprovecha el jinete. Se inclina hacia mí y me besa con rudeza. A mi pesar, me río un poco de lo brusco que es.

Él gime contra mi boca y me mordisquea el labio inferior.

—Si pudiera, devoraría tu risa. No existe nada más dulce.

Mi sonrisa se desvanece. Cada vez que Tánatos suelta algo así, una calidez perturbadora florece bajo mi esternón.

Para distraerme, interrumpo el beso, me desabrocho el sujetador y me lo quito. Me recuesto contra la cama, aunque no hay nada relajante en ello. Estoy tensa.

La mirada de Death es salvaje al clavar la vista en mis pechos. Alarga la mano y me acuna uno.

Emite un sonido gutural.

—No supero lo suave que eres —murmura entre dientes—, ni por qué esto me parece tan condenadamente *seductor*. —Mientras habla, me recorre el pezón con el pulgar.

Se me escapa un siseo; tengo la piel muy sensible.

Death sonríe y vuelve a pasarme el pulgar por el pezón. Sin pensarlo, me arqueo ante su contacto.

—¿Esto te gusta? —pregunta.

Antes de que pueda responderle, empieza a trazar círculos alrededor de mi pezón, sosteniéndome la mirada. Y, maldita sea, no

puedo evitar reaccionar ante esos dedos tan hábiles. El pecho me sube y baja cada vez más rápido.

—Sé que *a mí* me gusta —continúa—. Y me encanta esa mirada que pones.

Su voz se ha vuelto áspera; esta faceta suya me resulta completamente desconocida.

¿De qué mirada habla?

—Pero —añade, inclinándose hacia mí una vez más— quiero tus labios perversos de vuelta sobre los míos.

No le hace falta decir nada más para que me levante y lo reciba. Le rodeo el cuello con el brazo mientras reanudo el beso. Tánatos se deja llevar con entusiasmo. Me separa los labios con los suyos y desliza la lengua contra la mía, reclamando hasta el último centímetro que puede.

El jinete aprieta las caderas contra mí y, Dios, quiero hacerle cosas muy, muy perversas.

Levanto un pie, calzado aún con la bota, entre nosotros y lo obligo a retroceder. Tánatos parece medio salvaje cuando me mira, con la lujuria enturbiándole la mirada.

—¿Qué podría hacer que desees parar? —pregunta.

—Quítame el resto de la ropa —exijo con suavidad.

Si antes había calor en sus ojos, este aumenta cuando los desliza por la mitad inferior de mi cuerpo. Sin responder, me agarra el pie y, lanzándome una mirada maliciosa, me quita la bota y luego el calcetín.

Observa mi pie.

—Hasta tus dedos me deleitan, Lazarus. Qué maravillosa eres. Qué maravilloso es *esto*.

«Esto».

Esa última frase hace que el corazón se me acelere.

Quiero decirle que él es la verdadera maravilla, con sus tatuajes brillantes, sus alas y su magia mortífera. Pero tengo miedo de que, si hablo, si me entrego a la agitada maraña de pensamientos que me provoca, caiga de lleno en mis sentimientos por este hombre y nunca más pueda salir de ahí.

Death me quita la otra bota y el calcetín, y sube las manos por

mis piernas. Entro en pánico solo con ese toque sensual.

¿Cómo hemos pasado de ser enemigos decididos a destruirse el uno al otro a *esto*?

Apenas se me ha pasado por la cabeza la idea cuando siento que el jinete me desabrocha los pantalones y empieza a bajármelos. Engancha los dedos en mis bragas y las arrastra junto con los vaqueros. Centímetro a centímetro, me quita las últimas prendas de ropa. Lo tira todo a un lado y se da un festín con la mirada.

—Lazarus.

Parece poseído y se sube a la cama como un animal al acecho. Sus labios y algunos mechones de su pelo me rozan la piel mientras sube por mi cuerpo. No se detiene hasta que quedamos cara a cara.

Sus ojos buscan en los míos.

—Me robas el aliento.

—Eres *tú* quien me lo roba —digo.

Es lo mínimo que puedo admitir. Death es el ser más hermoso y sobrenatural que he visto jamás.

Su mirada desciende hasta mis labios.

—He querido besarte desde el preciso instante en que me tendiste una emboscada y me exigiste que pusiera fin a mi tarea —confiesa—. Me volvía loco la necesidad que sentía pero que no entendía, una necesidad que sigo sin comprender. Creía que mis hermanos eran débiles por haber sucumbido a ella.

Exhalo despacio, tratando de procesarlo todo.

—¿Todo este tiempo has querido besarme?

Una mirada pícara se apodera de sus ojos.

—Entre muchas otras cosas.

—¿Cuáles? —pregunto con curiosidad.

Me acaricia con un dedo el puente de la nariz y luego los labios y la barbilla.

—Quise llevarte conmigo desde el primer momento en que te vi. Te deseé por completo. Fue una experiencia agonizante y terrible. Me pareció que solo demostraba aún más lo malvados que eran los humanos si tenían deseos como esos, deseos que ahora yo me veía obligado a experimentar.

El corazón se me acelera al pensar que él me deseaba incluso

entonces. Me cuesta concebirlo, a tenor de cómo se ha desarrollado todo entre nosotros.

—Y cuando descubrí que no puedes morir… —continúa Tánatos, rozándome el costado con los dedos, acariciándome la piel desnuda —, cuando todo mi poder resultó inútil contra ti, supe que eras mía, *kismet*. Estuve tan seguro como lo estás tú de tu propio nombre.

Lo que dice debería resultarme aterrador, especialmente a la luz de que incluso pese a sentirse así, me hizo daño, una y otra vez.

Pero no estoy aterrorizada. Ni por asomo.

No hay nadie como nosotros.

—¿Por qué has cedido al fin a tus… deseos humanos? —pregunto.

Ahora se le suaviza la expresión y me cuesta respirar.

—Todos esos meses solitarios en la carretera, con la monotonía de mi tarea solo interrumpida por tus pobres intentos de acabar con mi vida…

—No fueron pobres —protesto, olvidando por un momento que un jinete completamente desnudo se aprieta contra mí y que estamos a punto de hacernos guarradas.

Me lanza una sonrisa indulgente, como si acabara de decir algo muy tierno.

—Enfrentarme a ti se volvió difícil, y luego se tornó agonizante —admite mientras su sonrisa desaparece—. Pero, por mucho que me costara luchar contra ti, lo peor era cuando nos separábamos. Pasé meses preguntándome quién eras y qué encontrabas tan valioso en esta miserable existencia humana. Con el tiempo, quise saber otras cosas, cosas *humanas*, sobre ti. Cosas que incluso ahora me cuesta nombrar, porque todo lo relacionado con la vida es muy diferente a la muerte. Quería, y todavía quiero, saberlo todo sobre ti: qué cosas te alegran, qué te pone triste. Y una locura aún mayor, quiero encontrarme entre las cosas que te proporcionan alegría.

Su confesión me cierra la garganta y me veo incapaz de apartar la mirada de las oscuras profundidades de sus ojos. Ya me había dicho algunas de estas cosas, pero a la luz menguante del anochecer, con mi cuerpo apretado contra el suyo, me impactan de forma diferente.

—En algún momento, entre todos nuestros enfrentamientos, Lazarus, llegué a preocuparme por ti, y dejarte atrás se volvió impensable. Así que dejé de luchar contra ese malvado deseo de tomarte y me rendí. Y aquí estamos —dice.

—Aquí estamos —repito.

El momento se alarga hasta que ya no puedo soportarlo más.

Me muevo debajo de él y abro las piernas.

El jinete levanta un poco el cuerpo para mirar hacia abajo, entre nosotros. Veo que se le dilatan las fosas nasales y, al cabo de un momento, me acaricia la piel con una mano y baja, baja y baja hasta que llega a mi coño.

Se pone en cuclillas, con sus alas negras colgando sobre el borde de la cama mientras estudia mi sexo, con fuego en la mirada.

Nuestros ojos vuelven a encontrarse mientras él pasa deliberadamente un dedo por mi centro.

Inspiro hondo y muevo las caderas contra él.

—¿Esto te gusta? —pregunta.

Entreabro los labios para responder, pero él ya está pasando el dedo por mis pliegues de nuevo. En cuanto me acaricia el clítoris, las caderas se me mueven solas desesperadas una vez más.

Sus ojos se iluminan y retrocede para volver a tocarme ahí.

—¿Qué es esto? —pregunta, rozándolo una vez más.

—Dios mío, Tánatos —jadeo.

Sus ligeros roces me están volviendo loca.

Alargo la mano hacia su pene, que ya parece dolorosamente duro, con sus extraños glifos brillando en toda su longitud. El jinete me coge la mano y me la vuelve a inmovilizar contra la cama.

—No, Lazarus. Deja que te aprenda.

Tengo el cuerpo tan tenso como la cuerda de un arco y estoy bastante segura de que soy yo la que parece estar agonizando. Me estremezco, suelto un suspiro y asiento de mala gana. Él nunca ha explorado otro cuerpo. Puedo ser paciente. Solo tengo que calmar mi propia y voraz libido.

Death continúa explorándome el cuerpo con los dedos. Me recorre el clítoris, directo a mi centro. Casi por accidente, hunde uno en mi interior y a mí se me escapa un jadeo.

De verdad que este calentón tiene que bajarme.

En un instante, los ojos del jinete se han centrado en mí y en mi reacción. Mientras tanto, retira el dedo solo para deslizarlo dentro de nuevo, esta vez un poco más profundo.

Me retuerzo bajo sus caricias, y el deseo oscurece la expresión de Tánatos.

—Creo que empiezo a entender cómo funciona esto.

Después de varias caricias tentadoras más, abandona mi interior y continúa deslizando la mano hacia atrás hasta que su dedo encuentra algo completamente diferente.

—Por favor, no me hagas decirte lo que hace eso —le pido sin aliento, mientras traza mi otra abertura.

A Death le brillan los ojos; su expresión es, de alguna forma, tan intensa como divertida.

—En realidad, no me importa lo que haga, solo si te gusta que te toque ahí. —Mientras habla, presiona un dedo contra la zona.

Me muerdo el labio, porque es *mi ano*. Muy a mi pesar, sigo excitada.

Tánatos observa mi expresión, su mirada buscando la mía.

—Te gusta eso. —Pero retira la mano y devuelve la atención a mi coño.

Desliza las palmas por mi cuerpo, concentrado en el vértice entre mis muslos. De repente, me agarra una pierna y se la coloca encima del hombro, donde sus plumas me hacen cosquillas en la planta del pie.

Juro que veo un escalofrío recorrer su cuerpo ante el contacto, pero no le presta atención. En vez de eso, se coloca mi otra pierna en el otro hombro.

Lo miro, algo confundida por este giro particular de los acontecimientos.

—¿Qué estás…?

Antes de que pueda terminar, Death se inclina hacia delante y deposita un beso sobre mi clítoris.

Siento una sacudida por todo el cuerpo ante la sensación y levanto las caderas para acudir al encuentro de sus labios.

—Tánatos.

Él sonríe contra mi cuerpo.

Casi muero ante la sensación de esa sonrisa contra mi piel.

—Te gusta eso —afirma, con una nota de triunfo perverso en la voz.

—Es…

Pero no me deja terminar.

Vuelve a besarme el clítoris, solo que ahora empieza a hacer algo con la lengua que… *Hostia puta*. Sacudo las caderas contra él. La sensación es tan intensa que prácticamente me duele.

Llevo las manos a su cabeza y enredo los dedos en su pelo negro. Quiero apartarlo, pero no hay forma de hacer que este hombre se mueva. Y esa lengua…

Paso de gemir a jadear muy deprisa.

¿Cómo es que sabe hacer eso? No tiene ninguna práctica.

Death hace una pausa.

—Antes me he equivocado, cuando he dicho que no había nada más dulce que tus sonrisas —dice—. Esto es más dulce.

No voy a reflexionar sobre el hecho de que este hombre no coma pan, pero me devore a mí con gusto.

Emito un ruido suplicante sin sentido porque me ha puesto cachondísima y luego ha parado.

En los ojos del jinete brilla cierto orgullo masculino. Y luego vuelve a apoyar la boca contra mi clítoris y me lo lame una y otra vez.

—Tienes que moverte —le suplico—. Por favor…

—Haré lo que quiera, *kismet* —murmura contra mi cuerpo—. Y tú lo soportarás.

Y luego vuelve a devorarme.

Qué hombre tan obsceno y mandón. Se lo reprocharía si no estuviera exigiendo mi propio placer.

Deslizo las plantas de los pies contra sus alas mientras me retuerzo, y el jinete emite un sonido de satisfacción, como si disfrutara de la sensación.

Se mueve un poco hacia abajo y desliza la lengua por mi centro.

Grito.

Joder, eso sí que es *obsceno*.

—Death. —Me sale como un gemido.

Lo deseo tanto que me duele.

Él me observa desde su posición entre mis muslos y se deleita con mi expresión. Lo que sea que ve en ella lo hace esbozar una sonrisa lobuna.

Tánatos interrumpe su trabajo para apoyar la barbilla en mi hueso pélvico, con pinta de sentirse infinitamente complacido consigo mismo.

—¿Qué pasa si sigo así? —pregunta, con una chispa de curiosidad cómplice en los ojos—. ¿Te desmoronarás como me pasó a mí?

Sí, y probablemente en los próximos treinta segundos si sigue haciendo lo que sea que esté haciendo con su lengua.

—Esto se llama….

Tánatos se agacha y me muerde, arrancándome un nuevo grito.

—Sé cómo se llama.

—Por favor —jadeo.

Vuelve a mirarme. En sus ojos se desata un incendio, pero también distingo su vacilación.

Nunca ha hecho esto.

Empiezo a sentarme.

Es como si supiera a dónde han vagado mis pensamientos. Sube por mi cuerpo, me atrapa las manos y me las sujeta a ambos lados de la cabeza, con su erección rozándome el muslo en el proceso.

—Quédate *aquí* —me ordena con expresión feroz.

—Pero…

—¿Debo hacer que caiga la lluvia y los relámpagos o sacar las raíces y a los muertos del suelo? ¿O hacer que la tierra tiemble y los edificios se derrumben para recordarte quién soy? Hace un año que posé mis ojos en ti, pero aún no te he conquistado por completo; todavía no. Así que relájate, *kismet*, y déjame demostrarte lo que significa ser *mía*.

XLVII



Death está magnífico con las alas abiertas a la espalda, los tatuajes brillando a la luz de las velas que iluminan la habitación y sus ojos llameantes haciendo promesas de las que ni siquiera yo sé nada.

Le sostengo la mirada y luego, sutilmente, me recuesto de nuevo en la cama y me relajo.

Su expresión permanece inmutable, pero su mirada me hace saber que se siente muy complacido.

Sigue inmovilizándome las manos con las suyas y ahora entrelaza nuestros dedos. El jinete se inclina y toma mi boca una vez más. Solo que no hay duda de la carnalidad de este beso cuando desliza la lengua entre mis labios. Los suyos son abrasadores. Es como si hubiera encendido un fuego bajo mi piel. Le devuelvo el beso y ambos pasamos de la suavidad y la dulzura a la pasión y la intensidad *muy* rápido.

La lluvia empieza a caer sobre la casa, tal como el jinete ha amenazado hace nada.

Tánatos me suelta una mano y me agarra el muslo para alinear nuestros cuerpos. Es entonces cuando siento su polla apoyada en mi entrada.

El jinete interrumpe el beso y aprieta su agarre.

Ha llegado el momento.

Nos miramos el uno al otro mientras él mueve las caderas y empieza a penetrarme.

Es grande —muy, muy grande—, y aunque estoy muy mojada, me cuesta adaptarme. Aprieto los dedos alrededor de los suyos, preparándome para acogerlo.

Death se queda inmóvil, con el miembro palpitando mientras reposa parcialmente dentro de mí.

—Dime que pare y pararé —me recuerda.

Tiene las pupilas dilatadas y no deja de apretar y relajar la mandíbula por el esfuerzo de quedarse absolutamente quieto, y estoy segura de que el jinete descubriría lo que es el verdadero sufrimiento si aceptara su oferta.

Pero no lo hago. Nunca he experimentado nada igual. Intuyo que así debe de ser la electricidad: aguda y cegadoramente brillante.

—No pares —susurro, aborreciendo la idea tanto como debe de hacerlo él. Mi cuerpo ya se está adaptando a su tamaño.

En cuanto hablo, el jinete simplemente se rinde. Con un gemido, empuja hacia delante, introduciendo hasta el último centímetro de su polla en mi interior.

Entreabro los labios y le aprieto los dedos hasta el punto del dolor. Estoy palpitando, o puede que sea él. Es difícil decirlo; siento muchas más sensaciones ahí abajo de las que he experimentado en el pasado.

Death me devora con la mirada. Hay algo afilado en sus rasgos y él sigue tensando y relajando el músculo de la mandíbula. Fuera, la lluvia cae a cántaros y, en la distancia, se oye el retumbar de un trueno.

Libero mis manos cautivas para poder abrazarlo.

—*Esto* es vivir.

Se ríe bajito, aunque sus rasgos recuperan rápidamente la seriedad, sobre todo cuando se retira, solo para penetrarme de nuevo un instante después. Elevo las caderas para acudir a su encuentro.

Se me escapa un gemido por la intensidad del momento. Death lo vuelve a hacer y la sensación le provoca un escalofrío.

—Cuánto he anhelado este momento. —Me roza la mejilla con los nudillos—. Sin embargo, ninguno de mis deseos más salvajes podría haberme preparado para verte debajo de mí o para sentir tu piel contra la mía.

Me muevo un poco y mi gesto hace que él emita un ruido grave desde el fondo de la garganta.

—*Y* la sensación de sentir que te aprietas alrededor de mi polla, como si no quisieras que la sacara.

—No quiero —admito.

El suelo tiembla ante mi respuesta.

Death empieza a aumentar la velocidad de las embestidas y la respiración se le entrecorta mientras encuentra el ritmo. Entre sus cejas aparece un surco y nunca he visto a nadie tan *sexy* como Tánatos en este momento, con toda su exquisita agonía en exhibición.

—No supero la sensación de tocarte. —Me roza la piel con los dedos—. Y tu sabor —añade, presionando un rápido beso contra mis labios—. Eres como esperaba que supiera el vino.

Flexiona las alas con cada embestida y no puedo evitar alargar una mano y pasar los dedos por sus plumas negras como la tinta.

Él gime, embistiéndome aún más profundamente. Su polla entra y sale sin parar, una y otra y otra vez.

Abro las piernas de forma lasciva, gimiendo. Definitivamente, por esto vale la pena el golpe certero que se están llevando mis principios.

—Tánatos.

Los ojos le brillan.

—Di mi nombre otra vez —me exige.

—Tánatos —lo pronuncio a duras penas. Soy toda sensaciones.

La lluvia golpea la casa y en el exterior caen relámpagos. Durante un segundo, veo extrañas marcas esqueléticas sobre la piel y las alas del jinete, pero luego desaparecen. De alguna forma, la aterradora exhibición solo suma a su peligroso atractivo.

Me retuerzo contra el jinete y todo mi cuerpo se mueve con cada una de sus palpitantes embestidas, conduciéndome hacia el orgasmo.

No estoy lista.

Ni de cerca.

Está siendo el mejor sexo de mi vida y quiero durar más de un par de minutos.

Pero a Death eso se la suda. Se ha entregado por completo al placer y me embiste con abandono mientras devora mi expresión. En

algún momento, esto ha pasado de ser algo dulce y sensual *a primitivo*.

No aguanto más…

—¡Death!

El orgasmo explota por todo mi cuerpo y me oscurece la visión.

El suelo tiembla y sacude la cama, y luego Tánatos brama y abre las alas de par en par. Sus caderas chocan contra las mías y se hunde profundamente en mí. La tierra se estremece y los relámpagos destellan de nuevo, iluminando esa superposición esquelética. Fuera, oigo ruidos extraños y aterradores por encima de la lluvia.

Los dos nos recuperamos lentamente de nuestros orgasmos. El jinete pliega las alas y sus movimientos se vuelven lánguidos. Al final, se retira. Pero luego me besa las mejillas y el puente de la nariz, los párpados y la frente y, por último, los labios.

Siento que se me cierra la garganta por su gentileza, por lo querida que me hace sentir.

—Lazarus, Lazarus, Lazarus —murmura. En el exterior, la lluvia amaina—. Dime que ha sido la experiencia más increíble de tu vida, porque ha sido lo más increíble que yo *he vivido*.

¿Decirle a este virgen que me acaba de dar el mejor sexo de mi vida? Si no me sintiera tan increíblemente satisfecha, me molestaría la *audacia* de Death al no meter la pata durante su primera vez.

Deslizo los dedos por su pelo y le atrapo la boca con la mía. Luego, asiento contra él.

—Lo ha sido.

Se aparta, con una mirada intensa en sus ojos oscuros. Examina mi cuerpo con una expresión nublada por un orgullo posesivo. Detiene la mirada en el vértice entre mis muslos y debe de estar viendo las pruebas de su propio orgasmo.

Sacude la cabeza con incredulidad.

—Esto es muy, muy extraño para mí, Lazarus. —Me pasa los dedos por el coño, esparciendo su semen—. Extraño y fascinante.

Ahora que se me está enfriando la piel y el acto ya ha sido consumado, el corazón me empieza a latir con fuerza y siento un montón de nudos en el estómago.

No sé qué hacer.

En el pasado, tuve muchas razones para alejarme de Tánatos.

Pero ahora todas ellas se han evaporado. Más que eso, siento un miedo profundamente asentado de que, de alguna manera, esto sea lo que rompa el hechizo que pesa sobre Death. Que, ahora que ha estado dentro de mí, la fuerza que haya impulsado su obsesión conmigo se marchitará.

Ayer dejé solo a Tánatos después de que se corriera, así que me preparo para que él haga lo mismo.

En vez de eso, retira la mano de entre mis muslos y se tumba a mi lado. Un segundo después, me atrae hacia su cuerpo, hasta que nuestras caras quedan dolorosamente cerca.

El corazón todavía me late con fuerza, pero esa sensación de malestar empieza a evaporarse, particularmente cuando apoya una pierna encima de las mías.

Alargo la mano y toco esa cara perfecta, con sus envidiables pómulos, y le acaricio la piel pálida. Lo cierto es que tiene el tipo de rostro del que están hechos los mitos. En toda mi vida, nunca he visto a alguien con semejante aspecto, y nunca me habría imaginado que alguien me miraría de la forma en que Death me está mirando ahora, como si yo fuera lo único que vale la pena tener en este mundo. Me devora con los ojos, la luz de las velas los hace parecer agua bajo la luz de la luna.

No aparto la mirada. Miro y miro, y dejo que crezca este sentimiento aterrador que hay entre nosotros.

—Lazarus —dice Tánatos en voz baja. Se humedece los labios y ambos nos mantenemos en equilibrio al borde de un precipicio.

No respondo, atrapada en su mirada.

—*Kismet*, dime que eres mía —me pide con suavidad.

He pasado tanto tiempo resistiéndome que se me hace extraño ceder.

—Soy tuya.

Para bien o para mal, lo soy.

XLVIII



Me despierto con la presión de la boca de Death contra mi cuerpo. Ya me estoy arqueando contra él, hambrienta de más caricias suyas.

—He intentado dejarte dormir, de verdad que sí, pero no puedo apagar este fuego que has avivado en mis venas —me susurra contra la piel.

¿Por qué no se me había pasado antes por la cabeza ceder ante el jinete? Esto es mucho mejor que pelearnos.

Mientras él sube por mi cuerpo, dejando un rastro de besos a su paso, siento el roce de su erección. Se detiene solo cuando quedamos cara a cara, con sus caderas encajadas entre las mías.

—Dime que ya no me deseas como yo a ti —dice, escudriñando mis ojos—. Dime que estoy loco.

—Estás loco —respondo.

Algo parpadea en sus ojos. ¿Decepción?

—Pero yo también lo estoy —añado.

Dicho esto, lo atraigo hacia mí.

La luz del sol matutino se filtra en la habitación y alguien dibuja formas en mi piel. Sonrío y me estiro mientras disfruto de la sensación.

Me sobresalto cuando lo recuerdo todo.

Tánatos.

Me doy la vuelta y ahí está, apoyado en un antebrazo, con su cuerpo desnudo apretado contra el mío, y detecto un débil rastro a

incienso y mirra en su piel, o tal vez esté en la mía. O en las sábanas. De alguna forma, está en todas partes.

A la aleccionadora luz de la mañana, todo se vuelve real de una forma que no lo parecía anoche. No vamos a limitarnos a ir por caminos separados. Esto continuará y continuará.

Los ojos de Death se arrugan en las esquinas.

—Da la sensación de que te he dejado marcada.

Con discreción, me paso la lengua por los labios hinchados y me aliso la melena despeinada.

—Eso parece complacerte.

—Así es. Nunca he dejado mi marca en ningún mortal o, por lo menos, no así.

Siento que me arden las mejillas. Él vuelve a posar la mano sobre mí y dibuja líneas por todo mi cuerpo de nuevo con los dedos.

—Y pensar que en el pasado herí esta piel. —Un escalofrío muy real lo recorre—. Incomprensible.

A ver, mi coño recibió un buen meneo anoche y es probable que hoy reciba otro, así que no es tan incomprensible…

—Yo también te he hecho daño —le recuerdo.

—Para proteger a tu gente y a ti misma. Yo siempre fui el agresor, incluso cuando me esperabas para emboscarme. Sé que solo lo hacías para proteger a esas personas, personas que te eran desconocidas.

Da de lleno en una herida abierta y real, y duele.

—Yo también daría caza a mis enemigos si supiera que están empeñados en destruir todo lo que aprecio. —Su mirada es intensa mientras lo dice.

Trago saliva.

—Eres muy perceptivo, teniendo en cuenta que ni siquiera eres humano.

No sé si mucha gente es capaz de empatizar tanto.

Death suspira, sin apartar los ojos de mí.

—He dispuesto de muchas horas a solas para pensar en todo este asunto.

—Pero no cambia nada —digo en voz baja, casi en tono interrogativo.

—Pero no cambia nada —coincide conmigo.

—Todavía pretendo pararte los pies —digo, por si acaso se le ha olvidado.

—Lo sé —responde Death con aspecto triste.

Ahora me toca a mí suspirar, la idílica mañana fácil y sin complicaciones se disipa. Pensar en la humanidad hace que me acuerde de Ben y de todo lo que debo hacer para que esté a salvo para siempre.

Tengo una súplica para Tánatos, una que quiero plantearle con tanta fuerza que duele. Pero estar en la cama de este hombre no cambia nada, él mismo lo ha dicho, y me da miedo atraer su atención hacia eso en particular.

—¿Qué pasa, Lazarus? —pregunta el jinete—. Parece como si una nube hubiera cubierto el sol, ¿qué te preocupa?

Clavo la mirada en los extraños y complejos ojos de Death y tomo una decisión.

—Me pasé un año entero escondiéndome de ti, todo para mantener a mi hijo con vida —digo.

La expresión de Tánatos se vuelve solemne.

—¿Puedes prometerme que no lo matarás? —susurro.

—*Kismet*, yo me los llevo a todos. Ni siquiera tu hijo está exento de ese destino, pero no entra en mis planes llevármelo pronto.

Casi me ahogo de alivio, aunque ahora una parte de mí quiere analizar la definición de «pronto» del jinete.

Le cojo la mano y se la aprieto con fuerza.

—Prométemelo.

Se supone que debo seducir a Death por el bien de la humanidad, pero siempre he puesto la vida de Ben por encima del bien mayor. No estoy dispuesta a volverme magnánima de repente.

Entre las cejas del jinete se forma un surco.

—Haré lo que quieras. —Me acerco más mientras hablo.

Las fosas nasales se le dilatan y aprieta la mandíbula para contenerse.

—Basta, Lazarus. No hago tratos como ese.

Aunque quiere hacerlo. Lo tengo claro.

Sigue siendo inflexible en esto. Intento que no me preocupe,

pero lo hace. Se suponía que, si me acostaba con él, se ablandaría. ¿Qué hago si eso no pasa?

Te pasaste un año luchando contra este hombre para que cambiara de costumbres. Puedes pasarte otro año tirándotelo para ver si cambia. Ten un poco de paciencia, Laz.

—Háblame de tu Ben —me pide Tánatos—. Esa noche en el hospital dijiste que creías que era inmortal, como tú. ¿Por qué lo pensabas?

Me estremezco y dejo escapar un suspiro.

—Poco después de escapar de ti, la primera vez que me tomaste prisionera, acabé en una pequeña ciudad cercana. —Me hundo en el recuerdo—. Toda la gente estaba muerta, pero los edificios seguían en pie. —Aún siento el frío punzante de la lluvia y la desesperación que me empujaba hacia delante—. Solo pretendía detenerme el tiempo suficiente para hacerme con unas cuantas provisiones, pero luego escuché llorar a un bebé dentro de una de las casas. —Miro a Death a los ojos—. Ben sobrevivió a tu ataque a su ciudad.

El jinete me escucha absorto, aunque ahora frunce los labios ligeramente.

—Eso es imposible —murmura, aunque sé que me cree.

—En su momento, también creíste que mi supervivencia era imposible —le recuerdo.

Tánatos inclina la cabeza.

Respiro hondo y continúo.

—Así que me llevé a Ben y hui de ti. —Me muerdo el labio inferior, perdida en mis pensamientos—. Lo verdaderamente extraño —admito—, es que la situación fue casi idéntica a cómo me encontró mi madre hace dos décadas.

Juro que la mirada del jinete se afila.

—¿Cómo fue? —pregunta.

—Mi madre me encontró en un pueblo por el que había pasado Pestilence. Oyó mis gritos cuando pasaba cerca, igual que yo oí los de Ben, y me salvó y me acogió como si fuera suya.

Death parece preocupado por esa información, pero antes de que cualquiera de los dos pueda añadir nada más, capto un

movimiento por el rabillo del ojo que me hace dar un respingo. Sin pensármelo, abrazo más fuerte al jinete.

Siento que él me mira mientras me atrae más hacia su cuerpo.

—Solo son mis zombis —me tranquiliza mientras los esqueletos en cuestión se mueven por la habitación arrastrando un cofre—. Quería esperar hasta que estuvieras despierta para hacerles traer tus cosas.

Me incorporo, cubriéndome con una manta, aunque la única persona en esta habitación que tiene ojos reales es Death y ya lo ha visto todo. Contemplo cómo entran más esqueletos y llenan el armario y el baño con ropa y artículos de tocador.

Y también echo el primer vistazo real a nuestro entorno.

El interior de la casa transmite un aire del suroeste, con azulejos pintados alrededor de las puertas y ventanas, y un suelo de baldosas rojas cubierto por una gran alfombra de piel de oveja.

Mientras observo la habitación, los esqueletos quitan algunos de los objetos que decoraban el espacio. Se llevan sombreros, zapatos, ropa, todo ese tipo de pequeños recuerdos personales de los dueños anteriores.

Sigo observándolos. Todavía me dan escalofríos, pero cuando uno se acerca y coloca cerca una bandeja con pan de molde y queso, no me lo pienso demasiado antes de empezar a comer.

—Eso ha sido muy considerado por tu parte —le comento a Death.

—Vivo con miedo del día en que vuelva a escuchar *hablar* a tu estómago —confiesa—. Creo que me odia más que al resto de vosotros.

Casi se me había olvidado esa vez que Tánatos escuchó el rugido de mi estómago.

—No era consciente de que te había causado semejante impresión —digo.

—Todo lo que haces me causa impresión —responde con solemnidad.

Esas palabras me dejan en silencio.

Death no tiene mucho espacio para remordimientos en su interior, pero parece haber guardado un pequeño hueco para mí.

Me acabo el pan y el queso, sin molestarme en ofrecerle nada al jinete. Ya sé que lo rechazará. Cuando termino, me sacudo las manos encima de la bandeja.

—¿Puedes hacer que tus esqueletos preparen un baño con agua caliente? —pregunto con curiosidad. Es el lujo más raro de todos en estos tiempos.

Tánatos frunce el ceño, pero desliza la mirada hacia los zombis más cercanos. De repente, uno de ellos deja de hacer lo que está haciendo y se dirige hacia el baño contiguo.

Lo oigo accionar una bomba manual y, a continuación, el chapoteo del agua.

—¿Te has bañado alguna vez? —le pregunto al jinete, animándome un poco.

Niega con la cabeza.

—No.

Le cojo de la mano y tiro de él mientras salgo de la cama.

—En ese caso, esperemos que la bañera sea lo bastante grande para los dos… y tus alas.

—¿Por qué tendría que serlo? —pregunta.

—Porque vas a bañarte conmigo.

La bañera *es* lo bastante grande para ambos, lo descubro cuando empujo al jinete hacia el cuarto de baño. Es una bañera hundida, lo suficientemente grande para albergar a dos adultos, aunque las alas de Death tendrán que colgar del borde.

Ya está casi llena, aunque el agua todavía se está calentando. Un esqueleto entra en el baño, sosteniendo una tetera. Ignoro la ardiente necesidad de taparme el cuerpo desnudo —no tienen ojos —, pero retrocedo hacia una de las alas de Tánatos. Él la curva a mi alrededor y, cuando levanto la mirada, veo que me mira con una pequeña sonrisa.

—Te he visto enfrentarte al dolor y a la muerte segura estoicamente, *kismet*. Es imposible que mis zombis te asusten.

—Por supuesto que no —aseguro, sin alejarme de su ala.

La sonrisa de Death le llega a los ojos.

Al cabo de un instante, me coge de la barbilla.

—*Siempre* puedes esconderte tras mis alas, aunque exijo un beso de vez en cuando.

Antes de que pueda responder, se inclina y me roba uno. Termina antes de empezar, y yo me quedo mirando la cara de Tánatos mientras se aleja.

—Eso ha sido furtivo —digo, aunque no me sale como quería. Sueno llena de deseo.

—Estoy de pie desnudo junto a ti —comenta Death en voz baja —, no hay nada furtivo en mí en este momento.

Tiene razón.

El jinete vuelve a dedicar toda su atención a la bañera, donde más esqueletos vierten agua caliente.

—Háblame de las bañeras —me pide.

Intento no reírme.

—Estoy segura de que sabes lo que son.

Él frunce un poco el ceño.

—Sé que los humanos se lavan. Pero eso es todo.

Guau. Vale.

—No hay mucho que decir al respecto —respondo mientras los esqueletos se marchan—. La llenas de agua, te metes y te bañas.

Death vuelve a fruncir el ceño y eso me acelera un poco los latidos del corazón. Lo cierto es que no entiendo qué separa el vasto conocimiento del jinete sobre ciertos temas de su ignorancia sobre otros, pero en lo referente a esto… parece estar bastante perdido.

—Ven —lo insto, entrando en la bañera. Casi suspiro al notar la temperatura. Ha pasado demasiado tiempo desde que me di un baño caliente. Me doy la vuelta y le tiendo una mano—. Entra, te prometo que te gustará.

Él acepta mi mano, pero no me deja guiarlo dentro de inmediato. En vez de eso, baja la otra mano al agua.

—¿Nos vamos a bañar mutuamente? —pregunta, con una nota de curiosidad en la voz.

—Por supuesto —digo, soltándole la mano para poder sumergirme en la bañera.

Ahhh. Esto es el paraíso.

Creo que es mi comodidad lo que al fin convence al jinete de entrar, eso o mis pechos, que básicamente lo están saludando.

Tánatos entra en el agua, haciendo todo lo posible por sentarse frente a mí. Echa un vistazo por encima del hombro a sus alas, que, en efecto, cuelgan sobre el borde de la bañera.

—Está claro que no me diseñaron con las bañeras en mente.

Lo cierto es que no fue diseñado para la vida humana en general, no con esas alas.

El jinete se recuesta lo mejor que puede.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

—Ahora lo disfrutas. A ver, si esto fuera un baño *frío*, cogerías una pastilla de jabón y te frotarías lo más rápido que pudieras. Pero, con los baños calientes, te pones a remojo.

Death se queda ahí sentado, mirando el agua, con una mueca tirando de las comisuras de los labios, como si no supiera cómo estar sin hacer nada y disfrutar de algo.

Siguiendo un impulso, me deslizo hacia él y me siento en su regazo, a horcajadas sobre sus muslos, con su pene atrapado entre nosotros. Debajo de mí, siento cómo se empalma.

Él desliza las manos alrededor de mi cintura y detecto el deseo en su mirada, pero no me presiona para ningún tipo de intimidad. Para ser sincera, es probable que el jinete no tenga ni idea de cuánto sexo es demasiado para un mortal. Death no tiene límites.

La idea de tomarlo en mi interior me provoca un inmenso anhelo, a pesar de que *estoy* dolorida. En lugar de actuar por impulso, deslizo las manos por los brazos del jinete, tocando sus innumerables marcas. Mis ojos vuelven una y otra vez a esos glifos brillantes que cubren casi la totalidad de su cuerpo. Le empiezan en la parte baja del cuello y descienden por sus brazos y su torso, y solo se estrechan cerca de sus manos y tobillos.

—¿Qué son? —pregunto mientras sigo uno con el dedo, que me hormiguea un poco cuando trazo el contorno.

Death me mira a los ojos con intensidad.

—Son mi lenguaje más innato: angélico.

—Angélico —repito, mirándolos.

Creo que eso lo comprendí la primera vez que los vi y, sin

embargo, la verdad es que no me había planteado lo que eso significaba.

Desplazo los dedos desde sus brazos a su pecho.

—¿Qué significan?

—Muchas cosas, *kismet*, pero sobre todo hablan de creación… y de destrucción.

Un escalofrío me recorre el cuerpo.

Hay tanta tinta… Le cubre todo el cuerpo. El brillo que emite hace que el agua del baño parezca luminosa.

—¿Puedes leerme alguno?

Me mira fijamente.

—No son palabras para oídos humanos.

Menuda sorpresa. Trazo una particularmente inusual.

—Sin embargo —continúa—, tú tampoco eres del todo humana, ¿verdad, Lazarus?

Clavo la mirada en la suya con brusquedad. Death me mira con un anhelo descarnado. Nos hemos probado y tocado el uno a la otra… No debería quedar nada que ansiar. Pero ahí está, en sus ojos.

Él me sostiene la mirada.

—*Inwapiv vip jurutav pua, uwa epru juriv petda og ruvawup keparip pufip hute*. *Ojatev uetip gurajaturwa, oraponao uetip hijaurwa. Reparu pue peyudirwit petwonuv, uwa worjurwa eprao fogirwa. Uje urap haraop pirgip.*

Cierro los ojos y hundo los dedos en la piel del jinete mientras habla. Empiezo a temblar porque, pese a que no las entienda, *siento* esas palabras, y podría jurar que me están estrangulando, aunque también puedo percibir su santidad.

Death traduce.

—Soy el último de mi especie, y traigo conmigo todo tipo de enfermedades con las que asolar a la humanidad. Sus campos se oscurecerán, sus criaturas huirán. Los mortales temblarán ante mi nombre y todo cuanto toque perecerá. Porque vengo a poner fin al mundo.

Cuando abro los ojos veo al jinete como lo que es: *la muerte*. Y siento esa quietud a nuestro alrededor, a la que me he acostumbrado desde que estoy con él, y vuelvo a sentir el aroma a

incienso y a mirra, aunque el agua debería habérselo llevado casi por completo.

—Sí, lo entiendes, ¿verdad? —pregunta en voz baja—. No soy un hombre.

Trago saliva.

—Dime algo más —le pido en voz baja.

Sus ojos se posan en los míos.

—¿Quieres saber más?

—Quiero saberlo todo sobre ti —admito.

Y es cierto, aunque se trate de un eco de las propias palabras del jinete.

Quiero aprender todo lo que pueda acerca de él de la misma forma que él quiere aprender sobre mí.

A Tánatos le brillan los ojos. Creo que mi respuesta lo ha conmovido de verdad.

—Pregunta y te responderé lo mejor que pueda —dice al cabo de un instante.

¿Se supone que debo *elegir* una pregunta? Ni siquiera sé por dónde empezar.

—¿Por qué yo? —Me conformo con preguntar.

Me escruta.

—¿Te refieres a por qué, de entre los millones de personas que viven, eres tú la que está aquí, a mi lado?

Asiento.

—¿Es que no puedes ver por ti misma lo excepcional que eres? —pregunta, ladeando la cabeza.

Mi mirada desciende y trazo uno de los glifos de sus pectorales, dejando pequeñas gotas de agua a mi paso.

—A ver, no puedo morir y entiendo que eso me hace especial, pero ¿por qué me fue concedida *esa* habilidad? No hay nada particularmente extraordinario en mí.

Tengo una puntería de mierda; fui una estudiante mediocre pese a todo lo que me esforzaba y, aunque era un atleta decente, nunca destaqué. En realidad, nunca he destacado en nada, si dejamos de lado lo de la inmortalidad.

Death alza el brazo y el agua se desplaza a nuestro alrededor. Me

acaricia la mejilla.

—Si pudieras verte con mis ojos, pensarías de forma diferente, *kismet*. La mujer que se esforzó con valentía para detenerme, que luchó y murió una y otra vez para proteger a su especie. He conocido a incontables almas y puedo decirte de primera mano que ninguna de ellas ha demostrado su valor de esa manera. Pero, aunque tú no te consideres excepcional, yo sí, y el universo también debe de hacerlo o, de lo contrario, nunca habrías terminado en mis garras. —Baja la mano y me aprieta el culo para enfatizar sus palabras.

Suelto un gritito y, para mi sorpresa, Tánatos echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

Su diversión me embriaga, me hipnotiza la imagen que presenta ahora mismo. Estoy tan acostumbrada a la solemnidad de Death que, cuando se ríe, se transforma en otra persona por completo. Me doy cuenta de que quiero conocer esta parte de él mucho, mucho mejor.

Incluso cuando deja de reírse, la diversión no abandona sus ojos.

—A cada uno de nosotros, los jinetes, se nos dio una mujer. Tú eres la mía.

—¿Dar? —repito, haciendo una mueca.

Discrepo de esa frase.

Se ríe de nuevo al ver mi expresión, y ese sonido… Así es como suena la euforia.

—Tienes más o menos el mismo aspecto que yo cuando me enteré. Si te hace sentir mejor, yo también te fui entregado.

¿La encarnación literal de la muerte me ha sido entregada como esposo? Eso debería sonar aterrador, pero, ahora mismo, a horcajadas sobre su regazo con su rostro absurdamente precioso a escasos centímetros del mío, no me siento tan decepcionada como debería.

Me aclaro la garganta.

—Eso no me hace sentir mejor —miento.

—Mmm… —murmura pensativo—. Entonces, tal vez esto sí lo haga.

Antes de que pueda responder, me levanta, pero solo un

segundo. Luego me baja las caderas y se introduce en mi coño apretado.

Jadeo. Hasta aquí ha llegado la contención de Tánatos.

Le clavo los dedos en la zona de piel por donde lo agarro.

—¿De verdad vas a usar el sexo para…?

El jinete me interrumpe con un beso, y sí, de verdad está usando el sexo para hacerme sentir mejor.

Y será un desgraciado por ello, pero también resulta que funciona.

XLIX



Ninguno de los dos abandona la habitación principal durante días. De vez en cuando, un esqueleto trae agua y comida, que Death no prueba ni por asomo. Aparte de eso, todas nuestras necesidades se hallan encapsuladas en las cuatro paredes que nos rodean.

A veces, la indumentaria completa del jinete aparece en su cuerpo, como colocada por arte de magia. Nunca permanece sobre él mucho tiempo antes de que se la vuelva a quitar. Incluso su antorcha hace acto de presencia y el humo perfumado confiere a la habitación un olor empalagoso.

Los días se mezclan unos con otros. Pero cuanto más pasa el tiempo, más frenético se vuelve el sexo con Death, y más a menudo ocurre. Parece que está desesperado por ahuyentar su necesidad de viajar apoyándose en su necesidad de mí.

No sé ni qué día es cuando al fin me libero de sus garras y me aventuro hacia el armario. Siento su mirada acalorada sobre mí mientras rebusco entre la ropa y elijo una camisa blanca y un par de vaqueros que no odio. Death no dice nada hasta que termino de vestirme y busco un par de botas.

—¿A dónde vas? —pregunta perezosamente, mientras sus ojos me piden que vuelva con él.

Es casi suficiente para convencerme de regresar a la cama.

—Mi coño necesita un descanso, Tánatos.

¿Cuántas veces se ha deslizado dentro de mí hoy? ¿Cinco? ¿Seis? ¿Más? Me ha exprimido los orgasmos y todavía es por la mañana. A estas alturas, necesito ponerme hielo en la vagina.

—¿Te duele? —pregunta Death—. Ven aquí, *kismet*. Te aliviaré.

Sé *exactamente* cómo planea hacerlo.

Lo miro mientras me agencio un par de calcetines y empiezo a ponérmelos.

—Sé que necesitas viajar de nuevo. Eso no lo cambiará ni todo el sexo del mundo.

Frunce el ceño.

Cualesquiera que sean sus razones, está intentando eludir su deber. Dudo que sea porque el corazón le sangra por la humanidad, pero me conmueve de todos modos.

Aun así, al igual que en muchos otros aspectos, no puedo seguirle el ritmo al apetito sexual del jinete. No cuando es frenético, como ahora.

—No quiero que esto termine —admite.

Le lanzo una mirada extrañada.

—No se va a terminar.

—Lo hará. Me abriré camino a través de las próximas ciudades y tú serás testigo de todo, y recordarás que, debajo de cada suave caricia que hemos compartido, tu odio por mí sigue intacto.

Trago saliva. Presiento la verdad en sus palabras.

—¿Por qué te importa? —pregunto, agarrando una bota y poniéndomela.

—No quiero que me odies.

Me quedo mirándolo sin saber qué decir. Un instante es omnipotente y, al siguiente, es completamente vulnerable.

Esta es tu oportunidad.

La que los hermanos de Death esperaban cuando hicieron ese trato conmigo. Tánatos no quiere que lo odie, y hay una forma fácil de que eso no suceda…

—En ese caso, no mates a los habitantes de la siguiente ciudad —propongo.

Sus plumas negras se erizan un poco.

—Sabes que no puedo.

No esperaba que dijera otra cosa.

—Entonces, espera por lo menos hasta que hayas recorrido la ciudad y hayas visto cómo es la vida para matarlos —digo, concentrándome en ponerme la otra bota para no tener que mirarlo.

—*Kismet*, no voy a volver a hacer eso.

Levanto la mirada hacia él justo a tiempo para pillarlo mirándome el pecho, justo donde me atravesó aquella flecha. Tengo la extraña sensación de que está recordando cómo me lancé frente a él y cómo me abrazó mientras moría.

—Querías que vislumbrara un poco de humanidad —continúa el jinete—. Y la vi, la misma faceta que veo siempre. Quieren que muera y no les importa hacerte daño para lograrlo.

Siento un nudo en la garganta por la emoción. Está siendo protector conmigo. Dejando a un lado el contexto, me hace sentir bien que alguien se preocupe por mí.

—Tánatos —digo suavemente—, si todos fueran realmente así, no estaría luchando por nuestra supervivencia.

Me lanza una mirada penetrante.

—No, supongo que no —acepta de mala gana. Al cabo de un instante, añade—: Y tienes razón, no todos los humanos son así. —Estudia mi rostro un segundo. Inspira profundamente y asiente—. Es poco lo que puedo negarte. Pero, por favor, no hagas que me arrepienta de esto.

Me muevo por la casa como un espectro, con Death a mi lado, recorriendo con los ojos las pocas decoraciones al estilo del suroeste que los esqueletos no se han llevado. Pero en realidad no veo nada de eso; no cuando mis sentidos están más centrados en el roce metálico de la armadura del jinete y en el susurro más quedo de sus alas. Su presencia, incluso ahora, me pone la carne de gallina. Era mucho más fácil en el dormitorio, cuando estábamos piel contra piel y nos entregábamos sin más a la tensión entre nosotros.

Ahora, sin embargo… Tánatos hacía bien al estar nervioso. No tengo ni idea de cómo actuar o sentirme a su alrededor.

Cruzamos el recibidor, por donde los zombis ya están entrando y saliendo de la casa, arrastrando barriles y cajas en sus brazos huesudos. La puerta principal, que antes estaba rota, está abierta, y las bisagras, que fueron arrancadas, reparadas y colocadas en su sitio de nuevo.

Cuando veo lo que hay más allá del umbral, inspiro hondo.

¿Qué cojones?

No entiendo lo que veo hasta que salgo, con el jinete pisándome los talones.

La última vez que vi la casa, recuerdo con bastante claridad que las paredes eran de color terracota. Ahora, están ocultas bajo gruesas capas de enredaderas muertas.

—¿Qué es todo esto? —pregunto.

—No me digas que no has notado que la luz se ha atenuado en los últimos días —comenta Tánatos a mi espalda.

Pues no, resulta que no lo había notado. Al igual que no había reparado en las decoraciones de la casa. Una cosa más que tendré que archivar en «mierdas que Lazarus no nota cuando se está tirando a un macizorro».

Pero no voy a decirle eso al jinete.

Lo miro con los ojos muy abiertos.

—¿Estabas intentando mantenerme aquí encerrada?

—¿Crees que *eso* es lo que he estado haciendo todo este tiempo? —pregunta, con una mirada jocosa. Se acerca—. *Kismet*, hay mil maneras en las que podría obligarte a permanecer a mi lado. ¿Por qué iba a molestarme en encerrarte intencionadamente dentro de esta casa cuando seducirte ha demostrado ser mucho más exitoso y placentero?

Me pongo rígida ante esa palabra en particular. «Seducir». Se supone que soy *yo* quien lo está seduciendo *a él*, no al revés. Se supone que el jinete solo debe abandonarse al placer y sucumbir a mi hechizo. Pero ¿pensar que ha estado intentando seducirme él *a mí*? Eso no me gusta. Ni un pelo.

—Me permití desatar mi poder cuando estaba dentro de ti —continúa Tánatos—. Eso —señala con la cabeza las enredaderas muertas— es solo una muestra.

Examino el amplio patio delantero una vez más. No veo mucha cosa: las enredaderas se han enrollado hasta formar un muro improvisado frente a mí, aunque le han hecho un agujero. Los sirvientes de Death deben de haberlas atravesado para acceder al exterior.

Doy un paso adelante, mis botas crujen sobre más enredaderas muertas y hojas que cubren el suelo.

Solo cuando traspaso el grueso muro de vegetación reparo en los huesos esparcidos por el suelo. Están por todas partes, algunos de ellos incluso tienen grotescos trozos de carne todavía adheridos a ellos. No se mueven, no como los zombis que veo incluso ahora en el camino de entrada. Muchos de estos huesos ni siquiera parecen humanos. Sin embargo, huelen fatal.

Me tapo la boca con el dorso de la mano.

Death se acerca a mi lado.

—Como he dicho, me desaté.

Pasa de largo a mi lado y le silba a su caballo, como si eso fuera lo único que necesita decir sobre el tema.

Clavo la mirada en él. Literalmente, ha revivido a los muertos mientras me follaba. Voy a necesitar asistencia tras semejante revelación.

El corcel de Death aparece al trote desde la parte trasera de la casa, y el jinete me mira por encima del hombro, esperando.

Tomo una respiración profunda y me dirijo hacia él. No miro a Tánatos cuando llego a su lado; en vez de eso, me subo a la silla. Aquí fuera, más allá de las enredaderas que rodean la mansión, docenas de esqueletos están cargando carros que permanecen a la espera.

El jinete monta detrás de mí. Ha estado extrañamente tranquilo, considerando su ansiedad anterior, pero ahora que se aprieta contra mí, siento su cuerpo temblando por la necesidad de moverse.

Aun así, hace una pausa.

—Quiero quedarme aquí para siempre y olvidar todo lo que se interpone en el camino —admite.

Pero no puede.

Sin embargo, huesos y enredaderas aparte…

—Yo también —murmuro.

Aquí, el mundo no estaba en llamas. Aquí éramos solo dos amantes.

Death me rodea con el brazo, sujetándome fuerte. Chasquea la

lengua y su caballo se aleja al galope por el largo camino de entrada.

A pesar del sentimentalismo de nuestras palabras, ninguno de los dos mira hacia atrás.

Solo hemos recorrido más o menos unos ocho kilómetros de la carretera, cuando comprendo algo que me deja sin aliento.

Death y yo nos hemos acostado.

Sexo.

Eso trae consecuencias, consecuencias que he ignorado hasta ahora porque el jinete me ha tenido demasiado absorta.

Siento como si alguien me hubiera dado una patada en el pecho.

—¿Quieres tener hijos? —pregunto con cuidado.

Hasta ahora, Tánatos ha estado acariciándome el muslo distraídamente. Ante mis palabras, deja los dedos quietos.

—¿Por qué lo preguntas, *kismet*?

Eso no es un no. Sin embargo, hay un deje en su voz… uno que no logro identificar.

—Nos hemos acostado —intento controlar el pánico en mi voz. Todo va a ir bien. Todo va a ir bien—. Los niños pueden ser una consecuencia del sexo. —Apenas oigo mis propias palabras por culpa de los fuertes latidos de mi corazón.

Ni siquiera sabría decir qué es lo que me aterroriza particularmente.

—No, no es así—dice suavemente—. No conmigo.

¿Que no es así?

Se me escapa un suspiro tembloroso.

Nada de niños. Puedo quedarme tranquila.

Entonces, recuerdo algo más.

—Pero tus hermanos tienen familias.

—Ah —dice Death, comprendiendo—. ¿Crees que, porque ellos pueden dejar embarazadas a sus mujeres, yo también?

A ver… ¿No puede?

—¿Es posible? —Quiero saber.

Tánatos se queda callado durante un largo instante antes de

responder.

—Técnicamente, sí. Pero yo reino sobre la *muerte*, *kismet*. Eso incluye impedir la concepción de la vida.

Miro hacia atrás, al jinete, abro la boca y la vuelvo a cerrar antes de mirar hacia delante una vez más.

De acuerdo. Está disparando balas de fogueo. Entendido.

Respiro hondo.

—O sea, que no puedo quedarme embarazada —digo.

Solo necesito que me lo confirme.

—No si yo no lo permito —responde.

¿Permitirlo? ¿Él puede elegir si es fértil o no?

Hago una mueca porque es mucha más información de la que estoy lista para procesar.

—Y no lo permitirás —digo, para que quede absolutamente claro.

—No lo permitiré —me asegura.

Exhalo y me relajo contra él de nuevo.

Bueno, una cosa menos de la que preocuparme.

—¿Tú quieres tener hijos? —pregunta Death tras un largo instante.

—Ya tengo uno —respondo.

—Pero ¿querrías más? ¿Querrías… hijos míos?

Durante varios segundos, lo único que oímos es el golpeteo constante de los cascos de su caballo.

—¿Lazarus? —insiste.

—No —admito.

A mis espaldas, siento que Death se queda sobrenaturalmente inmóvil.

—¿No? —repite—. ¿Por qué no?

De nuevo, hay algo que impregna su voz, pero soy incapaz de identificar de qué se trata.

—Porque estás empeñado en matar al mundo y eso te convierte en el peor padre posible —digo.

—Dios me asignó esta tarea —me recuerda con frialdad.

¿Se ha ofendido? ¿Por qué? Literalmente, me acaba de decir que lo último que quiere son niños.

Me aclaro la garganta.

—De todos modos, no importa, porque, como has dicho, no va a suceder.

Un silencio tenso cae sobre nosotros.

A pesar de todas sus orgullosas declaraciones, me da la impresión de que el poderoso Tánatos se siente herido por mi respuesta.

Cuesta creerlo.

L



JULIO, AÑO 27 DE LOS JINETES
Dripping Springs, Texas

Nos dirigimos hacia el norte, volviendo sobre nuestros pasos y recorriendo Austin de nuevo. O, al menos, lo que queda de ella.

Los edificios se han derrumbado y Death tiene que guiar a su caballo entre los escombros esparcidos por la carretera. No veo el daño muy de cerca, puesto que nunca avanzamos entre las calles de la ciudad, pero no detecto a ninguna otra alma, viva o muerta.

El olor, sin embargo, persiste en el aire, y el intenso hedor me hace pensar que hasta hace poco había cadáveres tirados por ahí y que los carroñeros los han arrastrado fuera de la vista… O que lo ha hecho Death.

No me sorprendería. Sé que él tiene la sensación de que nuestro reciente romance es frágil, y es probable que quiera hacer todo lo posible para no estropearlo, lo cual incluiría esconder los cuerpos.

Ah, la caballerosidad de un jinete. Menudo concepto.

Atravesamos Austin y seguimos adelante. El sol acaba de ponerse cuando empiezo a ver estructuras en pie en lugar de derruidas. Terrenos intactos. Sin embargo, incluso entonces las casas son esporádicas.

—He cometido un error —confiesa Death de repente.

Lo miro por encima del hombro.

—¿Cuál? —pregunto.

—Me he centrado tanto en pasar por la tierra que ya he tocado

que se me ha olvidado encontrar un lugar donde quedarnos.

¿Tocado? ¿Así es como va a llamar a la destrucción que nos rodea?

Me quedo callada.

—No me gusta tu silencio —admite—. Parece… acusatorio. Dime en qué piensas.

—Creo que todavía entiendes muy poco sobre mí —digo—. De lo contrario, sabrías que no me molesta la idea de dormir bajo las estrellas.

A mi espalda, el jinete se queda quieto.

—Pero cuando te llevé conmigo la primera vez, odiaste estar a la intemperie. Tenías frío…

—Me sentía incómoda —coincido—, pero sobre todo intentaba avergonzarte para que me dejaras marchar.

Death se aferra a mí con más fuerza.

—*Nunca* —jura.

Hago una mueca mientras un escalofrío me recorre el cuerpo. Odio que me guste esa declaración.

Me aclaro la garganta.

—No me importa dormir en una casa normal… o al aire libre, siempre que tenga mantas que me mantengan caliente —digo—. Y hace nada estaba callada porque estaba pensando en todas las ciudades que has… *tocado* —pronuncio esa palabra con desdén.

Es el turno de Tánatos de quedarse callado.

—Te encontraré una… casa normal para esta noche —dice en voz baja, sin molestarse en abordar lo otro que he dicho—. Pero no planeo convertir esto en un hábito. No puedo darte lo que más quieres —se refiere al fin de la matanza—, pero, como mínimo, puedo darte esto.

Poco después, distingo un conjunto de luces a lo lejos.

Un pueblo.

Me da la sensación de que transcurre una pequeña eternidad hasta que las alcanzamos. Las farolas de gas que se encuentran a ambos lados de la carretera iluminan las fachadas de las tiendas,

que están tan desgastadas que parecen llevar veinte años abandonadas, desde la llegada de los jinetes. Si no fuera por esas farolas de gas que recorren el pueblo —farolas que alguien ha tenido que encender a mano—, habría asumido que este lugar no es más que los restos del mundo que existía antes de que todo se fuera a la mierda.

—¿Recuerdas nuestro trato? —le pregunto a Tánatos en voz baja.

El de no matar a todos de inmediato.

—No lo he olvidado.

Detecto el ceño fruncido en su voz.

Su caballo solo da unos pasos más cuando el suelo empieza a temblar y oigo el traqueteo de los cristales de las ventanas de un edificio cercano y el sonido de un cartel de madera que cuelga al chocar contra la tienda de antigüedades que anuncia.

El temblor aumenta sin cesar hasta que las lámparas de gas empiezan a caer como fichas de dominó y sus carcasas de cristal se rompen al chocar contra el suelo.

A lo lejos, alguien grita.

—*Tánatos* —jadeo.

Unas cuantas farolas derribadas siguen encendidas y las llamas brillan más a medida que el fuego sigue el rastro del queroseno derramado. Este proyecta un siniestro resplandor naranja sobre los edificios, que afortunadamente siguen en pie.

—Me has prohibido matar —dice—. Esto es lo único que me queda.

Lo miro por encima del hombro. Confío en que sepa que suena ridículo.

Death me devuelve la mirada mientras caen las primeras gotas, que pasan de una llovizna a un torrente en cuestión de segundos. Se lleva el queroseno, apaga las farolas de la calle y nos empapa a ambos por completo en el proceso.

—¿Esto lo estás haciendo tú? —pregunto, entrecerrando los ojos mientras la lluvia cae cada vez más rápido.

—No me gusta demasiado que ningún vagabundo me vea.

Ah, ahora cobra sentido lo de las farolas rotas.

Frunzo el ceño.

—Y a mí no me gusta *demasiado* mojarme.

Apenas distingo la sonrisa que se extiende por el rostro del jinete.

—Pues con eso no estoy de acuerdo, *kismet*. En las circunstancias adecuadas, creo que disfrutas mucho mojándote.

El calor me trepa por las mejillas, está claro a qué se refiere.

Death me atrae hacia él.

—Pero, si te sientes incómoda, puedo quitarte la ropa empapada y besar la humedad de tu piel —susurra—. Solo tienes que pedirlo y lo haré.

Dios mío.

Lo peor es que me planteo de verdad aceptar su propuesta. No tengo remedio.

—¿Por qué no encuentras un lugar donde pasar la noche? Entonces podemos discutir el resto de esa oferta.

—De acuerdo —concuerda, rozándome la oreja con los labios—. Yo encontraré una casa si tú te concentras en mantenerte mojada.

—*Tánatos*.

¿Cómo es que ya se ha vuelto más obsceno que yo?

Death suelta una risa ronca y luego insta a su caballo a seguir adelante. Es difícil ver algo ahora que las farolas están rotas y esparcidas por el suelo. Reparo en algunas casas con poca luz, e incluso hay una o dos en las que alguien está mirando por la ventana, probablemente preguntándose qué ha pasado con la luz de la calle. Pero la lluvia los mantiene en el interior de sus viviendas y espero que la noche les oculte la identidad del jinete.

Tiemblo un poco, con el cuerpo empapado por el agua de la lluvia. Tánatos me aprieta más contra él y mueve las alas hacia delante, envolviendo con ellas los costados del caballo. Parece una posición incómoda, pero las mantiene ahí y aleja el frío.

Al final de una calle, oigo la voz de alguien a nuestra derecha.

—No sé por qué Coco actúa así, nunca lo había hecho.

Es entonces cuando me fijo en que, por encima de la lluvia torrencial, se oyen unos ladridos frenéticos, casi dolorosos.

Los animales sienten a Death.

Habremos recorrido otro medio kilómetro cuando el jinete vuelve a hablar.

—Me has vencido, Lazarus.

—¿De qué hablas?

—No quieres quedarte en una casa abandonada, pero no deseas que mate a la ciudad hasta que la hayamos atravesado, así que tampoco puedo ocupar una de estas casas. No sé qué hacer.

El corazón me late con fuerza. Tiene razón, aunque no lo había pensado en esos términos. Por supuesto, siempre está la opción de acampar, aunque no voy a sugerir eso mientras llueve.

—No me importa quedarme en una casa abandonada…

—Mentirosa.

—Es verdad —insisto—. Incluso puedes hacer todas esas marranadas con las que fantaseabas hace un minuto…

—¿De verdad, *kismet*? —pregunta, y suena descaradamente poco convencido—. ¿Te contentarías con pasar nuestros momentos de intimidad tumbada en un suelo mohoso, con el hedor de las paredes podridas y las alimañas empapadas a tu alrededor?

Dicho así…

—Ya decía yo.

—Estoy segura de que no todas las casas abandonadas están tan mal.

—¿Crees que estoy dispuesto a correr el riesgo? —Se ríe y azuza a su corcel para que galope a toda velocidad—. Cabalgaré por esta ciudad, acabaré con ella y *luego* encontraremos un lugar para quedarnos.

—Espera —le pido, mientras el caballo de Death sigue galopando. Quiero que este hombre vea un poco cómo son los humanos—. Podemos hacerlo a tu manera, pero, por favor, ya que estamos aquí, al menos detengámonos un rato en una casa para que pueda enseñarte cómo es la vida.

—¿Quieres presentarme a una familia desventurada? —pregunta, horrorizado ante la idea, como si su trabajo no lo obligara a codearse con innumerables almas todo el puto rato.

Supongo que las almas vivas son muy diferentes de las muertas.

—No —respondo—, quería decir que podríamos espiar a alguien.

Vale, eso ha sonado mucho más espeluznante de lo que pretendía. Sin embargo, la idea hace que Death obligue a su caballo a reducir la velocidad.

—¿Quieres que observe a humanos vivos durante un tiempo? —pregunta.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo? —exige.

No lo sé.

—Solo un rato.

—¿Y después dejarás de resistirte y me dejarás acabar con esta ciudad?

Trago saliva.

—Nunca me sentiré cómoda con eso —digo—. Pero no, no me resistiré —acepto.

El jinete respira hondo.

—De acuerdo —acepta—. De acuerdo. Puedo hacer lo que me pides. —Mira a su alrededor—. ¿A dónde quieres que vaya?

La verdad es que no tengo ni idea de *a dónde* ir. En realidad, no lo había planeado al detalle.

—Busquemos un vecindario —digo.

No hay muchos. No en una localidad tan pequeña. Sin embargo, al final nos topamos con uno. La mayoría de las casas están a oscuras, pero hay una más adelante donde veo el destello de la luz de las velas. A medida que nos acercamos, se oyen voces y risas intermitentes.

Casi suspiro de alivio.

Siempre existe la posibilidad de elegir una casa cuyos habitantes se odien. Eso solo convencería aún más a Tánatos de lo que ya cree: que los humanos están mejor muertos que vivos.

—Allí —digo, señalando la casa en cuestión.

Nos acercamos y desmontamos.

Es una edificación estilo rancho de una sola planta, con una chimenea de piedra decorativa y una cerca baja. Incluso en una noche oscura y lluviosa, quedarse fuera de la casa de alguien es una excelente forma de llamar la atención.

Le cojo la mano a Death y lo llevo hacia el portal. En silencio, lo

abro y lo guío hacia el patio trasero. Aquí atrás, veo más luces titilantes en el interior. Las cortinas no están cerradas y arrastro a Tánatos hacia una ventana apartada que da a la sala de estar de la casa.

Dentro, una familia parece estar relajándose por la noche. Un niño y dos niñas están tirados en el suelo, jugando un juego de mesa. Un chico más mayor está acurrucado en una silla auxiliar, leyendo un libro. Sus padres se sientan juntos en el sofá, ambos beben un líquido ámbar de sendos frascos de conservas. La mujer tiene las piernas apoyadas sobre el regazo de su esposo mientras los dos charlan.

El jinete me mira.

—¿Y ahora qué?

—Tú solo… obsérvalos un rato —digo.

Me frunce el ceño mientras el agua le gotea por el pelo oscuro. Extiende una de sus alas oscuras y me protege de la peor parte de la lluvia, que todavía nos golpea la piel.

Levanto la mirada al cielo.

—Puedes hacer que deje de llover.

—¿Debo hacerlo? —pregunta—. Me gusta mucho la forma en que la ropa se te pega a la piel, *kismet*.

—*Tánatos*.

Él curva hacia arriba la comisura de la boca.

—Solo estás molesta porque yo llevo puesta una armadura y eso te impide disfrutar de las mismas vistas.

Se me escapa una risa ridícula, una que tengo que contener de inmediato. Pero cuando nadie del interior mira por la ventana, sé que no me han oído.

Aun así, le doy un empujón amistoso al jinete, que se tambalea un poco, pero utiliza un ala para atraerme hacia su cuerpo. Caigo sobre él y me rodea con un brazo, capturándome en un beso.

Mientras mueve los labios contra los míos, la lluvia va disminuyendo hasta detenerse por completo.

Death interrumpe el beso.

—Sigo con la intención de volver a tenerte mojada más tarde.

—Basta —susurro, con las mejillas ruborizadas.

Él sonríe, pero devuelve su atención a la familia.

Su velada es bastante mundana y, sin embargo, el jinete se queda quieto a mi lado, concentrado en ellos.

Los padres charlan en voz baja mientras los niños que hay en el suelo discuten sobre las reglas del juego. El chico le da vuelta al tablero y su hermana llora y corre hacia su madre, que le da un abrazo y la consuela. El hijo mayor, que ha estado leyendo pacíficamente en el sofá, aprovecha este momento para coger un cojín y golpear con él a su hermano pequeño. El niño se cae, pero antes de que muestre ninguna reacción, su padre coge otro cojín y ataca al mayor.

Muy pronto, el llanto ha cesado y la familia entera participa en una pelea de cojines improvisada.

Siento que se me cierra la garganta. Podríamos ser mi familia y yo hace diez años, si añadiésemos algunos niños. No hay grandes declaraciones de amor, pero este está más que patente en la forma tonta y familiar en que interactúan entre sí.

La pelea de cojines termina con la madre haciéndoles cosquillas a sus hijos y su marido lanzando a uno de ellos por el aire y atrapándolo, y ahora todos los demás hermanos claman alrededor de su padre y le ruegan ser los siguientes.

—¡Hora de dormir! —escucho decir a la madre.

Una de las niñas protesta y su hermano pequeño baja la cabeza. Sin embargo, en diez minutos, la sala de estar queda despejada y la escena llega a su fin.

Death parpadea, como si estuviera despertando de un trance.

—Verlos me resulta extraño, Lazarus —admite, apartándose de la ventana—. He asumido que vivir es lo que tú y yo hacemos. Olvidaba que es exactamente lo mismo que hacen millones de humanos todos los días.

Millones de humanos. Ha mencionado esa cifra antes y me aferro a ella. Millones. Todavía quedamos muchos vivos. No hay que perder toda esperanza.

El jinete permanece en silencio mientras regresamos a su caballo, que ha estado mordisqueando el césped como si fuera un animal de verdad.

En silencio, ambos volvemos a montar. Y solo ahora siento que la segunda parte de nuestro acuerdo se cierne sobre mí. Death ha prometido esperar a matar a estas personas hasta que vislumbrara su humanidad.

Ahora ya lo ha hecho.

Tal vez espere hasta que hayamos cruzado realmente los límites de la ciudad, como ha insinuado antes. Pero, para ser sincera, lo cierto es que no importa. La idea de lo que viene a continuación hace que se me retuerza el estómago de todos modos. Esta es la parte en la que mueren las personas buenas, llevándose consigo todo su amor, toda su luz, todo su espíritu.

La idea de que esos niños pequeños no existan mañana me resulta dolorosa, como lo es pensar en esa pareja, que bebía alcohol de tarros de cristal y colocaba las piernas en el regazo del otro.

—Deja que todos se duerman primero —le pido con voz ronca.

El silencio se extiende entre nosotros, interrumpido solo por el roce de los cascos de su corcel. Siento que Tánatos inspira hondo y quiero creer que siente alguna vacilación o arrepentimiento por lo que está a punto de hacer. Quiero creerlo, pero no lo sé con certeza.

—Lo haré, *kismet*. Lo prometo —dice al fin.

Todavía estamos cruzando la ciudad cuando Death habla de nuevo.

—Aún tengo que encontrarte un lugar donde descansar.

—No quiero parar —digo—. Por lo menos, no aquí.

La idea de despertar en esta ciudad cuando ya estén todos muertos… Si tengo elección, entonces prefiero cualquier otra opción.

—Nos encontraré una casa fuera de la ciudad, aunque no puedo prometerte nada grandioso —dice Tánatos después de otra pausa.

No me importa. Nunca me ha importado.

Transcurren varios minutos y todavía me siento devastada por lo que le sucederá a esa familia, a toda esta ciudad. Nunca se vuelve más fácil.

—Cuéntame un secreto —digo, con la voz ronca—. Algo que solo tú sepas.

Puede que se deba al fatalismo que albergo en mi interior ahora

mismo, pero necesito darle sentido a toda esta angustia. Si el mundo va a arder, si hay algún gran Dios ahí fuera que quiere que arda, entonces necesito entender por qué o, como mínimo, confirmar que de alguna manera esto es lo correcto. Porque lo he examinado desde todos los ángulos posibles y sigo sin comprenderlo.

—Criatura curiosa —murmura Death con cariño—. Te contaré todo tipo de secretos, pero, a cambio, debes renunciar a tus secretos humanos.

—¿Qué secretos humanos?

No tengo secretos.

—Tienes muchos —insiste él.

A ver, podría darle la receta familiar secreta del mejor pastel de melocotón de Georgia, pero, la verdad, eso es lo más descabellado que se me ocurre.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo es ser un niño? —pregunta.

La pregunta me pilla por sorpresa. Supongo que no debería; no después de que literalmente hayamos pasado la noche viendo corretear a unos humanos en miniatura.

—Siempre se me hace raro que no sepas estas cosas —comento.

—He conocido a muchas almas que han muerto jóvenes —coincide Death—, pero quiero saber cómo son los niños *vivos*.

—No sé… —empiezo a decir. A ver, es una pregunta tan amplia que es difícil formular algún tipo de respuesta real—. Son como todas las emociones descontroladas que hayas tenido, pero juntas —digo—. Y a veces resultan molestos.

—¿Molestos?

Casi me río por el tono de indignación y sorpresa de su voz. Queda claro que lo que sea que haya visto esta noche lo ha hecho sentirse atraído por los niños.

—Sí, pueden llegar a ser *muy* molestos —digo, pensando en los hijos de mis hermanos, benditos sean—. Cuando los niños están descontentos, pueden ser los tiranos más despreciables que hayas conocido. Y les encanta hacerte un millón de preguntas diferentes. Y cuentan historias larguísimas, y lo digo en serio, *larguísimas*. —

Sonrío un poco, recordando una de las últimas historias que mi sobrina Briana me contó sobre su gato Melón. Se me cierra la garganta al recordarlo. Lo que daría por recuperarlo todo—. Pero en su mayoría son pura alegría y potencial sin filtros —añado—. El mundo aún no ha hecho mella en ellos y son cariñosos y felices.

Hay una larga pausa.

—No creo que entienda a los niños mejor de lo que lo hacía antes de preguntar — confiesa Death.

Me río un poco.

—No te he prometido que daría buenas respuestas. —Me recuesto contra él—. ¿Ahora me contarás uno de tus secretos? —le pido.

Se produce un silencio de varios segundos.

—No me gusta arrebatar vidas —admite en voz baja.

Me quedo petrificada.

—*¿Qué?*

Me doy la vuelta sobre la silla, tratando de ver mejor a Tánatos.

—No me gusta arrebatar vidas —repite, con más fuerza, con la mirada casi desafiante mientras me observa fijamente.

Eso es… No me lo esperaba en absoluto. Death ya había admitido antes que no disfruta de la violencia, pero no esto.

—A diferencia de mis hermanos, nunca lo he disfrutado —continúa—. Lo hago porque debo, pero, Lazarus, la mayor parte del tiempo es una agonía terrible.

¿Lo estoy oyendo bien?

—Pero…

—No estoy diciendo que la muerte esté mal —continúa— o que lo que hay más allá no sea mejor. Ni siquiera estoy diciendo que no crea en mi tarea. Pero el acto de llevarme a alguien que tiene miedo a la muerte, o que se siente feliz con la vida, o que no está listo, y muy pocos lo están, me deja exhausto hasta la médula. Hago mi trabajo con pesar, pero nunca me he sentido alegre al tomar una vida.

Mi mundo se tambalea.

—¿Acaso hay alegría en lo que haces? —pregunto al cabo de un momento.

Se queda callado de nuevo.

—Sí —admite al fin—. *Después* de liberar sus almas. Cuando ven lo que hay más allá, cuando de verdad recuerdan lo que son y han sido todo el tiempo, ese momento es de alegría.

LI



Julio, año 27 de los jinetes
Ruta 290, centro de Texas

Es tarde. O puede que me sienta exhausta porque llevo en la silla de montar todo el día. Sea como fuere, se me están cerrando los ojos antes de que encontremos una casa donde pasar la noche. Me esfuerzo por mantener los párpados abiertos, y creo que me está yendo bien, excepto porque me siento un tanto somnolienta…

Solo descansaré un momento…

Me despierto de golpe cuando el jinete me atrapa e impide que me caiga de la silla.

—¿Lazarus? —dice Tánatos, con una nota de preocupación tiñéndole la voz—. ¿Estás bien?

—¿Qué? —Parpadeo y me obligo a concentrarme. El olor ahumado de la antorcha del jinete es espeso y extrañamente reconfortante—. Ah, sí, solo estoy cansada.

Siento que me estoy quedando dormida incluso mientras lo digo.

Death detiene a su corcel y desmonta.

—¿Qué haces? —Sigo teniendo demasiado sueño para alarmarme.

En lugar de responder, oigo el tintineo de la armadura del jinete. Se quita la coraza, luego los brazaletes y las grebas. No se detiene hasta que la última pieza está tirada en el suelo, junto a la carretera.

En silencio, regresa junto al caballo y vuelve a encaramarse a su lomo.

Observo la armadura, el metal emite un brillo opaco incluso en plena noche.

—¿Por qué te la has quitado?

El jinete se acomoda a mi alrededor.

—Todavía estoy buscando una casa adecuada, *kismet*. Mientras tanto, puedes dormir a salvo en mis brazos.

Mi mente adormilada tarda otro minuto en darse cuenta de que se ha quitado la armadura por mi comodidad.

No la sientas, no la sientas, no…

Una calidez se extiende por mi interior y me conmueve el gesto, aunque no quiero. No es la misma sensación de ingravidez que he estado sintiendo a su alrededor cada vez con más frecuencia. Este sentimiento es intenso y mucho más aterrador que cualquier otra cosa que haya sentido por Tánatos hasta ahora.

Death chasquea la lengua y su montura vuelve a avanzar. Me acomodo contra el jinete, todavía nerviosa. Él me coloca un brazo por encima del hombro y del pecho, como una especie de cinturón de seguridad improvisado.

Apoyo la cabeza en ese brazo y me dejo llevar.

—Lazarus, he encontrado una casa para nosotros.

La voz del jinete me arranca brevemente del sueño, pero casi de inmediato vuelvo a caer en él. En algún lugar lejano de mi mente, soy consciente de que me baja del caballo y me lleva a una casa.

Estoy tumbada en una cama y alguien me quita las botas. Me estiro un poco y me coloco boca abajo. Un minuto después, siento el peso reconfortante de una manta.

Death me roza la sien con los labios.

—Que duermas bien…, amor.

Y eso hago.

Me despierto en una cama desconocida. Una cama desconocida y *vacía*.

Es una locura lo mal que me hace sentir ese espacio vacío. Solo

llevo una semana durmiendo con el jinete —y utilizo la palabra *dormir* en el sentido más relajado y sexualizado—, pero ya me he acostumbrado a tenerlo cerca.

Me froto los ojos y me incorporo, reprimiendo un bostezo. En algún momento de anoche, Death nos encontró una casa.

A mi alrededor, hay libros por todas partes. En las estanterías, *encima* de ellas y apilados junto a ellas.

A alguien le gusta mucho leer.

Le *gustaba* leer. Ya no está aquí para disfrutar de su enorme colección.

Me levanto de la cama y me doy cuenta de que mis botas me están esperando cerca.

Tánatos me descalzó y me arropó. Todo eso debió de suceder solo unos minutos después de que matara al dueño anterior de la casa.

Frunzo el ceño ante las emociones conflictivas que siento.

Respiro profundamente, me calzo y salgo de la habitación.

—¿Death? —grito mientras me dirijo hacia el pasillo.

Me obligo a no mirar los bocetos de familia ni las obras de arte bordadas a mano que cuelgan de las paredes. No quiero sentir nada por estos desconocidos cuyas vidas tuvieron un final trágico.

—Lazarus —me saluda el jinete justo cuando entro en la sala de estar.

Está descansando en un sofá gris con la espalda apoyada en un reposabrazos y las alas colgando por el lateral. Se ha quitado la armadura, como anoche, y se ha arremangado la camiseta negra hasta los codos. Lo más interesante de todo es que tiene uno de los muchos, muchos libros de esta casa en la mano.

—¿Por qué no empezaste con este secreto humano? —pregunta, sosteniendo en alto una novela de bolsillo. No logro leer el título, pero por la cubierta parece una novela de misterio—. Son absolutamente increíbles —dice.

—¿Sabes leer? —pregunto como una tonta.

No todo el mundo sabe hoy en día.

—Por supuesto —responde, como si fuera lo más natural del mundo.

Pero parece que, aunque sepa, nunca lo había hecho hasta ahora.

Frunzo el ceño, pese a que también empiezo a sonreír.

—¿Es eso lo que has hecho toda la noche mientras yo dormía?

—Era esto o… —Entorna los párpados.

O hacer lo único que hemos estado haciendo sin parar.

Incluso ahora, al ver su mirada, siento que me enciendo.

Death deja el libro en una mesa de café de cristal cercana y se pone de pie. Parece un depredador, un depredador letal y superatractivo.

—Me muero de ganas de llevarte de vuelta a esa cama —afirma; su figura, enorme y amenazante—. Pero debes de tener hambre y quiero que tengas energía para las cosas que planeo hacerte.

El calor me enrojece la cara.

—Tánatos —susurro.

Más allá, oigo el roce de los huesos y el repiqueteo de los cubiertos provenientes de lo que debe de ser la cocina. Siento un nudo en el estómago. Los sirvientes de Death son solo un recordatorio más de toda la muerte que nos rodea. Hay huesos, libros y bocetos, y en algún lugar de esta propiedad hay una tumba con unos cuantos cadáveres recientes apilados, pero no queda nadie más vivo, nadie aparte de Tánatos y de mí.

El jinete entorna los ojos al fijarse en mi boca.

—Dices mi nombre así cuando me estás amonestado. Dime, Laz, ¿no quieres que te lama el coño o que te succione el clítoris? ¿Debería dejar de hablar de lo mucho que deseo penetrar tu estrecho coño hasta que las tetas te reboten y gimas mi nombre? Y, ya que estoy, ¿no debería mencionar lo erótico que es tener tus pies apoyados en mis alas mientras te embisto?

Creo que soy incapaz de respirar.

—Los humanos no hablan —murmuro.

Al menos, nadie me ha hablado nunca así.

—Bien —dice Tánatos, acunándome la cara—. De todos modos, no disfruto particularmente de las reglas arbitrarias de tu especie, ni de su inclinación por dar rodeos con las palabras. —Sonríe un poco maliciosamente, aunque sus ojos permanecen serios—. Sobre todo,

no quiero que me confundas con un hombre mortal. Yo, *Death*, te he elegido. Y tú me has elegido a mí.

LII



Observo el mundo que me rodea desde lo alto del corcel de Death: ambos en la carretera una vez más. Hay hierba muerta y arboledas y algunos coches oxidados a ambos lados. De vez en cuando, pasamos junto a un puesto comercial o una granja o un edificio tapiado al que hace tiempo que nadie da uso. Ningún pájaro canta, ningún insecto zumba. Incluso el aire está quieto. Todo está tan tranquilo como una tumba. Así ha sido desde que Tánatos me tomó prisionera y, sin embargo, a veces la maldad de dicho silencio me incomoda de nuevo.

—Cuando viajas, ¿alguna vez tienes un destino particular en mente? —pregunto.

—Voy a donde más almas me llaman —responde.

Recuerdo que cuando lo seguía, asumí algo similar.

—¿Y desde dónde te llaman ahora? —pregunto, temiendo la respuesta.

—Del oeste.

Ben está al oeste. En concreto, al noroeste del Pacífico.

Tengo que reprimir el pánico que surge ante ese pensamiento.

«Todavía estamos a miles de kilómetros de distancia», me digo a mí misma, solo para calmar los nervios.

—¿Por qué tú y tus hermanos vinisteis a la Tierra? —pregunto.

—Dios mira al mundo a través de muchos ojos. Los tuyos, los de estos arbustos… —Señala vagamente las plantas que crecen cerca de la carretera. Los animales huyen de nosotros en algún lugar a lo lejos—. Si entiendes que Dios, o el Universo, si prefieres llamarla así, lo es todo, lo ve todo, lo *siente* todo, y que los humanos han estado,

hasta hace poco, aniquilando gran parte de esta tierra, entonces te darás cuenta de cuánto ha sufrido ella. Puedes pensar en vuestro fin como el Universo amputando una herida supurante en lugar de dejar que la infección se extienda por completo. Por eso nos envió aquí a mis hermanos y a mí. Debemos detener a los humanos para salvar todo lo demás.

¿Para qué pregunto? La respuesta es muy dura.

—Pero tus hermanos piensan que los humanos merecen ser salvados —argumento.

Ellos mismos me lo dijeron. Debe de haber algo en nosotros que valga la pena perdonar.

—Sí —coincide el jinete—. Eso creen. Pero no es su opinión la que importa, sino la mía.

Y ha dejado muy claro cuál es esa opinión.

Intento imaginar el mundo dentro de cien años: ciudades llenas de esqueletos de una raza extinta, los edificios derrumbados y cubiertos de vegetación. No me cuesta; ya estamos a mitad de camino.

—¿Qué pasaría si decidieras perdonar a la humanidad? —quiero saber.

—¿De qué sirve hablar de eso, Lazarus? —pregunta—. No cambiaré de opinión. Ni siquiera tú y tu mente brillante sois capaces de tal hazaña.

Esta no es la primera vez que Death deja clara su posición y, normalmente, me tomaría su respuesta como un desafío. Ahora, sin embargo, sus palabras se abren paso bajo mi piel.

Todavía no lo he detenido. Tánatos sigue matando y sigue tan firme como siempre en su necesidad de hacerlo. Me he acostado con él, muchas, muchas veces, y eso no ha hecho que se tambalee su convicción.

Me quedo sentada en la silla durante varios segundos antes de que mi dolor se convierta en ira.

¿Qué puto sentido tiene todo esto?

No suelo ser imprudente, pero ahora mismo paso la pierna por encima de la silla y salto del caballo de Death, que sigue en movimiento.

Sorprendo lo suficiente a Tánatos como para que, cuando intenta agarrarme, ya me haya bajado del corcel y me esté alejando.

—¿Se puede saber qué haces, Lazarus? —grita detrás de mí.

No me molesto en mirarlo; mi mente y mi corazón están agitados, la ira hace que me hierva la sangre.

A mi espalda, oigo desmontar a Tánatos, pero nada más.

—¿De verdad crees que puedes escapar de mí? —dice con indiferencia.

Lo ignoro.

—Aquí fuera no encontrarás nada, además de mí.

Sigo ignorándolo.

Oigo el susurro de las alas del jinete cuando las extiende y luego los fuertes aleteos que lo elevan en el aire.

Su sombra me pasa por encima. Se gira en el cielo para mirarme y la luz del sol hace relucir su armadura. El jinete desciende hasta el suelo y pliega las alas oscuras con suavidad.

—¿Qué está pasando, Lazarus? ¿Es por lo que he dicho? —pregunta—. No se suponía que…

—¿Qué estamos haciendo, Death? —Lo interrumpo—. ¿Qué estamos haciendo *en realidad*?

Estoy cansada, llevo mucho, mucho tiempo así. He fingido que mi cansancio se había desvanecido porque tenía que hacerlo, pero ahora todo el peso de la situación me cae sobre los hombros.

—Estás acabando con el mundo, y yo ¿qué soy? ¿Una pequeña diversión por el camino? —Me pican los ojos al obligarme a pronunciar esas palabras.

—Por supuesto que no eres un mero divertimento, *kismet*. Me preocupo por ti por encima de todos los demás.

—La gente cede, Tánatos —digo con fervor—. Cuando se preocupan por los demás, *ceden*.

—Yo no soy humano —dice.

Ah, su vieja excusa.

—Cierto, no eres humano, y ninguna de nuestras reglas se te aplica —coincido—. Déjame ir. —Señalo la carretera que queda a su espalda—. Déjame separarme de ti de una vez por todas.

Así podré reunirme con mi hijo y aprovechar el breve tiempo que

nos quede juntos.

Death tensa la mandíbula.

Echo a andar otra vez, sin importarme que vaya a tener que pasar rozándolo.

—No —dice, agitando las alas—. No te dejaré ir.

Levanto las manos.

—O sea, que quieres tanto la experiencia humana como tu tarea celestial —le reprocho—. Y supongo que querrás que cierre el pico y acceda a todo de buena gana.

Da un paso hacia delante.

—No depende de mí…

—*Para* —digo—. Deja de decir «no soy un humano», «no depende de mí», «solo sigo órdenes». Te has burlado de tus hermanos por tomar una decisión…

—La decisión *equivocada* —me corrige.

—Por lo menos tomaron una. Mientras tanto, aquí estás tú, creyendo que puedes jugar a las casitas conmigo mientras acabas con el mundo. No se puede ser más hipócrita.

—¡¿Qué quieres que haga?! —exige, su voz similar a un trueno.

Podría arrancarme el pelo.

—¡*Toma* una puta decisión por una vez en tu vida! —le espeto con vehemencia—. Y no lo hagas por mí, ni siquiera por Dios. Hazlo por ti mismo. *Por ti*. Eres perverso, cariñoso, gentil, despiadado, refinado, ingenuo, sabio y complicado. *Ese* es el ser humano que hay en ti. Deja de fingir que no está ahí y reconócelo.

Me mira fijamente durante un largo rato tensando la mandíbula.

Y esta es la historia de cómo yo, Lazarus Gaumond, jodí al mundo.

—Soy inflexible porque soy antiguo —admite—. Soy inflexible porque siempre, siempre he tenido que ser así. Nadie escapa de la muerte. *Nadie*.

Excepto yo. Aunque, considerando mi situación, se podría argumentar que en realidad no he escapado en absoluto.

—Pero entiendo lo que dices —continúa Tánatos, quien parece estar sopesando sus palabras—. No he cuestionado mis propias

suposiciones. No lo había pensado hasta ahora, cuando me lo has pedido. —Asiente—. Lo intentaré. Por ti.

Pasamos un largo instante sosteniéndonos la mirada.

—No voy a prometerle un final feliz a la humanidad —dice, con sus ojos oscuros tristes—. No puedo darte eso. Pero puedo darte felicidad *a ti*. Quiero dártela. Así que dime, Lazarus —dice con cautela—, ¿qué te haría feliz?

Tardo un momento en procesar este giro en la conversación. De verdad quiere darme algo. El indomable Death está tratando de ceder.

Recupero la compostura.

—Ben —digo finalmente, encontrando las palabras—. Ben es lo que me haría feliz.

—Tu hijo —responde el jinete con cuidado—. ¿Te gustaría que estuviera a tu lado?

—*Vivo* y a mi lado.

El corazón me late con fuerza.

¿Por qué me lo estoy planteando siquiera? Es una idea muy, muy loca.

Veo a Tánatos tragar con delicadeza y se le tensa de nuevo ese músculo de la mejilla. Mierda, ya solo esa reacción significa que habla en serio.

—En ese caso, cuando lleguemos a la costa oeste —me dice con cuidado—, viajaremos al norte y buscaremos a tu hijo.

No puedo ni respirar, me estoy ahogando en mi propia esperanza.

—¿Y luego qué? —me obligo a pronunciar las palabras.

—Luego, tu hijo estará contigo, con *nosotros*, vivo y a salvo, hasta el final.

Ni siquiera me doy cuenta de que estoy llorando hasta que siento que una lágrima me resbala por la mejilla.

Frente a mí, los rasgos duros de Death se suavizan.

En varias zancadas largas, acorta la distancia entre nosotros. Alarga una mano y me limpia las lágrimas.

—¿Este llanto es de los buenos o de los malos? —pregunta, enarcando las cejas.

—De los buenos —admito en voz baja.

Ben no va a morir.

Me aparto.

—Creía… —Las palabras se me atascan en la garganta—. Creía que no hacías excepciones en lo referente a matar humanos.

Por mucho que quiera volver a ver a Ben, abrazarlo de nuevo, aún tengo más ganas de que viva.

—Me has pedido que ceda. Esto es ceder, ¿verdad?

No sé qué es, pero tampoco me importa mucho. La idea de tener a Ben de nuevo en mis brazos hace que me flaqueen las rodillas.

Death también parece intuirlo.

Me recoge como si fuera un héroe valiente y yo, una doncella indefensa. Y durante un instante, soy capaz de creerme ese cuento de hadas.

—Ven, *kismet* —dice, acompañándome de vuelta a su caballo—. Cumplamos mi promesa.

Ahora que tengo otro objetivo, aparte de seducir a Death, estoy más impaciente que nunca por volver con mi hijo. Así que cuando, a media tarde, Tánatos saca a su corcel de la carretera, estoy ansiosa por volver a montar.

—No necesito ir al baño —digo, asumiendo que esa es la razón por la que nos apartamos del camino.

—No me he detenido por eso, *kismet* —explica Death, desmontando.

Aterriza con un fuerte golpe. Se da la vuelta y me ayuda a bajar del caballo.

Le miro las manos, pero no hago ningún movimiento para desmontar.

—Entonces, ¿por qué hemos parado? —pregunto.

Me mira de forma extraña, como si fuera obvio.

—Anoche cometí el error de esperar demasiado para buscar una casa. No volveré a cometer el mismo error.

Una casa. Cierto.

A Death se le ha metido entre ceja y ceja que necesito que me

mimen con las viviendas más lujosas, aunque para él eso significa elegir lugares que a veces están lejos de las carreteras por las que viaja. Y una vez que estemos allí, nos quedaremos durante días. Ya puedo sentir el cuerpo sudoroso del jinete deslizándose contra el mío mientras me embiste y me imagino con precisión la forma en que sus alas se cernirán sobre nosotros, aislándonos del mundo exterior.

La sangre se me acelera solo de pensarlo.

Lo deseo mucho. Muchísimo.

Pero hay otro deseo en conflicto que me mantiene firmemente sentada en la silla: Ben. Ahora mismo, siento una necesidad imperiosa y punzante de llegar hasta él lo más rápido que pueda, incluso si eso significa privar a las ciudades que haya en el camino unos días más de vida.

—¿Lazarus? —Death sigue con los brazos alargados hacia mí, esperando.

Bajo la mirada a uno de sus antebrazos revestidos con la armadura. Una procesión de dolientes aparece grabada en el metal plateado; sigo la línea de esas figuras, el diseño continúa por su brazalete y su peto.

Levanto la mirada hasta sus ojos.

—No nos detengamos.

Entre sus cejas aparece una arruga y frunce el ceño.

—Pero necesitas descansar.

Y no quiero que pienses que soy un monstruo. Casi puedo escuchar esas palabras que no ha pronunciado.

—Cuando caiga la noche, podemos descansar a un lado de la carretera —propongo.

—No. —Su tono es férreo.

Sigo sin levantarme de la silla.

—No necesito ningún lujo —le aseguro—. Solo te necesito a ti.

Esa última parte se me escapa.

—*Kismet* —dice al fin. La palabra está llena de una intensa esperanza. Sus ojos extraños y encantadores se encuentran con los míos—. Cuánto he anhelado oírte decir esas cosas. Y, durante mucho tiempo, he temido que nunca sucedería. —Dirige la atención a mis labios y siento su deseo de robarme un beso… Y más.

La mirada del jinete regresa a mis ojos.

—Hay muy pocas cosas que pueda negarte. —Tensa la mandíbula —. De acuerdo —acepta—, te concederé este deseo… por ahora. Esta noche, seremos solo tú y yo, y el mundo ante nosotros.

LIII



Julio, año 27 de los jinetes
Harper, Texas

Cuando por fin nos detenemos, nos encontramos en mitad de la nada. El terreno es un mosaico de olmos silvestres y extensiones de hierba y poco más.

—¿Estás segura de que no quieres refugiarte dentro de una casa? —pregunta Tánatos por vigésima vez.

El sol poniente lo ilumina con una luz suave que lima todas sus asperezas.

—Esto está bien —insisto, tratando de ignorar lo que su aspecto me está provocando.

Él frunce el ceño como si no me creyera.

Death se quita la coraza y la arroja a un lado. Veo en sus ojos luminosos como estrellas que disfruta desprendiéndose de ella.

Como quitarse el sujetador por la noche.

Un enorme sujetador de metal.

Vuelvo a observar la coraza mientras se deshace del resto de la armadura. Por impulso, me acerco a la pieza de metal tirada en el suelo y me arrodillo junto a ella para poder estudiar las imágenes que tiene grabadas. Hay rosas, lápidas, esqueletos y un barco que atrae a la gente. Hay algo que parece un huevo y una serpiente que se muerde la cola. Hay lunas crecientes y espirales, y justo sobre el corazón está esa imagen de la mujer atrapada en el abrazo de un esqueleto.

Paso los dedos sobre las imágenes extrañas y sin relación aparente entre ellas. Cuanto más miro, más encuentro, y todo me deja muy confundida.

—¿Qué son todos estos diseños? —pregunto.

He visto detalles similares en su silla de montar.

El jinete arroja a un lado otra pieza de armadura.

—Son imágenes ctónicas.

Lo miro sin entender.

—Imágenes de la muerte —dice.

—No todas lo parecen. —Dejando a un lado los esqueletos y las tumbas—. Aquí hay un huevo.

—Ese es el huevo cósmico del que nació todo.

Frunzo el ceño mientras observo la imagen.

—¿Todo empezó a partir de un huevo?

—Son símbolos humanos, *kismet*, no celestiales —dice, quitándose la última pieza de la armadura y acercándose a mi lado.

Mi atención se aleja del huevo, hacia la imagen diseñada sobre lo que sería el corazón del jinete, si llevara la armadura. Trazo ese inquietante dibujo del esqueleto y la mujer en brazos del otro.

La vida y la muerte, los amantes.

—Están inextricablemente unidos —dice Death, reparando en lo que ha atraído mi atención.

Mientras reflexiono al respecto, la procesión de muertos de Tánatos llega a nuestro campamento. Los esqueletos y sus carros nos rodean, creando una especie de muro con sus cuerpos y los vehículos. Ya están sacando cosas de las plataformas de los carros, sacudiendo las mantas, descorchando el vino, destapando y encendiendo los faroles. Cuando por fin terminan de instalarse, me quedo sin aliento.

Ya he dormido a la intemperie antes, con poco más que una mochila como almohada. Sé cómo es. Lo que nunca he experimentado es… *esto*.

Han cubierto el suelo con mantas y han colocado farolillos alrededor del perímetro, aportando un brillo suave y romántico contra el cielo del crepúsculo. Hay una bandeja con comida ingeniosamente dispuesta encima y trato de no pensar en los dedos

esqueléticos que han colocado meticulosamente cada artículo en su sitio.

Creo que esto es lo que se llama *glamping*.

—No tenías que pedirles que prepararan todo esto —comento.

—Sí, Laz —me contradice Tánatos, muy serio—, claro que sí.

Bajo el resplandor de los farolillos, Death parece un santo, con el cuerpo y las alas cubiertos por la suave luz ámbar. También brilla en sus ojos, haciendo que parezcan derretidos.

Por segunda vez desde que nos hemos detenido, me quedo sin aliento solo con verlo. ¿Siempre me ha afectado de esta manera?

Cada gramo de instinto de supervivencia en mi interior quiere decir que sí, pero lo cierto es que siento que esto es diferente. Llevo un tiempo con esa sensación, como si mis ojos por fin estuvieran viendo algo que mi corazón ya sabía.

Como si pudiera escuchar mis pensamientos, Death se me acerca.

—Mi seria y preciosa Lazarus —murmura. Estudia mi rostro como si quisiera grabárselo a fuego en la mente—. Me has arrebatado mi soledad —susurra—, y espero que nunca me la devuelvas.

Tras esas palabras, me besa. Las alas del jinete me rodean hasta que Death es lo único que existe.

Oigo cada ruido suave que hacen nuestros labios y siento como si mi corazón estuviera expuesto a la vista de todos.

El beso es largo y prolongado, y cuando el jinete se aparta al fin, veo su deseo tenso como la cuerda de un arco.

—Lazarus, ¿qué me está pasando? No puedo saciar la sed que siento por ti.

El corazón me late aún con más fuerza mientras lo miro.

—A los humanos les pasa —digo.

Cuando se enamoran.

Me aterroriza demasiado decir en voz alta esa última parte. Así que, en vez de eso, muevo las manos hacia la ropa de Tánatos, porque la intimidad física es mucho, mucho más fácil que hablar de amor con mi antiguo enemigo. Tiro de la camiseta del jinete hasta que me ayuda a quitársela por la cabeza.

Ese es todo el estímulo que necesita. Sus manos encuentran el

cuello de mi camiseta…

Raaas.

Jadeo cuando rasga la tela por la mitad, exponiendo mi sujetador. Acerca las manos a mis vaqueros, pero le agarro una muñeca antes de que pueda destrozármelos también.

Cuesta mucho encontrar un buen par.

Bajo la mirada acalorada de Death, me quito las botas y los calcetines, luego me desabrocho los pantalones, me los bajo y los aparto de una patada. El jinete se quita sus últimas prendas y se queda desnudo, salvo por los glifos brillantes que le cubren el cuerpo desde el cuello hasta las pantorrillas. Hay tantos que crean la ilusión de que sus entrañas no son más que pura luz blanca.

Tánatos se arrodilla, sus dedos largos y hábiles me quitan las bragas con delicadeza antes de ir a por mi sujetador, que también me quita con precisión para dejarlo caer al suelo. Luego me levanta en brazos y me lleva hasta la cama improvisada.

Justo cuando me está recostando, reparo en el ruido de huesos y recuerdo las docenas y docenas de esqueletos que nos rodean.

—No puedo hacer esto con tus zombis mirando —susurro.

Tánatos suelta una risa ronca.

—Lazarus, no tienen alma ni mente. No comprenden lo que hacemos.

A pesar de sus palabras, un instante después, los esqueletos caen al suelo y sus huesos repiquetean al golpear la hierba.

—¿Mejor? —pregunta.

Asiento y tiemblo cuando el aire fresco de la noche me acaricia la piel.

Solo tengo frío durante un instante.

Death se tumba sobre mí y sus alas nos rozan las piernas. Justo cuando creo que está a punto de subir la temperatura, el jinete me da un beso suave en el hueco de la garganta.

—Entrégate a mí, Lazarus —me susurra contra la piel.

—¿No es eso lo que estamos haciendo? —pregunto, enredando los dedos en su pelo sedoso.

Se ríe contra mi cuerpo y me cubre el esternón de besos.

—No me refiero al sexo.

—Entonces, ¿de qué estás hablando? —pregunto, sintiéndome repentinamente incómoda.

Despacio, Tánatos levanta la mirada y, cuando la posa en la mía, lo veo en sus ojos.

Quiero tu amor.

No pronuncia las palabras en voz alta, pero no le hace ninguna falta.

Niego con la cabeza y se me cierra la garganta.

—No puedo. —Apenas consigo pronunciar las palabras.

Él me arrebató a mi familia. Estuvo a punto de quitarme a mi hijo. No me importa que ese sea su trabajo. Ni siquiera me importa que no disfrute de ello. Lo ha hecho de todos modos y seguirá haciéndolo. Es una línea que no pienso cruzar.

—No puedes ¿qué? —pregunta con suavidad.

Va a obligarme a decirlo.

—No puedo quererte.

Por un instante, el jinete parece herido. Pero después, esa expresión desaparece como si nunca hubiera existido. Veo que sus hombros suben y bajan cuando respira hondo.

—¿No puedes o no quieres?

Dudo.

Tánatos se da cuenta.

—Ah, no quieres. —El triunfo brilla en sus ojos y curva los labios en una sonrisa astuta—. Estoy en lo cierto, ¿no?

No me molesto en negarlo.

—¿Por qué sonríes? —exijo saber en cambio.

—Una cosa sería que no pudieras amarme, que fueras incapaz de hacerlo —dice—. Pero no quieres quererme, y eso es una elección.

—Exacto.

Estoy eligiendo no amarlo. ¿Por qué parece tan complacido?

Él responde como si escuchara mis pensamientos.

—No necesito que tu mente cambie, *kismet*, tan solo tu corazón.

Se me acelera el pulso.

—No sé a dónde quieres llegar.

—Tu mente es fuerte, Laz, pero tu corazón lo es aún más. Lo

único que tengo que hacer es convencer a tu corazón de que esto es real y verdadero, y tu mente le hará caso.

—Ni siquiera así cambiaré de opinión —replico, obstinada.

Él ya ha visto cuánto tiempo puedo aferrarme a una causa.

Ahora su expresión es francamente perversa.

—Tú y yo somos inmortales. Aunque tarde siglos, incluso aunque tú y yo seamos las últimas criaturas en este mundo, te prometo una cosa: conseguiré que me ames, en mente, cuerpo y alma.

LIV



Agosto, año 27 de los jinetes
Interestatal 10, suroeste de Estados Unidos

Los días se deslizan como la arena entre mis dedos y la carretera se extiende ante nosotros. Algunos días no salimos de la casa que hemos ocupado o del campamento que hemos montado; a veces ni siquiera salimos de la cama. Puede que Death no tenga apetito de comida, pero es casi insaciable en lo referente al sexo. Y yo no soy mucho mejor.

Me digo a mí misma que estoy comprándole al mundo un poco más de tiempo —o puede que, si este plan loco funciona de verdad, un final definitivo a este apocalipsis—, pero la verdad es que soy igual de codiciosa y quiero ceder a este deseo que he ignorado durante meses y meses.

Sin embargo, cuando volvemos a montar y continuamos nuestro viaje, la culpa me corroe. Se supone que debo alentar a Death a avanzar lo más rápido posible para llegar junto a mi hijo. Cualquier otra cosa la siento como una traición hacia Ben. Pero ni siquiera esa culpa es suficiente para que cambie mi forma de ser, especialmente cuando cada hora adicional en los brazos del jinete me acerca más a convencerlo de que deje de matar.

Por lo tanto, Death y yo viajamos con calma y lentitud.

Cuanto más al oeste nos dirigimos, más se dispersan las ciudades. Esta parte del país está realmente vacía. Solo kilómetros y kilómetros de puro desierto. Es un paisaje nítido y extraño, vacío de

color salvo por los arbustos bajos y el cielo azul sobre mí, aunque incluso esos parecen apagados también, como si el sol lo hubiera blanqueado todo.

Echo de menos la tierra verde donde crecí.

Todavía descansamos en casas si las encontramos, pero Death ha tenido que renunciar a su empeño de alojarme en fincas grandiosas. La verdad es que esta tierra completamente seca es demasiado dura para ganarse bien la vida. A juzgar por lo poco que he visto, la única ocupación estable en esta zona proviene de los ranchos y los vaqueros que conducen manadas salvajes de ganado a través de las llanuras, y no viven precisamente como reyes.

En cuanto a las casas con las que nos topamos, la mayoría son restos de la época anterior a los jinetes. Cuando el sol empieza a ponerse, nos detenemos en una de esas viviendas abandonadas. Es un lugar desgastado por los elementos y apagado; el sol ha blanqueado su estructura y el pozo de la casa hace mucho que se secó. El interior está lleno de arenilla y un par de lagartijas asustadas.

La recorro como he hecho en cientos de otras casas. Me fijo en el papel de pared despegado, un televisor que no funciona, algunos libros infantiles rotos y unas estrellas de esas que brillan en la oscuridad que alguna vez debieron de estar pegadas al techo, pero que ahora yacen esparcidas por el suelo.

Me detengo y lo asimilo todo. Ha pasado un cuarto de siglo desde que esta casa se vio afectada por la llegada de los jinetes. El niño que leyó esos libros o miró esas estrellas ahora es un adulto, si es que sigue vivo, claro. Una generación entera, mi generación, creció con la vida trastocada. Y la próxima podría no llegar a crecer en absoluto.

Oigo los pasos de Death en el pasillo.

—No quiero quedarme aquí. —Mi voz parece un graznido.

Se detiene en la puerta del dormitorio.

—De acuerdo, *kismet*.

Es así de sencillo. Cinco minutos después, estamos de nuevo a lomos del caballo de Tánatos.

Detrás de nosotros, la casa se derrumba. Me siento como si esto

fuera un sueño viejo y desgastado que al fin se desmorona para siempre, algo triste pero que debió de haber sucedido hace mucho tiempo.

Obligo a mi mente a alejarse de la familia que una vez vivió ahí.

Ya me persiguen demasiados fantasmas, no me hace falta ninguno más.

He oído decir que los humanos pueden acostumbrarse a casi cualquier situación. No sé si será cierto, pero yo me he acostumbrado a esta forma de vida: viajar, acampar y luego viajar un poco más.

Incluso me he acostumbrado a mi relación con Death.

—Cuéntame otro secreto —le pido, recostándome sobre las mantas que cubren el suelo.

Hay un plato con comida y vino a un lado, y a nuestro alrededor los esqueletos y sus carros rodean nuestro campamento.

Tánatos está tumbado de lado y solo lleva puestos los pantalones. Sus tatuajes iluminan todos los planos afilados de su rostro.

—Mmm… —Ha estado acariciándome la cara con los dedos, pero ahora baja la mano hacia los botones de mi camisa—. No te lo contaré —dice—, sino que voy a enseñártelo.

No tengo ni idea de lo que habla.

Tánatos me desabrocha la camisa y me la baja por los brazos. A continuación, me quita el sujetador. Luego, los pantalones y después los suyos.

Se me escapa una risa.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

Ya no hay nada en esta situación que sea un gran secreto entre nosotros.

Death termina de desvestirme y me atrae hacia sus brazos. Me hace envolverle la cadera con las piernas, entrelazando nuestros cuerpos en este íntimo abrazo.

—Me has mostrado cómo practican sexo los humanos —dice, llevándome con él mientras se levanta de la cama. Extiende sus alas negras—. Ha llegado el momento de enseñarte cómo lo hacen los ángeles.

Apenas ha terminado de hablar cuando se eleva en el aire. Bate las alas a la espalda, cada poderoso aleteo nos lleva más y más arriba en el frío cielo nocturno.

Me aferro a Tánatos, rodeándole el cuello con los dedos y apretando la mejilla contra la suya. El pelo oscuro del jinete me hace cosquillas en la piel. No importa que ya haya volado conmigo en sus brazos antes, aun así, mi miedo resurge. El suelo queda muy lejos.

—Relájate —susurra—, te tengo.

Lo intento, de verdad que sí, pero entonces el cielo retumba a nuestro alrededor cuando una tormenta se acerca, y me agarro a él con más fuerza.

—Lazarus, te tengo —me tranquiliza mientras me pasa una mano arriba y abajo por la espalda—. Lo juro.

A regañadientes, aflojo un poco el abrazo con el que me aferro a él. Incluso logro apartar la cara cuando el cielo destella. Por un momento, la calavera se superpone a las facciones de Tánatos. Luego desaparece.

—Tu cara… —Me quedo en silencio.

He visto esto varias veces antes, pero nunca resulta menos inquietante.

—La vida y la muerte son amantes, *kismet* —susurra, moviéndome las caderas para que quedemos alineados—. *Nosotros* somos amantes. Siempre ha sido así. Siempre será así.

Tras esas palabras, Tánatos se introduce en mí. Se me escapa un jadeo y me agarro a él con más fuerza. No hay nada a lo que aferrarse excepto al mismo Death, y es tan aterrador como estimulante.

Su polla me estira, ¿alguna vez me he sentido tan bien?

—Quiero oír tus gemidos, *kismet* —me susurra al oído.

Al ver que no respondo de inmediato, posa los labios en uno de mis pechos. Lo besa con fuerza y me roza el pezón con los dientes.

Gimo, moviendo un poco las piernas para acomodarlo mejor. Él se introduce en mí una y otra vez mientras, a su espalda, bate las alas contra el viento. Guía febrilmente su polla dentro y fuera, dentro y fuera.

—Tánatos —gimo su nombre.

—No hay nada mejor que estar enterrado en tu cuerpo, caliente y apretado —dice. Me besa la parte inferior de la mandíbula—. Quiero llenarte y asegurarme de que nunca olvides que he estado aquí.

Atraigo sus labios hacia los míos y le robo un beso, enredando una mano en su pelo.

El sexo de los ángeles es una locura.

Death desliza una mano hasta la raja de mi culo y palpa ese otro agujero con los dedos.

Interrumpo el beso y me tenso en sus brazos. El gesto hace que la polla de Tánatos se sacuda.

Emite un gemido de dolor.

—Relájate, *kismet*. Puedes decirme que pare y lo haré.

Espera a que lo haga.

Una parte de mí se lo plantea, pero otra parte tiene demasiada curiosidad como para interrumpirlo ahora.

Al ver que no digo nada, Death presiona un dedo contra mi entrada trasera hasta que esta cede.

Inspiro hondo mientras la presión se acumula de alguna forma en mi interior. Me vuelvo mucho más sensible con cada una de sus embestidas.

—No me puedo creer que esto haya sido idea tuya —digo.

En la oscuridad, distingo el brillo de los ojos oscuros del jinete mientras observa mi expresión.

—La próxima vez puede ser tuya.

—Eres un pervertido —suspiro.

En respuesta, introduce el dedo todavía más hondo.

Dios. Así me siento increíblemente llena y que me penetre desde ambos frentes está intensificando las sensaciones rápidamente… más y más…

—Tánatos…

Es demasiado.

Con un grito, me hago añicos y el orgasmo me recorre hasta el último centímetro del cuerpo.

Él gime cuando me corro y mueve las caderas febrilmente contra las mías. Unos instantes después, siento que se hincha dentro de mí.

Death grita mi nombre mientras llega al orgasmo, embistiéndome una y otra vez.

Nuestros clímax parecen durar una eternidad, pero al fin siento que saca el dedo para poder abrazarme.

Me desplomo en sus brazos, temblorosa y agotada.

Lentamente, Tánatos desciende de nuevo hasta el suelo y aterriza al pie de nuestra cama improvisada.

Me recuesta sobre las sábanas antes de acurrucarse contra mi costado.

Death me mira y se me entrecorta la respiración. Por un instante, una extraña sensación me recorre, como si todo lo que creía entender fuera un espejismo y el velo que separa la vida de la muerte fuera tan fino que en realidad pudiera echar un vistazo…

—Lazarus.

Me concentro en Tánatos. Las marcas de su piel brillan como estrellas y parecen antiguas; *él* parece antiguo. Antiguo y de otro mundo.

—Eres exquisita —me dice. Se inclina hacia delante y me besa el pulso en el cuello mientras sus mechones oscuros me hacen cosquillas en la piel—. Exquisita y problemática, y curiosa y *viva*.

—Creía que no te gustaba el hecho de que estuviera viva.

Me dedica una suave sonrisa.

—Hasta los ángeles pueden equivocarse.

LV



Agosto, año 27 de los jinetes
Interestatal 10, Arizona

Me despierto con el eco de unos aullidos.

Me incorporo y escudriño la oscuridad en busca de cualquier animal que pueda emitir ese ruido. No veo más allá del muro de carros y zombis que nos rodea, aunque esos extraños gritos parecen estar cerca.

Espera, ¿*aullidos*?

Pero si todos los animales huyen de Death…

Los carros de madera se sacuden y ahora distingo gritos y bramidos y… Joder, eso no son lobos. Son los gritos de batalla de los merodeadores.

Contengo un chillido justo cuando Tánatos se incorpora a mi lado, despeinado. No tengo tiempo de pensar en ello antes de que, a nuestro alrededor, docenas de figuras se materialicen desde la oscuridad.

Descienden sobre nuestro campamento como un enjambre de langostas. Un hombre salta sobre un carro, provocando que casi se vuelque. Otro aplasta un esqueleto.

Death levanta la mano, pero antes de que tenga la oportunidad de desatar su letal poder, una flecha le atraviesa el corazón. Una fracción de segundo después, otra le acierta en la cabeza.

—¡Tánatos! —grito.

Me lanzo hacia él y, por todo el campamento, los esqueletos

restantes se desmoronan y sus huesos repiquetean contra el suelo. Atrapo al jinete cuando cae hacia atrás y lo acuno en mis brazos, incluso mientras nuestros atacantes se dirigen hacia nosotros.

—Death —repito, acariciándole rostro.

Sé que está muerto, sé que lo más inteligente que podría hacer es dejar caer su cuerpo y luchar, pero me invade un pánico paralizante al ver a mi jinete inerte en mis brazos.

Se me escapa un sollozo.

¿Cuántas veces lo he visto morir? ¿Una docena? ¿Más?

Nunca me había sentido así antes. Como si el mundo se estuviera derrumbando a mi alrededor.

Apenas puedo respirar.

Otra flecha pasa silbando y me roza el hombro. Grito e intento taparme la herida. Eso me arranca de mi pena.

Levántate, Lazarus.

Me obligo a ponerme de pie, con las manos y los antebrazos manchados de sangre del jinete. Menos mal que me ha hecho ponerme una camiseta demasiado grande y un par de calzoncillos. No siempre lo hago cuando duermo con él.

—¡No hagáis daño a la mujer! —grita alguien.

Es entonces cuando de verdad reparo en los hombres que se me acercan, con las armas desenvainadas y apuntándome con ellas.

Yo he dejado de ir armada. ¿Qué necesidad hay si ahora me acuesto con mi enemigo mortal? Él era la única persona por quien las llevaba.

No me he arrepentido hasta ahora, cuando veo unas figuras oscuras desmantelando nuestro campamento. Los oigo repasando nuestras posesiones y silbando cuando encuentran esto o aquello.

—¿Está muerta la criatura? —pregunta una voz masculina profunda.

—Más vale que lo esté —responde otro.

—¡Coged a la mujer! —ordena un tercero.

Cambio el peso de pie, preparándome mientras observo esas formas en la oscuridad. Puede que no tenga mis armas, pero no estoy completamente indefensa.

El primer hombre que me alcanza me agarra del antebrazo, pero

en cuanto me roza la piel, aparta la mano y un segundo después oigo el ruido sordo de su cuerpo al caer al suelo.

Lo miro confundida, pero entonces otro hombre me alcanza. Lo ataco y le doy un puñetazo en la nariz.

—¡Puta cabrona! —grita mientras me suelta.

Otro intenta cogerme por detrás y le doy un codazo en el estómago. Gruñe y se tambalea. Me doy la vuelta y me acerco a él. Veo la empuñadura de un arma blanca enfundada en su cadera y me lanzo con desesperación hacia ella.

Rozo con los dedos el mango durante una fracción de segundo antes de que otro hombre me derribe al tirarse hacia mí desde un lado.

Caigo al suelo con fuerza y mis dientes colisionan entre sí mientras me golpeo la cabeza contra el suelo.

Aun así, me resisto. Es mejor luchar hasta la muerte que soportar cualquier plan que esta gente me tenga reservado.

Mi atacante me agarra de un brazo, pero luego se derrumba de lado, sin fuerzas. No tengo tiempo de preocuparme por él antes de que otro hombre se arrodille sobre mí; me sacuda, tratando de quitármelo de encima.

—Deja de resistirte, zorra —me espeta, acercando la cara a la mía.

Le doy un cabezazo en la nariz tan fuerte como puedo y sonrío cuando escucho un crujido. Él emite un sonido a medio camino entre un aullido y un gemido.

No lo veo mover el puño, pero lo siento cuando lo estrella contra mi rostro. La cabeza se me va sola hacia atrás por culpa del golpe y el dolor es tan intenso que me arrebata el aliento que necesito para gritar. Antes de que pueda procesar el puñetazo, me asesta otro en la mejilla, y otro y otro más. Intento cubrirme la cara, pero es inútil, ese puño sigue golpeándome.

—¡No la matéis! ¡No la matéis! —grita alguien.

El hombre no responde ni se detiene. No hasta que alguien lo aparta de mí.

Otro tipo me pone de pie. Me tambaleo mientras la noche a mi

alrededor da paso a una oscuridad más profunda, en la que caigo sin oponer resistencia.

Me despierto al sentir una presión en los hombros y un dolor sordo y punzante. Haciendo una mueca, intento mover los brazos, pero encuentro resistencia. Parpadeo para abrir los ojos y observo mi entorno.

Hay tiendas de campaña a mi alrededor, algunas hechas de lona, otras de piel. Más allá, distingo un edificio viejo y en mal estado, aunque no sabría decir qué es. Y el calor me ataca por todos lados.

Sigo en el desierto.

Frente a mí se extiende un camino de tierra que serpentea entre las tiendas. A lo largo del camino, hay casi una docena de mujeres más, con las manos atadas a estacas de madera cercanas. Un par de ellas lloran, varias más parecen catatónicas. El resto tiene una mirada afilada, pero todas padecen quemaduras solares y tienen un aspecto miserable.

La gente —en su mayoría hombres— se mueve por este extraño puesto de avanzada. Llevan espadas, arcos y aljabas, y sus miradas son crueles e intransigentes.

Bajo la vista hacia mi camiseta demasiado grande, que ahora está cubierta de salpicaduras de sangre y suciedad.

Mis últimos recuerdos regresan a mí de repente.

Anoche, los merodeadores atacaron nuestro campamento. Saquearon nuestras pertenencias, y Death… Death…

Se me escapa un gemido al recordar cómo dispararon a Tánatos. Se me cierra la garganta y algo que se parece mucho al dolor brota en mi interior.

«Está bien, está bien, está bien», intento decirme. Es probable que lo dieran por muerto, y es solo cuestión de tiempo que despierte.

Pero el sol está saliendo y el aire matutino ya es incómodamente caliente, y Death ya debería estar despierto, ¿no?

A menos que lo hayan capturado. A menos que le hayan estado haciendo daño.

Las náuseas me invaden, seguidas por la ansiedad.

Tengo que apartar el terror absoluto que siento por Tánatos. Es una tontería temer por un jinete incapaz de morir y que encima está matando a miles de personas. Sin embargo, mi ansiedad aumenta de todos modos, eclipsando a mi propia situación desesperada.

Otro pensamiento inquietante se abre paso en mi mente: estas personas pudieron acercarse a Death.

Suponía que a Tánatos le resultaba fácil matar; su propia existencia atrae a las personas hacia la muerte. Lo que le cuesta es mantener con vida a los humanos. Sin embargo, cuando nos atacaron, él estuvo despierto, al menos durante unos segundos, y nadie cayó muerto al suelo, que es lo debería haber sucedido. Eso es lo que solía pasar siempre.

Es casi como si lo que en el pasado le resultaba natural ahora requiriera de una intencionalidad real. ¿Por qué será? ¿Y qué estaba haciendo Death cuando nos atacaron? Porque si no supiera que es imposible, diría que el jinete se había quedado dormido a mi lado.

Tiro de mis ataduras. Ninguna de mis preguntas importa demasiado en estos momentos. No cuando me tienen atada y prisionera.

Todavía me duele la cabeza, siento la garganta reseca y la piel tirante y punzante, como si llevara demasiado tiempo sentada al sol, lo cual es probable que haya pasado. Por lo menos, tengo la ropa puesta. La verdad es que podría haber sido peor.

Me concentro en el resto de las mujeres, atadas y ensangrentadas.

—¿Dónde estamos? —La voz me sale como un graznido y tengo que aclararme la garganta mientras examino un rostro tras otro.

Ninguna de ellas me mira.

Dos hombres pasan junto a nosotras y uno nos lanza una mirada lasciva, como si hubiera algo inherentemente sexual en un puñado mujeres sucias y maltratadas.

Le lanzo al tío una mirada cabreada.

—¿Quiénes son estas personas?

—¿Por qué no te callas? —susurra una mujer frente a mí.

Sus ojos apuntan en la dirección del sendero, hacia un hombre

en el que no me había fijado hasta ahora. Está sentado en una vieja silla plegable, en el exterior de una tienda cercana, con los brazos cruzados sobre una generosa barriga mientras se inclina hacia atrás y charla con otro tipo. En la cadera lleva un horrible látigo. A su espalda, contra la carpa, hay apoyada una fusta.

Madre del amor hermoso.

—Cynthia, sé amable —dice alguien más.

—¿Quieres que te azoten de nuevo? —sisea la tal Cynthia en respuesta—. Porque yo no.

Se me revuelve el estómago.

¿Incursiones violentas a medianoche? ¿Bienes saqueados y mujeres tomadas como rehenes? ¿Todo en mitad de un desierto desolado? He oído hablar de bandidos, pero esto es mucho más complejo y organizado.

—¿Qué piensan hacer con nosotras? —pregunto en voz baja.

Una mujer gime al escucharme.

—Cállate —dice Cynthia, que parece muy molesta.

—¡Oye! —grita el hombre corpulento de la silla.

Su asiento chirría cuando se levanta un segundo después, llevándose la mano al látigo. Tiene una cara anodina, pero hay algo en sus ojos que me hace pensar que disfruta haciendo daño a las mujeres.

El hombre se acerca a paso tranquilo, fulminando a Cynthia con la mirada antes de posarla en mí. Me examina de arriba abajo, y luego, sin decir palabra, da media vuelta y se larga por donde ha venido.

Todas nosotras observamos cómo se marcha. Pasa por delante de su silla y recorre la hilera de tiendas de campaña, hasta que desaparece de la vista.

Una vez que se ha ido, todas las mujeres parecen relajarse.

—Podríamos hablar ahora —propone la que está a mi lado.

Tiene el pelo lleno de tierra y unos ojos de un verde muy intenso.

—Sí, ahora que nos van a dar una paliza a todas —murmura Cynthia, que me lanza otra mirada fulminante.

—Querías saber qué es este lugar, ¿verdad? —dice una de las mujeres del otro lado.

Asiento con cautela.

Ella respira hondo antes de continuar.

—Estos tíos son parte de los Sesenta y Seis.

Al ver que me mantengo inexpresiva, la mujer suspira.

—Son un grupo de forajidos que patrullan las carreteras de esta parte del país.

—¿Cómo es que no los han detenido? —pregunto.

Nadie dice nada y me da la impresión de que ninguna sabe realmente por qué se ha permitido que exista una organización criminal de este calibre. No cuesta llegar a la conclusión de que este rincón del país, que en su mayor parte es desierto, es demasiado remoto para tenerlo bien vigilado.

—¿Atacaron todos vuestros campamentos? —pregunto, moviéndome un poco para aliviar la presión en la parte superior de los brazos y los hombros.

Mi pregunta provoca que una mujer gimotee. El resto del grupo permanece en silencio. Al final, es Cynthia quien me responde.

—Sí. O, en el caso de Morgan —señala con la cabeza hacia la mujer de cabello castaño sentada a su lado—, fue un soborno que salió mal.

Es evidente que hay más detrás de todo esto. Y el hecho de que se llamen por el nombre…

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —pregunto.

—Ya vuelve —sisea Cynthia, interrumpiéndome—. Callaos todas.

Me lanza una mirada significativa.

Entorno los párpados, pero me giro para observar al hombre con el látigo. Junto a él hay otro tipo con sombrero de vaquero. Dejan de andar cuando llegan justo frente a mí.

El del sombrero se agacha para quedar a mi altura.

—Buenos días, cariño —me saluda. Cuando habla, veo un diente plateado entre sus incisivos delanteros—. Estábamos esperando a que te despertaras.

Lo miro cabreada. Quienquiera que sea este hombre, tuvo algo que ver con la muerte de Tánatos y mi captura.

—¿Por qué no empezamos por la parte fácil? Yo soy Shane —se presenta.

Sigo mirándolo fijamente. Las mujeres a mi alrededor permanecen siniestramente silenciosas, aunque oigo que una de ellas emite unos ruidos quedos, como si intentara contener el llanto.

Cuando el silencio se alarga demasiado, Shane me lanza una sonrisa despreocupada, enseñándome ese diente plateado.

—No seas maleducada —me recrimina—. Preséntate.

Bueno, ahora que sé que los modales significan tanto para él…

Le escupo en la cara.

Es rápido, eso se lo concedo. No lo veo mover la mano hasta que la palma conecta con mi mejilla.

Zas.

La cabeza me sale disparada hacia un lado y la piel me palpita. Ya tenía una buena jaqueca, pero ahora siento como si fuera a explotar por el dolor y la presión.

—Aquí no dejamos que nuestras putas hagan cosas raras —dice con amabilidad—. A menos, claro, que se trate del tipo de cosas que nos gustan.

El hombre que está detrás de él se ríe.

Tenso la mandíbula mientras los fulmino a ambos con la mirada, sintiendo la mejilla en llamas.

—Así que, dime —continúa, evaluándome con los ojos entornados—, ¿cómo llega una mujer como tú a estar con un jinete del apocalipsis?

¿Sabe quién es Tánatos?

Shane debe de ver algo en mi cara porque interviene.

—Ni yo mismo me lo hubiera creído de no haber visto esas alas con mis propios ojos.

El pulso me late con fuerza en los oídos.

¿Qué le han hecho estas personas a mi jinete?

—Pero eso sigue sin responder a mi pregunta —continúa Shane.

Le dedico una sonrisa poco amistosa.

—Pues morirás con la duda.

Zas.

Mi cabeza sale disparada hacia un lado cuando me vuelve a pegar. Me obligo a contener un grito.

—¿Sabes cuántos hombres hicieron falta para atarte?

Lo miro impasible.

Él se inclina hacia mí con complicidad.

—Cinco. —Sacude la cabeza—. Perdí a cinco buenos hombres para capturarte.

Tardo unos segundos en darme cuenta de que se refiere a que cinco hombres *murieron* intentando capturarme. Recuerdo que anoche algunos de mis atacantes cayeron a plomo justo después de agarrarme por los antebrazos… Antebrazos que estaban cubiertos de la sangre del jinete.

Abro los ojos como platos.

Incluso la sangre de Death es letal.

—Así que —continúa Shane— vas a contestar a mis preguntas, empezando por cómo es que puedes tocar a esa criatura y seguir viva.

Me recorre de nuevo con los ojos y noto cómo se pregunta: ¿quién eres tú?

Ya sé que no parezco particularmente especial.

Me encojo de hombros en respuesta.

—No sé cómo… Ni por qué. Simplemente, puedo hacerlo.

—¿Está muerto de verdad? —insiste Shane.

—¿Quiénes? —pregunto—. ¿Tus hombres? Sí, de verdad están…

Zas.

Esta bofetada es más leve que las otras, pero, aun así, siento el sabor de la sangre en la boca cuando me muerdo el interior de la mejilla.

—No te hagas la estúpida, chica —dice Shane—. El jinete. ¿Está muerto?

Le frunzo el ceño.

—Por supuesto que está muerto —respondo con vehemencia—. Tenía una flecha en la cara.

—Una flecha que luego salió sola —añade, observándome con atención.

Intento no reaccionar, aunque me siento alarmada.

—Puede regenerarse, ¿no? —insiste Shane.

A nuestro alrededor, el hombre corpulento y las mujeres cautivas

se han quedado en silencio y prestan atención a nuestra conversación.

—Si no me desatas, no te diré ni una puta…

¡Zas!

Grito cuando me da un revés en el que emplea todo su peso y el golpe me hace girar la cabeza hacia un lado. Tengo que apretar los dientes para aguantar el dolor punzante. Se me está empezando a hinchar la piel alrededor del ojo y me están entrando náuseas de lo mucho que me palpita la cabeza.

—No estás en posición de exigir nada, cariño —dice Shane—. Puedes cooperar o puedo *obligarte* a cooperar. Tú eliges.

Levanto la mirada hacia él, para dejarle ver el poco miedo que trasluce mi expresión. Entonces, sin pretenderlo, sonrío y se me escapa una risita.

A nuestro alrededor, se hace un silencio incrédulo.

—¿De verdad crees que me asustas? —digo—. He visto caer ciudades enteras y morir a todos mis seres queridas. Me han hecho daño tantas veces que he perdido la cuenta y me he visto obligada a sobrevivir a todo ello. He conocido al diablo y en realidad es un ángel caído. Así que vete a la mierda, tus amenazas no asustan ni…

Shane me da un puñetazo en la cara y me desmayo.

Cuando me despierto de nuevo, me han desatado del poste, aunque todavía tengo las manos atadas a la espalda. Dos hombres me agarran por los brazos y me remolcan hacia delante, arrastrando mis pies por el suelo. El pelo suelto me cuelga alrededor de la cara y veo unas gotitas de sangre goteando desde mi nariz dolorida al suelo.

Gimo. No es lo peor que he soportado, pero sigue doliendo un huevo.

—¡Shane! ¡Shane! —grita un hombre a lo lejos.

Levanto un poco la cabeza, solo para ver a qué se debe tanto alboroto.

Un hombre de unos veinte años está apartando a la gente de su camino a empujones mientras corre hacia nosotros, con los ojos fijos en el hombre que tengo delante, que presumo que es Shane.

El veinteañero se detiene. El sudor se le acumula en la frente

mientras intenta recuperar el aliento.

—Shane —dice, respirando hondo—, *no está*.

Me quedo inmóvil y presto toda mi atención a la conversación.

Delante de mí, Shane se detiene, al igual que los hombres que me sostienen.

—¿Qué quieres decir con que no está? —pregunta. Oigo la violencia contenida en su voz.

—El jinete —explica el joven, sin aliento—. Su jaula estaba vacía…

Es justo entonces cuando un temblor recorrer la tierra. Solo un poco. Unas cuantas piedras se deslizan y algunas personas cercanas miran a su alrededor.

Shane se acerca al mensajero, bajando la voz.

—¿Y a dónde… coño… ha…?

De repente, el suelo se sacude. Shane se tensa y el hombre que está frente a él tropieza un poco. Se produce una pausa momentánea en que el terreno parece asentarse, pero luego empieza a temblar con violencia. Las tiendas se balancean, algunas incluso se derrumban. Más adelante, oigo a la gente gritar y alejarse corriendo de un punto en el camino donde el suelo se está hinchando. El montículo se hace cada vez más grande hasta que, de repente, se abre. Del interior, surge una mano disecada.

Ahora, los gritos se convierten en alaridos y la gente huye de la criatura no muerta que se alza desde su tumba.

Mientras estoy ahí arrodillada, sonrío.

Tánatos por fin ha despertado. Y se está cobrando su venganza.

LVI



El zombi se abre paso a zarpazos mientras algunos de los hombres y mujeres más valientes cogen machetes y cuchillos de caza, y avanzan hacia la criatura. Shane es uno de ellos.

A lo lejos, oigo más gritos, junto con unos sonidos húmedos y carnosos. Es suficiente para asustar a mis guardias. Uno de ellos me suelta y corre de vuelta por donde hemos venido. El otro duda, pero también acaba soltándome y retrocediendo antes de darse la vuelta y huir.

Por encima de mi cabeza escucho el potente rugido de unas alas. El corazón me late con fuerza cuando levanto la mirada al cielo. Veo la silueta oscura de Death dirigiéndose hacia nosotros.

Sonrío de nuevo.

—Si fuera tú, ya habría echado a correr —le digo a la espalda de Shane.

A nuestro alrededor, los gritos aumentan. La gente empieza a correr en todas direcciones. Oigo a alguien gritar: «¡Zombi! ¡Zombi! ¡Zomb…!», pero un gorgoteo interrumpe los chillidos.

Shane se da vuelta para mirarme justo cuando otro zombi termina de salir del suelo.

Me observa mientras me levanto.

—Enseguida me ocupo de ti —me amenaza, apuntándome con su cuchillo.

—Que te lo has creído —digo mientras el jinete desciende varios metros por detrás de Shane—. Death va a matarte y luego, si tienes muy mala suerte, obligará a tu cadáver a servirme.

Tánatos aterriza, de pie entre la carnicería como un verdadero

ángel del apocalipsis, y pliega sus alas negras a la espalda.

Sé que el jinete es consciente de mi presencia, pero no aparta sus ojos iracundos de Shane.

Camina hacia él justo cuando este se da la vuelta y casi pierde el equilibrio al verlo.

—Lazarus tiene razón —dice Tánatos—. Morirás y luego *servirás* a mi pareja.

Por encima del hombro de Death, un recién resucitado agarra a un hombre con barba pelirroja y pelo rojo grasiento.

El barbudo blande la espada contra el zombi, corta tendones disecados y rompe varias costillas. El zombi lo agarra por la cabeza y se la tuerce.

Crac.

Shane maldice y se tambalea hacia atrás. Mientras tanto, Death lo observa con una mirada fría y amenazadora. Segundos después, el hombre barbudo se levanta, con el cuello doblado en un ángulo extraño y ojos que ya no ven nada.

—¿Jackson? —lo llama Shane.

El susodicho avanza a grandes zancadas hacia él, todavía blandiendo su arma. Shane apenas tiene tiempo de bloquear el golpe.

—¡Qué cojones, tío! —grita.

Pero Jackson vuelve a atacarlo. Y entonces el zombi momificado y varios muertos recientes más se acercan a Shane hasta que se convierte en el centro de toda su atención. Oigo cómo se rompe un hueso. Luego otro. Shane grita de dolor y veo que tiene problemas para hacer retroceder a todos estos nuevos adversarios. Él mira por encima del hombro, con verdadero terror en los ojos, mientras empiezan a destrozarlo.

Shane tarda menos de un minuto en morir y solo unos segundos en volver a levantarse. Sus ojos están apagados y sin vida; ese temperamento irascible y esa confianza cruel han desaparecido. Ahora se mueve sin pensar junto con los demás.

El grupo se dirige hacia mí, pero en lugar de atacarme como han hecho con todos los demás, los no muertos me rodean y hacen guardia.

La mirada de Death se encuentra con la mía y soy testigo de cómo su venganza se disuelve en alivio.

—*Lazarus*.

Avanza a grandes zancadas y los zombis abren el círculo para dejarlo pasar. Me toma en sus brazos. Desliza las manos por mi espalda y por encima de mis ataduras.

—¿Qué es esto? —pregunta mientras las desgarra.

Me derrumbo contra él, sintiéndome como si ya no tuviera huesos en el cuerpo.

El jinete se aleja lo suficiente para observar mi rostro. Presta especial atención a mi ojo hinchado y a mi mejilla.

Por un instante, veo una rabia asesina en su mirada y puede que sea mi imaginación, pero juraría que los gritos a nuestro alrededor aumentan.

Alarga la mano y me acaricia con suavidad las zonas heridas.

—Lo siento, Lazarus, lo siento mucho.

Bajo su toque, noto que el calor se extiende por debajo de mi piel. Siento un hormigueo mientras el dolor de la cara disminuye.

Me inclino hacia su mano.

—No tienes que disculparte por nada. Nos tendieron una emboscada en plena noche.

Él fue una víctima, exactamente igual que yo.

—Debería haber estado en guardia —insiste—. No debería haberme… —«dormido». Parece incapaz de pronunciar esa última parte.

Un grito agudo y femenino aleja mi atención del jinete. A nuestro alrededor, el resto del campamento sigue siendo masacrado.

Las mujeres.

Me quedo sin respiración.

Mierda.

Me giro hacia Tánatos.

—Por favor, detén a tus zombis.

Él tensa la mandíbula.

—¿Por qué?

—Hazlo, por favor.

De repente, los muertos caen al suelo.

Me estremezco y suelto un suspiro.

—Gracias —digo.

Me deshago del abrazo de Death y corro de nuevo por el sendero.

—¡Lazarus! —me llama, pero ni me detengo ni respondo.

¿Dónde están? ¿Dónde están?

Hasta el último centímetro de este sitio parece idéntico al anterior: solo tiendas de campaña, caminos de tierra y más tiendas de campaña, y todo eso me desorienta.

Me resbalo con un charco de sangre y estoy a punto de caerme, pero logro recuperar el equilibrio y sigo corriendo.

—¡Cynthia! —grito—. ¡Morgan!

El resto del campamento permanece en silencio. Demasiado silencio.

Corro, corro y corro.

Al final las encuentro, pero es demasiado tarde.

Siguen atadas a sus postes: Cynthia, Morgan y tantas otras, desplomadas y con los ojos abiertos y sin vida.

De repente, las rodillas me ceden. Dejo escapar un grito de frustración mientras las lágrimas me aguijonean los ojos.

Se merecían algo mejor. Mucho mejor.

Vuelvo a oír el golpeteo de las alas de Death, pero en este momento ellas son lo único que veo.

Respiro con dificultad mientras el polvo que me rodea acaba de asentarse; el silencio es casi doloroso.

Cuando le he pedido a Death que detuviera a sus zombis, no ha hecho solo eso. También ha matado a las últimas personas que quedaban con vida.

—Lazarus, ¿qué estás haciendo aquí? —pregunta, acercándose a mí—. ¿Estás… llorando?

Parece sorprendido ante semejante estampa, como si la idea de que yo llore por alguien de este campamento fuera absurda. ¿Y cómo iba a saber Death que estas mujeres no eran las malas de la película? Todavía hay muchas cosas que no entiende sobre los humanos.

Se me escapan las lágrimas.

—Estas mujeres también eran víctimas, igual que nosotros —digo.

Tánatos mira a las mujeres en cuestión.

—Y eso te importa —dice.

No es una pregunta y, sin embargo, hay confusión en ella. Eran desconocidas hace solo un día.

—No merecían morir.

—*Kismet*, *todos* merecen morir, incluso ese hombre abominable con el que he acabado hace solo unos minutos.

Se arrodilla frente a mí y alarga la mano para acariciar la piel que acaba de curarme.

—Vivir *es* morir —añade—. Ese es el acuerdo que sellasteis cuando vinisteis a este mundo. No podéis tener lo uno sin lo otro. —Death se pone en pie—. Toda vuestra vida, todo vuestro sufrimiento, todas vuestras pérdidas, todo ha sido por esto. —Señala a los muertos que nos rodean, con las alas abiertas—. Todos vosotros habéis estado corriendo hacia mí toda vuestra vida.

LVII



Había supuesto que el campamento en el que me retenían sería lo último que vería en relación con los Sesenta y Seis, o quienes cojones fueran esas personas. Pero… no.

Una semana después de ese último encuentro, nos damos de bruces con más problemas. Frente a nosotros, a un lado del asfalto, se alza un gran almacén abandonado. Es una de las pocas estructuras que hemos visto en este solitario tramo de carretera.

No estamos a más de cien metros de él cuando una ráfaga de flechas sale disparada de la estructura en nuestra dirección. He presenciado suficientes ataques aéreos para saber que no llegarán a alcanzarnos en su trayectoria, pero, aun así, me dejan sin aliento.

Los proyectiles chocan contra la carretera desgastada frente a nosotros.

—¡Alto! —grita una voz masculina profunda. Un hombre se separa del almacén—. Tenemos más flechas apuntándoos. —Señala con el dedo hacia la parte superior del edificio.

Me fijo en el tejado de la estructura. Solo ahora reparo en de la docena de hombres y mujeres apostados allí, apuntándonos con sus arcos a Death y a mí.

Tánatos me agarra con más fuerza y sé que este es el fin de esas personas. Contengo la respiración, esperando a que sus cuerpos golpeen el techo.

En vez de eso, el jinete detiene a nuestro caballo.

—¿Sabes? —dice en voz baja—. He llegado a despreciar profundamente los arcos y las flechas.

El hombre sigue caminando y una de sus manos descansa

ligeramente sobre una daga que lleva envainada en la cadera. No sé qué pretende hacer con ella; está demasiado lejos para lanzárnosla siquiera.

—Esto es una carretera de peaje —grita, señalando la autopista —. Nadie pasa sin pagar.

Arriba, en el tejado del almacén, escucho perfectamente a uno de los arqueros cuando habla.

—Qué cojones… ¿Eso son *alas*?

Un silencio cae sobre todo el grupo; sobre Tánatos, sobre mí, sobre los arqueros. Incluso el hombre que se nos acerca se queda rígido, como si también lo hubiera oído.

—Jinete —oigo sisear a alguien.

A continuación, se desata un murmullo bajo y frenético.

Death inclina la cabeza hacia mí y me roza la oreja con los labios.

—Llevo a todos los hombres a la tumba —dice—. Siento compasión por todas las almas. Pero no tengo ninguna para un comportamiento como este. Profanan lo sagrada que me parece la vida, y me profanan *a mí*.

Tánatos se endereza en la silla.

—Vais a morir todos —anuncia—. Pero os haré sufrir por ello antes de guiaros.

Por lo que parece, ese era el empujón que le hacía falta a este grupo asustado. El hombre que se ha adelantado huye hacia el almacén y desaparece dentro justo cuando los arqueros disparan otra sarta de flechas.

Una ráfaga de viento aleja los proyectiles. El grupo ya está recargando y disparando otra ronda, pero el viento vuelve a encargarse de ellos.

Sin prestar atención a las armas con las que nos apuntan, Death guía a su caballo hacia delante.

—¿Por qué no los matas ya? —pregunto con delicadeza mientras el grupo recarga una vez más.

—¿Tanto ansías sus muertes? —inquiere Tánatos, cuya voz parece impregnada de una diversión sombría.

Me doy la vuelta y le echo un vistazo. Él esboza una sonrisa burlona, pero en cuanto su mirada regresa a nuestros asaltantes, se

desvanece. Siento un escalofrío al contemplar su despiadada expresión.

Justo cuando lanzan otra ronda de flechas —que son prontamente desviadas—, oigo un ruido ahogado proveniente de uno de los hombres del tejado. Levanto la mirada justo a tiempo para ver a nuestro mediador —el que ha huido de nuevo al interior del almacén— tambaleándose cerca del borde del tejado. Se agarra la garganta y luego se desploma, desapareciendo de la vista.

—¡Vince! —grita una mujer cerca de él.

—¡Levántate, macho! —grita otra persona.

Sin embargo, Vince no se levanta.

Dos arqueros abandonan sus puestos para ir a comprobar el estado del hombre caído, mientras los demás siguen disparando flechas y Death sigue desviándolas.

Ya casi estamos en el almacén cuando oigo que la gente de ahí arriba empieza a gritar.

—¡Eh, eh, eh!

—¿Qué cojones, Vince?

No sé qué está pasando, no hasta que dos personas se acercan al borde de la azotea. Una de ellas, nuestro exmediador, rodea con la mano el cuello de otro hombre.

Ahora sé lo que le ha pasado a Vince.

—¡Vince, suelta a Roy!

Pero Vince ya no es Vince.

Roy agarra la mano que le aprieta el cuello y los demás intentan separarlos, pero entonces, en mitad del caos, otro hombre parece tropezar y atragantarse antes de desaparecer. Un segundo después, él también se levanta.

El jinete detiene nuestro caballo y lo observa todo con calma desde su posición, sentado detrás de mí.

—Tánatos —lo reprendo.

—Me encanta cuando dices mi nombre así —responde.

Esta vez, sin embargo, me siento escandalizada por una razón completamente diferente, una que no tiene nada que ver con el sexo.

—Detén esto —digo.

—Las vidas violentas conducen a muertes violentas, *kismet*. Este es el diezmo que les obligo a pagar.

Creía que estar conmigo estaba haciendo que se ablandara en lo referente a los humanos, pero después de su última demostración de poder y ahora esto, ya no estoy tan segura. Me parece que a lo mejor lo he vuelto humano en el peor sentido posible.

Le agarro la mano con fuerza.

—Por favor.

Mi súplica cae en oídos sordos.

Transcurre otro minuto hasta que todos mueren y es horrible, muy, muy horrible. Oigo sus gritos, y me imagino su terror y confusión cuando sus antiguos amigos los matan. Es una especie de traición sin sentido.

Cuando por fin ha fallecido hasta el último de ellos, el silencio se apodera de todo; ese silencio punzante y estremecedor. Lo único que oigo es mi propia respiración trabajosa.

—Podrías haberlos matado a todos a la vez —digo.

A pesar de que nos han extorsionado y amenazado, y es probable que nos hubieran hecho daño, me sigue desconcertando la crueldad del poder de Death.

—Podría —coincide el jinete.

Chasquea la lengua y parece que eso es todo lo que tiene que decir al respecto.

LVIII



Septiembre, año 27 de los jinetes
Interestatal 10, Arizona occidental

¿Cuándo dejaremos atrás este maldito desierto? Llevamos semanas cruzándolo y, por lo que sé, todavía seguimos en pleno centro.

El día empieza caluroso y la temperatura no hace más que aumentar. Sudo y sudo y sudo. El sudor se evapora tan rápido como aparece.

Creo que este rincón del mundo quemó el memorándum de que el verano tiene un final.

Death me pasa una jarra de agua de una de las alforjas. La acepto sin decir palabra y bebo.

Nos estamos quedando sin agua. Las dos últimas bombas que hemos encontrado estaban secas y no tengo ni idea de cuándo encontraremos otra. No ayuda para nada el hecho de que acabemos de pasar junto al esqueleto de un caballo, con sus huesos blancos como la lejía devorados por carroñeros. En las últimas semanas hemos pasado por muchas zonas que eran en gran parte inhabitables, pero, por alguna razón, hasta ahora no me había sentido tan cerca de la muerte.

Quizá se deba únicamente a que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vi campos verdes y tierra húmeda. Siento que nos hemos dirigido al lugar donde se va a morir.

Mi pánico aumenta y me obligo a recordar que ni el calor ni la

falta de agua importan en realidad, sobreviviré. Pero, joder, es incómodo de cojones.

—Tenemos que encontrarte agua pronto. Este no es lugar para ti, mi Laz —dice Death, como si me hubiera leído la mente.

«Mi Laz». El corazón me da un vuelco ante ese apelativo cariñoso. No debería, no después de todo lo que le he visto hacer, pero que alguien intente explicarle eso a mi estúpido órgano.

Sé que Death está esperando que me entregue a la oleada de emociones que siento por él. Sé que también quiere que le diga cosas dulces, que muestre *alguna* señal de que esto es más que la unión de carne y lujuria. Y sé que está dispuesto a esperar.

«Aunque tarde siglos, incluso aunque tú y yo seamos las últimas criaturas de este mundo, te prometo una cosa: conseguiré que me ames, en mente, cuerpo y alma».

Sus palabras todavía resuenan en mi mente.

Y siento que está pasando. *Ha estado* pasando.

Reprimo esos sentimientos y estudio el anillo que lleva Tánatos, el que está hecho con una moneda de los muertos, mientras me sostiene sobre la silla de montar.

—¿Cómo funciona? —pregunto, pasando un dedo por la cara de la moneda—. ¿Cómo conduces a la gente al más allá si tú también estás aquí conmigo en la silla de montar?

No sé por qué me ha llevado tanto tiempo formular esta pregunta. Es una de las primeras que tuve sobre el jinete de la muerte.

—No dejo de repetírtelo, *kismet*. No soy verdaderamente humano. Puedo hacer cosas que desafían a la naturaleza y la lógica humanas. Así como puedo liberar a miles de almas de su carne con un solo pensamiento, también puedo guiarlas hacia delante mientras estoy sentado aquí en esta silla contigo, igual que Famine puede hacer que cosechas a miles de kilómetros de distancia se echen a perder al mismo tiempo. Igual que Pestilence puede propagar enfermedades en varios lugares y entre varias especies a la vez. Es una parte intrínseca de lo que somos.

Me quedo pensando en eso durante varios segundos.

—Háblame de todas las personas a las que has conocido a lo

largo del tiempo —empiezo de nuevo.

Me roza la sien con los labios y siento su sonrisa contra mi piel. Le gustan mis preguntas, y creo que también se deleita respondiéndolas. Hasta que me capturó, sus pensamientos eran solo suyos.

—Eso nos llevaría vidas enteras, Lazarus —dice en voz baja—. Creo que quieres una respuesta más breve.

Qué hombre tan literal.

—Cuéntame lo más destacado: has conocido a todo el mundo, ¿no? —pregunto—. George Washington, Cleopatra y Marco Antonio, Gengis Kan… —Podría seguir.

—Solo durante un instante, nada más —responde.

—¿Cómo es? ¿Cómo son?

—Las almas son diferentes cuando se las separa de la carne. Tú quieres sus partes humanas; no puedo dártelas más de lo que pueden vuestras propias historias escritas, aunque te diré esto: George Washington estaba en paz cuando fui a buscarlo, Marco Antonio y Cleopatra lloraron por las vidas que dejaron atrás, y Gengis Kan se sentía tristemente satisfecho con su final. Y esas personas a las que nos encontramos —señala hacia atrás—, lo que la mayoría sintieron fue conmoción. Tuvieron problemas para procesar el hecho de que estaban muertos.

Me fascina poder conocer los pensamientos de las personas que han fallecido. Pienso en mi propia familia. Naturalmente, el dolor brota, como siempre. Pero es un extraño regalo escuchar que sus personalidades continúan, incluso después de la muerte.

—Entonces —empiezo—, mis hermanos y hermanas, mi madre, y mis sobrinos y sobrinas…

—Se sintieron confundidos por un instante, porque sus muertes llegaron sin previo aviso ni dolor. Después de eso, hubo paz.

Me reprimo para contener la repentina oleada de emoción.

—¿Cómo es lo de llevarse las almas? —pregunto, desviando el tema de mis seres queridos.

Death se queda en silencio y, durante varios momentos, lo único que oigo es el ruido de los cascos del caballo.

—Parpadeo y han pasado siglos —dice al fin—. El hombre al que

me he llevado hace solo un momento se ha descompuesto y ahora es polvo. Las calles del pueblo que acabo de visitar han alterado la ruta. La rueda del tiempo gira una y otra vez, más rápido de lo que logro entender.

—¿Sigues sintiendo lo mismo, incluso ahora? —pregunto.

Se produce otra larga pausa.

—No —concede—. El ser humano me ha hecho experimentar el tiempo de una forma muy diferente. —Tras otro instante, añade—: Solía odiarlo. Cada minuto me parecía una eternidad y lo único que rompía la monotonía de mi existencia era el ruido de los cascos de mi caballo. Pensé que acabaría volviéndome loco. Pero —su mano encuentra el borde de mi camisa y sus dedos me rozan la piel— las cosas cambiaron cuando te encontré. Ahora me siento absurdamente agradecido cuando el sol se toma su tiempo para ponerse o salir. He llegado a saborearlo igual que hago con tu piel, *kismet*. Cada minuto que pasa es uno más que paso contigo, y no me imagino que la vida pueda volver a ser como antes.

Se me cierra la garganta. Nadie me ha hablado nunca de esta forma, como si el mundo solo girara porque yo estoy en él, y me deja sin aliento. Apenas logro asimilar que Death se sienta así y que me afecte. Sería mucho más fácil si Tánatos no fuera también responsable de todo mi dolor.

Aprieto los labios y, aunque mis pensamientos discurren a toda velocidad, no digo nada y viajamos sumidos en un silencio incierto.

LIX



Septiembre, año 27 de los jinetes
Interestatal 10, sudeste de California

Acabamos encontrando agua poco después de entrar en California. El corazón se me desboca cuando me doy cuenta de que casi hemos llegado al límite occidental de los Estados Unidos. Estoy más lejos de casa de lo que jamás imaginé que llegaría, y estoy mucho más cerca de volver a ver a mi hijo.

También falta mucho menos para el fin del mundo y hay muchas, muchas personas viviendo en esta zona del país. Me he pasado el tiempo resentida con las grandes franjas de tierra estéril por las que cruzábamos, y nunca me he tomado ni un solo momento para deleitarme con el hecho de que, en ese momento, no había nadie a quien Death pudiera matar.

No se puede decir lo mismo de la costa oeste.

—¿Qué pasaría si simplemente dejaras vivir a la gente? —pregunto en voz baja.

Es una vieja duda, pero una que vale la pena volver a formular.

—No puedo —responde Tánatos, y en su voz detecto verdadero remordimiento—. Tú tienes tus instintos y yo tengo los míos. —Al cabo de un instante, añade—: Es el mismo impulso contra el que lucha Famine, incluso ahora.

La idea me pone la piel de gallina. Ben está bajo su cuidado. Pensar que esa necesidad de matar y destruir aún persiste en su interior…

Se me entrecorta la respiración.

—¿Es Famine el único que se siente así? —pregunto, aferrándome a la esperanza de que los otros hermanos moderen los… instintos del Segador.

—War y Pestilence son diferentes —explica Tánatos—. Se deshicieron de sus impulsos junto con su inmortalidad. Pero Famine… sigue siendo inmortal.

—¿Y por qué lo sigue siendo? —quiero saber.

He escuchado suficientes retazos de la historia para saber que pretendía renunciar a su propósito y a su inmortalidad. Y ha demostrado que quiere detener a Death tanto como sus otros dos hermanos.

—Mi hermano intentó dejar de lado su tarea por sus propias razones personales —explica Tánatos con gravedad—. No tenía nada que ver con la humanidad, a la que todavía quiere ver arder.

Pero ¿de verdad quiere? He sido testigo de que Famine alberga suficiente ira y resentimiento como para creer a Tánatos, pero también he visto la mirada vulnerable que le dedicó a mi hijo y sé que hay más detrás de ese jinete lleno de espinas. Y me parece que Death también es consciente.

Frunzo el ceño.

—Pero si el Segador creyó que valía la pena renunciar a su mortalidad por una única humana, ¿eso no debería contar también?

Dice mucho sobre el poder del amor. ¿Es egoísta *elegirlo* por encima de la destrucción?

Death no responde, pero no creo que sea porque se lo esté replanteando.

Cabalgamos el resto del día en silencio.

LX



Esa noche, me despierto con un único pensamiento. La revelación más obvia y estúpida de la historia, aunque he estado demasiado ciega para verlo.

Esto no va a terminar.

Oigo mi suave respiración y siento la cálida presión del jinete detrás de mí. Todavía no se ha dado cuenta de que estoy despierta. A nuestro alrededor, distingo los huesos de los muertos que nos siguen. Por suerte, Shane no es uno de ellos. A pesar de la promesa previa que le hicimos Death y yo, abandonamos su cadáver para que se pudriera en el desierto.

Las cosas con el jinete no van a terminar. No si quiero que renuncie a su propósito. Porque el tema es que, si lo convenzo para que deje atrás toda esta muerte, no solo se alejará de su tarea, sino que me elegirá *a mí* en su lugar.

Mi trato con el jinete no *termina* solo con esa elección. He sido muy estúpida al creer lo contrario. Si esto funciona como sus hermanos esperan, como *yo* espero, entonces pasaré el resto de mi vida con Tánatos.

Me quedo sin aliento al pensar en ello. Debería sentir terror ante semejante posibilidad o, como mínimo, el peso aplastante de la realidad. En cambio, una sensación cálida se extiende por todo mi ser. No… No había previsto una vida así.

Si, por supuesto, Death me elige a mí en lugar de a su tarea.

Y ese es un «si» gigantesco.

La humanidad está muy cerca de la aniquilación y no parece importar lo que yo haga: puedo matar a Death una y otra vez,

puedo hacerle el amor, pero hasta ahora, ninguna de esas dos cosas ha sido suficiente. Me aterroriza que incluso cuando tenga a Ben de nuevo en brazos, la preciosa y aterradora humanidad sucumba de todos modos.

Y tengo otro pensamiento igual de aterrador que hasta la fecha no había considerado: llevar a Death hasta la puerta de sus hermanos significa exponer a sus esposas e hijos a Tánatos. Y luego está el hecho de que los jinetes vienen a por mí y a por Death. Me dieron un límite de tiempo. Si nos encuentran antes de que haya convencido a Tánatos de que abandone su tarea…

Estamos todos jodidos.

Mi pánico aumenta. Empiezo a calcular el tiempo que podría quedarnos hasta nuestro posible encuentro con los otros jinetes. Solo sirve para asustarme. Hemos avanzado despacio y nos hemos demorado días en las paradas que hemos hecho para descansar.

Seguro que, a estas alturas, los hermanos de Death habrán abandonado a Ben, puede que hace ya mucho tiempo. No sé cuánto nos queda antes de que nos alcancen.

¿Por qué no he caído antes en la cuenta?

«No habría importado. El tiempo habría pasado de todos modos», dice una vocecilla en mi cabeza.

Respiro hondo varias veces para calmar los latidos acelerados de mi corazón. Todavía queda margen para conseguir que Tánatos cambie de opinión. Solo tiene que elegirme a mí en lugar de a su tarea.

Tiene que elegirme *a mí*.

Se me entrecorta la respiración.

A mi espalda, el jinete me pasa la mano por el pelo y me lo acaricia.

—Te tengo, Lazarus. Solo es un sueño. Pasará —dice, sin darse cuenta de que estoy despierta.

Tengo que morderme el labio. Aquí está, calmándome de una pesadilla en mitad de la noche. Y suena como si ya lo hubiera hecho antes, como si no fuera la primera vez que me susurra cosas dulces cuando estoy inquieta.

Me alegro de que no pueda verme. Este hombre que se queda

despierto a mi lado durante horas solo para estar cerca. Este hombre contra el que he luchado y al que he matado muchas veces y que me ha hecho daño a su vez. Este hombre que, a pesar de todo, me ha elegido una y otra vez.

No hay nadie como nosotros.

Incluso ahora, cuando pienso en él, siento cierta ligereza dentro de mí. He aceptado cabalgar con el jinete y dormir con él. Pero nunca me he dado permiso para quererlo.

He tenido mucho miedo de lo que significaría entregarle mi corazón si incluso así decidiera matarnos a todos al final. Pero lo cierto es que no pierdo nada si cedo de verdad a la esperanza de que el mundo no alcance su fin.

Así que, mientras me hallo en el desierto, con nuestro séquito de no muertos esparcido a nuestro alrededor, dejo caer ese último muro alrededor de mi corazón.

El sexo con Tánatos es un baile lento.

—Más rápido —le susurro.

Death me sonríe y los músculos de su pecho ondulan mientras se mueve.

—Creo que no —dice mientras se desliza fuera de mí—. Me gusta este ritmo. —Se introduce de nuevo provocando que entreabra los labios y arquee la espalda—. Y me gusta *especialmente* la forma en que me miras cuando te follo a este ritmo.

Prolonga esos movimientos lentos durante un tiempo agonizantemente largo y, justo cuando creo que va a acelerar, se queda quieto.

—Cuéntame un chiste —me pide en voz baja.

—¿Un chiste? —repito sin aliento—. ¿*Ahora* mismo?

—Anhelo tu risa.

Así… no es como funciona esto.

Le lanzo una mirada desquiciada.

—La gente no cuenta chistes cuando está —*haciendo el amor*— haciéndolo.

—Estupendo. Me encanta romper con la tradición —replica

Death, con una embestida que me arranca un gemido.

Él sigue mirándome y, menuda puta mierda, de verdad está esperando un chiste.

—Mmm…

Intento no pensar en la enorme polla que tengo dentro de mí. Me viene a la mente un viejo chiste que me contaba mi hermana Juniper cuando éramos niñas.

No me puedo creer que esté haciendo esto.

—¿Qué debería hacer un pájaro enfermo?

Tánatos frunce el ceño.

—No entiendo…

—Tomar antipióticos.

Me mira fijamente y no hay nada en su expresión. Ni la más mínima chispa de comprensión.

Y yo sigo teniendo un pene gigante e inmóvil en mi interior.

—Ya sabes —digo, dispuesta a ayudarlo a entender—, porque los pájaros pían…

—No es posible que eso sea un chiste —protesta Death con incredulidad.

—Contigo se desperdicia el humor —respondo, moviéndome un poco porque todavía lo tengo dentro y se supone que deberíamos estar follando, no debatiendo la calidad de un chiste que me ha pedido que improvisara en semejante situación.

—No me hace falta ser de este mundo para saber que ha sido un chiste *malísimo* —insiste.

A ver, si me lo hubiera pedido en otro momento, puede que se me hubiera ocurrido mejor material.

Levanto los brazos en un gesto de «¿qué puedo decir?».

—No soy humorista.

—Sí, Lazarus, lo has dejado muy claro.

Cojo un puñado de tierra y se lo lanzo, sin importarme que gran parte de ella también caiga sobre mí. Tánatos suelta una risa estruendosa que transforma su rostro normalmente sombrío. Mientras lo miro, siento que me estoy cayendo.

Él nota el cambio que se produce en mí, porque la risa muere en su expresión.

—¿Qué pasa, *kismet*?

Niego con la cabeza.

—Me encanta la forma en que te ríes —digo con fervor.

Sigo cayendo…

Toda alegría ha abandonado los rasgos del jinete, pero en su lugar veo una intensidad abrasadora. En vez de responder, Death me besa con fuerza y empieza a mover las caderas una vez más. Embiste una y otra vez, acelera el ritmo y se entierra en mí hasta que me tiene jadeando contra él.

De nosotros dos, es posible que Tánatos empezara siendo el inexperto, pero no cabe duda de que se ha convertido en el maestro.

Ese es el último pensamiento que tengo antes de que un orgasmo me atraviese por sorpresa. Hundo los dedos en su espalda y me aferro a él mientras experimento ola tras ola de placer. Con un gemido, el jinete alcanza su propia liberación, sus caderas chocando contra mí una y otra vez.

Cuando ambos hemos quedado satisfechos, me acuna en sus brazos.

—Esta es la magia más potente que existe, *kismet* —dice, buceando en mi mirada—. Cuando estoy contigo, cuando estoy dentro de ti, estoy *vivo*.

Las fosas nasales se me dilatan y tengo que apretar los labios para evitar decirle algo dulce y dolorosamente sincero.

Tánatos repara en mi gesto.

—¿Qué sucede, Lazarus?

Niego con la cabeza. Anoche me di permiso para amar al jinete, pero eso no significa que esté lista para expresarle esos sentimientos, no cuando apenas empiezo a aceptarlos yo misma. En vez de eso, desvío la mirada hacia su pecho. Alargo la mano y trazo sus marcas brillantes.

—¿Qué dice aquí? —pregunto, desplazando el dedo sobre una línea de símbolos que se curva hacia abajo por su pecho y su abdomen.

Death me observa durante un largo instante; claramente

renuente a cambiar de tema. Debe de percibir lo cerca que está de conquistarme. Pero acaba desviando la atención hacia su pecho.

—Petav paka harav epradiva arawaav uvawa, tutipsiu epraip ratarfaraip uvawa. Uje vip sia revavip yayev uwa petawiev vivafawotu. Annu sia tuvittufawitiva orapov rewuvawa.

Me dan escalofríos cuando las palabras me atraviesan y siento el poder que contienen.

—Soy la muerte —traduce—, el fin de todos los comienzos, el principio de todos los finales. Soy quien puede tomar a los vivos y traer de vuelta a los muertos. El que puede resucitar almas.

Poso los ojos en su estómago y deslizo el dedo por el texto. Hay mucho más escrito sobre su piel.

—¿Alguna vez me dirás lo que significan el resto de tus tatuajes? —pregunto con suavidad.

Se produce una pausa larga y pesada mientras el jinete analiza mi expresión.

—Algún día —promete.

—¿Por qué esperar? —pregunto.

No sé cómo, pese a toda mi insistencia, todavía hay tanto que no sé sobre él.

Death me coge la mano y se la lleva a los labios.

—No es el momento.

—¿Cuándo lo será? —pregunto, mirando fijamente su boca.

—Lo cierto, Laz, es que no estoy seguro —responde, soltándome la mano—. Pero lo sabré cuando llegue.

LXI



Después de desayunar y de prepararme para subirme al caballo de Tánatos, las palabras del jinete resuenan en mi cabeza.

«Soy quien puede tomar a los vivos y traer de vuelta a los muertos. El que puede resucitar almas».

Me detengo en mitad de un paso.

«El que puede resucitar almas».

Tomo una profunda bocanada de aire.

Me concentro en Death, que está de pie al otro lado de su corcel, guardando agua para mí y una manta en una de las alforjas.

—¿Puedes resucitar a la gente? —pregunto, en voz baja.

—Lazarus, ya lo sabes —dice sin dejar ni siquiera de hacer lo que tiene entre manos.

—No —digo con cuidado, con la piel de gallina—, sé que puedes reanimar los restos de una persona, pero antes has dicho que puedes resucitar almas.

Eso llama la atención del jinete.

Hace una pausa en la tarea que lo ocupa. Al cabo de un momento, me mira a la cara. Su expresión es más fría e intransigente que nunca.

—Puedes —susurro, leyendo la verdad en sus rasgos.

No sé por qué, pero esa posibilidad me obstruye la garganta. Tal vez sea esperanza por las habilidades de Death o puede que se trate de resentimiento por habérmelo ocultado deliberadamente hasta ahora.

Si yo no hubiera captado el matiz, ¿me lo habría confesado en algún momento?

Ser capaz de resucitar almas… Eso abre un mundo entero de posibilidades. Quizá no tenga que conformarme solo con que Tánatos abandone su tarea. Tal vez también pueda deshacer el daño que él y sus hermanos han causado.

Todas esas personas que han fallecido…

Podría recuperar a mi familia. Al completo. A mi madre, mis hermanos, mis hermanas, sus cónyuges e hijos. Incluso a mis padres biológicos, que me fueron arrebatados cuando Pestilence llegó por primera vez; quizá ellos también podrían volver…

Me acerco a él desesperada, muy desesperada. Por supuesto, por eso Tánatos nunca ha hablado del tema. Le cojo la mano y la sostengo contra mi pecho.

—El día que te conocí, acababas de arrebatarme a una docena de miembros de mi familia —digo sin aliento.

Me imagino lo febril que debe de ser mi expresión.

Death me lanza una mirada cautelosa.

—Y quieres que te los traiga a todos de vuelta —dice.

Sí.

Pero ya está negando con la cabeza.

—Lazarus, no sabes lo que estás pidiendo.

—Me has hecho una demostración de todos tus otros poderes —le aprieto la mano—, muéstrame este.

—Es un poder condenable e impío. —Death alza la voz y aparta la mano de la mía.

—¿Y tus otros poderes no lo son? —lo desafío.

Lo he visto matar ciudades enteras, derrumbar edificios, hacer crecer las plantas, cambiar el tiempo y resucitar a los muertos.

—*No*.

—Te equivocas —replico con fervor—. Este, este poder, es un milagro.

Se le tensa un músculo de la mandíbula.

—¿Crees que entiendes mis poderes mejor que yo? —pregunta con vehemencia—. ¿Crees que mi propósito me tiene tan cegado que no puedo ver la verdad tal como es? —Se le dilatan las fosas nasales—. Existe una razón por la que la vida comienza con el nacimiento y no con la resurrección. Esto no es un milagro —jura.

No le creo. Y *sí* que me parece que está cegado por su propósito.

—Por favor —le pido.

Pero es inútil. Un hombre que no perdona ni a una sola ciudad, está claro que no se dignará a traer a nadie de vuelta de entre los muertos.

Siento que mi esperanza se hace añicos, pero no voy a dejarlo pasar. Ni hablar.

El jinete me mira fijamente durante un largo instante.

—De acuerdo —gruñe.

Abro la boca, lista para discutir…

¿«De acuerdo»? ¿Significa eso que lo va a hacer?

—¿En serio? —Las palabras me salen en un susurro ronco.

Death parece más indignado que nunca. Indignado pero resuelto.

—Voy a mostrarte la inutilidad de lo que pides —sentencia en tono sombrío.

Cierro la boca. El pulso me late tan rápido que me siento vagamente mareada.

Va a hacerlo.

—¿A quién quieres que reviva? —me exige, con el mismo brillo iracundo en los ojos.

Abro la boca mientras nos sostenemos la mirada. Podría elegir a muchas personas. A mis amigos, mis vecinos, mis padres biológicos, mis hermanos.

Pero, al final, elijo a la persona que me salvó. Ahora me toca a mí salvarla a ella.

—A Jill Gaumond, mi madre.

LXII



Death flexiona un músculo de la mandíbula, gira sobre los talones y se aleja de mí; los arbustos muertos crujen bajo sus botas. Me quedo mirándolo y preguntándome si, después de todo, no está dispuesto a hacerlo.

—¿Vienes o no? —me grita por encima del hombro.

Uy.

Lo sigo, sintiéndome cada vez más incómoda con cada paso que doy. Aquí fuera no hay nada, solo kilómetros y kilómetros de maleza desértica y colinas solitarias. Miro a mi alrededor, pero todo permanece como siempre.

Tánatos se detiene y extiende una mano hacia el suelo. Todavía parece cabreado, y esa imagen me pone nerviosa. Me acerco a él, sin estar segura de lo que está a punto de suceder.

Pero entonces lo siento.

Un hormigueo me recorre el cuerpo cuando se levanta una brisa fresca que hace susurrar los arbustos cercanos. A nuestros pies, el suelo empieza a levantarse creando un montículo de tamaño humano. La tierra se desprende del montículo y se me pone la piel de gallina en los brazos cuando el cuerpo toma forma de la tierra misma. Caderas, piernas, hombros, pechos, dedos de las manos y de los pies y una cara.

Una *cara*.

Apenas tengo tiempo de preocuparme por el hecho de que la mujer esté desnuda antes de caer de rodillas a su lado, con un sollozo escapando de mis labios. Soy incapaz de apartar la mirada de

ese rostro, el de mi madre. Uno que estaba segura de que nunca volvería a ver.

Durante un segundo, ella yace ahí, inmóvil.

Death me mira, con los labios apretados en una expresión sombría.

Y entonces…

El pecho de mi madre se eleva cuando respira profundamente y abre los ojos de golpe.

—*Mamá*. —Se me quiebra la voz y la ayudo a sentarse. En el proceso, los últimos restos de tierra resbalan por su cuerpo.

Quizá debería concederle un segundo, pero el mero hecho de verla parpadear y moverse —de verla *viva*—, me impide evitar lo único que he querido hacer desde que la perdí.

La abrazo con fuerza.

—Te quiero —susurro. Apenas logro pronunciar esas dos palabras antes de echarme a llorar—. Me he sentido muy perdida sin ti.

Muy, muy perdida. La fuerza que me ha estado sosteniendo durante tanto tiempo se derrumba; solo queda una niña que necesita a su madre.

Siento la presión ligera, casi confusa, de sus dedos contra mi brazo. Luego, al oído, mi madre suelta un lamento. El sonido me eriza el vello de la nuca y termina en un gemido.

—¿Qu… qué es esto? —susurra.

Me aparto a tiempo para verla examinarse los brazos y las manos con miedo en los ojos.

Un sonido agudo se abre camino por su garganta.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué estoy aquí?

Se agarra mechones de pelo y tira de ellos, como si estuviera pensando en arrancárselos.

—Mamá —la llamo, mirando frenéticamente a Death, pero él está de pie, rígido, a un lado—. *Mamá* —repito. Le agarro las manos y se las aprieto con fuerza—. Soy yo, tu hija. —Me giro hacia Tánatos para decirle—: ¿Puedes traerle una manta?

Sin responder, él gira sobre los talones y se acerca a su caballo.

Los ojos asustados y salvajes de mi madre se centran en mí.

Contiene la respiración.

—*Lazarus*.

Aprieto los labios para contener otro sollozo y asiento mientras las lágrimas resbalan por mi rostro.

—¿Qué está pasando…?

Sus palabras se apagan con otro gemido y los ojos se le desenfocan. Los cierra con fuerza y sacude la cabeza mientras empieza a balancearse hacia delante y hacia atrás.

—Mamá… mamá. —Intento no entrar en pánico, pero siento que mi ansiedad aumenta. Parece muy angustiada—. No pasa nada, estoy aquí. —Prácticamente me ahogo con las palabras. Pero me obligo a ser fuerte de nuevo.

Detrás de mí, oigo los arbustos resecos crujiendo bajo las botas de Death mientras se dirige hacia nosotras. Sin pronunciar palabra, se acerca a mi lado y me entrega una manta.

—Gracias —murmuro, sacudiéndola y envolviendo a mi madre con ella.

Mi madre no parece darse cuenta. Sigue balanceándose hacia delante y hacia atrás, con una mirada distante y atormentada. Mientras la observo, se lleva una mano a la cara y comienza a sollozar.

Se me parte el corazón al ser testigo de esa imagen. Me siento impotente y aterrorizada.

Busco a Death por encima del hombro.

—¿Por qué se comporta así? —pregunto, en un tono agudo y repleto de pánico.

—Ya te lo he explicado —responde el jinete, con la mandíbula tensa y una mirada dura—. Tu madre no pertenece a este mundo. Ella lo sabe, yo lo sé. Eres la única incapaz de aceptar que los muertos no quieren volver a la vida.

Esas palabras me sientan como un golpe físico.

Me doy la vuelta hacia mi madre y le apoyo una mano en la espalda.

—Mamá. Mamá —digo—. Estás viva.

—*No* —gime de nuevo, sacudiendo la cabeza y cerrando los ojos como si pudiera ignorar la verdad.

La miro, horrorizada, y algo enfermizo me revuelve el estómago.

—Death te ha traído de vuelta. Te quitó la vida injustamente —digo.

Ella se empieza a reír, y creo que se ha vuelto loca de remate, pero luego abre los ojos y los fija en mí.

—Lazarus Gaumond, mi querida hija, la culpa de esto es tuya.

Durante un segundo, no reacciono a sus palabras. Sencillamente, no puedo. Vuelvo a ser esa niña perdida y confundida con el corazón roto.

—Ahora escúchame —dice, y suena igual que antes.

Me duele el pecho, me duele muchísimo, porque esta es mi madre, no la criatura llorona a la que estaba sosteniendo en brazos, sino la mujer vivaz que no se deja engañar. Y está claro que esta situación se ha ido al traste, pero ayer habría dado cualquier cosa por escucharla regañándome.

Y lo conseguí.

—Tienes que deshacer lo que quiera que hayas hecho para traerme aquí. —Sus ojos aterrizan en Death—. Tienes que deshacerlo —le repite.

Él permanece inmóvil.

Mi madre se da la vuelta hacia mí, temblando como si estuviera en estado de *shock*.

—No quiero estar aquí, Laz. Viví, amé y morí —dice con delicadeza—. Y tú no puedes cambiar las reglas.

Inspiro hondo y mis lágrimas, que en realidad nunca se han detenido, brotan ahora más rápido.

Ella alarga la mano sin importarle que la manta se le haya resbalado por los hombros, dejándola a la intemperie una vez más. Me acuna el rostro.

—Te quiero, Lazarus. Eres fuerte y valiente, y sé que has soportado mucho más de lo que se te debería pedir. Estoy orgullosa de ti. Pero tienes que dejarme ir, pequeña.

—Mamá —protesto.

—Mi tiempo llegó y pasó. Deja que me vaya, mi dulce niña.

Empiezo a sollozar, me tiembla todo el cuerpo. Mi madre me atrae hacia ella para abrazarme y siento sus estremecimientos.

—Déjame ir —me murmura una y otra vez, acariciándome el pelo

—. Déjame ir.

Y me encuentro sollozando en sus brazos y esto es todo lo que obtengo, y sé que es más de lo que cualquier otra persona tiene, pero aun así me siento estafada.

De mala gana, empiezo a asentir.

—De acuerdo, mamá —susurro, con la voz ronca.

Ella me suelta, y yo me levanto y retrocedo. Me muerdo los carillos y me obligo a dejar de llorar, aunque las lágrimas siguen acumulándoseme en los ojos.

Le echo un vistazo a Death. Él me devuelve la mirada con estoicismo.

Bajo la vista al suelo en señal de derrota y asiento.

Siento que la mirada del jinete se suaviza antes de girarse hacia mi madre. No dice nada, pero veo el momento en que su poder hace efecto.

Durante un instante, un destello de alivio asoma a los ojos de mi madre, y luego relaja la expresión cuando Death la libera. Su cuerpo se desintegra ante mis ojos, la piel, los músculos y los huesos se convierten en tierra una vez más. Se levanta una ráfaga de viento que se lo lleva todo hasta que no queda ni rastro de la mujer que estaba aquí hace un momento.

Me dejo caer de culo con pesadez. Siento que todo esto ha sido una especie de sueño horrible, pero sé que ha sucedido. Sé que Death ha invocado a mi madre porque yo se lo he pedido y que la ha liberado exactamente por el mismo motivo.

Me aprieto los ojos con las palmas de las manos y, de repente, unos horribles y desdichados sollozos escapan de mis labios. Estoy llorando violentamente, todo el cuerpo me tiembla por el esfuerzo.

No pude llorar la muerte de mi madre, no de verdad. Me lancé a darle caza al jinete y eso me dejó muy poco espacio para el luto. La única vez que me afligí fue durante las horas tranquilas de viaje, pero, incluso entonces, el dolor quedaba en segundo plano ante mi propósito: encontrar y detener a Death.

Ahora me veo obligada a revivir la muerte de mi madre y la herida de su pérdida me hiere más profundamente que la primera vez.

Tánatos se acerca y se arrodilla a mi lado. Me rodea con los brazos y me abraza con fuerza, como lo hizo la noche en que Ben se estaba muriendo. Entonces fue reconfortante, pero ahora es como una burla. Él es quien se lleva a todos mis seres queridos. No quiero su consuelo, quiero que pare.

Le doy un empujón.

—No me toques —le espeto.

El jinete frunce el ceño, pero esa ira que le hervía bajo la piel ha desaparecido. Da la sensación de que es él quien lleva una carga pesada.

—Veo tu dolor —dice—, lo escucho y no me gusta. Me agita.

Lo ignoro, con la cabeza inclinada mientras lloro.

Al cabo de un momento, Death se pone de pie.

—Traer a los muertos de vuelta, verdaderamente de vuelta, es una maldición, Lazarus. Sé que estás de duelo, pero es en vano. Tu madre está en un lugar mejor.

Hago una pausa para mirarlo.

—¿Mi dolor es en *vano*? —susurro.

Me ha quitado a mi familia y ahora piensa que lo único que me queda, mi dolor, también debería desaparecer.

Me río de él, pero estoy cabreadísima.

—¿Cómo te atreves a decir eso? Ni siquiera *sabes* lo que es la pérdida —digo con vehemencia, poniéndome de pie—. Nunca has amado a nadie lo suficiente como para preocuparte por su marcha.

—Lazarus —dice, con expresión feroz—, nada se marcha, en realidad. Se transforma, pero la transmutación no supone una auténtica pérdida o desaparición. Eras tú antes de tener un cuerpo, y seguirás siendo tú cuando ya no lo tengas. Una oruga puede convertirse en una mariposa y un humano puede convertirse en un espíritu, pero su esencia sigue siendo la misma. Solo se ha *transformado*. —Escudriña mi rostro antes de continuar—. Lazarus, si pudieras ver la vida como yo la veo, sabrías que todo va bien, que todo va a ir bien. Que la muerte es el fin del sufrimiento.

—La vida es mucho más que sufrimiento —prácticamente le grito —. ¿Por qué crees que todos nos aferramos a ella con tanta desesperación?

Sus ojos relucen.

—Porque no conocéis otra cosa.

Niego con la cabeza.

—Te equivocas —digo.

Pero ¿qué sabré yo? Nunca he estado muerta. Mi madre parecía preferirlo. Puede que él tenga razón. Tal vez haya estado luchando por el bando equivocado todo este tiempo.

Esa es la posibilidad más escalofriante de todas.

LXIII



SEPTIEMBRE, AÑO 27 DE LOS JINETES
Los Ángeles, California

Es una mañana dura. Siento que tengo un sollozo atascado en la garganta y estoy cabreada con Tánatos, pero en realidad no es con él con quien estoy enfadada.

Creía que había descifrado el secreto de la vida. Durante un breve instante, incluso me había planteado que a lo mejor podría hacer más que simplemente detener el apocalipsis: podría repararlo. Pero es evidente que no existe forma de revertir el daño que han causado los jinetes. Así que, en vez de eso, permanezco sentada en la silla, con el corazón apesadumbrado.

Death me sostiene bien cerca de él y, de vez en cuando, me roza la sien con los labios. Creo que presiente lo cerca que estoy de romperme.

Poco a poco, entramos en la zona este de Los Ángeles, una ciudad satélite en sus tiempos. Lo primero que me llama la atención son las montañas de electrodomésticos y vehículos oxidados abandonados en este paisaje completamente seco. Recorro con la mirada todas las cosas que dejaron de serles útiles a la gente cuando dejaron de funcionar. De vez en cuando, veo un cuerpo o dos entre los escombros y me queda claro que Death ya ha ejercido sus letales poderes.

Pasamos por centros comerciales abandonados y barrios castigados por el sol, a los edificios les faltan ventanas, puertas,

tejas y cualquier otra cosa que se pueda reutilizar. El paisaje natural que rodea los edificios murió hace mucho tiempo; lo único que queda son las cáscaras de los árboles y los arbustos.

El panorama me deja sin aliento.

No sé mucho sobre esta parte del mundo, pero he oído historias sobre una época en la que este lugar era la sede del *glamour*.

Me cuesta creerlo.

Tal vez sea que el tiempo y el apocalipsis han erosionado la belleza que alguna vez hubo aquí, porque lo único que veo son pasos elevados derrumbados, edificios tapiados y montañas de escombros.

Y cadáveres.

Cuanto más nos adentramos en Los Ángeles, más veo, tirados en la carretera y en la acera, con sus pertenencias esparcidas a su alrededor. Incluso veo a uno descansando en su balcón, con la cabeza apoyada en el hombro como si simplemente se hubiera quedado dormido.

El dolor en mi pecho aumenta, el que me hace sentir que toda esta lucha contra el jinete es inútil.

«Dime algo que haga que todo esto valga la pena». Casi formulo la petición en voz alta, pero ¿qué sentido tendría? Ninguna respuesta que vaya a darme Tánatos me hará sentir mejor, y ningún argumento que yo presente lo convencerá de lo contrario.

Así que cierro el pico y seguimos cabalgando.

Tardamos otro día en llegar al borde de los Estados Unidos, literalmente. Y de repente, ahí está el Pacífico, que resulta sobrecogedor. No tengo palabras para describirlo. He visto lagos, he visto ensenadas y ríos, pero nunca había visto el mar. Es como un segundo cielo, tan vasto y azul que parece tragarse el mundo entero.

Respiro hondo y olvido todas mis preocupaciones durante un instante.

Tánatos debe de notar mi reacción, porque se inclina en la silla

para poder verme la cara. Mientras yo contemplo el agua, él me contempla a mí.

—¿Qué es lo que veo en tu rostro? —pregunta.

—Asombro —murmuro—. Nunca había visto el océano.

Es casi gracioso, considerando cuántos miles de kilómetros he viajado.

Death guarda silencio, aunque un momento después, detiene a su caballo.

Le lanzo una mirada distraída.

—¿Qué haces? —pregunto.

Pero él ya está desmontando. Apenas ha tocado el suelo con los pies cuando me agarra por la cintura y tira de mí para desmontar.

Le frunzo el ceño y junto las cejas en señal de confusión.

—Quiero que lo veas mejor —explica.

Despliega las alas y, tomándome en brazos, Death se eleva en el aire.

El viento me azota el pelo y me arranca lágrimas de los ojos, pero cuanto más alto subimos, más inunda mi visión el océano azul, hasta que es lo único que alcanzo a ver.

Tánatos acerca los labios a mi oído.

—Quiero quedarme aquí, Lazarus, solo un ratito.

Asumo que se refiere a estar en el aire, pero menos de diez minutos después, descendemos de nuevo.

Debajo de nosotros veo una franja de playa salpicada de casas. Nos acercamos cada vez más a ella y sobrevolamos las viviendas, con los tejados brillando a nuestros pies. El jinete desciende hasta el patio delantero de una de las casas de la playa.

Me deshago del abrazo de Death y contemplo la majestuosa morada. Una radiante buganvilla en flor trepa por la fachada. En lo alto del tejado se erige una veleta y una fuente de piedra adorna uno de los muros del edificio. Este tipo de casas nunca dejarán de sorprenderme, que alguien pueda permitirse vivir así en una época en la que la mayoría de la gente a duras penas se gana la vida. Mientras la observo, oigo la llamada del océano; el rugido de las olas al estrellarse contra la arena.

Me doy la vuelta para mirar a Tánatos.

—¿Por qué hemos aterrizado aquí? —pregunto.

—Necesitas descansar bien —dice, frunciendo un poco el ceño mientras me examina.

No sé qué ve. No me siento agotada por el viaje. Pero puede que no esté reaccionando tanto a mi estado físico como a mi estado emocional. Desde que vi a mi madre, cargo conmigo cierto tipo de tristeza pesada.

—Estoy bien —insisto.

Tánatos se acerca, mientras la moribunda luz del sol juega con sus rasgos.

—Déjame ser humano contigo durante unos días, ¿o ya has renunciado a convencerme de que vale la pena salvaros?

Se me entrecorta la respiración y examino su mirada.

Había renunciado a convencerlo. Tal vez fueran los criminales con los que nos topamos, o quizá la experiencia con mi madre. Quizá fuera simplemente que, pese a todos mis esfuerzos, Death no estaba cambiando.

—No me mires así —dice, en voz baja.

—¿Cómo?

—Como si estuvieras de duelo. Como si yo fuera la razón.

Me toco un lado de la cara de forma ausente porque ignoraba que lo estuviera mirando así.

Dejo caer la mano. No sé qué quiere que haga. *He estado* de duelo y él es la razón. Ambos lo sabemos. Puede que me importe, puede que incluso, que incluso… lo *ame*, pero eso da igual. Se puede querer algo y saber que es malo para ti.

—Te enfrentaste a mí durante meses —dice el jinete, acercándose.

Me acaricia la mejilla con los nudillos.

—Estoy cansada de luchar —respondo.

—No te estoy pidiendo que lo hagas, solo que no me abandones.

—¿No sería más fácil? —pregunto. Esta podría ser la primera vez que nos hemos expuesto tanto—. No tendrías que lidiar con mi agonía por cada ciudad perdida y no te haría dudar de ti mismo.

—Si te hace perder esa luz en los ojos, entonces *no*, no valdría la pena. Nunca valdría la pena.

Tánatos parece dividido; sus deseos humanos le llevan la contraria a su naturaleza. Y, ahora mismo, parece que son sus anhelos humanos los que van ganando.

A pesar de todo, siento un leve soplo de esperanza.

Quizá no todo esté perdido.

Le dedico un leve asentimiento.

—De acuerdo —digo en voz baja—. Quedémonos aquí, solo un ratito.

Cuando Death sonríe, el mundo entero podría derrumbarse a nuestro alrededor y yo no me daría ni cuenta, porque esa sonrisa me hechiza.

—Solo un ratito —acepta, y sella la promesa con un beso.

LXIV



Octubre, año 27 de los jinetes
Los Ángeles, California

El interior de la casa es incluso más grandioso que el exterior. Todo está revestido de blancos, cremas y suaves tonos neutros que yo nunca, jamás, podría mantener ni limpios ni bonitos.

La parte de atrás es básicamente un ventanal y, gracias a ello, puedo ver dónde reside la verdadera magnificencia de esta casa. El patio trasero es enorme y está delimitado por una barandilla baja de piedra. Un sendero desciende por el césped en pendiente, cuyo final da paso a la arena dorada. Más allá se encuentra el Pacífico.

Siguiendo un impulso, le cojo la mano a Death y me dirijo hacia las puertas traseras. Él me permite arrastrarlo fuera. No me detengo en el espacioso patio, aunque una parte de mí quiere hacerlo. Casi alcanzo a ver las fastuosas cenas que pudieron celebrarse aquí en el pasado, bajo las estrellas titilantes, con el olor del océano espesando el aire. Si cierro los ojos, me imagino ese mundo, lleno de vestidos brillantes, bebidas burbujeantes y música suave de fondo.

Nunca volverá a suceder, al menos no aquí y no en un futuro cercano.

Salgo del patio tirando de Tánatos y bajo por el sendero en pendiente hacia la playa. La luz del día ya está dando paso a la noche, y el cielo presenta un tono violeta pálido. La forma en que el sol se refleja en el agua hace que parezca metálica.

—¿A dónde me llevas? —pregunta al final el jinete, con una

sonrisa en la voz.

No me hace falta ver su expresión para saber que se siente inmensamente complacido de ser el que se deja llevar. Supongo que se ha cansado de interpretar el papel opuesto.

—Al océano —respondo.

Creía que era evidente.

—Lazarus, acabamos de verlo. No me hace falta verlo otra vez.

Lo miro por encima del hombro.

—Pero ¿has nadado en él?

Vacila, y ya sé su respuesta.

—Yo tampoco —admito—. Pero quiero hacerlo y… quiero que me acompañes.

Tánatos me lanza una mirada penetrante que me acelera el corazón.

El camino termina y los pies se me hunden en la arena.

Le suelto la mano al jinete para poder quitarme las botas.

Death se cierne sobre mí.

—¿Qué estás haciendo, Laz?

—Me preparo para meterme. —Observo su armadura—. Será mejor que te la quites. De lo contrario, te hundirás como una piedra.

Casi me estremezco al pensar en Death atrapado en el fondo del océano, despertando solo para ahogarse una y otra vez.

Se toca el peto, ya no parece tan emocionado de que lo haya arrastrado hasta aquí después de todo.

—¿No sabes nadar? —pregunto.

—Por supuesto que sí —responde Tánatos, ofendido.

—Entonces, ¿por qué dudas? —lo provoco—. Creía que te gustaba mojarte —digo, con una insinuación espesa en la voz.

Él no la pasa por alto. El jinete entorna los párpados y, ahora sí, tira de las correas de su coraza y las suelta una por una.

Sin dejar de mirarlo, me desabrocho los pantalones y me los quito.

Si antes Death se sentía inseguro acerca de meterse en el agua, ya no lo está.

Me quito la camiseta y la tiro a un lado. Lo último que me quito

son el sujetador y las bragas. Tánatos todavía se está deshaciendo de la armadura, pero no espero a que termine.

Con una risa temeraria, corro por la playa, con la arena mojada colándoseme entre los dedos de los pies. Siseo cuando el agua fría me lame los tobillos, pero no dejo de correr, salpicando agua salada a medida que avanzo. Cuando me he adentrado lo suficiente, me zambullo en una ola.

Por un instante, estar completamente sumergida supone un choque para mi cuerpo. El mar está tan frío que duele. Puede que por eso me haga sentir tan viva. Salgo a la superficie y me aliso el pelo hacia atrás.

—Hostia.

La maldición me impulsa a girarme hacia la orilla.

Death avanza a grandes zancadas por el agua salada con una mueca.

A pesar de su estado de ánimo, es un espectáculo para la vista. Recorro con la mirada los músculos duros de sus hombros y sus brazos antes de bajar por su pecho, que se estrecha a medida que desciendo. Sus tatuajes quedan a la vista y su brillo se refleja en la superficie del agua.

—Creía que el calor y el frío no te afectaban —digo.

A mí ya me castañetean los dientes, pero estoy tan emocionada por jugar con las olas y sentir la arena entre los dedos de los pies que no logro encontrar la fuerza para preocuparme.

—Esto molestaría incluso a los muertos —protesta Death con vehemencia.

Me río porque está siendo ridículo; lo más seguro es que ni siquiera sienta el frío.

Tánatos le frunce el ceño al agua.

—Es peor que el vino.

Eso solo me hace reír más fuerte, lo cual hace que el jinete arrastre la mirada hacia mis labios. Death avanza hacia mí. El agua se desliza más allá de su cintura y sus alas. La forma en que me mira… De no ser por la dulzura en sus ojos, diría que parece agonizante.

Tánatos me alcanza y me acuna las mejillas con las manos. Se

deleita observándome durante varios segundos.

—Te quiero —susurra.

A continuación, sus labios descienden sobre los míos.

Las manos me tiemblan cuando me aferro a sus brazos y me entran ganas de llorar y reír a la vez.

Él se aparta.

—Te quiero —repite, todavía acunándome la cara, buscando en mi mirada. Niego con la cabeza, no sé por qué. Esto es justo lo que quería oír—. Te quiero —insiste—. Te he estado esperando desde el momento en que me dieron forma, mucho antes de que respiraras. —Me coge la mano y me la aprieta contra su corazón—. Has estado aquí todo el tiempo, incluso cuando pensaba que no quería algo así, incluso cuando creía que el amor era una maldición y una debilidad. Desde que nos cruzamos por primera vez, nada ha vuelto a ser igual, Lazarus. Nada *volverá* a ser igual. Y te juro que te querré hasta el día de mi muerte.

Me rodea la cintura con un brazo, me acerca a él y elimina la poca distancia que queda entre nosotros. Muy por encima, el cielo se ha teñido de azul oscuro y han aparecido las primeras estrellas.

Ninguno de los dos habla mientras le envuelvo la cintura con las piernas y cruzo los tobillos a su espalda.

Él solo tarda un instante en alinear nuestros cuerpos e introducirse en mi interior. La sensación me hace gritar, pero Death ya se está retirando y volviendo a entrar. Enrosco los brazos alrededor de su cuello mientras él me embiste como si estuviera intentando llegar lo más profundo posible.

—Dios —gime—, la forma en que me envuelves, *kismet*. Podría vivir aquí, dentro de ti, para siempre.

Atrapo su boca y lo beso mientras una ola se estrella a nuestro alrededor y siento el sabor del agua salada en sus labios.

El jinete aparta la boca para dejarme un reguero de besos a lo largo de la mejilla. Me mordisquea el lóbulo de la oreja mientras se desliza dentro y fuera de mí.

Gimo, asombrada por millonésima vez por la brujería de este jinete.

Sus embestidas son profundas y pausadas, y sus glifos brillantes

le iluminan los ojos y les confieren un brillo adicional mientras me mira.

—Eres todo lo que creía que no podía tener —susurra.

Quiero esconderme de su confesión, pero solo porque esa lleva mucho tiempo siendo mi costumbre. En vez de eso, me abandono a esa sensación de ingravidez que me inunda.

Le toco la cara al jinete.

—Y tú eres todo lo que yo creía que no debía tener —respondo.

No podía, no debía… Nos hemos desafiado a nosotros mismos para estar juntos.

Las embestidas de Tánatos se vuelven más profundas y poderosas. Las olas nos acribillan, pero, atrapada en sus brazos, apenas las noto.

Él se inclina para besarme y su lengua acaricia la mía un breve instante antes de retirarse.

Death interrumpe el beso, con la mano ahuecada contra mi mejilla y su rostro a centímetros del mío.

—Cómo disfruto saboreándote, *kismet*. —Sigue introduciéndose en mi interior, y sus ojos se derriten ante lo que sea que ve en mi expresión—. Y esa mirada… esa mirada me asegura que te tengo tan atrapada como tú a mí.

El jinete desplaza las manos hacia mis caderas y se mece dentro y fuera de mí, una y otra vez, hasta que aprieto las piernas con fuerza alrededor de su cintura. Cuando se ha introducido tan hondo como le es posible, detiene sus movimientos y nos quedamos en esa posición.

—*Tánatos* —jadeo.

Él sonríe.

—Pero puede que esto sea lo que más disfruto: cuando estás tan prieta a mi alrededor que no estoy muy seguro de dónde termino yo y dónde empiezas tú. Me encanta demasiado para mi propio bien.

Enredo las manos en su pelo.

—Creo que también te gusta torturarme.

Death sonríe de nuevo.

—Solo un poco.

Tras esa declaración, empieza a moverse de nuevo,

embistiéndome cada vez más fuerte hasta que el agua crea espuma a nuestro alrededor.

Desliza la mano hasta mi clítoris y comienza a acariciármelo, y ay, Dios mío, ha dejado de jugar limpio.

Le agarro la muñeca para intentar apartarlo.

—Es demasiado —jadeo.

—Puedes con ello —insiste Death.

Sigue jugando con mi clítoris, deslizando la yema del dedo sobre él una y otra vez mientras se mueve dentro de mí.

De verdad que es demasiado.

Gimo, perdida en las sensaciones. Con la otra mano, tiro del pelo de Tánatos, que gruñe al sentirlo.

El jinete baja la cabeza y apoya los labios sobre uno de mis pechos. Me roza el pezón con los dientes y…

Estoy perdida.

Grito mientras estallo en un orgasmo casi violento. Se prolonga más y más, cada golpe de las caderas de Death lo alarga unos segundos. Cuando por fin acaba, el jinete no retira la mano de mi clítoris.

Vuelvo a agarrarlo de la muñeca y él se ríe.

—Creo que no, *kismet*. Aún no has terminado.

Lo miro como si le hubieran salido dos cabezas, o por lo menos lo intento. Pero me cuesta muchísimo cuando me está acariciando por dentro y por fuera.

—*Tánatos*.

—Sí —dice, dedicándome una sonrisa lobuna—, vuelve a decir mi nombre así.

—Es demasiado —insisto.

—Bueno, ambos sabemos que no vas a morirte por esto.

Ja, ja, qué gracioso. No.

Estoy jadeando de nuevo y siento que se acerca otro orgasmo, como si el primero no hubiera tenido lugar.

Ahora sí que resoplo y me río.

—No te creo.

El agua está helada, las olas se estrellan contra nosotros y nada de eso resulta tan molesto como este sádico jinete que quiere

torturarme a base de placer. Death me está penetrando sin parar y el coño me palpita, dolorido.

Él me lanza una mirada diabólica y me pellizca el clítoris.

Y así es como consigue que un segundo orgasmo me recorra el cuerpo. Le clavo las uñas en la piel mientras echo la cabeza hacia atrás y me entrego a la sensación.

El jinete se inclina y me da un beso en la garganta mientras alcanzo el clímax.

Y aunque ha dejado de pellizcarme el clítoris, su mano todavía no ha abandonado ese punto. Casi lloro ante la sensación, que era maravillosa hace un segundo, pero que ahora es *excesiva*.

Estoy bastante segura de que Tánatos quiere ver cuántos orgasmos consecutivos puede provocarme. Supongo que no se da cuenta de que yo también puedo tocarlo como a un instrumento.

Deslizo la mano hacia abajo, entre sus piernas, y le cojo las pelotas.

Death gime y las piernas le tiemblan un poco.

—¿Qué? ¿Creías que eras el único con las llaves del reino? —le pregunto con la voz ronca.

Mientras hablo, le rozo con las uñas la piel sensible.

El jinete abre los ojos de par en par.

—Lazarus —jadea.

—Sí —coincido—. Vuelve a decir mi nombre así. —Le lanzo a la cara sus palabras anteriores—. Mejor aún, *suplica*.

No dejo de jugar con sus huevos mientras lo incito, ignorando cómo sus propios movimientos me aturden de la forma más exquisita.

Las embestidas de Death se vuelven erráticas.

—Eres… despiadada… —dice con fuerza.

Luego, con un grito, se corre, embistiéndome una y otra vez.

Suspiro cuando por fin retira la mano de mi clítoris. Entra y sale varias veces más antes de retirarse de forma definitiva. Y luego simplemente me abraza.

Le rodeo el cuello con fuerza, pegando mi cuerpo exhausto al suyo.

—Eres un cabrón —susurro.

Lo siento sonreír contra mi mejilla.

—Soy *tu* cabrón.

Trago saliva.

—Sí. —Me muestro de acuerdo—. Eres mío.

Ambos nos tumbamos en la playa completamente desnudos. El aire del océano es frío, pero las alas de Death son cálidas y he logrado colarme debajo de una.

Sobre nosotros, veo la Vía Láctea, que se expande a través del cielo nocturno. Las estrellas brillan como joyas.

—¿Qué sientes cuando miras las estrellas? —pregunto.

Tánatos gira la cabeza y percibo su mirada sobre mí.

—¿Se supone que debo sentir algo?

Se me escapa una risa al oírlo.

—Yo que intentaba ser profunda y vas tú y lo estropeas.

Él sigue mirándome y cuando ladeo la cabeza para que quedemos cara a cara, veo el deseo en sus ojos, como si anhelara toda mi esencia.

—¿Sientes en alguna parte lo que yo siento? —pregunta.

Una gota de agua salada se adhiere a un mechón húmedo de su pelo. Me concentro en ella mientras trago saliva.

—Sí —respondo en tono serio, sosteniéndole su mirada soñadora, que se torna más profunda ante mi admisión.

Al cabo de un momento, rompo el contacto visual para concentrarme de nuevo en el cielo.

—Cada vez que miro hacia arriba, siento que recuerdo quién soy —digo.

—¿Y quién eres? —pregunta en voz baja.

Juro que se está preparando para mi respuesta.

—Eso es lo gracioso —contesto—. Ni siquiera me siento como un *quién* cuando miro esas estrellas, sino más como un *qué*. Como si fuera algo sin preocupaciones ni miedos. Tan solo soy.

Death sigue observándome, y siento todo el peso de esa mirada.

Al final, también gira la cara hacia el cielo.

—He vivido mucho, mucho tiempo. He visto morir a la gente una

y otra vez. He captado infinitos destellos de la vida y he aprendido mucho sobre este mundo. Sin embargo, gran parte de esto es un misterio. Ser lo que soy, la muerte, hace que experimentar la vida me resulte muy extraño y ajeno. Lo único que parece anclarme es estar contigo, *kismet*.

»Lo que siento cuando estoy contigo es… No existen palabras humanas para describirlo. Es incomparable. Lo único que de verdad puedo decirte es que, cuando te abrazo con fuerza contra mí, estoy seguro de que nadie se ha sentido tan feliz como yo.

»Así que, para responder a tu pregunta, no recuerdo quién soy cuando miro al cielo. —Me coge la mano y ladea la cabeza para mirarme una vez más—. Recuerdo quién soy cuando te miro.

El corazón me late desbocado cuando me pierdo en sus ojos. No hay nada que pueda decir que iguale sus palabras, así que me inclino hacia delante y beso a mi jinete.

Death me rodea la cintura con un brazo y nos hace rodar. En el proceso, me levanta una pierna y se desliza en mi interior. Y ambos nos perdemos el uno en el otro de nuevo.

LXV



Al día siguiente, el sol se está poniendo cuando convenzo a Death de que entre en la enorme cocina de la casa. No es que me haya costado mucho esfuerzo. Hemos estado jugando a bautizar cada habitación de esta casa, así que es probable que Tánatos crea que intento añadir algún fetiche con comida a nuestras relaciones, lo cual es una buena idea, pero no es lo que tenía en mente.

A mi alrededor hay media docena de esqueletos y todos ellos se afanan cortando, horneando o removiendo algo.

Me giro hacia Tánatos.

—¿Puedes decirles a tus sirvientes que se marchen de la cocina? —le pregunto.

Él ladea la cabeza.

—¿Por qué? ¿No tienes hambre?

—Se me ha ocurrido que esta noche podríamos hacer algo un poco diferente.

Me mira fijamente durante un largo instante y sí, está claro que cree que va a echar un polvo.

Death debe de darles a sus sirvientes alguna orden silenciosa porque, de repente, todos los esqueletos dejan lo que estaban haciendo. Abandonan los cucharones, los cuchillos y todo tipo de utensilios y se van de la cocina de inmediato. Es extraño, esas criaturas no son más que marionetas manejadas por hilos mágicos y, sin embargo, ahora que se han marchado, la estancia parece mucho más íntima.

Tánatos da un paso hacia mí y el brillo de su mirada se vuelve hambriento.

Antes de que pueda hacer algo que me distraiga y acabemos bautizando la cocina, le pongo una mano en el pecho.

—Espera —digo sin aliento.

Sus ojos están llenos de fuego y, aunque hace una pausa, está claro que espera a que termine lo que sea que quiero decir para poder continuar.

Y esa mirada me distrae *una barbaridad*.

—Quería enseñarte algo, algo sobre mí.

Me aferro a las palabras, tratando de apartar de mi mente el recuerdo de su piel presionada contra la mía, de sus labios deslizándose por mi cuerpo…

—Deseas conocer mis secretos humanos —digo—. Y quería enseñarte este.

Los ojos de Tánatos resplandecen.

—No es sexo —siento la necesidad de añadir.

—Me parece bien —replica de buen humor—. Comparte este secreto conmigo, que yo disfrutaré de la maravilla de tu existencia y luego te haré el amor.

Dios mío.

Él apoya una cadera contra una encimera cercana y sus alas susurran mientras cruza los brazos. Todavía me mira como si pudiera devorarme entera, mientras yo me obligo a concentrarme en encontrar harina, azúcar y todos los ingredientes que voy a necesitar. Tras hurgar un rato en los armarios, consigo un cuenco para mezclar y algunas tazas y cucharas medidoras.

Cojo una tabla de madera para cortar y lo llevo todo a una zona de la encimera que los sirvientes de Death aún no han usado.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Tánatos, señalando con la cabeza hacia los ingredientes que he reunido.

Es como si nunca hubiera visto a sus esqueletos trabajando con estos mismos elementos.

Lo miro de reojo y esbozo una sonrisa ladeada.

Lo cierto es que me emociona un poco estar haciendo esto.

—Quiero cocinar contigo.

Una chispa de inquietud se apodera de los ojos del jinete.

—¿Qué vamos a… cocinar?

Me relajo un poco al escuchar sus palabras. Puede que no le guste la comida, pero está dispuesto a hacer esto conmigo.

Me giro hacia la tabla para cortar y los ingredientes reunidos.

—A mi madre le gustaba llamarlo «el pan del alma».

El mero hecho de pensar en ella evoca el recuerdo de su breve resurrección.

«Tienes que deshacer lo que quiera que hayas hecho para traerme aquí».

Me trago el dolor y la culpa que siento.

Death frunce el ceño.

—Sé lo que son las almas y sé lo que es el pan. Pero no sé cómo juntar esas dos cosas.

—Mi madre solía decirme que hay ciertas comidas que se preparan con amor. Imprimes un poco de tu propia alma en los ingredientes, de ahí el nombre.

—Qué pensamiento tan monstruoso —protesta el jinete, con aspecto de sentirse ofendido—. Te aseguro, Lazarus, que las almas que recojo están completamente intactas.

Me río.

—No hay que tomárselo todo de forma literal, Tánatos.

Su mirada arde cuando escucha su nombre en mis labios.

—Supuestamente, es una receta familiar que se remonta cientos de años atrás —continúo, mientras empiezo a mezclar los ingredientes. En voz más baja, añado—: A veces me gusta imaginar a todas esas mujeres, o por lo menos, *supongo* que eran mujeres, preparando este plato. En este momento, me siento parte de una cadena ininterrumpida de personas unidas por la alegría de alimentar a sus seres queridos.

—No es así como funciona —insiste.

Me río de nuevo.

—Para ser un ser sobrenatural, no tienes imaginación. —Le hago sitio—. Toma —digo, entregándole un recipiente con sal—, ayúdame.

Death observa la sal como si le fueran a crecer ojos y dientes, pero se aparta de la encimera y la coge de mala gana. Lo ayudo a medir la sal y los últimos ingredientes.

Ahora viene la parte divertida.

Le tomo las manos y se las acerco al cuenco.

—¿Qué estás…?

Empujando hacia abajo, le sumerjo las manos en la masa y una nube de harina en polvo ondea alrededor de nuestras muñecas.

—*Lazarus*.

—Madre mía —digo—, no te comportes como si me hubiera llevado a tu primogénito. Así es como se amasa el pan.

Death hace una mueca, aunque no estoy segura de si lo que le desagrada es esta forma de mezclar o la idea del pan en sí. Y, para ser sincera, podría haber usado una cuchara para esta parte.

De todos modos, me permite guiarlo para mezclarlo y luego amasarlo.

Los movimientos le resultan desconocidos, pero, de alguna manera, esas hábiles manos suyas no son torpes. No es que eso consiga que él aprecie más el proceso.

—Esto parece una tarea frívola —comenta, rozándome la espalda con el borde de una de sus alas.

—Me imagino que si fuera un ángel eterno e inmortal que no necesitara comer, también me parecería frívolo —digo.

Tánatos desvía la mirada hacia mi rostro y al cabo de un instante, se la sostengo.

«Me ves», parece decir su expresión.

Observo brevemente nuestras manos.

—Ahora también has puesto un poco de tu alma en la receta.

—Eso es ridículo, *kismet*. —Pero suena menos escéptico y más curioso que antes.

Se le escapa una pequeña sonrisa.

—Entonces, ¿ya está listo? —pregunta.

—Técnicamente, sí, pero…

«Todavía hay que meterlo en el horno».

Pero no consigo llegar a esa última parte.

El jinete me sienta sobre una de las encimeras y tira un cuenco de salsa roja que uno de los esqueletos ha trabajado duro para preparar. Se hace añicos contra el suelo y nos salpica a ambos.

Ninguno de los dos le presta atención.

—Estupendo. Ha sido un secreto divertido —dice, con la mirada

fija en mis labios.

Acerca las manos al borde de mi camiseta, con los dedos todavía pegajosos de masa, y me la quita por la cabeza.

Death mira especulativamente a su alrededor.

—Me parece que una cocina es el último lugar donde deberían pillar a uno tonteando.

Me lanza una sonrisa traviesa y me acerca al borde de la encimera. Me coge las piernas y, una por una, me obliga a rodearle la cintura con ellas.

A ver, en este infierno postapocalíptico en el que vivimos, tengo claro que hay lugares peores donde arrodillarse y ensuciarse…

Tiro de su camiseta negra, se la quito y dejo al descubierto su pecho esculpido y la brillante escritura que fluye por él. La sonrisa de Tánatos desaparece y me acuna la cara con las manos. Su mirada se vuelve cada vez más acalorada.

—Fuiste hecha para mí —declara con fervor—. Y yo para ti.

Me besa salvajemente y nos olvidamos por completo del pan del alma.

El pan completamente horneado reposa en una bandeja sobre la mesa del comedor. Death lo estudia como a un adversario.

—No tienes que probarlo —digo.

—Por supuesto que sí —replica—. Es comida para el alma y yo soy el supervisor de las almas.

Le lanzo una mirada cautelosa mientras empiezo a cortarlo. La última vez que el jinete probó el pan, lo odió.

Corto una rebanada fina y se la entrego. Tánatos la acepta de mala gana. No me molesto en ofrecerle un poco de mantequilla o de aceite de oliva o de cualquier otra cosa que pueda añadirle algo de sabor. Me da miedo que cualquier cosa a mayores pueda espantarlo.

A nuestro alrededor, las velas parpadean y el único sonido de la estancia son los suaves ruidos que hacen las llamas al quemar la mecha. Parece que la habitación misma está observando, esperando.

Death mira el pan con el ceño ligeramente fruncido, como si

temiera lo que está a punto de hacer. Se lo lleva a los labios y, tras una pausa momentánea, le da un mordisco.

Mastica durante un buen rato, inexpresivo, y a mí se me cae el alma a los pies.

No sé qué esperaba en realidad ni por qué importa. Es un jinete. No necesita comer ni disfrutar de la comida. Supongo que solo quería que lo hiciera. Así de sencillo.

Tánatos traga y frunce el ceño mientras vuelve a estudiar la rebanada de pan.

—Me *gusta* —admite, frunciendo aún más el ceño. Da otro bocado—. Comida para el alma —murmura para sí mismo, con una sonrisa íntima.

Nuestros ojos se encuentran y brillan como si estuviéramos compartiendo una broma interna. Y puede que así sea, pero comida para el alma o comida humana, Tánatos se traga hasta la última miga.

LXVI



Me he acostumbrado a la sensación de despertarme confundida. Otra ciudad, otra cama, otro entorno. Durante un segundo, siempre siento que estoy cayendo, como si ya no tuviera los pies en tierra firme.

Eso es lo que pasa esta noche. Cuando abro los ojos de golpe y contemplo con atención las enormes ventanas, no sé dónde estoy. Pero un brazo familiar descansa sobre mi cintura y unos glifos conocidos brillan con suavidad a lo largo de su cuerpo, y me relajo al recordar que estoy con Death.

Una sonrisa se adueña de mi cara. Últimamente, no dejo de hacerlo: sonreír ante los pequeños detalles sobre el jinete en los que reparo. Es una emoción más suave y sutil que la oleada de deseo que me deja sin aliento y que suelo sentir cuando estoy con él.

Creo que así se siente una cuando está enamorada.

Busco la mano de Death y entrelazo los dedos con los suyos. Espero que me dé un apretón. Al ver que no lo hace, me doy la vuelta.

Tiene los ojos cerrados y los labios ligeramente entreabiertos. De alguna manera, la penumbra suaviza los ángulos afilados de su rostro y su pecho plagado de tatuajes sube y baja a un ritmo constante.

Está… dormido.

Death se ha dormido de verdad.

Primero se come el pan y ahora esto. No es la primera vez que sucede, pero sí la primera vez que lo veo con mis propios ojos.

No me atrevo a emitir ningún sonido mientras observo cómo sus

alas suben y bajan suavemente con cada respiración. Su brazo todavía reposa sobre mi cintura y el otro lo tiene enterrado debajo de mi almohada. Un mechón de pelo oscuro le cae sobre la mejilla.

El corazón me da un vuelvo al verlo. Con toda la delicadeza de la que soy capaz, alargo una mano y le coloco el pelo detrás de una oreja. Y miro y miro.

Lo he visto inconsciente muchas veces, pero esto es diferente. No hay dolor ni conflicto en su expresión; este es el aspecto vulnerable de un rostro que conoce la paz.

Por impulso, me inclino hacia delante y presiono los labios contra los suyos. A mi lado, Tánatos se mueve. Pasa una pierna por encima de las mías y me atrae hacia él.

—Te quiero, *kismet* —murmura en sueños.

Extiende un ala, solo un poco, y me cubre con ella como si fuera una manta.

Sonrío para mí misma y el calor se extiende por mi estómago.

—Yo también te quiero.

LXVII



DEATH

Me despierto sobresaltado y abro los ojos de golpe. La habitación está a oscuras.

Todavía es de noche.

Observo a la mujer que duerme bajo mi brazo. Lazarus está acurrucada contra mi pecho, tan cerca que incluso en la oscuridad veo el arco de sus cejas y el movimiento de sus pestañas. La imagen me hace un nudo imposiblemente dulce en el pecho antes de recordar que…

Me he quedado dormido.

Otra vez.

Últimamente, sucede demasiado a menudo. La experiencia es antinatural y desagradable. Los humanos alados no fueron hechos para dormir así, aunque una de mis alas se ha extendido sola sobre Lazarus y, al verla, siento una profunda y primitiva sensación de satisfacción porque la mujer a la que quiero está aquí conmigo, acurrucada en mis brazos.

No soy el hombre que solía ser. Ni por asomo. Y esta mujer es casi la única culpable de ello.

Mentiría si dijera que no he tonteado con la idea de renunciar a todo por Lazarus. La idea ha acudido a mi mente más veces de las que debería admitir. Ella cree que no he sentido la tentación de alejarme de mi misión, pero la realidad es que *siempre* ha estado ahí.

Cuando me lo planteé por primera vez, simbolizaba mi caída y era algo que temer.

Ahora… ahora podría vivir con ella aquí, para siempre, haciendo el amor bajo las estrellas, nadando en ese desagradable océano solo para escuchar el trino de la risa de Lazarus. Pasaría las noches durmiendo a su lado, con su cuerpo acurrucado contra el mío; justo así.

Eso es lo que *anhelo*.

Deslizo la mano por la suavidad de su piel y me detengo sobre la hinchazón de su bajo vientre.

¿Y si…?

¿Y si las cosas *fueran* diferentes?

¿Y si dejara de matar? ¿Y si me rindiera? ¿Si de verdad viviera como un humano?

¿Y si creara vida?

La mera idea me la pone dura.

Estoy a punto de despertarla. De separarle los muslos y enterrarme en ella. De aprovechar esta única cosa verdaderamente prohibida.

Ella no quiere tener hijos contigo. Cree que serías un padre horrible.

Eso me detiene por completo.

Podría cambiar. Si lo hiciera, quizá ella lo reconsideraría. *Quiero* que lo reconsidere. Nada tiene por qué ser así…

Así es como cayó Famine.

Ese día, cuando el Segador intentó deshacerse de su inmortalidad y su propósito, sentí sus intenciones mientras yacía en mi duermevela. Fueron ellas las que me despertaron. Y ahora son un reflejo de las mías.

Y aquí estoy, a punto de renunciar a todo, solo por el amor de una buena mujer.

Me he pasado mucho tiempo pensando que era mejor que mis hermanos, que era diferente. Y puede que, en cierto sentido, lo sea.

Pero, por Dios, así es como cayó Famine.

Sin embargo, a diferencia del Segador, yo *sí* creo en la humanidad. Siempre lo he hecho. Nada de esto tiene que ver con la

bondad innata de los humanos. Basta con echar un vistazo a sus almas para darse cuenta de ello.

No, siempre se trató de llevar a cabo la tarea que se nos había asignado.

Mientras pienso en ello, siento a mis hermanos. No le he mencionado a Lazarus lo cerca que están, pero ahora mismo se encuentran a las afueras de esta ciudad. Mañana estarán aquí.

Debo tomar una decisión.

Me aferro con más fuerza a Lazarus. Al sentirlo, ella murmura en sueños y luego abre los ojos y me dedica una sonrisa soñolienta.

Está a punto de darse la vuelta y de volver a quedarse dormida cuando le acaricio la mejilla.

—En toda mi existencia, nunca me he encontrado con nada por lo que valga la pena abandonar mi deber, hasta que te conocí a ti —le digo con fervor—. Lo eres todo para mí, *kismet*.

Esboza una sonrisa adormilada.

—No es justo que me digas cosas tan bonitas cuando estoy demasiado cansada para procesarlas.

Se inclina hacia delante y me da un beso; su cuerpo rozando el mío. Me aferro todavía más a ella.

En respuesta, se mueve y abre las piernas en una invitación. Soy un ángel, pero ni siquiera yo puedo resistirme a eso.

Con una sola mano, le quito las bragas y me abro paso hasta su interior, siseando ante la embriagadora sensación de tenerla alrededor de mi polla. Casi me corro en ese mismo instante. Pero, en vez de eso, la embisto con un frenesí que ella confunde con pasión, cada movimiento profundo le arranca gemido tras gemido hasta que, de repente, su coño se aprieta a mi alrededor, sus gemidos se convierten en un grito y mi nombre invade su lengua.

Al sentir su orgasmo y el sonido de su liberación, no logro aguantar más. La embisto, más fuerte de lo que debería y grito su nombre mientras me corro.

Antes incluso de deslizarme fuera de ella, la atraigo hacia mí.

Lazarus acurruca la cara contra mi pecho y en este momento siento la confianza que me tiene. Yace en mis brazos, desnuda,

vulnerable, con mi semilla derramándose desde su interior como si jamás hubiera elegido otro destino para sí misma que este.

Y siento una pérdida, una pérdida desgarradora, por lo que sé que no puedo tener.

Porque sé que no puedo tener *esto*, una vida humana, una vida llena de risas y niños y… Lazarus.

Siempre Lazarus.

Sin pretenderlo, la abrazo más fuerte.

No voy a dejarla ir.

El mundo entero podría arder hasta quedar reducido a cenizas y a mí me daría igual, pero no renunciaré a Lazarus. A mi Lazarus no.

Se me ha concedido una breve experiencia humana, una llena de horror y tragedia, pero también de lo más poderoso de todo: belleza, esperanza y amor. Se me concedió, y esta noche casi me entrego del todo a esa existencia; he estado a punto de tirarlo todo por la borda por ella.

Eso es lo que hizo Pestilence.

Es lo que hizo War.

Es lo que Famine ha estado intentando hacer.

Es lo que yo no puedo hacer.

Me he estado cuestionando mis propios motivos durante mucho tiempo. Pero esto tiene que acabar. A los jinetes nos enviaron aquí a llevar a cabo esta tarea. Y eso es lo que haré.

Y nada, *nada*, ni siquiera Lazarus, me detendrá.

PARTE III

LXVIII



LAZARUS

A la mañana siguiente, entro al comedor, donde nos espera un surtido de huevos, tostadas y fruta fresca. Estoy tan distraída que casi no veo a Tánatos. Está de pie al fondo de la habitación, frente a los enormes ventanales que dan al jardín y al océano.

—Me equivoqué —dice, de espaldas a mí.

Rodeo la mesa.

—Buenos días a ti también —lo saludo, cogiendo la taza de café humeante que me han preparado.

Cojo la leche que veo cerca y me sirvo un poco.

Death sigue sin darse la vuelta. Es algo nimio, pero aun así me da mala espina.

—¿En qué te equivocaste? —pregunto en tono cauteloso.

Retiro una silla y me siento.

—En lo de quedarnos aquí.

Enarco las cejas mientras tomo una tostada.

Ah. Necesita seguir adelante, y por mucho sexo en la playa que haya, nada lo distraerá de eso.

Esta situación ha sido una válvula de escape maravillosa, pero yo también estoy deseando marcharme y buscar a Ben. Ahora que hemos llegado a la costa oeste, parece estar tentadoramente cerca, aunque todavía nos separen cientos y cientos de kilómetros.

—¿Crees que algo de esto ha sido casualidad? —pregunta

Tánatos de repente—. ¿Que Dios no ha metido mano y no ha jugado contigo como con una marioneta?

Frunzo el ceño. Ahora mismo, el jinete desprende una energía siniestra que me pone nerviosa.

—¿De qué estás hablando? —pregunto.

—¿De verdad creíste que fue una casualidad que tu madre te encontrara de niña? —pregunta, sin dejar de mirar por las ventanas —. ¿O cuando encontraste vivo a Ben en una ciudad plagada de muertos, a pesar de que es dolorosamente mortal? ¿Aquello también te pareció una casualidad?

Sus palabras me erizan el vello de la nuca.

—Y cuando nuestros caminos se cruzaron, ¿qué te pareció? ¿O cuando te topaste con los otros jinetes justo a tiempo para que salvaran a tu hijo y se lo llevaran? —Death se gira hacia mí y sus ojos parecen muy tristes—. ¿De verdad crees que algo de esto ha sido casualidad? Porque no lo ha sido. Ha sido una intercesión. Los humanos las experimentáis todo el tiempo, pero estáis tan cegados por vuestra propia percepción de la realidad que las pasáis por alto. Ignoráis las fuerzas mágicas más poderosas de vuestras vidas incluso cuando se despliegan ante vuestros ojos.

El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que el jinete puede oírlo.

—¿Por qué me cuentas esto?

Da un paso hacia mí, con una mirada magnética.

—Porque está sucediendo de nuevo, ahora mismo.

Me levanto y la silla chirría cuando la arrastro hacia atrás; me siento demasiado extraña estando sentada cuando Tánatos no es él mismo.

Algo debe de ir mal.

El jinete avanza hacia mí y tengo que esforzarme para no retroceder. Cuando me alcanza, me acaricia las mejillas.

Parece muy triste.

Sus ojos buscan en los míos.

—Aun así, no cambiaría nada, excepto quizá el final. Pero ya es demasiado tarde para eso.

Antes de que pueda preguntarle qué quiere decir, me besa; la

intensa presión de sus labios me sorprende un poco.

Tánatos se separa con la misma brusquedad.

—Te quiero, *kismet* —dice, apretando la mandíbula—. Te quiero con todo mi ser. Por favor, no lo olvides.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué iba a olvidarlo?

Pero el jinete ya me ha soltado. Sale del comedor a grandes zancadas y yo me quedo mirando cómo se marcha, desconcertada por su comportamiento.

Tengo la extraña sensación de que, por primera vez en mucho tiempo, vuelve a huir de mí.

El extraño comportamiento de Death se prolonga toda la mañana. Se ha mantenido alejado de mí y un miedo persistente me corroe el corazón.

No entiendo qué pasa, solo sé que algo no encaja. Por una vez, me siento insegura cerca de Tánatos.

Incluso cuando abandonamos la casa de la playa para siempre, él mantiene las distancias y camina delante de mí.

Me quedo en el porche, observando cómo se mecen sus alas plegadas con cada paso que da.

Mi instinto me dice que algo no va bien.

Te confesó que te quería. Durmió a tu lado y comió de tu comida. Quizá no sea que algo va mal. A lo mejor solo es diferente. Ha cambiado.

A regañadientes, me reúno con Tánatos junto a su caballo. El humo rodea al animal; la antorcha del jinete ya está sujeta a un lado de la silla. A nuestro alrededor, los esqueletos cargan nuestras pertenencias en los carros. Estoy a favor de mantener un ritmo constante en nuestros viajes. Aun así, cuando miro hacia atrás, a la casa, se me hace un nudo en la garganta.

Las cosas entre nosotros han cambiado aquí y me temo que una vez que montemos en ese caballo, volverán a ser como antes.

Siento los ojos de Death fijos en mí y me giro para mirarlo. Como antes, todavía parece un poco melancólico, pero, claro, a lo mejor

solo me lo estoy imaginando. A lo mejor me estoy imaginando *todo* esto.

—¿Qué? —pregunto, un poco cohibida.

—¿En qué estabas pensando justo ahora? —quiere saber él.

Mi atención regresa a la casa, con las buganvillas trepando por las paredes y esa veleta encaramada en el tejado. Incluso desde aquí oigo el mar a lo lejos.

—Voy a echar de menos este sitio —confieso.

Cuando recorre nuestro entorno con la mirada, sé que no me estoy imaginando la tristeza de Tánatos.

—Yo también, Lazarus.

A regañadientes, me subo a su corcel. El jinete se acomoda detrás de mí y, sin volver la vista atrás, nos marchamos.

Nos dirigimos al norte, por una de las muchas autopistas de Los Ángeles. Los pocos cadáveres que vemos ya se están descomponiendo y un ligero olor a muerte impregna el aire, incluso por encima del incienso que arde en su antorcha.

Death me abraza más fuerte que de costumbre, como si fuera a escabullirme.

—Tánatos —digo, apoyando una mano sobre la suya—. Puedes relajarte… —Hago una pausa al notar el temblor en su mano—. Estás temblando.

—No es nada.

Algo no va bien. Y, siendo sincera conmigo misma, las cosas llevan torcidas desde que me he despertado esta mañana.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Nada.

—Tánatos —insisto—. Desde que te conozco, nunca has eludido las verdades difíciles. ¿Tan malo es?

Un silencio sombrío.

Y por fin…

—Te quiero, Lazarus. Todo va a ir bien.

Empiezo a entrar en pánico. Su agarre, como una tenaza, se aprieta aún más.

Vuelvo a cogerle la mano.

—¿Por qué me agarras tan fuerte?

Pero entonces caigo en la cuenta…

Cree que voy a salir corriendo.

Y ahora me pregunto qué puede ser tan terrible como para que piense que voy a huir de él. Ha resucitado a los muertos, ha aniquilado ciudades enteras y ha hecho casi todas las cosas aterradoras del mundo.

—Sea lo que sea, Death, puedes contármelo —le aseguro, intentando parecer razonable pese a que el pánico me invade por dentro.

¿Se trata de algún otro terrible poder? ¿Será Ben?

—Mi hijo —digo—. ¿Se encuentra bien?

—Tu hijo está bien —declara Tánatos con gravedad.

Me tranquilizo durante un instante.

Puede que el mal humor que lo invade no sea por algo tan malo.

Seguimos hacia el norte, dejando atrás un edificio en ruinas tras otro, y casi todo vuelve a la normalidad hasta que nos detenemos.

Varios rascacielos se alzan imponentes por encima de nosotros, muchos de ellos sin ventanas. Entre ellos hay otras estructuras de varios pisos con las paredes desgastadas por los elementos y la pintura descascarillada; está todo apiñado como si no hubieran dispuesto de suficiente espacio y hubieran tenido que optar por construir hacia arriba. La carretera en sí parece relativamente libre de cuerpos y escombros, aunque hay una bicicleta volcada y una mujer muerta tirada junto a ella, y más adelante alcanzo a distinguir varios cadáveres más tirados en la carretera.

Detrás de mí, Death desmonta de su caballo.

Lo miro.

—¿Por qué nos detenemos?

—Siento cómo se acercan —murmura Tánatos, escudriñando el norte.

Me recorre una oleada de inquietud.

—¿Quiénes? —pregunto, temiendo la respuesta.

—Mis hermanos —responde él, lanzando una mirada sombría a la carretera que tenemos delante.

Mierda.

Mierda, mierda, *mierda*.

Creí que teníamos más tiempo.

—Entonces, vamos a rodearlos —digo.

Ya le explicaré mi razonamiento más tarde. Solo quiero que Tánatos vuelva a subirse al caballo.

—Quieren detenerme —prosigue, ignorando mis palabras—. No permitiré que se interpongan entre mi propósito y yo.

Se me hiela la sangre y el corazón me empieza a latir desbocado.

—¿Tu propósito? —pregunto en tono ligero.

Se gira hacia mí.

—Ha llegado la hora, *kismet*.

Frunzo el ceño, mientras mi pecho sube y baja cada vez más rápido.

—¿La hora de qué?

El jinete se lleva la mano a las hebillas de su peto y empieza a desabrochárselas una a una.

—¿Qué… qué haces? —pregunto.

No pretendo que me tiemble la voz, pero sucede.

Continúa quitándose la armadura hasta que deja a sus pies la última pieza. Luego se quita la camiseta de un tirón, sin apartar la mirada de la mía.

—Nunca te he leído todas mis marcas.

Algo va muy, muy mal.

Me bajo de la silla y aterrizo con fuerza en el suelo.

Me giro hacia Death.

—¿Qué haces? —le pregunto—. No te estás comportando como siempre, Tánatos.

Esos ojos tristes se encuentran con los míos.

—Actúo justo como debería.

Da un paso al frente, se lleva la mano al pecho y toca con el dedo una de sus muchas marcas.

Lo lee todo en su lengua materna. No entiendo nada, pero el poder de sus palabras me recorre el cuerpo y hace que me tiemblen las rodillas.

Retrocedo mientras el jinete avanza.

Él empieza a traducir.

—Mi forma fue forjada de los confines más oscuros del universo.

Soy la muerte, el fin de todos los comienzos, el principio de todos los finales. Soy quien puede tomar a los vivos y traer de vuelta a los muertos. El que puede resucitar almas. Poseo todos los poderes de mis antepasados y de quien ata con firmeza los hilos de la creación.

»Soy el último de mi especie, y traigo conmigo toda clase de enfermedades con las que plagar a la humanidad. Sus campos se ennegrecerán, sus criaturas huirán. Los mortales temblarán ante mi nombre y todo perecerá bajo mi mano. Porque yo acabaré con el mundo.

»Los edificios se derrumbarán, los caminos estallarán en pedazos. El mundo se desmoronará hasta que el último vestigio de la creación humana se convierta en polvo. Los valientes volverán a la tierra y los cobardes y crueles también. Y la cebada volverá a crecer silvestre y las bestias de antaño podrán regresar a sus territorios. Todo será como antes. Porque yo soy el corazón de Dios y haré su voluntad. Soy el juicio final de la humanidad.

Estoy de rodillas y las lágrimas me recorren el rostro. No recuerdo haber empezado a llorar ni haberme caído.

Death retira la mano de su piel.

—¿Sabes qué pasará una vez que tome mi decisión final?

Siento la mortalidad colectiva del mundo flotando en el aire entre nosotros.

—¿Por qué haces esto? —susurro.

—¿Lo sabes? —insiste.

Cierro los ojos y trago saliva. He oído hablar del fin de los días lo suficiente como para saber a qué se refiere. Él mismo lo ha mencionado hace apenas un momento.

—El Juicio Final —murmuro.

El fin de la vida humana tal como la conocemos.

LXIX



DEATH

Contemplo a Lazarus y me entran ganas de decirle que esto nunca ha sido idea mía. Tomo almas, pero jamás he anhelado sus muertes. Solo he cumplido las órdenes que recibí, desde aquella primera vez hasta esta.

De vez en cuando, hago excepciones; las esposas de mis hermanos son prueba de ello. Pero al final, los cuatro jinetes debemos finalizar nuestra tarea sin que importen nuestros sentimientos personales.

Aun así, me siento destrozado, porque quiero a Lazarus y ella va a odiarme como antaño. Porque el resto de la humanidad me odia y yo los quiero, y no puedo ayudarlos a aferrarse a estas vidas que codician. No sin traicionar a todo el universo.

Y no lo haré.

LAZARUS

He… fracasado.

He seducido a Death, he conseguido que se enamorara de mí; incluso me he enamorado yo de él. He renunciado a todo: a mi causa, a mi hijo, a mi cuerpo y a mi corazón, pero Tánatos sigue decidido a aniquilar el mundo. Ese pensamiento hace que se me

forme un nudo en la garganta. Este miedo paralizante me impide respirar.

Parece afligido, supongo que hay *algo* de consuelo en eso. Aunque no es que cambie nada.

—Lo siento, mi amor…

—No —digo con la voz quebrada—. No me llames así.

Se le oscurece la expresión. Al cabo de un momento, se aleja de mí. Va en busca de la armadura que se ha quitado y se la vuelve a poner.

Se está preparando para la batalla. Creo que eso es lo que está a punto de suceder.

A lo lejos, oigo el golpeteo de los cascos de un caballo y eso me arranca de mis pensamientos.

La carretera gira alrededor de una colina empinada, así que no veo nada más allá de los cadáveres ya dispersos por el camino. Sin embargo, un minuto después, una figura a caballo dobla la curva y aparece ante mis ojos. Poco después, otros dos individuos le siguen a pie.

Los hermanos de Death.

Siento que los últimos granos de mi reloj de arena se deslizan entre mis dedos. La tarea que me encomendaron —seducir a Tánatos— ha sido un fracaso. Solo he conseguido enamorarme de quien no debía.

Ni siquiera he podido abrazar a Ben por última vez.

Cuanto más se acercan los tres hombres, más detalles distingo. El más evidente es Famine a lomos de su corcel negro como el carbón, luciendo su armadura de bronce y con la guadaña a la espalda. Tanto War como Pestilence visten de negro, aunque a diferencia de su hermano, no llevan armadura. Pestilence porta un arco y un carcaj, y War lleva una enorme espada atada a la cintura.

Ellos también han acudido listos para la batalla.

Los jinetes se detienen a unos nueve metros de nosotros, aunque parece que todavía están a un océano de distancia.

La mirada de War se posa en mí con pesadez y sé lo que debe de estar pensando.

Has fracasado.

—Lazarus, me alegro de volver a verte —grita Pestilence. Me observa con los ojos entrecerrados por la preocupación. Su mirada se endurece un poco cuando la fija en el hombre que está detrás de mí. Luego, el primer jinete vuelve a centrarse en mí y me pregunta —: ¿Estás bien?

Esa sencilla pregunta, esa preocupación simple pero sincera, amenaza con aplastarme.

No, no estoy bien. Creía que sí, pero esta situación es muy, muy mala, y solo soy una mujer y creo que todos estamos a punto de presenciar el fin del mundo.

Mi mirada va de jinete en jinete. Sin proponérmelo siquiera, empiezo a caminar hacia ellos.

Death no me detiene, aunque juro que quiere hacerlo. Creo que, a pesar de lo distante que se muestra, quiere estrecharme contra su pecho para asegurarse de que nunca me vaya.

Famine salta de su corcel mientras los demás lanzan miradas pétreas a Tánatos, como si el jinete alado fuera a estallar en cualquier momento.

No dejo de caminar hasta que llego junto a Pestilence.

Recuerdo que ahora le gusta que lo llamen Víctor.

Él no lo duda. En cuanto estoy a su alcance, me atrae hacia sí para darme un abrazo que no me esperaba. Me acaricia la espalda de arriba abajo, de una forma casi paternal. Sin pretenderlo, me abandono en sus brazos, y él aprieta su agarre.

Nada de esto tiene sentido. Mi amante mató a mi familia, el hombre que me abraza mató a mis padres y los otros dos han matado a muchísimos más. A mi hijo lo está cuidando gente que no conozco y todo ello podría dejar de importar muy, muy pronto.

—Estás bien —me tranquiliza Víctor con dulzura—. Todo va a ir bien. De verdad que sí.

Es una frase muy breve e inocua, y aun así se me hace un nudo en la garganta, igual que cuando vi a mi madre hace solo unos días.

Asiento, quizá demasiado rápido, y me separo para dedicarle a Pestilence una sonrisa forzada.

—¿Cómo está Ben? —pregunto, aunque es probable que Death sepa más que él.

—Está bien cuidado —me tranquiliza, entornando los párpados—. Mi esposa Sara se ha autoproclamado su hada madrina. —Pestilence me guiña un ojo—. Cuando nos marchamos, le estaba dando galletitas dulces. —Me recorre de nuevo con la mirada—. ¿Cómo estás?

Estoy enamorada de Death y mi alma grita, pero…

—Bien. —La palabra me suena áspera e incorrecta. Resulta demasiado obvio que es mentira.

Pestilence frunce el ceño. Dirige su mirada acerada hacia Death.

—¿Qué le has hecho? —le pregunta.

Tánatos da un paso al frente.

—¿Cómo te *atreves* a acusarme de algo así? —Su voz es atronadora—. Lazarus es lo único que amo por encima de todas las cosas.

—¿De verdad? —pregunta Famine, que se quita la guadaña de la espalda mientras avanza con arrogancia y hace girar el arma en la mano—. Porque me parece que no renunciarías a tu tarea por ella.

Suena casi como si el Segador se estuviera regodeando.

Le frunzo el ceño.

—Me alegra que estéis aquí, hermanos —declara Death, cuya voz resuena por las colinas—. Vinimos a la Tierra para acabar con la humanidad. Y hoy vamos a hacerlo por fin, de una vez por todas.

LXX



—Tánatos, deja de comportarte como un necio —le dice Pestilence —. ¿No ves que ninguno de nosotros quiere esto? Ni siquiera tú.

Juro que, ante las palabras de su hermano, algo vacila en la mirada de Death y la agonía asoma a sus ojos.

—Si quieres una guerra, tendrás que vértelas conmigo —dice War, con aspecto de dios a pesar de su mortalidad.

Tánatos lo mira con el ceño fruncido y da un paso al frente.

—Con qué facilidad olvidas que salvé a tu esposa e hija de una muerte segura.

—Y deseas arrebatármelas de nuevo antes de que llegue su momento.

—*Después* de que llegara su momento —corrige Death—. Muchos, muchos años después. Te has vuelto tan codicioso como el resto de los humanos.

Famine se adelanta a War, agarrando con firmeza la guadaña.

—Si hay alguien que pueda pararle los pies a este imbécil, soy yo.

Tánatos curva la boca en una sonrisa burlona, convirtiendo sus trágicos rasgos en una máscara altiva.

—¿Quieres volver a hacer esto, hermano? —pregunta Death, acechando como un gran felino, con las alas desplegadas—. Ya te he herido dos veces. Nadie puede vencerme.

—Basta —interrumpo.

Dejo atrás a los demás jinetes y regreso junto a Tánatos.

Apoyo una mano en su pecho y le sostengo la mirada. Me he enfrentado a este hombre en tantas ocasiones que me da vueltas la

cabeza solo de pensarlo. No quiero luchar más. Y sé que no me he imaginado ese destello de inquietud en sus ojos.

—No tienes por qué hacer esto —le digo en voz baja.

Los ojos oscuros e insondables de Death resplandecen, lo cual me recuerda que es más que un hombre.

—Debo hacerlo.

—No —insisto—, eso *no* es verdad. Tus hermanos tomaron una decisión. Tú también puedes elegir o puedes esperar.

Por el momento, aceptaré incluso eso.

Tánatos lanza una mirada rencorosa por encima de mi hombro.

—Mis hermanos se han desviado de su camino y yo he estado a punto de hacer lo mismo, pero no debo.

—Me dijiste que me querías. —Se me quiebra la voz—. ¿No es suficiente?

La expresión dura del jinete se suaviza y me acaricia la mejilla con los nudillos.

—Mi amor por ti es eterno e inquebrantable, Lazarus. No lo dudes. Las estrellas nacerán y morirán, y lo que siento por ti permanecerá intacto.

Death me levanta la barbilla. Mientras lo hace, la tierra empieza a temblar y oigo a lo lejos el crujido de los edificios viejos.

—Lo que haga hoy es algo completamente al margen de eso. Esto —recorre nuestro entorno con la mirada antes de volver a mí— es mi carga y mi deber. No me detendré.

Muestra una expresión resignada. Triste, incluso.

No quiere hacerlo. Me aferro a eso.

—¿Y Ben? —Las palabras se me escapan en un susurro. Es lo único que he temido preguntar todo este tiempo.

Death me mira con intensidad.

—Perdóname.

Se me escapa un sollozo ahogado y casi me fallan las rodillas.

Niego con la cabeza.

—¿Cómo puedes pedirme eso? —digo—. Me lo *prometiste*.

Tánatos aprieta los labios.

Ahora sí que me ceden las piernas. Death me atrapa antes de que toque el suelo y tira de mí hacia él.

Niego con la cabeza una y otra vez.

—Por favor —suplico—. Haré lo que sea. Pero, por favor, a Ben no.

Es solo un bebé.

El jinete me abraza.

—Todo va a ir bien, Laz.

Son casi las mismas palabras que Pestilence ha pronunciado antes y, sin embargo, suenan completamente distintas, erróneas.

—No hagas esto —susurro—. *Por favor*, no lo hagas.

La tierra tiembla con violencia; los edificios a nuestro alrededor se balancean y crujen. A lo lejos, oigo cosas rompiéndose como consecuencia.

—No puedo complaceros a ti y al universo, *kismet* —dice Tánatos —. Pero no quiero esto. No quiero hacerlo en absoluto.

Un edificio se derrumba en la distancia.

¡Bum!

Una violenta sacudida recorre el suelo, y si no fuera porque Tánatos me tiene agarrada, me habría caído.

Lanzo una mirada frenética a nuestro alrededor. El mundo está a punto de ser destruido piedra a piedra y Death es el responsable.

Death, que me ha abrazado en mis peores momentos. Que ha agonizado con mi sufrimiento, incluso cuando éramos enemigos.

—¿Así es como termina todo? —pregunto—. ¿Así es como termino *yo*?

El jinete me acuna el rostro.

—La vida y la muerte son amantes, Lazarus. No hay fin para nosotros, no hay un yo sin ti, ni un tú sin mí. Eres la única excepción a todo esto. Mi única excepción. Podré segar el mundo, pero no puedo… *No pienso* llevarte con los demás. No voy a abandonarte.

No asimilo sus palabras, pero lo que sí entiendo es que me quedaré atrás. Todo lo demás desaparecerá, menos yo.

La mera posibilidad de ese futuro es aterradora.

La expresión del jinete se vuelve distante y lo veo como deben de verlo los demás: lejano, despiadado e inflexible.

El corazón me late con fuerza.

Lo va a hacer de verdad. No me cabe duda. Dios mío.

Tánatos se aleja de mí y vuelve a concentrar toda su atención en sus hermanos.

—Se acabó la cháchara —declara—. Uníos a mí o enfrentaos a mí, pero ha llegado el momento del Juicio Final.

LXXI



El día del fin del mundo el cielo está despejado.

El suelo tiembla con más fuerza que nunca, provocando que una de las ruedas de una moto que yace volcada cerca empiece a girar. Rocas y otros escombros repiquetean por la carretera.

Me alejo de Death cuando él extiende las alas.

De un salto, el jinete alado se lanza hacia el cielo. Su rostro es todo ángulos afilados. Una belleza solemne y trágica atenuada tan solo por su feroz determinación.

Extiende los brazos.

—¡Venid a por mí, hermanos! ¡Venid a por mí si os *atrevéis*! —los reta.

Cuando termina de hablar, varios edificios explotan a nuestro alrededor. Cristales, madera y paneles de yeso estallan como fuegos artificiales antes de caer como lluvia sobre la tierra. Mientras tanto, Death tiene el aspecto del ángel oscuro que es.

El viento azota y el pelo me da latigazos en la cara.

—¡Tánatos, por favor, para!

Me ignora. Así que me doy la vuelta y corro hacia los otros jinetes, que buscan sus armas con aire sombrío, preparándose para la batalla.

—¿Sabéis cómo detenerlo? —les pregunto al llegar a su lado.

War me mira mientras se ata al pecho un arnés de cuero lleno de cuchillos.

—¿Te refieres a si hay alguna manera de despojarlo de sus poderes? —pregunta. Niega con la cabeza, con los ojos llameantes

mientras observa a su hermano en el aire—. Nadie puede hacer eso, excepto Dios o el mismo Death.

Joder, pues menuda mierda.

DEATH

Siento la vida de Lazarus arder como una llama mientras desato mi poder. Su espíritu no se parece al de Pestilence ni al de War; ellos dos son mortales, sus almas son ofrendas fáciles. Les perdono la vida solo porque, quieran o no, *llegarán* hasta el amargo final. El espíritu de Famine es un poco más complicado. Sigue siendo inmortal, pero no me costaría despojarlo de su mortalidad, si así lo quisiera. Y a partir de ahí, también podría reclamar su alma.

Sin embargo, la vida eterna de Lazarus sigue fuera de mi alcance y aunque de todas formas no me la llevaría, me siento absurdamente agradecido de no tener ni siquiera esa opción.

Las cosas siempre han estado destinadas a ser así. Eso está claro.

Cuando todo termine, le haré ver a Lazarus que era así cómo debía suceder y recuperaré su amor. Porque, a diferencia de todos los demás, ella y yo tenemos todo el tiempo del mundo.

LAZARUS

Levanto la mirada hacia Death.

War me imita.

—Cada minuto que pasa es otro kilómetro que ha sembrado de muerte —declara con solemnidad.

El corazón se me hace añicos e imagino que todos nosotros —Pestilence, War, Famine y yo— estamos haciendo cálculos.

¿Cuántos kilómetros hay de aquí hasta la isla de Vancouver? ¿Cuánto tiempo tenemos hasta que Death destruya a los seres humanos que más nos importan?

Pestilence saca varios manojos de flechas de una de las alforjas de Famine y los deja cerca, en el suelo. Saca otro proyectil de su carcaj y lo prepara mientras el Segador hace girar su guadaña como si estuviera calentando la muñeca.

Una mano cálida se posa sobre mi hombro y me da un apretón. Miro a War justo cuando el corpulento jinete desenvaina una enorme daga de una de las fundas que le cruzan el pecho. Me la coloca en la mano mientras sus glifos rojos resplandecen en sus nudillos.

—No moriremos sin luchar —dice en voz baja. Sin embargo, en sus ojos brilla una oscura emoción. El ángel de la guerra ansía esto con ganas—. Y por muy inmortal que seas, te hace falta un arma. Prepárate.

¿Prepararme? ¿Para *qué*?

Cierro la mano sobre la empuñadura de la daga justo cuando Pestilence apunta con su arco hacia arriba. Se detiene solo un instante y luego dispara.

La flecha se eleva hacia el cielo. Y, por un instante, creo que va a alcanzar a Death, pero una ráfaga de viento la desvía.

Tánatos ni siquiera nos mira, aunque a lo lejos, oigo un estruendo atronador y otro edificio se derrumba…

¡Bum!

El suelo bajo nuestros pies se estremece.

Sin perder ni un segundo, Pestilence prepara otra flecha y dispara.

De nuevo, una ráfaga de viento la aparta de su trayectoria.

Pestilence dispara una flecha justo entonces, tras ajustar la puntería, hacia la izquierda del jinete.

Cuando el viento de Death desvía la primera flecha, impulsa la segunda hacia él. El proyectil lo roza, cortándole el borde exterior de la pierna.

Tánatos se tambalea en el cielo y se eleva aún más. Mientras lo observo, las nubes empiezan a acumularse, como moretones moteados.

—Ahora está fuera de alcance —dice Pestilence—. No podré darle, a menos que…

Escudriña el horizonte. Estamos rodeados de edificios.

Edificios que están *derrumbándose*.

Pestilence posa los ojos en uno en particular. Sigo la dirección de su mirada. Justo a nuestra derecha se alza un rascacielos abandonado. La estructura parece estar a medio camino de la tumba, dada su precaria inclinación.

—Podré alcanzarlo desde allí —dice, señalándolo con la cabeza.

—Hermano, se está cargando los edificios mientras hablamos —argumenta War.

Como para resaltar su argumento, una iglesia cercana se derrumba y su campanario desaparece entre la creciente nube de polvo.

Pero Pestilence ya está corriendo hacia la estructura tapiada.

—Pedazo de idiota —murmura Famine, pero es a Death a quien el Segador lanza una mirada letal—. Dejad que *yo* me encargue de ese cabrón —dice, con un deje malévolo.

Se levanta un fuerte viento, pero, en cuanto llega, Death parece contrarrestarlo con uno propio.

—Vas a tener que hacerlo mejor, hermano —dice War, dando vueltas a su espada en la palma de la mano, claramente impaciente por hacer algo.

—Relaja la raja un puto minuto, ¿vale? —le espeta Famine.

Mientras habla, una gota de lluvia me cae en la cabeza.

El Segador levanta el brazo y un rayo alcanza directamente a Tánatos.

Me quedo sin aliento. Por un instante, veo un esqueleto alado y no a mi jinete.

El aleteo de Death flaquea y me tenso, esperando a que se desplome hacia el suelo. Desciende varios metros, pero luego se endereza.

Abre las alas de nuevo y parece… ileso.

—¿Eso te parece mejor? —se burla War.

—¡Debería haber funcionado! —protesta Famine.

—Tu poder también es su poder, y es inmune a sus efectos.

Death dirige su atención brevemente hacia Famine, con la mirada perdida, como si no estuviera viendo realmente a su hermano.

Un instante después, otro rayo atraviesa el cielo y le da de lleno

al Segador.

¡Bum!

Tragándome un grito, me tambaleo hacia atrás mientras la luz cegadora catapulta a Famine a tres metros de distancia, y ahora yace inmóvil en el asfalto.

Pues vaya con lo de ser inmune a su propio poder…

—Se pondrá bien —me tranquiliza War. Al Segador le grita—: ¡Arriba, hermano! Tienes una guerra que seguir librando.

Famine gime. Un segundo después, se pone de lado y se incorpora. Se tambalea un poco, inestable.

Un trueno ruge a nuestro alrededor.

El Segador frunce el ceño mientras se nos acerca a War y a mí.

—Esa no era mi tormenta.

—No —dice War en tono sombrío—, debía de ser la mía.

Le lanzo una mirada de reojo al jinete.

—¿Qué quieres decir con la tuya? —pregunto con inquietud—. Creía que te habían arrebatado tus poderes.

Mientras hablo, el suelo tiembla violentamente y casi me caigo.

Famine me agarra del brazo, mirándome a los ojos mientras me endereza. Asiente con una única y solemne inclinación de cabeza. Sea imbécil o no, estamos juntos en esto.

War fulmina con la mirada a Death, que parece tan intocable como siempre.

—¿Te atreves a poner a mis viejos aliados en mi contra, hermano? —brama War al cielo.

Tánatos, con expresión distante, ni siquiera baja la mirada.

—Será mejor que prepares ese cuchillo. Vamos a tener mucha compañía —me dice el jinete de la guerra.

—¿Mucha compañía? —repito, echando un vistazo a nuestro alrededor—. Pero si aquí no hay nadie…

Vivo.

Sin embargo, *sí* hay una ciudad llena de cadáveres.

El temblor del suelo se intensifica cada vez más. Al sacudirse, varios edificios se derrumban a lo lejos.

—¡Pestilence! —grita Famine—. ¡Sal de ahí!

Sin embargo, su hermano no está a la vista y, si ha oído al

Segador, no le hace caso.

A unos metros, un cadáver que yace en la carretera se alza. Me doy la vuelta, solo para ver a varios más levantándose detrás de nosotros.

Cuanto más observo, más veo: en los edificios, en las calles que bordean la autopista… Los muertos vuelven a la vida, sus rostros putrefactos fijos en nosotros.

Por un instante, solo nos dedican una mirada perdida. Luego, todos a la vez, echan a correr hacia nosotros.

LXXII



Ha llegado el Día del Juicio Final, nada más y nada menos que en la ciudad de Los Ángeles.

Aferro la daga con fuerza mientras los muertos cargan hacia nosotros. Hace unos minutos, el arma me parecía excesiva. Ahora, me da la sensación de que no será suficiente.

Cuento a nuestros oponentes: uno, dos, tres, cinco, ocho, diez, doce, quince. Y siguen llegando más.

—Preparaos —ordena War mientras los cadáveres se acercan a nosotros.

Me tenso y alzo mi arma. El Segador hace girar su guadaña una última vez y la hoja produce un siniestro sonido cortante al hender el aire.

Y es entonces cuando los muertos se nos echan encima.

Los zombis van a por ambos jinetes, enseñando los dientes. Son mucho peores que los cadáveres que me atacaron en San Antonio cuando Tánatos intentó capturarme por primera vez. Esos llevaban muertos solo unos minutos; estas criaturas, sin embargo, son pura putrefacción, con la piel moteada, flácida y descompuesta —o carcomida— en algunos lugares.

Y el olor. Lo poco que he comido esta mañana me sube por la garganta.

Los zombis me ignoran mientras vomito, lo cual es una suerte para mí. De lo contrario, probablemente ya me faltarían un par de extremidades. En lugar de eso, me rodean, centrando toda su ferocidad en los hermanos de Death.

War se ríe como un loco cuando se le acercan. Se abre paso a

tajos entre la masa de cadáveres, haciendo volar sangre coagulada y otras cosas mientras les rebana los brazos o les lanza cortes por debajo de las piernas.

Me uno a la refriega, pese a que todo mi ser quiere retroceder ante la visión y el olor de los zombis. Aparto a uno de Famine y le asesto una patada en el pecho. Su cuerpo emite un sonido repugnante al aterrizar contra el suelo y yo hago una mueca. Me abalanzo sobre otro.

—Apuntad a las piernas y los brazos —nos ordena War—. El objetivo es incapacitarlos, porque no hay forma de matarlos.

Lanzo una mirada de reojo al enorme jinete justo cuando blande su espada como un bate de béisbol y hiere a toda una hilera de oponentes. Evito fijarme en ellos mientras caen desmembrados.

Esta es la situación más asquerosa en la que he estado nunca.

War me mira a los ojos y señala mi arma con la cabeza.

—Con eso puedes cortar el hueso, aunque yo apuntaría a las articulaciones —dice en tono desenfadado, pese a que un zombi se está abalanzando contra su espalda. Él agarra a la criatura por el cuello y la lanza lejos, hacia otra tanda de no muertos que se acercan, y consigue derribar al grupo—. Piensa que estás trinchando un pavo —continúa War mientras, a mi otro lado, Famine blande su guadaña alrededor de su cuerpo, segando a los muertos que lo rodean.

Le lanzo a War una mirada horrorizada, incluso mientras clavo mi arma en el hombro de un zombi cercano.

—Nunca volveré a comer carne.

El jinete de la guerra me dedica una sonrisa feroz antes de volver a concentrarse en sus atacantes.

Apunto a las articulaciones y corto hombros, muñecas y codos; la carne podrida se deshace bajo mi hoja y acabo manchada de sangre y otros fluidos innombrables.

«No son personas, no son personas», tengo que recordarme.

No dejan de llegar más muertos, pese a que hay montones de cuerpos destrozados y retorciéndose amontonados a nuestro alrededor.

Al otro lado de la carretera, veo a Pestilence en la azotea del

edificio que estaba estudiando antes. Solo hay unos pocos zombis allí arriba y, mientras observo, veo al jinete lanzar a un no muerto por el lateral de la estructura de una patada. El cadáver cae al vacío dando vueltas. Me fijo en que más muertos trepan por las paredes. No llegan muy lejos cuando sus manos ceden y caen al suelo, pero hay más movimiento en el interior del edificio.

Cerca de mí, Famine suelta su guadaña y frunce el ceño mientras sus ojos analizan a las hordas de muertos que pululan por la carretera mientras se precipitan hacia nosotros. El Segador mueve las manos como si recogiera magia del aire, con los dedos extendidos. Los brazos le tiemblan por el esfuerzo.

La tierra se estremece desde las profundidades.

El asfalto y el hormigón se agrietan cuando unas enormes plantas retorcidas se alzan del suelo. Un conjunto de enredaderas y ramas atrapan a los no muertos que corren, enroscándose alrededor de los cadáveres como serpientes. Oigo el ruido enfermizo de cientos de huesos rompiéndose a la vez. Más desconcertante aún es que no haya gritos de dolor. Los muertos no emiten ningún sonido mientras su cuerpo es aplastado.

A mi derecha, el edificio donde Pestilence está empieza a crujir.

—¡Hermano! —grita Famine con más emoción de la que le creía capaz.

Antes de que pueda decir nada más, una parte del rascacielos se derrumba. Los cadáveres caen junto con los escombros y, en lo más alto de la estructura, veo a Pestilence lanzándose por el borde de la azotea mientras el suelo se derrumba.

Famine extiende una mano y una hilera de enredaderas retorcidas brota desde donde estamos hasta la base del edificio, elevándose y entrelazándose para formar una especie de puente. En el otro extremo de dicho puente improvisado, una monstruosidad gruesa y retorcida trepa por las paredes del edificio. A mitad de camino, disminuye la velocidad.

—¡No puedo hacerla crecer más! —grita el Segador.

Dudo que Pestilence pueda oírlo, pero está claro que su hermano ha llegado al límite de lo que puede hacer para ayudar.

Pestilence se pone de pie y, con el arco cruzado en el pecho, se

coloca justo encima de donde el puente de enredaderas fibrosas de Famine se ha adherido a la planta que crece por las paredes del edificio. El rascacielos vuelve a crujir y el resto de la estructura empieza a derrumbarse.

Contengo un grito cuando Pestilence salta y su cuerpo cae a plomo. Antes de que pueda tocar el suelo, las plantas de Famine se estiran y lo atrapan. El follaje cruje al depositarlo en el otro extremo del puente.

Pestilence tarda un momento en orientarse, pero una vez que lo hace, cruza el puente con sorprendente agilidad. Al bajarse, le hace un gesto con la cabeza a Famine.

—Gracias, hermano —dice Víctor mientras se quita el arco del pecho.

—Solo hago mi trabajo —responde su hermano—. Ana dice que debemos cuidar de nuestros ancianos.

El Segador no tiene ni idea de cómo gestionar la gratitud, pero Pestilence suelta una carcajada y le da una palmada en la espalda.

—Espero que tú también tengas la oportunidad de experimentarlo, hermano.

La expresión de Famine se vuelve seria.

—La tendré.

Ahora que los jinetes están a salvo, contemplamos la carnicería que nos rodea. No cientos, sino miles, de cadáveres se retuercen, atrapados en las plantas de Famine o amontonados en pilas. Una mano en descomposición se aferra al tobillo de War. El jinete lanza el apéndice al otro lado de la carretera y este impacta en la cara de un zombi atrapado.

A lo lejos, veo a más no muertos trepando por el follaje, y aunque las plantas acaban rápidamente con los nuevos cadáveres, es imposible que puedan contener a la horda por mucho tiempo.

El Segador hace una mueca al ver los cuerpos.

—Huelen… a mierda.

—Son cadáveres —le recuerda Pestilence, escarbando entre los muertos. De debajo, saca uno de los manojos de flechas que ha preparado antes—. ¿Esperabas que olieran a tus preciadas rosas

púrpuras? ¿Esas que te gusta frotarte por todas partes cuando crees que nadie te ve?

En respuesta, un arbusto cercano se abre y libera a un zombi casi pulverizado. La criatura se lanza hacia Pestilence.

—¡Uy! —suelta Famine.

Maldiciendo en voz baja, Pestilence suelta sus armas justo cuando la criatura se estrella contra él. El jinete agarra al no muerto con ambas manos y lo lanza por encima del hombro, apuntando directamente hacia el Segador.

El cadáver se estrella contra Famine y casi lo tira al suelo. El Segador empieza a maldecir cuando War se acerca y blande su espada, cercenando al no muerto por las rodillas.

En el cielo, Tánatos se tambalea. Baja la mirada hacia lo que tiene delante. Si me ve, no da señal alguna.

En vez de eso, a nuestro alrededor, las plantas que Famine ha hecho crecer se marchitan. No liberan a los zombis atrapados, pero tampoco les hace falta. Ya hay cientos más escalando el muro vegetal.

—¡Mierda! —maldice el Segador.

El suelo tiembla a medida que más plantas se abren paso. Mientras Famine se concentra en reconstruir nuestras defensas, los cadáveres a nuestro alrededor empiezan a temblar.

—¡Pestilence, Lazarus, Famine! —nos llama War—. ¡*Preparaos*!

Recorro a los muertos con la mirada justo cuando montones de partes cercenadas se unen, recomponiendo los cadáveres como si nadie los hubiera hecho cachitos. Ya había visto algo similar antes, con los sirvientes de Death, que parecían sostenerse en pie únicamente gracias a la magia. Pero nunca lo había visto con cuerpos de carne y hueso.

Los apéndices cercenados no se recomponen físicamente, sino que la magia parece mantenerlos en el sitio que les corresponde. En cuestión de segundos, legiones de muertos vuelven a estar completos. Adolescentes, adultos, niños y ancianos. Todos nos miran con sus ojos podridos.

Y entonces, atacan, todos a la vez.

Le asesto una patada al brazo previamente cercenado de un

zombi cercano. Mi bota encuentra resistencia, pero, ni un segundo después, la extremidad se desprende. Espero a que se recomponga. En vez de eso, se arrastra por el suelo, como tanteando.

Bueno, eso facilita mucho las cosas. Empiezo a dar patadas a rodillas y codos, a cercenar con mi arma brazos, piernas y cualquier otra cosa a mi alcance. Aun así, los jinetes están prácticamente desbordados.

Famine sigue haciendo crecer plantas, que acaban con algunos muertos, pero hay tantos cadáveres acercándose que sus esfuerzos solo detienen el flujo, no los frenan por completo.

En mitad del caos, diviso una hilera de esqueletos marchando por la autopista. Debe de haber una docena escabulléndose entre las plantas de Famine y abriéndose paso entre los escombros. A diferencia del resto de muertos, no tienen prisa ni se centran en los jinetes.

En vez de eso, avanzan hacia mí.

—¡Lazarus! —grita Pestilence mientras se deshace de un no muerto—. ¡Van a por ti!

Echo a correr para alejarme de los esqueletos, blandiendo mi arma prestada y cortando las extremidades de mis atacantes cuando puedo.

Los sirvientes de Death se acercan a mí, y el hecho de que yo no deje de moverme no parece molestarles. La mitad del grupo simplemente pasa de largo junto a los jinetes y a mí, mientras que la otra mitad se despliega frente a nosotros. Solo entonces se me acercan de verdad, cerrando cada vez más la formación hasta que me tienen rodeada. Una vez que están en posición, se quedan aterradoramente quietos.

Intento abrirme paso entre ellos, pero en cuanto doy un paso hacia uno de los esqueletos, todo el grupo se desplaza en la misma dirección, manteniendo una barrera de un metro a mi alrededor lo mejor que pueden. Eso los deja frustrantemente fuera de mi alcance.

Lo intento de nuevo, acechando a otro esqueleto al otro lado del círculo y, de nuevo, el mismo resultado.

Respiro hondo antes de preguntarme: ¿qué pasaría si ignorara

por completo a los esqueletos y me acercara a uno de los zombis que luchan *fuera* del círculo?

Veo a uno cargando hacia Pestilence y me adelanto para cortarle el paso. Los esqueletos me siguen, pero en cuanto alcanzo al no muerto que carga contra el jinete, mis guardias dejan de avanzar, impidiéndome acercarme más a la criatura.

Me abalanzo sobre el cadáver pútrido que hay tras los esqueletos y hundo el cuchillo en la piel moteada de la mujer, pero no sirve de mucho, no con un esqueleto entre nosotras. Así que extraigo la hoja y cierro la mano alrededor de la empuñadura para golpear al esqueleto que tengo delante justo en el cráneo. Este retrocede e impacta contra el cadáver putrefacto, cosa que los desequilibra a ambos.

El cadáver más reciente cae al suelo, así que me acerco a él, le planto una bota en el pecho a la no muerta y le corto los brazos por las articulaciones, intentando no sentir náuseas ante su horrible hedor o por el hecho de que en el pasado fuera humana. Le corto las piernas de la misma forma, y solo me detengo para apartarme y vomitar cuando las imágenes, los sonidos y los olores me abruman.

«No soy un monstruo», me recuerdo a mí misma.

Porque, esté muerta o no, esto me parece monstruoso.

Mis guardaespaldas esqueléticos ya se han reorganizado a mi alrededor, pero no importa, porque de repente puedo volver a luchar.

Más zombis llegan a cada segundo que pasa y da la sensación de que tenemos que darlo todo para mantenerlos a raya.

—¡Famine! —grita War, rajando a más no muertos mientras habla —. ¡Olvídate de los zombis!

Al oírle, el Segador parece quedarse quieto, con expresión de incredulidad.

—¿Estás loco? —brama de vuelta.

—Puede que sea mortal, pero sigo siendo un señor de la guerra y obedecerás mi orden. Deja de usar tus poderes contra los zombis y construye una barrera alrededor de ti y de Pestilence lo bastante fuerte y firme como para mantenerlos alejados.

Apenas ha terminado de hablar, cuando dos círculos de árboles se alzan del suelo. Cada tronco está tan cerca del siguiente que ni

siquiera los zombis más pequeños podrían colarse. Los círculos de árboles se cierran alrededor de Famine y Pestilence como jaulas.

—¿Y tú y Lazarus? —pregunta el Segador, sin discutir con su hermano por una vez.

—Lazarus no necesita protección. Death no se atrevería a hacerle daño.

Famine me lanza una mirada rápida antes de volver a concentrarse en War.

—¿Y tú? —pregunta.

—Es necesario que uno de nosotros pueda seguir moviéndose con libertad —explica el jinete de la guerra mientras se carga a una hilera de cadáveres—. Ahora, hermano mío, utiliza todo lo que esté a tu alcance para bajar a nuestro otro hermano del cielo.

El corazón me late con fuerza.

—Pestilence —grita War—, prepara tu arco. Cuando Famine debilite lo suficiente a Death, quiero que le dispares. Lazarus —me dice, rajando a unos cuantos no muertos más antes de mirarme—, cuando Tánatos baje del cielo, si aún no está muerto, serás tú quien deba acabar con él.

Palidezco.

War debe de ver mi expresión.

—Eres la única que puede acercarse lo suficiente —añade.

He matado a Death muchas veces, pero eso era cuando no quería al jinete.

Ahora sí.

—No sé si puedo —susurro con voz ronca.

—Entonces estamos todos condenados.

La mirada de War es dura. Es la voz de un general, uno que sabe que no hay lugar para la compasión en el campo de batalla, no cuando el enemigo no ofrecerá ninguna.

Pero Death *no* es mi enemigo, y puede que lo que está haciendo sea un error e incorrecto, pero no sé si es malvado. Para ser sincera, ya no tengo claro qué es el mal.

Hazlo por Ben y por todos los que aún no han perdido la vida.

Inspiro con fuerza por la nariz y asiento, más que nada para convencerme a mí misma.

War me mira con astucia, y siento que, subliminalmente, me dice: «todos tenemos que hacer sacrificios. Este es el tuyo».

Es entonces cuando me doy cuenta de lo que no dice: que mientras Famine y Pestilence intentan hacer caer del cielo a Death, y mientras yo me preparo para matar al jinete invencible, War —el War *mortal*— se enfrentará solo a los zombis.

No va a sobrevivir.

Por eso me mira con tanta intensidad.

Respiro hondo.

—Lo haré —le aseguro.

Y lo digo en serio, aunque me rompa el corazón.

War asiente lentamente.

—Bien. —Sin dejar de mirarme, grita—: Famine, Pestilence, Lazarus… ha sido un honor luchar a vuestro lado. También será un honor morir junto a vosotros. Hagamos que valga la pena.

—Ay, no te me pongas ñoño —bromea Famine, pero tiene una expresión extraña y sus penetrantes ojos brillan.

—Ha sido un honor —dice Pestilence, dedicándole a War una inclinación de cabeza.

Yo no sé nada sobre el honor ni sobre todo ese rollo de tener una *muerte gloriosa*. La vida aún se extiende ante mí, vasta, insondable y aterradora.

Pero mientras los no muertos se abalanzan sobre el jinete, tengo que enfrentarme a todo igualmente. Lanzo tajos y patadas y, a veces, cuando mis guardias se interponen, rompo huesos.

Respiro con esfuerzo mientras intento estar en todas partes a la vez.

War hace todo lo posible por ayudar a sus hermanos, alejando a los no muertos de las jaulas improvisadas de Famine y recogiendo las últimas flechas de Pestilence para pasárselas a este. Mientras lo hace, yo lo sigo de cerca, abatiendo a las criaturas que intentan romperle los huesos al señor de la guerra y desgarrarle la carne.

Sobre nosotros, las nubes se acumulan y el aire cambia. Una fuerte gota de lluvia aterriza con fuerza en mi cabeza, luego otra y otra más. Empieza a llover sobre nosotros, llevándose la mugre consigo, pero también volviendo a los zombis mucho más… viscosos.

Tras el destello de un relámpago, alzo la mirada justo a tiempo para ver cómo un rayo alcanza a Tánatos. Él arquea ligeramente la espalda cuando la electricidad lo recorre y a mí se me cierra la garganta al verlo. Otro rayo impacta contra él. Aún no se ha recuperado de este cuando lo recorre un tercero. Famine golpea a Tánatos una y otra vez. Con cada ataque, el jinete desciende varios metros antes de recuperar la compostura.

¿Me siento mal porque mi verdadero amor esté siendo asado hasta la muerte por unos rayos sobrenaturales? Sí.

¿Creo que se lo merece por ser un malnacido y someternos a todos al Día del Juicio Final? Pues también.

—Ahora no puedes robar almas, ¿verdad, hermano? —se burla el Segador.

—¡Bien hecho, Famine! —lo anima Pestilence, colocando una flecha en su arco mientras War se encarga de los zombis que trepan por su jaula.

Pestilence apunta con el arco y, por un instante, dejo de luchar solo para observar. Soy incapaz de expresar lo que siento. Mis emociones son un desastre. Quiero que el plan de War funcione, pero también temo que lo haga. Pestilence dispara la flecha y esta forma un arco en dirección a Tánatos. Justo cuando se acerca a Death, una ráfaga de viento la hace cambiar de dirección.

Por supuesto, me había olvidado de eso.

Pestilence maldice, saca otra, apunta y la suelta. Pero también se desvía de su curso en el último momento.

—¡Necesito ayuda con el viento! —grita.

—¡Estoy un poco ocupado asando a este cabrón! —le responde Famine, también a gritos.

Yo reanudo la tarea de destrozar los huesos de mis captores y de cercenar las extremidades de los no muertos, pero es un trabajo lento y agotador.

¿Cuántos minutos nos quedan antes de que el poder de Death alcance a Ben y a los demás?

Me muevo frenéticamente, presa del pánico al pensar que ya ha pasado mucho tiempo y, sin embargo, nuestros esfuerzos no nos han llevado muy lejos.

Pestilence empieza a apuntar no solo a Death, sino también a su alrededor, con la esperanza de que algo logre eludir al jinete alado e impacte donde debe.

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!

La lluvia ha parado, pero los relámpagos siguen. Una sucesión de rayos golpea a Tánatos, la embestida es tan intensa que el manto esquelético que cubre su rostro y su cuerpo parece permanente. Tiene la espalda arqueada y su aleteo es un poco errático. Bajo el cráneo superpuesto sobre su rostro veo que hace una mueca. Comparta o no ese poder, le está afectando.

Cerca de mí, War lanza un grito de guerra mientras lucha. Rebana a los muertos de dos en dos y de tres en tres. Los cuerpos se amontonan a nuestro alrededor, pero llegan más a cada segundo.

—¡Solo me queda el último haz de flechas! —grita Pestilence.

Levanto la mirada hacia Death justo cuando, por fin, pliega las alas y cae.

Durante un instante, el rayo se detiene mientras él impacta contra el follaje, a unos treinta metros de nosotros.

El repentino silencio hace que me zumben los oídos.

Los zombis siguen apareciendo y atacando, pero Tánatos yace desplomado sobre las ramas, con las alas en una posición extraña.

Doy un paso vacilante hacia él, con el corazón latiéndome con fuerza.

No hay alivio ni victoria.

Debería sentirme complacida, pero solo siento pánico por su estado y pena por la situación.

Rebano a más zombis con la mirada fija en mi jinete. Mientras yace ahí tirado, las plantas a su alrededor parecen marchitarse hasta convertirse en polvo, y los muertos atrapados en sus garras quedan libres de nuevo. Death cae sobre la carretera llena de escombros.

War ruge, desviando mi atención de Tánatos. Dos no muertos están agarrándole el brazo de la espada, que tiene doblado en un ángulo extraño. Roto.

El señor de la guerra se pasa la espada a la otra mano y empieza a blandir la hoja como si no supusiera ninguna diferencia. Aun así, se me encoge el estómago. Está claro que ya no puede luchar con

todas sus fuerzas, y los zombis ya iban a por él más rápido de lo que podía matarlos.

War me mira y asiente.

Joder, me toca.

Aferro mi arma con más fuerza y las náuseas de antes vuelven a aumentar.

Doy un paso inseguro, luego otro, preparándome para lo que debo hacer.

Puedo hacer que el fin de Death sea rápido. No será para siempre. El jinete puso su deber para con Dios por encima de mí; yo también puedo poner mi deber para con la humanidad por encima de él.

Aun así, *siento* que estoy haciendo algo malo y cada paso que doy me resulta agonizante.

A nuestro alrededor, Los Ángeles ya no se parece a lo que era. Todos los edificios se han derrumbado y montañas de escombros yacen en su lugar. Las hordas de muertos se mueven sobre ellos.

Todos se dirigen hacia aquí.

Estoy a medio camino de Death cuando una de sus alas sufre un espasmo.

Segundos después, los rayos de Famine vuelven a hacer acto de presencia.

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!

Se estrellan contra Tánatos con tal fuerza que pierdo el equilibrio y caigo sobre un montón de extremidades que no dejan de retorcerse.

El olor, la textura y el movimiento son demasiado. Me pongo de lado y vomito, aunque no sale nada. Ya he vaciado antes todo el contenido de mi estómago.

—¡Lazarus! —brama War—. ¡Ahora!

Levanto la mirada hacia Death, respirando con dificultad. Está a tan solo quince metros de mí, pero siento como si nos separara un océano entero.

Me obligo a ponerme de pie, aunque me tiemblan las piernas. Los rayos no dejan de caer sobre Tánatos, pero mientras observo, las alas del jinete se mueven aún más, y no estoy segura, pero no

creo que sea un movimiento reflejo provocado por los impactos de los rayos.

Entonces, Death mueve los brazos atrapados bajo su cuerpo, y queda claro que eso no es un reflejo.

Me abro paso entre cadáveres retorcidos y mis guardias esqueléticos avanzan conmigo.

Death dobla una pierna bajo su cuerpo y se levanta mientras los rayos no dejan de impactar contra él. Es difícil ver lo que hay debajo de la superposición esquelética, pero creo que sus ojos oscuros brillan con furia mientras mira fijamente a Famine.

Extiende la mano. Sus dedos parecen mitad huesos, mitad carne.

De repente, los rayos se detienen.

Miro hacia atrás justo a tiempo de ver tropezar a Famine con los troncos que forman su jaula, con los ojos y las mejillas hundidas.

Pestilence dispara una flecha, que se incrusta en una de las alas de Death, y luego otra que le atraviesa la garganta.

Tánatos se lleva la mano a la nuca y extrae la flecha; la herida cicatriza ante mis ojos.

—¡Death! —grito, pasando por encima de otro cuerpo.

Pero sigue concentrado en Pestilence, que ahora lanza una lluvia de flechas sobre él. El viento arrecia alrededor de Tánatos, alejando los proyectiles.

«¡Rápido!», me digo y aprieto el paso pese a que no dejo de tropezarme con restos humanos que se retuercen.

Ya solo quedan seis metros entre Death y yo. Seis metros de carnicería.

Pestilence emite un sonido ahogado y arquea la espalda. El arco se le resbala de las manos cuando cae de rodillas. Su carcaj y esas preciadas pocas flechas que le quedaban caen al suelo y, mientras observo, el jinete, el mismo que se llevó a mis padres hace tanto tiempo, se marchita ante mis ojos.

El pánico me recorre.

—¡*Para*! —La petición me sale como un susurro mientras corro hacia Death—. ¡Para! —grito de nuevo, más fuerte.

Pero el rugido de War eclipsa mis palabras. Me giro a tiempo para ver que ha caído de rodillas. Apenas lo distingo entre la

montaña de zombis que se acercan a él. Busca una de las dagas envainadas que lleva atadas al pecho; su espada no está a la vista.

War se libra de los cadáveres el tiempo suficiente para lanzarle a Death un cuchillo tan fino como una aguja. La hoja emite un silbido al girar en el aire. Pero Tánatos la derriba con su extraño viento con la misma facilidad con la que ha desviado las flechas de Pestilence.

War le lanza otra arma y otra más. Cuando hace ademán de buscar una cuarta hoja, veo un destello metálico justo cuando un zombi le clava algo en el abdomen. El jinete brama de nuevo, y por fin me doy cuenta de lo que está pasando. Los no muertos se han hecho con su espada y ahora lo están matando con ella.

Pero Tánatos tampoco ha terminado con su hermano. El señor de la guerra sigue intentando buscar otra arma cuando las mejillas se le hunden y la piel se le descuelga.

Los tres hermanos se marchitan, sucumbiendo al oscuro poder que Death ejerce sobre ellos.

Me coloco de cara a Tánatos una vez más y ahora corro hacia delante, saltando por encima de los cadáveres y el asfalto destrozado, con mis guardaespaldas esqueléticos formando a mi alrededor.

—¡Detente! —Es un grito desgarrado y agonizante.

El jinete mueve la mano en mi dirección, con la mirada perdida y, durante un inquietante instante, creo que me va a hacer lo mismo que a sus hermanos. En cambio, el suelo se agrieta y una maraña de follaje se alza, creando una jaula inquietantemente similar a las que rodeaban a los otros dos jinetes.

—¡Tánatos! —grito, intentando salir de mi cárcel, que no deja de crecer a mi alrededor. Uno de los esqueletos que me rodeaba me empuja de vuelta al interior mientras las ramas se entrelazan y termina de formarse—. ¿Por qué haces esto?

Por un instante, la mirada de Death se afila y parece estar agonizando. Luego, se fija otra vez en sus hermanos, y su expresión se vuelve fría e implacable de nuevo.

Mi jaula viviente sigue creciendo y enroscándose. Una vez formada, los esqueletos que me han servido durante semanas caen al suelo, de nuevo un puñado de huesos y nada más. Un instante

después, los demás no muertos los siguen; sus cuerpos putrefactos hacen ruidos húmedos al desplomarse.

El silencio que se hace a continuación es ensordecedor.

A mi alrededor, los demás jinetes yacen moribundos. Ya no hay relámpagos, ni flechas, ni cuchillos. Veo al bondadoso Pestilence, al feroz War y al volátil Famine retorciéndose en el suelo, sus cuerpos envejeciendo ante mis ojos.

—¡Los estás matando! —grito.

Un par de lágrimas me resbalan por las mejillas.

¿Cuándo he empezado a llorar?

—No pueden morir de verdad, Lazarus —me responde Death en tono impasible—. Ninguno de nosotros puede.

Con mi arma empiezo a cortar una de las ramas, pero con cada segundo que pasa, el tronco parece volverse cada vez más grueso. Desisto en mi empeño de talarlo y empiezo a trepar. Resbalo una y otra vez mientras subo y, cuando por fin llego a la cima, las plantas se entrelazan entre sí, creando una especie de cúpula frustrantemente impenetrable.

Aun así, intento abrirme paso a cuchillazos, con el corazón latiéndome desenfrenado.

Más rápido, más rápido.

No puede quedar mucho tiempo.

La daga se me escapa de las palmas sudorosas y cometo el error de intentar cogerla. Ese impulso me desequilibra. Resbalo, caigo al suelo y se me escapa un gemido al aterrizar de espaldas.

Ruedo de lado, sintiéndome frágil y magullada. Entre los barrotes de mi jaula improvisada, vislumbro la prisión de Famine. Ya no es necesaria, ahora que los zombis se han retirado. Dentro, el Segador yace acurrucado en posición fetal, con su cabello color caramelo colgando lacio a su alrededor. Su piel ha adquirido un tono grisáceo y le cuelga suelta de los huesos. Se aprieta una mano contra el pecho mientras esboza una mueca.

Se me escapa un gemido al ver a este hombre, antaño temible, al borde de la muerte.

Al oírme, el Segador abre los ojos de golpe y encuentra los míos.

El terrible y malhumorado jinete y yo intercambiamos una larga mirada.

«Termina con esto», parece querer decirme.

Famine alarga una mano hacia las plantas que me aprisionan, con el brazo tembloroso. Los árboles que me enjaulan se separan lo justo para que pueda pasar entre ellos. El jinete baja el brazo y me hace un leve gesto de asentimiento, que yo le devuelvo.

Agarro mi daga, me obligo a ponerme de pie y salgo de mi prisión.

Death empieza a girarse hacia mí cuando Famine llama su atención.

—¡Puto imbécil! —Su voz es débil, aunque creo que intenta gritar —. ¿Has tenido el mundo entero en tus brazos y lo has malgastado? ¿Para qué? ¿Para *esto*? —Suelta una risa hueca que se convierte en una tos—. Ya puedes pudrirte eternamente, Tánatos. Lamentarás este momento hasta el fin de tu existencia de mierda.

Inquietantemente despacio, Tánatos se gira hacia él. Parece un ser mítico, con su armadura plateada inmaculada y sus alas oscuras asomando a su espalda.

Famine me ha comprado algo de tiempo.

Me acerco a Death en silencio. Ahora mismo, solo tiene ojos para el Segador.

Tánatos da un paso al frente; aplastando huesos con las botas y arrastrando las alas por la podredumbre del suelo.

—¿Querías ser mortal, hermano? —pregunta—. Te lo has ganado. Cuando todo esto termine, morirás junto a tus queridos humanos.

Un sonido ahogado escapa de los labios de Famine. Mientras lo observo, su armadura de bronce desaparece de su cuerpo. A su lado, la guadaña que una vez presionó contra mi cuello se desvanece hasta que no queda nada.

Entonces, de repente, Famine se queda sin fuerzas. Durante un segundo, creo que está muerto, pero luego oigo sus jadeos superficiales. Con la mirada de Death aún fija en él, doy varios pasos más hacia mi jinete, casi conteniendo la respiración.

Por el rabillo del ojo, veo al Segador llevarse una mano al pecho y soltar una débil risilla.

—Cabrón —resopla—. *Cabrón*.

Temo que War y Pestilence ya estén muertos. Temo que, si pierdo más tiempo con sutilezas, Famine también pase a mejor vida.

Paso por encima de los huesos y cadáveres esparcidos sin molestarme en amortiguar mis pasos. El mundo a nuestro alrededor está en silencio, en doloroso silencio.

Con terrible lentitud, Tánatos me dedica toda su atención.

Es tan atractivo y trágico como la primera vez que lo vi. Ahora me doy cuenta de que fue creado para este momento.

—No puedo dejar que hagas esto —le digo.

Esos extraños y encantadores ojos que tiene, esos que parecen contener el universo entero, me examinan de los pies a la cabeza.

—¿Qué hay que temer, *kismet*? —pregunta en voz baja. Su pelo ondea con la inmensidad de su poder—. Tú no morirás y yo no te dejaré atrás.

—Maldita sea, Tánatos, esto no es por mí.

Nunca ha sido por mí.

Death ha mencionado a Dios observando, incluso entrometiéndose.

Sin duda, en este momento dispongo de toda su atención.

Permíteme detener esto. Sea cual sea el papel que se supone que debo desempeñar, déjame desempeñarlo. Déjame terminar con esto.

Se escucha un ruido, como el estallido de un trueno, y una luz cegadora parece salir de mis propios ojos.

Me tambaleo, incapaz de oír nada más allá del zumbido en mis oídos o ver más allá de la luz que nubla mi visión.

Lentamente, el zumbido se convierte en el ruido de mi pulso latiendo con fuerza.

Pum, pum, pum.

Parpadeo varias veces y el mundo vuelve a enfocarse.

—Lazarus.

Hay una mano en mi espalda y levanto la mirada hasta toparme con los ojos sobrenaturales de Death. Esas motas plateadas en sus iris parecen brillar más que antes, y están llenas de la preocupación que estoy acostumbrada a ver en el rostro de Tánatos.

El solemne y trágico Tánatos, que no teme a la muerte pero que odia el sufrimiento. Tánatos, universalmente odiado, incluso por sus propios hermanos. Él, que está eternamente encadenado a su terrible tarea. Eternamente incomprendido. Eternamente solo.

Excepto cuando estamos juntos.

«¿De verdad crees que algo de esto ha sido casualidad?».

Aferro mi arma con más fuerza y levanto la hoja mientras mis ojos se encuentran con los de Tánatos. Solo quedamos nosotros. Los demás jinetes están prácticamente muertos. La ciudad yace en ruinas y sus habitantes están dispersos a nuestro alrededor.

La mano con la que sostengo la daga me tiembla al apuntarle al pecho, con la punta suspendida sobre esas imágenes ctónicas grabadas en el metal. Me quedo petrificada al alzar la mirada hacia el jinete. Lo que estoy a punto de hacer va en contra de todo lo que creo.

Por un instante, en los ojos de Death brilla la traición.

Respiro hondo, temblando de pies a cabeza.

—¿Serías capaz de hacerme daño? —me pregunta en voz baja.

Trago saliva mientras lo miro fijamente.

Su boca forma una línea sombría al observar mi expresión.

Tánatos cuadra el pecho.

—Hazlo —me reta—. Esta es la única oportunidad que voy a darte.

Respiro de forma entrecortada.

Dame fuerzas.

Hay dos formas de detener a Death: matarlo…

O matarme yo.

Giro la daga hacia mi cuerpo y me la clavo en el pecho.

LXXIII



He leído historias de gente arrebatándose la vida con sus propias espadas. Siempre hacían que pareciera noble y trágico.

¡Y una puta mierda! Esto duele un huevo.

—¡No! —Death ruge como un animal herido.

Apenas lo oigo por encima del frenético latido de mi sangre en los oídos. Los extraños espasmos de mi corazón dejan claro que he dado en algo importante.

Me ahogo de dolor mientras bajo la mirada hacia mi pecho. La hoja todavía sobresale parcialmente de mi cuerpo, pero duele tanto que no creo que pueda hundirla más.

Me llevo la mano a la herida y me corto con la parte de la hoja que continúa expuesta. La sangre se me cuela entre los dedos y sale… deprisa. Muy deprisa.

Es entonces cuando Death se acerca y envuelve mi cuerpo con el suyo. Me baja hasta el suelo y me acuna en sus brazos.

—¿Por qué, Lazarus? —dice con la voz quebrada—. ¿Por qué?

Ya no se muestra distante ni imponente.

Me cuesta trabajo desviar la mirada hacia la suya.

—Alguien… tenía que… detenerte.

Tánatos nos rodea con sus alas. La batalla ha quedado olvidada. La humanidad y el Día del Juicio Final han quedado atrás. Todo ha quedado a un lado mientras él me mira fijamente.

Niega con la cabeza

—No puedes detenerme.

Me desplomo contra su cuerpo y un sonido áspero escapa de mis labios.

El jinete me presiona la herida con una mano y yo jadeo de dolor.

—Tengo que sacarte esto —dice, colocando la mano alrededor de la empuñadura de la daga.

Niego con la cabeza, pero no me escucha.

Con una mueca, veo cómo la resolución aumenta en su expresión. Y a continuación…

Me extrae la hoja del pecho.

Grito, o al menos lo intento. Me sale como un gemido agonizante y, por suerte, me desmayo.

—*Kismet*…

Me remuevo cuando esa voz lastimera me despierta. Parpadeo y abro los ojos, y…

Agonía. Una agonía abrasadora y sofocante. Es lo único que siento: eso y los regueros de sangre que me empapan el pecho al salir de mi cuerpo.

—Lo siento, Laz. Pronto te pondrás bien —jura Tánatos—. De verdad.

Coloca una mano sobre la herida y respiro hondo. Incluso ese ligero roce me provoca un dolor descomunal.

Siento el poder de Death rozándome la piel. Espero a que lleguen el calor y el picor que indican que mi cuerpo se recompone.

Solo que…

—No funciona. —El pánico impregna la voz del jinete.

Ni la criatura más poderosa puede curarme.

Lo miro mientras suelto un grito ahogado.

Esa súplica desesperada, ese rayo de luz tras mis ojos…

Ha sido una intercesión.

«Los humanos las experimentáis todo el tiempo, pero estáis tan cegados por vuestra propia percepción de la realidad que las pasáis por alto. Ignoráis a las fuerzas mágicas más poderosas de vuestras vidas incluso cuando se despliegan ante vuestros ojos».

Creo… creo que me he vuelto verdaderamente mortal.

Me invade el terror. Nunca le he temido a la muerte, porque nunca *permanecía* muerta.

Pero esta vez siento que va a ser la definitiva.

Dios mío, creía que tendría más tiempo. Un tiempo infinito.

Cierro los ojos, exhausta por el dolor.

Me gustaría decir que me siento en paz, pero, joder, siento que me voy antes del último acto.

—Tánatos —murmuro.

Busco su mano a ciegas.

Sobre todo, no quiero dejarlo a él. Él es *todas* las razones por las que quiero vivir.

—Laz…

«Laz».

Abro los ojos ante la intimidad de ese apodo.

Le sostengo la mirada a Tánatos. El miedo inunda sus ojos. Él también está asustado. Pero solo es la muerte. Es su estado más natural.

—No pasa nada —susurro, incluso mientras empiezo a temblar.

Me agarra con más fuerza.

—No, Lazarus, no pienso dejarte ir —jura.

—La vida y la muerte son amantes —le recuerdo—. Nada… puede cambiar eso. —Le aprieto la mano—. Te quiero —confieso al fin.

Su expresión se desmorona.

—No. —Le sale como una súplica, con una lágrima deslizándose por el rabillo del ojo.

Se me empiezan a cerrar los párpados.

—Lazarus, quédate conmigo.

Pero mi obstinado cuerpo ignora sus órdenes.

Él me besa en los labios e incluso en ese gesto siento la presión desesperada de su poder, impulsándome a vivir.

No sirve de nada.

Con ese beso, se me para la respiración, se me para el corazón, y finalmente, quedo verdaderamente *libre*.

En el momento en que mis labios abandonan los suyos, lo sé.

Se ha ido.

Y por primera vez desde que la conocí, siento que su espíritu se separa de su cuerpo.

No.

La inmortalidad de Lazarus no es tan diferente de la nuestra. Se le puede arrebatar.

Se le ha arrebatado.

A lo lejos, Famine se ríe, un sonido jadeante y húmedo. No se me ocurre ninguna reacción más inapropiada.

—Ha hecho otro trato a tus espaldas, hermano —me dice.

Me quedo sin aliento mientras miro a mi Lazarus.

«¿Eso has hecho?», le pregunto en silencio.

Pero claro que ha debido de hacerlo. Ella no podía arrebatarse su propia inmortalidad. Y solo existe un ser que puede conceder y tomar la vida libremente.

Dios me ha abandonado.

—Por fin lo entiendes, igual que todos acabamos haciéndolo —resuella Famine—. No puedes tener ambas cosas. Debes tomar una decisión. —Otro resuello.

—Ya han tomado la decisión por mí —espeto.

—No es verdad.

Lo miro. Siento que su insinuación me acelera el corazón.

Me tiembla la mano al volver a mirar a Lazarus. A Lazarus, que se suponía que nunca moriría.

Lazarus ha negociado con su vida por la humanidad.

No sé si la voz en mi cabeza es mía o de *Ella*. Esta forma confunde mis sentidos.

¿Qué vas a hacer? Al final, la decisión es tuya.

—La decisión *no* es mía —digo con vehemencia.

Lo único que he hecho siempre ha sido seguir las órdenes del universo.

Me fijo en Famine antes de reparar en las formas inmóviles de Pestilence y War. Mis tres hermanos estaban dispuestos a todo para detenerme. Acepté su decisión de luchar por la humanidad. Incluso comprendía el profundo impulso que los guiaba. Querían a sus

esposas e hijos, y todos llegaron a apreciar a la humanidad, incluido Famine, pese a su endurecido corazón.

He visto a mis hermanos aferrarse a sus mujeres en la muerte. He sido testigo de sus pactos. Me creía por encima de eso. Y ahora, aquí estoy, con esta mujer de carne y hueso que se enfrentó a mí, que me impulsaba a seguir y que me quería. La mujer de la que estoy perdidamente enamorado.

—Coge a tu mujer y corre, Tánatos —susurra Famine.

—No puedo. —Se me quiebra la voz.

Jamás he roto las reglas. Ni una sola vez en todos mis largos años de existencia. Siempre he guiado a todas las almas a su más allá.

Igual que haré con la suya.

Igual que tengo que llevar la suya.

Respiro hondo mientras deposito su cuerpo con cuidado.

—Estúpido —susurra Famine.

Me levanto y me enfrento al alma de Lazarus. Es tan brillante como sabía que sería.

La abrazo, me deslizo con ella hacia el mundo de los espíritus y llevo a mi *kismet* al más allá.

LXXIV



Octubre, año 27 de los jinetes
El más allá

Lazarus

Muerte… No es la palabra adecuada para esto. La muerte es un final, pero esto no es un final, ni mucho menos. Da la sensación de ser más un comienzo. Una especie de renacimiento.

Transmutación.

Sonrío, o al menos siento que sonrío, aunque no estoy segura de ser sólida. Para ser sincera, no sé qué soy, solo que existo y que soy consciente de ello.

Echo un vistazo a mi alrededor. Dondequiera que esté, una luz tenue me rodea. Retrocedo un paso y mi cuerpo, o esencia, choca contra algo sólido.

Me giro y lo primero que veo es esa brillante armadura plateada. A continuación, esas grandes alas negras. Finalmente poso la mirada en ese rostro que me es tan querido y que juraría que conozco desde siempre.

—Tánatos —pronuncio su nombre en voz baja. Creía que lo había dejado atrás, pero por supuesto que no, él *es* la muerte—. Tenías razón, esto no es tan malo.

Sin embargo, reparo en la angustia que aún se refleja en sus ojos. En lugar de responder, baja la mirada. Sigo su dirección y la tenue luz se desvanece en volutas, como si tan solo se tratara de

humo denso. Abajo, veo mi cuerpo sin vida descansando entre los escombros.

La lucha ha terminado, por fin. Y he perdido —la humanidad entera ha perdido—, pero aquí no se está tan mal. Ese impulso de rogar y suplicar, de presionar, amenazar y negociar para llegar a un acuerdo se ha desvanecido. El tiempo de hacerlo se ha extinguido junto con mi vida.

Death toma mi mano espectral y yo le aprieto la suya con fuerza. Mientras observo cómo mi cuerpo se hace cada vez más pequeño ahí abajo, como si nos alejáramos flotando de él.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

Los ojos afligidos de Tánatos arden al mirarme.

—*Founipa*.

Al cielo.

La tenue luz que nos rodea se intensifica y es como el sol abriéndose paso entre las nubes.

A lo lejos, aparecen unas figuras. Al menos, eso creo que son. Lo cierto es que parecen más las impresiones de personas que cuerpos físicos reales. En lugar de piel y huesos, sus formas parecen estar hechas de luz.

Cuando las enfoco, empiezo a reconocerlas. Delante está mi madre. Luego veo a River, Nicolette, Robin, Ethan, Owen y Juniper. Veo a mis sobrinos y sobrinas; incluso veo a Harrison, mi padre adoptivo; solo lo conozco por las fotos y aun así aquí está, dándome la bienvenida.

Cerca del frente del grupo hay dos personas más de las que no tengo ningún recuerdo y, sin embargo, las reconozco de forma innata. Mis padres biológicos.

Se me escapa un sollozo. Están todos aquí, esperándome. Y aunque no tiene sentido, puedo *sentir* su amor por mí.

Te queremos. Estás en casa.

Lanzo una mirada de reojo a Tánatos y a sus ojos atormentados.

Death, el barquero, toma almas y las libera, pero no se reúne con

los muertos. Death, cuyo lugar no está en la Tierra, pero tampoco en el más allá.

Su sitio está *conmigo*. De eso sí estoy segura.

Me suelta la mano para tocarme la mejilla.

—Soñaré contigo todos los días, Lazarus. —Parece estar ardiendo en su propio infierno.

—Ven conmigo —insisto.

—No puedo —me dice con la voz ronca.

Peor aún, *siento* su devastación como si fuera la mía.

Me dedica una sonrisa forzada y señala con la cabeza a quienes me aguardan.

—Ve con tus seres queridos. Te están esperando.

Es ahora cuando debería sentir miedo, pero lo más cercano que experimento es confusión. Se supone que no es así como deberíamos separarnos. Pero mi esencia se siente atraída por mi familia y me cuesta ignorarlo.

—Te quiero, Tánatos —le digo, mirándolo—. Y te querré siempre. Nada cambiará eso. Y te estaré esperando cuando incluso tú, el Ángel de la Muerte, encuentres tu propio fin.

LXXV



DEATH

Las palabras de Lazarus casi acaban conmigo. He soportado mucho a lo largo de mi existencia, pero este momento hace que todos los traumas pasados palidezcan en comparación.

¿Cómo se supone que voy a dejarla marchar?

A pesar de sus palabras, no se va, se demora frente a mí. No aparto los ojos de ella mientras, con un dedo espectral, traza uno de los relieves de mi armadura.

Para Lazarus, debe de ser tan solo un garabato sin sentido, pero la forma que dibuja distraídamente con el dedo… *yo* reconozco ese símbolo.

Opotu.

Amor.

La revelación me impacta, tan potente que casi me arrebata el aliento.

Sabía que Dios me había otorgado una palabra, al igual que a mis hermanos; una palabra que era a la vez una lección y una elección, todo en uno. Incluso supe desde el principio cuál era mi palabra: *vida*. Creí haberla descifrado y seguí adelante.

Pero no había comprendido mi tarea ni mi desafío, ni había entendido la palabra.

Hasta ahora.

Estaba equivocado. Lo he malinterpretado. La palabra, la elección, la lección, nunca fue *vida*.

Es *amor*.

Amor.

Y por alguna razón, eso cambia mi forma de verlo *todo*.

Lazarus frunce el ceño, con el arrepentimiento pintado en los ojos, mientras me observa.

—Hasta que nos volvamos a encontrar, Tánatos —se despide.

Puedo sentir el borde afilado de su amor mientras se aleja de mí.

Ella observa de nuevo a la multitud reunida con una mirada inquisitiva. Sé a quién busca. Al único humano al que quiere por encima de todos los demás, aquel por cuya vida intentó negociar. Ben.

El momento en que Lazarus salvó a ese bebé y lo reclamó como suyo fue también el momento en que de verdad dejó de luchar contra mí. Renunció a la humanidad por ese niño, porque lo quería.

Esa es la prueba del egoísmo humano: elegir a una sola persona antes que a millones.

Pero *¿es* egoísmo?

Esa elección hizo a Lazarus vulnerable a la manipulación de mis hermanos y a la mía. Todo por un niño al que salvó por casualidad. Quizá podría tildarse de egoísmo, pero también podría decirse que lo que sentía era un amor tan intenso y desinteresado que eclipsó todo lo demás.

Me quedo sin respiración al pensarlo.

Ese mismo amor llevó a Lazarus a negociar desesperadamente con su vida a cambio de la de su hijo. Un sacrificio extraordinario —uno que no acepté—, pero también uno del que he oído hablar muchísimas veces a los humanos.

«Mi vida por la suya…».

«Haría cualquier cosa…».

Y quizá fuera ese mismo amor lo que provocó que Lazarus se hiriera a sí misma en lugar de hundir el arma en mi propia carne.

Mis hermanos y yo hemos asumido que éramos mejores que estos humanos a quienes se nos encomendó destruir, pero hemos sido *nosotros* quienes hemos empleado su compasión en su contra.

Todo este tiempo, he estado siguiendo órdenes. Eso se me da bien. Incluso Lazarus estaba destinada a mí por la mano de Dios, así

que ella también encajó con comodidad en mi mundo… Hasta que, por supuesto, dejó de ser así. Me mostró la humanidad: cruda, dolorosa y complicada. Con toda su espontaneidad y belleza. Me despertó, y con independencia de cómo termine el día de hoy, no puedo volver a ser quien era.

Veo a Lazarus dudar y mirarme. En sus ojos veo con total claridad que no quiere dejarme, aunque el más allá y todos sus seres queridos la llaman.

Verla ahí parada hace que me duela profundamente el corazón.

Me estremezco al pensar en existir sin ella.

«¿Qué vas a hacer? Al final, la decisión es tuya».

Esas palabras me resuenan en los oídos. Parecen una trampa, aunque el universo no funciona así.

He sido testigo de cómo se derrumbaban ciudades y de la muerte de legiones sin sentir nada. Pero el sonido de la risa de Lazarus me ha conmovido el corazón y sentir su cuerpo bajo el mío ha despertado a mi alma.

¿Cuántos solitarios kilómetros he recorrido con el recuerdo de su voz haciéndome compañía? ¿Cómo será mi futuro cuando Lazarus no sea de nuevo más que un recuerdo?

Esa posibilidad es como un golpe físico. Ese futuro me resulta *incomprensible*.

«Ni siquiera sabes lo que es la pérdida. Nunca has amado a nadie lo suficiente como para preocuparte por su marcha», me reprochó ella hace poco.

Ahora lo sé.

No puedo perderla.

Ni siquiera es una posibilidad. Es una certeza. Sencillamente, no puedo.

Es la misma maldita decisión que tomó Lazarus cuando encontró a Ben. Una sola persona puede cambiarte la vida. Como persona, puedes amar con tanta intensidad como para condenar a la humanidad.

O redimirla.

LXXVI



DEATH

—Espera —grito.

La familia de Lazarus ya le está dando la bienvenida; está terriblemente cerca de esa luz cegadora del más allá.

¿Acaso el cielo me había parecido alguna vez *aterrador*? Porque ahora mismo lo es. Y ella está a un paso de él.

—Espera —repito, más bajo esta vez.

Lazarus se gira para mirarme. La esperanza en sus ojos me desgarra profundamente. Hacía demasiado tiempo que esa esperanza se había diluido.

Nunca más. No me importa tener que disculparme todos los días durante el resto de nuestras vidas mortales con tal de que podamos vivirlas.

Me acerco a los espíritus que la rodean, rozándolos para llegar hasta ella.

Acuno su rostro espectral entre las manos. Cuando la miro a los ojos, siento una profunda certeza: no solo puedo renunciar a mi tarea, sino que *debo* hacerlo. Ni siquiera los mandatos de Dios pueden ahogar este impulso que siento. Me arrancaría mi inmortalidad, mi parte celestial, y destruiría el mundo entero por el roce de los labios de esta mujer contra mi piel y su voz en mi oído.

—Si te diera todo lo que deseas, a tu hijo, el fin del apocalipsis y de la matanza, ¿volverías a la Tierra? —pregunto.

Confundida, frunce el ceño, y verlo me hiere. Le he puesto las

expectativas tan bajas que no logra asimilarlo.

—Tú… —me falla la voz y tengo que volver a empezar—. Puedes irte con tus seres queridos y entrar en el más allá. No habrá más dolor. —Respiro entrecortadamente, la posibilidad me aterroriza—. O podrías quedarte con Ben, en la Tierra. No puedo prometerte que no habrá dolor. Vivir es sentir dolor.

No dice nada, y soy incapaz de interpretar su expresión.

—¿Y tú? —pregunta al fin.

Inhalo bruscamente y es como si estuviera respirando por primera vez.

—Yo te quiero a ti, Lazarus. Te quiero con cada fibra de mi ser. Eso nunca cambiará. —Mi amor es tan vasto e infinito como el resto de mí—. Pero te hice daño y luego te llevé conmigo y te decepcioné…

Me silencia apoyando una de sus manos espectrales contra mis labios.

—Yo te he hecho lo mismo —dice—. Queda perdonado. —Escudriña mis rasgos—. Nos hemos pasado toda nuestra relación luchando por nuestras causas. ¿Y si empezamos a luchar el uno por el otro?

Me quedo paralizado ante la insinuación.

—Quiero volver a la Tierra y quiero todo lo que me has prometido —continúa Lazarus—. Pero también quiero una cosa más… —Sonríe—: *A ti*.

LXXVII



OCTUBRE, AÑO 27 DE LOS JINETES
Los Ángeles, California

LAZARUS

Respiro hondo y lleno los pulmones de aire. Las rocas se me clavan en la espalda y todo me resulta… Bueno, no precisamente de ensueño.

Parpadeo, abro los ojos y veo a Tánatos.

Excepto por esa cara. Esa cara es pura fantasía.

El jinete me sonríe y esa sonrisa logra disipar todas las sombras que persisten en su rostro.

Yo se la devuelvo y siento vivo todo el cuerpo.

Pero, entonces, la sonrisa desaparece del rostro de Death. Por un instante, parece confundido.

—¿Tánatos?

Justo cuando empiezo a incorporarme, se atraganta.

—¡Tánatos!

¿Qué pasa?

Me escapo de entre sus brazos para poder arrodillarme frente a él.

—¿Death?

Él me mira, pero tiene los ojos desenfocados. El jinete se pone de pie y por un instante creo que está bien. Pero entonces se tambalea hacia atrás, observando algo a lo lejos que solo él puede

ver. Su armadura se disuelve por completo y me doy cuenta de que estoy viendo a un ángel siendo despojado de su inmortalidad.

Death abre las alas de par en par y grita, con el cuerpo tenso por el dolor. Se lleva la mano a la espalda mientras las plumas comienzan a desprenderse de sus alas una a una; el plumaje negro como la tinta se agita con el viento. Las plumas caen cada vez más deprisa. Me preparo para ver la carne de debajo, pero ahí no hay nada. Es como si el viento se estuviera llevando las propias alas.

Me duele su pérdida. Sé que le resultaban incómodas, pero eran uno de los aspectos más preciosos del jinete porque eran inhumanas.

Él respira con dificultad. De su atuendo inmortal, solo le quedan la ropa y las botas.

Se endereza con esfuerzo.

—Tus alas —digo, poniéndome de pie.

Me mira.

—*Watorava.* Transmutación.

«Nada se marcha, en realidad. Se transforma, pero la transmutación no supone una auténtica pérdida o desaparición».

Me río entre lágrimas.

Acorto la distancia entre nosotros y lo beso con fiereza.

LXXVIII



Death nos ha elegido. Al final, nos ha elegido a nosotros. A la humanidad.

Y me ha elegido a mí.

Bueno, técnicamente me ha escogido a mí, luego yo lo he escogido a él, y él a su vez me ha elegido de nuevo, o algo así, pero, en fin, que nos hemos elegido mutuamente.

No logro asimilarlo.

Lo observo con atención. Esas motas plateadas aún brillan en sus ojos como joyas y vislumbro un leve indicio de sus glifos brillantes alrededor del cuello de su camiseta, y cuando le miro las manos, todavía lleva ese anillo con la moneda de los muertos.

—Entonces, ¿se ha acabado?

Asiente mientras se inclina hacia mí y me roza la nariz con la suya.

—Sí —confirma en voz baja.

Me separo de él y echo un vistazo a mi alrededor. Hay montones de cadáveres desmembrados, plantas retorcidas y pedazos de asfalto destrozado. Está todo en silencio.

Un silencio sepulcral.

Los demás jinetes.

Me aparto de Death y me dirijo al primero de sus hermanos que veo, que resulta ser War. Me asusta lo que me voy a encontrar cuando llegue a él.

El temible hombre yace desplomado de lado, rodeado por una montaña de muertos. Desde este ángulo no distingo gran parte de

su rostro, pero la última vez que lo vi, lo habían apuñalado y su cuerpo se había marchitado.

Todavía le veo rastros de sangre en la piel, y el pelo le oculta los rasgos, pero el brazo con el que empuña la espada… juraría que ya no está roto.

Aun así, dudo un momento antes de agacharme frente a él. Respiro hondo para tranquilizarme y le retiro el pelo de la cara.

War tiene los ojos cerrados, pero está… mejor. Mucho mejor. Su piel aceitunada tiene el mismo brillo saludable que recuerdo. Y al tocarlo, lo oigo murmurar: «Esposa».

Inspiro con brusquedad.

Está vivo.

—Siento decepcionarte —digo.

Él abre los ojos de golpe.

Gruñe levemente mientras se incorpora.

—¿Lo ha hecho? —pregunta.

Miro por encima del hombro y descubro los ojos de Death clavados en mí. Está donde lo he dejado y, sin sus alas ni armadura, parece aún más vulnerable.

—Lo ha hecho —confirmo, dedicándole a Tánatos otra pequeña sonrisa. Me giro hacia War—. La humanidad se ha salvado, de una vez por todas.

—Qué cabrón —dice él entre dientes—. Sabía que lo llevaba dentro.

Y lo dice como si no hubiéramos estado completamente jodidos hace treinta minutos.

A poca distancia, veo a Famine justo cuando se gira para desplomarse boca arriba y se ríe mirando al cielo.

—¡Soy mortal! —grita. Sus palabras se ven interrumpidas por una tos aguda y seca—. Joder —resuella—, soy *mortal*.

—Espera a que envejezcas —le grita Pestilence con la voz ronca.

—Me muero de ganas, abuelo —responde el Segador.

Uno a uno, los tres hombres se levantan. Después de todo, Death no los había matado. O quizá sí y luego los ha salvado. O puede que no haya sido él en absoluto. Tal vez Dios —el Universo, o como quieras llamarla— ha vuelto a intervenir.

En cualquier caso, es maravilloso verlos con vida.

En cuanto se ponen de pie, me tenso de nuevo, temerosa de las consecuencias. Pero si creía que los hermanos de Death lo odiarían por lo que hizo, estaba equivocada.

Los hombres dejan atrás sus armas antes de acercarse a Tánatos. Y luego, cuando al fin llegan a él, lo abrazan con fuerza.

—Está todo perdonado —oigo que le dice Famine en voz baja.

Death abraza a su hermano con más fuerza al oír eso.

—Has sido un buen adversario —admite War—. Pero, al final, no existe nada tan tenaz como una mujer humana.

Ambos hombres intercambian una mirada divertida.

El último en abrazarlo es Pestilence.

—Bienvenido a la mortalidad, hermano —dice con sencillez—. Te va a encantar.

LXXIX



Octubre, año 27 de los jinetes
Costa oeste, Norteamérica

En efecto, a Tánatos le encanta.

Mientras los cuatro jinetes y yo viajamos por la costa oeste, rumbo a la isla de Vancouver, Death se ve obligado a descubrir las alegrías del hambre, de ir al baño y de tantas otras pequeñas necesidades humanas de las que su inmortalidad lo protegía.

Y… es una alegría. *Él* es pura alegría.

Hay una luz y una emoción en sus ojos que nunca le había visto. Incluso cuando se queja de lo barbárico que es cagar. O cuando se queja de que le duele la tripa del hambre. Está verdaderamente enamorado de la vida; es como si antes se hubiera obligado a contenerse para no disfrutarla. Ahora ya no es necesario.

Pestilence, War, Famine y yo hemos empezado a darle alimentos como limones y aceitunas, queso, yogur y pescado, solo para medir su reacción. Quizá los pruebe por culpa o quizá por curiosidad, pero Death lo acepta todo con entusiasmo. Y ahora que tiene apetito, come como un caballo, igual que Famine. Esos dos están disfrutando juntos de la curva de aprendizaje de la mortalidad.

En cuanto a mí, mi propia mortalidad es menos evidente, pero no se me pasa por alto cuando me hago un corte en la mano por accidente o me doy un golpe en la espinilla. Antes, esos pequeños inconvenientes se me habrían curado en horas. Ahora tardan días.

A pesar de la euforia que sentimos todos por haber sobrevivido al

apocalipsis, no podemos escapar de sus espantosas secuelas. Hay muchísimos muertos. Pasamos junto a ellos durante kilómetros y kilómetros, días y días, y el olor es sofocante, además de que las moscas y los carroñeros que se han lanzado sobre ellos solo hacen la escena más horrible.

Los muertos se extienden desde el sur de California, pasan por Oregón y llegan hasta Washington. War se equivocó al decir que Tánatos estaba destruyendo el mundo a un kilómetro por minuto; Death estaba matando gente con mucha más agresividad.

Los cadáveres son un recordatorio espinoso e incómodo de lo que hizo Tánatos y de lo que el resto de nosotros evitamos por muy poco. Pero mi propia perspectiva ha cambiado. He vislumbrado el más allá. Y Death tenía razón: no hay nada que temer.

En algún punto de Washington nos topamos por primera vez con una persona viva que viaja por la carretera. La mirada del hombre parece atormentada y, cuando nos ve, su atención recae demasiado rato en los cuatro hermanos.

En cuanto el viajero nos deja atrás, Pestilence se aclara la garganta.

—A menos que a alguno de vosotros le interese seguir luchando…

—A mí siempre me interesa —interviene War.

—Psicópata —murmura Famine por lo bajo.

War se gira en su silla para mirarlo.

—Hermano, lo dices como si tú no lo fueras. —Su voz resuena, más fuerte que la de los demás.

Entonces, ambos se echan a reír, como si estuvieran compartiendo un chiste desternillante y no una verdad traumática.

—Voy a reformularlo… —continúa Pestilence, ignorando a sus hermanos—, a menos que queráis acortar la mortalidad que tanto nos ha costado conseguir, sugiero que nos apartemos de la carretera principal de ahora en adelante.

A pesar del entusiasmo de War por la batalla, nos desviamos del camino.

Por las noches, después de apagar nuestras fogatas, Death y yo

nos alejamos de los demás. Esta noche, como todas desde el casi fin del mundo, Tánatos me abraza mientras observamos las estrellas.

Bueno, *yo* estoy mirando las estrellas. Tánatos me acaricia los labios y hace todo lo posible por distraerme.

—No me puedo creer que haya tardado tanto tiempo en ver lo que siempre debería haber visto —admite.

—No te lo reprocho —digo, y su contacto me arranca una sonrisa dulce—. Tú pensabas en la muerte, y yo, en la vida.

—Sí, pero la vida y la muerte son amantes, *kismet*. Al final, siempre se eligen.

Aparto la mirada de las estrellas y me encuentro con los ojos oscuros de Death.

—Sí, lo hicimos —coincido y lo beso.

Justo cuando parecía que estaríamos condenados a viajar para siempre, llegamos a la isla de Vancouver. He sentido mariposas en el estómago todo el día.

Hoy voy a ver a mi hijo.

Los árboles que nos rodean susurran con la brisa, y este lugar es uno de los más bonitos que he visto en mucho tiempo. Todo el noroeste del Pacífico lo es. Y quizá sea porque por primera vez en más de un año sé que no tengo que seguir viajando, pero también me gustaría creer que es porque este sitio parece un trocito de cielo.

En sentido figurado, por supuesto.

Todavía tengo muchas preguntas para Tánatos: sobre el comienzo del apocalipsis, sobre su desenlace, sobre la opinión de Dios al respecto; esas grandes preguntas que le quitan el sueño a una. Pero, por ahora, me conformaré con que al final detuve a Death. Lo detuve y luego decidí quedármelo.

Pestilence nos conduce fuera del camino pavimentado y yo echo un vistazo a los jinetes. Pestilence —Víctor, algún día acertaré—, War y Famine tienen un brillo de emoción en los ojos.

Debemos de estar cerca.

Empiezan a temblarme las manos y Death me agarra con más fuerza. Durante los siguientes minutos, el grupo cabalga en silencio.

Oigo risas infantiles antes de ver la casa.

—Mis niñas —oigo murmurar a War, que sonríe como un demente.

Estiro el cuello para ver algo, pero los árboles me tapan la vista.

Sin embargo, estos acaban por abrirse y el sol del atardecer brilla sobre el verde césped que se extiende alrededor de una enorme casa de dos plantas.

Y frente a la vivienda hay un grupo de personas, la mayoría mujeres. Están haciendo una barbacoa y un joven está sentado en los escalones afinando su guitarra. En el jardín delantero hay un grupo de niños, también chicas en su mayoría.

—¡Lo han conseguido! ¡Ha ganado el poder del coño! —oigo gritar a una de las mujeres.

Alguien se ríe a carcajadas. Una de las mujeres, de pelo oscuro y rizado, se acerca corriendo a nuestro grupo y el gruñón de Famine se tira del caballo como si fuera la cosa más dramática que jamás haya pisado Norteamérica. Recorre a toda velocidad el último tramo que los separa y la abraza.

Lo estoy asimilando todo cuando veo a Ben. Está lanzando una pelota por la hierba con una niña que guarda un asombroso parecido con War.

Con un leve jadeo, me alejo de los brazos de Death y de su caballo, con la mirada fija en mi hijo.

—¡Ben! —grito, con todo el cuerpo temblándome de emoción, felicidad y del mejor tipo de nervios.

Él levanta la cabeza y me ve. Por un instante, me paraliza una punzada de miedo. ¿Se acuerda de mí? Solo han pasado cuatro meses, pero para un niño pequeño eso es una eternidad.

Mis preocupaciones se evaporan en el preciso instante en que Ben suelta la pelota y echa a correr.

¡A correr! ¿Desde cuándo sabe correr?

Pero luego, por supuesto, tropieza y se cae, porque sus piernecitas aún son inestables, y yo me río, aunque tengo las mejillas húmedas.

Me acerco a mi hijo a toda velocidad, acortando la distancia entre nosotros mientras él se levanta y, con una sonrisa deslumbrante,

vuelve a correr hacia mí. En cuanto está a mi alcance, me abalanzo sobre él.

Lo abrazo y le doy vueltas a la vez. Y entonces lo beso en la sien.

—¡Mamá! ¡Mamá! —le oigo decir.

Y sigo llorando, lágrimas enormes, gordas y estúpidas, y él me abraza como si nunca me fuera a soltar, y estoy totalmente de acuerdo con ello.

Innumerables veces temí que este día no fuese a llegar nunca, pero ha llegado. Por fin.

Me siento con mi hijo en la hierba, le aparto el pelo de la cara e intento memorizar sus rasgos.

Una sombra me cubre y siento un hormigueo al ser consciente. Tánatos ya no trae consigo esa quietud sepulcral, pero sigue habiendo algo sobrenatural en su presencia.

Miro al jinete, sorprendida al detectar una sonrisa dulce en su rostro. Pero sus ojos están repletos de incertidumbre.

«¿Es este mi sitio?», parece decir su expresión.

Alargo la mano y le doy un apretón a la suya, porque sí, este es su sitio. Ben se aparta de mí y lo mira fijamente, estirando el cuello para verlo bien. Inclina el cuerpo hacia un lado, con la mirada un poco cautelosa.

Death se agacha y queda casi a la altura de los ojos de Ben. Me maravilla que el jinete ya no tenga que inclinarse hacia delante en esta posición para dejar espacio para las alas. El corazón me late con fuerza; me entristeció ver que sus alas desaparecían, pero ahora hay muchas cosas que puede hacer, tan normales como humanas. Como agacharse.

—Hola, Ben —lo saluda—. Soy Tánatos.

Mi hijo sigue mirando fijamente a Death sin pestañear y creo que esa será toda su reacción, pero entonces alarga la mano hacia el rostro del jinete.

Veo que Tánatos abre los ojos como platos, sorprendido, cuando Ben señala uno de ellos.

—Ojo —dice mi hijo con mucha seriedad.

El jinete asiente, igual de serio. Un segundo después, él mismo alarga la mano. A unos centímetros de la piel de Ben, duda y curva

los dedos hacia dentro. Recuerdo que, hasta hace varias semanas, el toque de Death mataba. Incluso entonces, podía controlar ese poder, pero comprendo su reticencia pese a ello.

—Adelante —digo en voz baja, dándole permiso.

El jinete respira hondo y recorre con los dedos el rostro de Ben.

Y…

Mi hijo observa al jinete durante varios segundos y luego sonríe con timidez.

Death le devuelve la sonrisa; en sus ojos ya no se refleja la incertidumbre.

—Tengo muchas ganas de conocerte —dice con sinceridad.

Al cabo de un instante, el jinete nos abraza a Ben y a mí. Es un abrazo inquietantemente similar al que nos dio hace meses, cuando la vida de mi hijo pendía de un hilo.

Solo que, ahora, todo es diferente.

LXXX



MARZO, AÑO 28 DE LOS JINETES
En algún lugar del mundo

Al final de una larga calle abandonada, en un barrio abandonado hace mucho tiempo, en uno de los muchos pueblos abandonados del mundo, una farola parpadea.

Se enciende, se apaga, se enciende, se apaga…

Se enciende.

Y sigue encendida.

Epílogo



DEATH

Al final, es justo como esperaba.

Una vida larga y plena. Hijos. Nietos. Todos mortales, todos sin alas, algunos comparten mi sangre y otros no, y, afortunadamente, ninguno parece haber heredado mi capacidad de extraer un alma de su carne. Gracias al cielo. En una sola vida, he creado un legado humano que creía imposible.

Hay cierta magia inherente a la vida, una magia de la que ni siquiera el más allá es capaz. Por eso existe la creación y por eso los humanos, que fluctúan entre el bien y el mal, son como son.

Aún conservo mis secretos: las conversaciones silenciosas con el Universo. Sigo siendo Su intermediario. Aunque renunciase a mis poderes, nunca seré humano del todo. Mis recuerdos se remontan a tiempos más inmemoriales que los que nadie —ni siquiera mis hermanos— puede recordar. Siempre seré la pausa entre frases, el silencio que sigue al final de una historia. Encajo entre las cosas y ninguna mortalidad puede borrar eso.

Aquí el tiempo no funciona como antes de convertirme en hombre. Es vertiginosamente rápido y dolorosamente lento.

Pero acaba por llegar a su fin.

Mis hermanos y sus esposas se marchan. No elijo el día; ya no puedo. Ese aspecto de mi poder ha desaparecido. Y un horrible día, Lazarus también se va, y ninguno de mis conocimientos acerca del más allá logra mitigar la insoportable agonía de su partida. Siento su

alma desvanecerse, la veo volar hacia los cielos y, esta vez, aunque una parte de mi esencia la guía hasta allí, no es *esta* parte de mí: el hombre consciente y mortal en el que me he convertido.

Y entonces ya no está.

Y, de alguna manera, sigo vivo, aunque la parte de mí que importa se ha ido. Durante unos años existo sin ella y al fin entiendo de verdad las palabras de Lazarus sobre la pérdida.

Entonces, llega el día en que siento mi propia muerte acercándose y quiero reírme de que, de alguna forma, he cerrado el círculo: soy la muerte y el moribundo.

Mis hijos y nietos me rodean, y también los que llevan la sangre de mis hermanos. Ben, que ya es un anciano, me coge de la mano mientras exhalo mi último aliento.

Me marcho entre un pensamiento y otro. No hay barquero que me guíe, pero no importa. Conozco el camino. Lo he memorizado a lo largo de los eones.

Allí, de pie en el umbral del más allá, están mis hermanos, sus esposas…

Y Lazarus, mi dulce Lazarus.

Ella me abre los brazos y yo me refugio en ellos.

Y una vez más estoy en casa.

FIN

Nota de la autora

Intenta no llorar. Intenta no llorar.

Uf.

Vale. Creo que lo he conseguido.

El final de una serie es una experiencia mágica y desgarradora, y *Death* no es la excepción. Aunque estoy encantada de terminar esta última historia de la tetralogía Los cuatro jinetes, me duele despedirme de un mundo y de personajes que he llegado a adorar y por los que me preocupo.

Esta idea se me ocurrió en 2015 y decidí empezar a escribir *Pestilence* en 2017, cuando el primer jinete empezó a susurrarme al oído. No me dejó en paz hasta que tuve su historia escrita. Y así fue como los cuatro jinetes se abrieron paso hasta mi ordenador. Han sido mi mundo durante cuatro años y esto es una auténtica despedida.

Les estaré eternamente agradecida a quienes se arriesgaron con estos libros y han seguido con la serie hasta el agridulce final. Me siento honrada. Para los lectores que se preguntan si habrá más libros después de *Death* en la serie de Los cuatro jinetes, lamento decir que este es el final. Tengo un montón de fragmentos descartados del libro y si me presionáis lo suficiente, los compartiré en mi web y en mi *newsletter*.

En cuanto a proyectos futuros, tengo dos series en marcha: una paranormal y otra de fantasía, ambas con un fuerte componente romántico. Siendo sincera, no estoy segura de cuál de las dos publicaré oficialmente a continuación —me dejo llevar por lo que me proponga mi musa—, pero tengo intención de publicar el primer libro de una de ellas pronto, ¡así que espero que os animéis con él!

Mientras tanto, ¡no os perdáis nada! Podéis encontrarme en Facebook, Instagram, Twitter y Goodreads, ¡y podemos hablar de nuestras lecturas favoritas! Hasta entonces…

¡Feliz lectura!
LAURA

Tabla de contenido

1. PARTE I
2. I
3. II
4. III
5. IV
6. V
7. VI
8. VII
9. VIII
10. IX
11. X
12. XI
13. XII
14. XIII
15. XIV
16. XV
17. XVI
18. XVII
19. XVIII
20. XIX
21. XX
22. XXI
23. XXII
24. XXIII
25. XXIV
26. XXV
27. XXVI
28. XXVII
29. XXVIII
30. XXIX
31. XXX

32. XXXI
33. XXXII
34. XXXIII
35. XXXIV
36. XXXV
37. XXXVI
38. XXXVII
39. PARTE II
40. XXXVIII
41. XXXIX
42. XL
43. XLI
44. XLII
45. XLIII
46. XLIV
47. XLV
48. XLVI
49. XLVII
50. XLVIII
51. XLIX
52. L
53. LI
54. LII
55. LIII
56. LIV
57. LV
58. LVI
59. LVII
60. LVIII
61. LIX
62. LX
63. LXI
64. LXII
65. LXIII
66. LXIV
67. LXV

68. LXVI
69. LXVII
70. PARTE III
71. LXVIII
72. LXIX
73. LXX
74. LXXI
75. LXXII
76. LXXIII
77. LXXIV
78. LXXV
79. LXXVI
80. LXXVII
81. LXXVIII
82. LXXIX
83. LXXX
84. Epílogo